NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

ELIZABETH PETERS

TOMB OF THE GOLDEN BIRD

ELIZABETH PETERS

La tumba del pájaro dorado

Amelia Peabody Nº18

Punto de lectura

Sinopsis

Convencido de que la tumba del poco conocido rey Tutankhamon está en algún lugar del Valle de los Reyes, el eminente egiptólogo Radcliffe Emerson y su intrépida mujer, Amelia Peabody, parecen haber golpeado una pared. Prohibido para siempre en el Valle Oriental, Emerson, contra el consejo de Amelia, ha tratado de persuadir desesperadamente a Lord Carnarvon y a Howard Carter de que abandonen sus derechos de excavación. Pero el engaño de Emerson es contraproducente, y su interés insistente en el sitio ha hecho que sus rivales están más determinados a mantener al clan Emerson lejos.

Impotente para intervenir pero determinado a permanecer cerca de la tumba inalcanzable, la familia vuelve a Luxor y se prepara para continuar su excavación en el Valle Occidental menos prometedor y para vigilar desde la barrera como Carter y Carnarvon descubren el tesoro egipcio más grande de todos los tiempo: la tumba del rey Tut. Pero antes en su propia excavación, Emerson y su hijo, Ramses, se encuentran atraídos a una trampa por un extraño grupo de canallas que demandan siniestramente '¿dónde está él?' Guiados por la angustia, y por supuesto, por la curiosidad insaciable de Amelia, los Emerson se embarcan en una búsqueda para destapar quién es 'él' y por qué 'él' debe ser encontrado, solo para descubrir que la respuesta es incómodamente cerca de casa. Ahora Amelia debe encontrar un modo de proteger a su familia y quizás incluso a su aspirante a némesis, de las fuerzas siniestras que no se detendrán en nada para tener éxito en el complot que amenaza la paz de la región entera.

Título Original: *Tomb of the golden bird*
Autor: Peters, Elizabeth
©2006, Punto de lectura
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.72

Personajes

Los Emerson

Profesor Radcliffe Emerson, "el mayor egiptólogo de este o cualquier otro siglo"

Amelia Peabody Emerson, su esposa, " Ramsés ", Walter Peabody Emerson, su hijo y Nefret Emerson, esposa de Ramsés

David John y Charlotte (Charla), sus hijos gemelos

Walter Emerson, el hermano menor de Radcliffe, Evelyn Emerson, su esposa

Seth, alias Sethos, alias Anthony Bissinghurst, el “otro hermano” de Radcliffe, medio hermano de Radcliffe y Walter

Sennia Emerson, hija del sobrino de Amelia (adoptada formalmente)

David Todros, nieto de Abdullah (ver más abajo), Lia Todros, nacida Emerson, su esposa, hija de Walter y Evelyn

Gargery, su mayordomo, quien se considera un miembro de la familia

Su familia egipcia

Abdullah, su antiguo *reis* (capataz), ya fallecido (¿o no?) Selim, su hijo menor, el presente *reis* y Daoud, primo de Abdullah, ayudante de *reis*.

Kadija, su esposa

Sabir, su hijo

Ali Yussuf, Hassan, sus otros hijos

Fatima, ama de llaves de los Emerson en Luxor

Los Vandergelt y personal

Cyrus, millonario americano, viejo amigo de los Emerson y patrocinador de las excavaciones en Egipto. Katherine, su esposa; Bertie, su hijo, adoptado por Cyrus; Jumana, hija del hermano de

Abdullah, primera mujer egipcia entrenada en Egiptología
Suzanne Malraux, artista
Nadji Farid, excavador

Personajes de Luxor

Inspector Ibrahim Aziz, jefe de policía de Luxor
Teniente Gabra, su asistente
Deib, Farhat y Aguil ibn Simsah, ladrones de tumbas
Azmi, aguador emprendedor
Wasim, un guardia
Elia, niñera de los gemelos
Kareem, lacayo incompetente de los Emerson
Badra, chef
Jamad, caballerizo
Maaman, cocinero de los Emerson
Abdul, criado del Winter Palace Hotel
Ishak, guardia en el Valle de los Reyes
Reis Girigar, *reis* de Howard Carter
Ali, *suffragi* en el Hotel Shepheard, El Cairo
Ali Ibrahim, barquero

Periodistas

Margaret Minton, *Morning Mirror* (casada con Sethos)
Kevin O'Connell, *Daily Yell*
Bradstreet, *Morning Post* (El Cairo) *The New York Times*
Bancroft, *Daily Mail*
Arthur Merton, London Times

Arqueólogos y parásitos

Howard Carter, excavando en el Valle de los Reyes
Lord Carnarvon, su mecenas, también conocido como “cachorro”
Lady Evelyn Herbert, hija de Carnarvon
"Pecky" Callender, ingeniero y arquitecto, amigo de Carter
Herbert Winlock, jefe del personal del Museo Metropolitano en Deir el Bahri, Luxor
George Barton, uno de sus colaboradores
Pierre Lacau, Director del Servicio de des Antiquites
Rex Engelbach, inspector jefe del Alto Egipto
Ibrahim *Effendi*, su asistente
Theodore Davis, ex patrocinador americano de excavaciones en el Valle de los Reyes

Arthur Weigall, ex Inspector Jefe para el Alto Egipto

Arthur Mace, miembro del personal del Museo Metropolitano

Harry Burton, fotógrafo, miembro del personal del Museo Metropolitano

Hall y Hauser, dibujantes, miembros del personal del Museo Metropolitano

Alfred Lucas, jefe del laboratorio de química del Departamento de Estudios, Egipto

Señor y señora Davies, artistas, copistas de las tumbas egipcias

Alan Gardiner, filólogo británico

James Henry Breasted, egiptólogo americano; su esposa, su hijo Charles.

Animales

Amira, perra

el Gran Gato de Ra

Risha, semental árabe de Ramsés

Moonlight, la yegua de Nefret

Asfur, el caballo de David

Eve, la yegua de Amelia

Egipcios y dioses antiguos

Mertseger, "La que ama el silencio", diosa con cabeza de cobra, nombre dado a la montaña en forma de pirámide en el Valle de los Reyes

Amón, dios principal de Tebas

Atón, "el único dios" de Akhenaton, “el hereje”, faraón de finales de la XVIII dinastía

Nebkheperure Tutankhamon (Tutankhatón), posiblemente hijo del anterior Ankhesenamon (Ankhesenpaaton), esposa del anterior, hija de Akhenaton

Nefertiti, esposa de Akhenaton,

Seti II, uno de los " faraones confusos, dinastía XX

Ramsés VI, uno de los Ramsés menores, dinastía XX

Y

Sir Malcolm Page Henley de Montague, rico coleccionista

Sir William Portmanteau, abuelo de Suzanne

Fuad, rey de Egipto

Feisal, rey de Irak

Saad Zaghlul, jefe del Partido Nacionalisto egipcia

Gertrude Bell, exploradora inglesa, escritora, hacedora de reyes

Ibn Saud, gobernante de Arabia

Sayid Talib, nacionalista iraquí, considerado por muchos como el candidato más lógico para gobernar el país

Mohammed Fehmi, alias Bashir, nacionalista egipcio y ex revolucionario

Bracegirdle — Boisdragon, también conocido como el señor Smith, jefe de un determinado departamento que no tiene nombre

Wetherby, su asistente

Thomas Russell Pasha, comandante de la Policía de El Cairo

Lord Edmund Allenby, el Alto Comisionado Británico, Egipto

Capítulo 1

—¡Ramsés!

Sentada en la terraza del Hotel Shepheard, observé con interés como un joven alto se detenía y se giraba, como si respondiera al llamado de su nombre. Sin embargo, este no era el siglo XIV a.C, sino el año del Señor de 1922, y el hombre alto no era un antiguo faraón. Aunque su piel bronceada y cabello negro le daban aspecto de egipcio, su altura y porte le proclamaban como lo que era, un caballero inglés de la mejor calidad. También era mi hijo "Ramsés" Walter Peabody Emerson, quien era más conocido en Egipto por su apodo.

Se llevó la mano a la frente y se dio cuenta de que (como siempre) no llevaba sombrero. En lugar de quitarse lo que no estaba presente inclinó la cabeza en señal de saludo, y una de sus raras sonrisas atractivas le calentó la delgada cara. Estiré el cuello y medio me levanté de la silla con el fin de ver a la persona que había ocasionado esta respuesta, pero las multitudes que llenaban la calle me bloqueaban la vista. El tráfico de El Cairo había empeorado desde mis primeros días en Egipto, los automóviles ahora se mezclaban con burros y camellos, carros y carruajes, y los efluvios repugnantes que emitían sus motores ofendían las fosas nasales más que los olores de los mencionados animales, a los cuales, sin duda, me había acostumbrado.

Deduje que la persona a la que mi hijo se dirigió era de corta estatura, y muy probablemente femenina (basando esta última hipótesis en el intento de Ramsés de quitarse el sombrero y la amabilidad de su sonrisa). Una persona corpulenta que llevaba un gran turbante y montaba en un pequeño burro pasó por delante de mi hijo, y cuando pasó, Ramsés ya se acercaba hacia las escaleras del hotel y a la mesa donde yo estaba esperándolo.

—¿Quién era? —Pregunté.

—Buenas tardes a usted también, madre. —Ramsés se inclinó para besar mi mejilla.

—Buenas tardes. ¿Quién era?

—¿Quién era quién?

—Ramsés —dijo amenazadoramente.

Mi hijo abandonó sus bromas.

—Creo que usted no está familiarizada con ella, madre. Su nombre es Suzanne Malraux, y estudió con el señor Petrie.

—Ah, sí -dije—. Te equivocas, Ramsés, he oído hablar de su último año de boca del profesor Petrie. Describió su trabajo como adecuado.

—Eso suena a Petrie. —Ramsés se sentó y acomodó esas largas piernas debajo de la mesa—. Pero hay que darle crédito, siempre ha estado dispuesto a enseñar arqueología a las mujeres.

—Nunca he negado a Petrie cualquiera de los elogios que merece, Ramsés.

La sonrisa de Ramsés reconoció la ambigüedad de la declaración.

—El entrenamiento es una cosa, el empleo otro. Ella ha sido incapaz de encontrar un puesto.

Me pregunté si Ramsés estaba sugiriendo que tomáramos a la joven en nuestro equipo. Ella podría haberse acercado a él en vez de a su padre o a mí. Ramsés era, lo admito, más accesible, sobre todo para las mujeres jóvenes. Me apresuro a añadir que él no invitaba esos acercamientos. Era devoto de su hermosa esposa Nefret, pero podría ser demasiado pedir a una dama que se acercaba a un momento determinado de la vida, que permitiera a su marido una relación estrecha con una mujer más joven. La señorita Malraux era medio francesa. Y estaba destinada a ser atraída por Ramsés. Las mujeres lo hacían. Sus modales suaves (mi contribución) y el cuerpo deportivo (su padre), su de alguna manera aspecto exótico, y un cierto *je ne sais quoi* (de hecho, sabía muy bien lo que era, pero me negaba a emplear los términos vulgares en uso...).

No, a pesar de nuestra necesidad de personal adicional, puede que no fuera aconsejable.

—¿Ha tenido algún encuentro interesante? -preguntó Ramsés,

mirando por encima a las personas que tomaban el té en la terraza. Eran del tipo usual, bien vestidos, bien peinados y casi todos blancos, si se podía utilizar esa palabra para describir el cutis que iba desde el pálido al carmesí quemado por el sol.

—Lord y lady Allenby se detuvieron para saludar -contesté—. Él fue más agradable, pero entiendo por qué la gente se refiere a él como el Toro. Es esa mandíbula.

—Tiene que ser fuerte. Como alto comisionado está bajo el fuego de los imperialistas en el gobierno británico y los nacionalistas en Egipto. En general, solo puedo elogiar sus esfuerzos.

Yo no quería hablar de política. El tema era demasiado deprimente.

—Ahí está tu padre -dije—. Tarde como siempre.

Ramsés miró por encima del hombro a la calle. No había duda de que era Emerson. Es uno de los hombres más guapos que jamás he contemplado: rizos negros y ojos de un azul zafirino penetrante, un cuerpo tan impresionante como lo había sido la primera vez que le conocí, era una cabeza más alto que los que le rodeaban y su voz resonante era audible a cierta distancia. La estaba empleando libremente, saludando a conocidos en una mezcla de inglés y árabe, este último generosamente salpicado con los improperios que le habían dado el sobrenombre egipcio de Padre de las Maldiciones. Los egipcios ya se habían acostumbrado a este hábito y respondían con amplias sonrisas a comentarios como "¿Cómo estás, Ibrahim, viejo hijo de un camello incontinente?" Mi distinguido marido, el mejor egiptólogo de esta o cualquier época, se había ganado el respeto de los egipcios con los que había vivido durante tantos años, porque los trataba como trataba a sus compañeros arqueólogos. Es decir, maldecía a todos ellos con imparcialidad cuando hacían algo que le molestaba. No era difícil irritar a Emerson. Pocas personas vivían a la altura de sus estándares profesionales más exigentes y el tiempo no había suavizado su temperamento.

—Viene con alguien más —dijo Ramsés.

—Bien, bien -dije—. Qué sorpresa.

El individuo que seguía la estela poderosa de Emerson no era otro que Howard Carter.

Tal vez debería explicar la razón de mi sarcasmo, porque eso era. Howard era uno de nuestros más viejos amigos, un arqueólogo cuya carrera había sido objeto de varios reveses y recuperaciones. Actualmente estaba empleado por Lord Carnarvon para buscar tumbas reales en el Valle de los Reyes. La búsqueda de tumbas reales en el Valle de los Reyes era una de las grandes ambiciones de Emerson, una que no podría cumplir hasta que Carnarvon renunciara a su concesión. Corría el rumor de que su señoría estaba a punto de hacerlo, después de haber llegado a la conclusión, compartida por la mayoría de los egiptólogos, de que el Valle había dado todo lo que jamás daría.

Emerson no compartía esa conclusión. Al final de la temporada anterior había admitido ante mí que creía que había al menos otra tumba real que encontrar: la del poco conocido rey Tutankhamon. Había hecho todo lo posible, sin tener que mentir, para ocultar esta creencia a Howard. Una de las razones por las que habíamos llegado a Egipto mucho antes de lo que era nuestra costumbre era descubrir qué planes tenían Howard y su patrón para la próxima temporada.

Una mirada al rostro expresivo de Emerson me dijo lo que quería saber. A pesar de la cordialidad de sus saludos ruidosos, sus ojos zafirinos estaban apagados, sus labios bien cortados tenían una curva descendente. Carnarvon no había abandonado su concesión.

Sin embargo, Howard Carter no parecía más alegre. Elegantemente vestido como era su costumbre, con un traje de tweed y corbata de lazo, sostenía un cigarrillo en la mano y se dirigió a mí con una reverencia bastante rígida antes de tomar el asiento que indiqué.

—Me alegro de verle, Howard -dije—. Este verano intentamos varias veces comunicarnos con usted, pero sin éxito.

—Lo siento —murmuró Howard—. Estuve entrando y saliendo, ya sabe. Ocupado.

—Me lo encontré por casualidad en la oficina del director —dijo Emerson, que había estado rondando por ese lugar durante dos días. Se sumió en un silencio sombrío. Ramsés me dirigió una mirada significativa y tratamos de revivir la conversación.

—Como nosotros, ha venido pronto este año, Carter.

—Tenía que hacerlo

El camarero se acercó con una bandeja. Con la eficiencia que uno espera en el Shepheard, había notado nuestro número y traía tazas y galletas para todos.

—El área donde quiero excavar es muy popular entre los turistas —continuó Howard—. Quiero acabar de una vez antes de que lleguen con toda su fuerza.

—Ah —dijo Ramsés—. Entonces Lord Carnarvon se ha decidido por una temporada más. Habíamos oído que estaba pensando en renunciar a la concesión.

Emerson hizo un gruñido suave, pero Howard se animó un poco.

—Una temporada más, por lo menos. Le convencí que debíamos examinar ese pequeño triángulo que dejamos sin excavar cerca de Ramsés VI antes de que podamos afirmar que hemos terminado el trabajo que nos propusimos hacer. —Echó un vistazo a Emerson, y añadió—: Tengo que agradecérselo al profesor. Inicialmente su señoría era de la opinión de que una temporada más en el Valle sería una pérdida de tiempo, pero cuando le dije que el profesor Emerson se había ofrecido a hacerse cargo de la concesión y mis servicios, Carnarvon se lo pensó dos veces.

—Por supuesto —dije, consiguiendo no mirar a Emerson—. Bueno, Howard, le deseamos buena suerte y buena caza. ¿Cuando sale para Luxor?

—No en un tiempo. Quiero visitar a los comerciantes de antigüedades. Aunque supongo que no voy a encontrar algo tan notable como la estatuilla que encontraron ustedes el año pasado.

—Dudo que lo haga —dijo Emerson, animándose un poco.

Howard preguntó sobre nuestros propios planes, y le dimos las gracias por permitirnos seguir trabajando en el Valle Occidental, que formaba parte de la concesión de su señoría. Después de terminar el té y que Howard pidiera permiso para retirarse, me giré hacia Emerson.

—No lo digas —murmuró mi marido.

—Emerson, sabes que nunca te he reprochado que no siguieras mi consejo. Te advertí, sin embargo, que hacerle esa oferta a Lord Carnarvon tendría un efecto contrario a lo que esperabas. Dada tu reputación, tu interés iba a inspirar un espíritu de competencia en...

—Te dije... —gritó Emerson. Las personas de una de las mesas cercana se giraron para mirar. Emerson los fulminó con la mirada, y

encontraron otros objetos de interés. Con un visible esfuerzo se giró para mirarme con una sonrisa afligida, dirigida a mí—. Te pido perdón, querida Peabody.

Ese breve momento de genio fue lo más alentador que había visto durante meses. Desde mi casi muerte la primavera anterior Emerson me había tratado como si estuviera todavía en mi lecho de muerte. No me había gritado ni una vez. Era muy exasperante. Emerson nunca es más imponente que cuando está rabioso y echaba de menos nuestras animadas discusiones.

Le sonreí con cariño.

—Ah, bueno, eso es agua pasada. No vamos a discutirlo más. Ramsés, ¿cuándo deben regresar Nefret y los niños de Atiyeh?

Ramsés consultó su reloj.

—Ya deberían estar aquí, pero ya sabe lo difícil que es apartar a los gemelos de sus admiradores en el pueblo.

—Deberías haber ido con ellos —dijo Emerson, todavía en busca de alguien con quien pelearse.

—Tonterías —dije rápidamente—. Selim, Daoud y Fátima fueron con ellos, lo cual era adecuado, ya que querían visitar a sus amigos y parientes. Deberían poder cuidar de dos niños de cinco años.

—Harían falta más de tres o cuatro personas para evitar que Charla hiciera algo dañino, para sí o para otros —dijo Emerson sombrío.

En ese supuesto estaba justificado, ya que su nieta tenía un espíritu más aventurero que su hermano, y un temperamento explosivo. Sin embargo, no fue Charla quien regresó acunada en los brazos musculosos de Daoud. Habíamos regresado a nuestra sala de estar del hotel y cuando Emerson vio a David John flojo como un pez muerto y con la cara verde como un guisante, saltó de su silla con un juramento rotundo.

—¡Infierno y condenación! ¿Qué le pasa al chico? Daoud, te confié a...

—Está borracho —gritó la hermana gemela de David John, sus ojos negros brillantes y sus negros rizos rebotando mientras saltaba arriba y abajo de la emoción—. Los chicos le dieron cerveza y le desafiaron a beber. —Añadió con pesar—: no me dejaron probarla, dijeron que era solo para los hombres.

David John, que era tan rubio como su hermana morena,

levantó una cabeza lánguida.

—Quería saber lo que se siente.

—Bueno, ya lo sabes —dije, por supuesto que yo había diagnosticado de inmediato la causa del malestar del niño—. No se siente muy bien, ¿verdad? Ponle en la cama, Daoud, y que duerma la mona.

—Yo lo haré —dijo Ramsés, tomando el pequeño cuerpo inerte de Daoud, cuyo rostro era la viva imagen de la culpa. Daoud es un hombre muy grande, con una gran cara, por lo que la culpa era extensa. Ramsés le dio una palmada en la espalda—. No fue culpa tuya Daoud. -Por la ligera sonrisa de su boca supe que estaba recordando la época en que él había regresado de la aldea después de una borrachera similar, aunque no en una condición similar. Prudentemente se había librado de todo el licor sobre el suelo de la casa de Selim antes de salir de la aldea.

—¿Selim y Fátima están abajo? —Le pregunté—. Supongo que tenían miedo de subir. Diles que está bien, Daoud. Espero que estuvieras ocupado vigilando a Charla.

—Pero yo fui buena —nos informó Charla. Corrió hacia su madre, que se había hundido en una silla—. ¿Verdad, mamá? No como David John.

No podía culparla por regodearse un poco. Por lo general, era ella quien se metía en problemas.

Nefret acarició los rizos polvorientos de la niña.

—No, no lo fuiste. Trepar a esa palmera no fue una buena idea. Estaba hacia la mitad antes de que Daoud la bajara —nos informó.

—Pero no me he emborrachado, mamá.

—Debes concederle eso -dijo Emerson, riendo—. Ven a darle un beso al abuelo, joven criatura virtuosa.

—Está absolutamente asquerosa, Emerson —dije, agarrando el cuello de Charla mientras se apresuraba a cumplir lo solicitado—. Vamos, Charla, tomaremos un largo baño y el abuelo entrará luego a darte un beso de buenas noches. No, Nefret, quédate sentada. Te ves agotada.

La ventaja de tener a los niños pasando el día con los familiares de Selim y Daoud en el cercano pueblo de Atiyeh era que el asunto por lo general les dejaba tan cansados que se iban a la cama sin una queja. David John ya estaba dormido cuando entregué a Charla a

Fátima, asegurándole a esta última que no considerábamos que hubiera descuidado su deber, y regresé a la sala de estar para reunirme con mi esposo e hijo. Emerson ya estaba sirviendo el whisky.

Debido en parte a nuestra salida anticipada de Inglaterra, nosotros cuatro éramos los únicos miembros de nuestro personal en Egipto. De hecho, éramos los únicos miembros del personal. El mejor amigo de Ramsés, David, nuestro sobrino político, había admitido finalmente que prefería pasar el invierno en Inglaterra con su esposa, Lia, y sus hijos, siguiendo su exitosa carrera como artista e ilustrador. (Lo había admitido bajo presión por mi parte, y pese a las objeciones lastimeras de Emerson). El hermano de Emerson, Walter y su esposa, mi querida amiga Evelyn, que habían estado antes con nosotros, habían abandonado las carreras activas en el campo, el interés principal de Walter era la lingüística, y Evelyn estaba totalmente ocupada siendo abuela. Tenía un buen montón de nietos (para ser honesta, prefiero haber perdido la cuenta del número exacto), de Lia y sus otros hijos e hijas.

Otras personas a las que habíamos esperado contratar la temporada anterior habían resultado ser asesinos o víctimas de asesinato, una ocurrencia bastante común con nosotros, tengo que admitir. Selim, nuestro capataz egipcio, era tan hábil como excavador como la mayoría de los eruditos europeos, y su equipo había aprendido los métodos de Emerson. Sin embargo, en mi opinión, necesitábamos más gente, sobre todo porque estaba decidida a llevar a cabo mi plan de permitirles a Ramsés y Nefret pasar el invierno en El Cairo, en lugar de unirse a nosotros en Luxor. No se lo había propuesto a Emerson por el momento, ya que sabía que le haría aullar. Emerson es devoto de su hijo y su nuera, como ellos con él, pero tiende a considerarlos como una extensión de sí mismo, con las mismas ambiciones e intereses. Los queridos niños nos habían dado un servicio leal durante muchos años, y ahora tenían el derecho de perseguir sus propias carreras.

Supuse que Emerson y yo iríamos a Luxor, aunque no estaba segura. Emerson había vuelto a su irritante hábito de mantener sus planes en secreto, incluso a mí, hasta el último momento posible.

Ese momento, en mi opinión, había llegado.

—Muy bien, Emerson -dije, después de unos tragos refrescantes

de whisky—. Ha llegado el momento. Has tenido varias entrevistas con el director del Servicio de Antigüedades, y ya que no regresaste en un estado de exasperación supremo, supongo que M. Lacau estuvo de acuerdo con tu petición. ¿Qué sitio nos ha asignado?

—Ya lo sabes —dijo Emerson—. Te lo dije antes.

—No, no lo hiciste.

—¿El Valle Occidental? —preguntó Ramsés.

Emerson, que había estado anticipando la prolongación del suspense, pareció disgustado.

—Esto... sí. Muy cierto.

—¿Qué hay de Carter y Carnarvon? -Insistí—. Si su excavación en el Valle Oriental termina con las manos vacías, ¿no querrán ir al Valle Occidental? Forma parte de su concesión.

—Sí, eso es, cuando se den por vencidos en el Valle Oriental, Carnarvon puede decidir terminar la temporada —dijo Emerson—. Si continúan, lo más probable es que sea en la tumba de Amenhotep III. Carter hizo una excavación muy somera allí en 1919. Está en el extremo más alejado del Valle Occidental, lejos de la zona en la que estaríamos trabajando. Hay espacio para media docena de expediciones.

Me aferré a mi idea.

—Tendría más sentido que uniéramos fuerzas con Cyrus Vandergelt en la tumba de Ay. Estamos cortos de personal, y Cyrus tiene...

Un golpe tímido en la puerta me interrumpió.

—Ahora, ¿quién diablos puede ser? —preguntó Emerson—. Estoy listo para la cena. ¿Dónde está Nefret?

—Vendrá aquí directamente —dijo Ramsés—. Quería bañarse y cambiarse.

—Responde a la puerta, Emerson —dije con impaciencia.

El *suffragi* de guardia en el exterior se inclinó y le dio Emerson un trozo de cartón.

—El señor está esperando, Padre de las Maldiciones.

—Puede seguir esperando malditamente bien -dijo Emerson, inspeccionando la tarjeta—. De todas la impertinencia. Es el bribón de Montague, Peabody. No voy a verle.

Emerson rara vez quiere ver a nadie, pero tenía una especial animadversión contra Sir Malcolm Page Henley de Montague. Era

un rico coleccionista de antigüedades, una categoría a la que mi esposo se opone por principios, y un hombre muy irritante por derecho propio. Dudaba que hubiera venido por razones de amistad. Sin embargo, es ventajoso descubrir los motivos de tales personas con el fin de protegernos contra sus maquinaciones.

—Vamos, Emerson, no seas grosero -dije—. No podemos bajar a cenar hasta que Nefret esté lista, por lo que bien podemos escuchar lo que tiene que decir. Hazle entrar, Ali.

Sir Malcolm llevaba un bastón con cabeza de plata, no por el apoyo sino para golpear a los desafortunados sirvientes egipcios que empleaba. Se quitó el sombrero con cuidado de no despeinar su melena de cabello blanco, se inclinó y saludó a todos nosotros a la vez.

—Es bueno verlos de nuevo en Egipto —comenzó.

—Bah —dijo Emerson—. ¿Qué quiere?

—Por favor, tome una silla, Sir Malcolm —dije, frunciéndole el ceño a Emerson—. Estábamos a punto de ir a cenar, pero le podemos dedicar unos minutos.

La puerta, que Ali había cerrado detrás de Sir Malcolm, se abrió de nuevo para admitir a Nefret. Sus ojos se abrieron al ver a nuestro visitante, pero extendió la mano y dejó que se inclinara sobre ella. La mirada de admiración de Sir Malcolm era justificada; ella se veía muy encantadora, aunque el estilo de ese año no era tan bonito como lo había sido en mi juventud. El vestido, de un suave azul que hacía juego con sus ojos, no tenía mangas, solo estrechos tirantes para sujetar un corpiño de cuentas, y la falda llegaba justo debajo de las rodillas. Al menos no había cedido a la moda de cortarse el pelo, sus rizos rojo dorados estaban sujetos en un moño sobre la cabeza.

—Me disculpo por haber venido en un momento inoportuno —dijo Sir Malcolm—. Como sé que al profesor no le gustan las convenciones sociales, iré directo al grano. ¿Puedo preguntarle dónde va a trabajar este año?

—El Valle Occidental de los Reyes —dijo Emerson seco.

—¿No el Valle Oriental?

—No.

—¿Entonces Carnarvon no ha abandonado la concesión?

—No.

Me sorprendió que Emerson no hubiera informado a Sir Malcolm desde el principio que no era (improperio) asunto suyo donde teníamos intención de excavar. Puede controlar su temperamento cuando le conviene, y me di cuenta que, como yo, tenía curiosidad sobre los motivos del caballero.

—Ah —dijo Sir Malcolm—. Daría lo que fuera por tener una concesión en esa área.

Emerson se encogió de hombros y sacó su reloj. Sir Malcolm insistió.

—Creo que usted es de la misma opinión. Intentó persuadir a Carnarvon de que renunciara a la concesión para usted, ¿no?

—Por Dios —dijo Emerson, enrojeciendo—. ¿Es que los rumores no terminan nunca en este negocio? ¿Dónde ha oído eso?

—De una fuente fidedigna, pero necesariamente anónima —dijo Sir Malcolm suavemente—. Vamos, profesor, dejémonos de rodeos. Cree que Carter encontrará una tumba..., específicamente, la de Tutankhamon. Yo también

Emerson devolvió el reloj a su bolsillo y se quedó mirando fijamente a Sir Malcolm. Después de esperar en vano una reacción verbal, Sir Malcolm se vio obligado a continuar.

—Existe evidencia de que dicha tumba existe. Usted lo sabe y yo lo sé. Theodore Davis creyó que la había encontrado, pero estaba equivocado; ese alijo de objetos diversos era claramente materiales sobrantes de la tumba de Tutankhamon La estatuilla que estaba en su poder el año anterior provino obviamente de su tumba. La tumba 55, la única del Valle Oriental del mismo período, está directamente en frente de la zona que Carter quiere investigar.

—Ya sé todo eso —dijo Emerson con impaciencia—. Pero la evidencia, lo que hay, es irrelevante. Carnarvon tiene la concesión y eso es todo.

Sir Malcolm se inclinó hacia delante.

—¿Y si Lacau pudiera ser persuadido para revocarla?

Hubo un momento de silencio. Luego Emerson dijo en voz baja:

—¿Por usted?

—Hay maneras —murmuró Sir Malcolm—. No me la adjudicaría a mí, pero no podría negársela a un excavador de su reputación.

—Suponiendo que pudiera lograr eso —dijo Emerson, tocándose el hoyuelo en la barbilla—. ¿Qué quiere a cambio?

—Solo el derecho de compartir los gastos y las... eh... recompensas —dijo Sir Malcom ansioso.

—Emerson -grité, incapaz de contenerme—. No aceptarás tal inmoralidad.

—Calla, Peabody. —Emerson levantó una mano—. Me parece a mí, Sir Malcolm, que está arriesgando su influencia en una esperanza muy vana. Incluso si existe una tumba, incluso si está en la zona en cuestión, lo más probable es que fuera saqueada en la antigüedad, como todas las otras tumbas reales.

—No se trata tanto de un riesgo financiero —declaró Sir Malcolm. Pensaba que había ganado su caso, sus ojos brillaban de emoción mal disimulada—. Usted, de todos los hombres, sabe que no cuesta casi nada excavar aquí. Los salarios son bajos y uno se puede manejar bastante bien sin un equipo costoso. Carnarvon puede quejarse de conseguir pocos beneficios de su inversión, pero el beneficio no puede medirse en función de los objetos que se encuentre. ¡Es la emoción de la caza, la apuesta!

Por un instante, el rostro expresivo de Emerson reflejó el entusiasmo que había transformado el de nuestro visitante. Luego sacudió la cabeza.

—El beneficio es en términos de los conocimientos adquiridos. Sus protestas serían más convincentes, Sir Malcolm, si no fuera conocido como un coleccionista rabioso. No puedo participar en ese plan. Os deseo buenas noches.

Sir Malcolm se puso en pie.

—Estoy aquí en el hotel y me puede llamar en cualquier momento.

—Buenas noches —dijo Emerson.

Sir Malcolm sonrió, se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

—Oh —dijo, volviéndose—. Casi me olvido. Todo el mundo sabe que usted anda corto de mano de obra este año. Conozco a un tipo bien cualificado que...

—¡Buenas noches! —gritó Emerson.

—Bueno —exclamé, después de que Ali escoltara al caballero fuera—. ¡Qué descaro! ¿Es que ese hombre nunca sabe cuándo dejarlo?

—Es coleccionista —dijo Emerson, en el mismo tono en el que

podría haber dicho es un asesino. —Y todavía está dolido por perder la estatuilla a manos de Vandergelt.

La pequeña estatua de oro, que había estado temporalmente en nuestras manos el año pasado, era sin duda suficiente para inspirar los deseos de cualquier coleccionista. Una imagen exquisita de un rey, que había sido identificado (por nosotros) como la del joven Tutankhamon, robada de su tumba poco después de su entierro por un ladrón cuya confesión había sobrevivido milagrosamente entre los papiros encontrados (por nosotros) en la aldea de trabajadores de Deir el Medina. La tumba de Tutankhamon era una de las pocas que no habían sido localizadas, y la traducción de Ramsés del papiro había llevado a Emerson a creer que aún estaba oculta en el valle real. No era el único que pensaba así, como la oferta de Sir Malcolm demostraba.

—¿Crees que Sir Malcolm realmente tiene tanta influencia? —pregunté.

Ramsés dijo pensativo:

—Es posible. Pero, por supuesto, cualquier colaboración con un hombre como él está fuera de cuestión. Sería arruinar su reputación, padre.

—No soy tan tonto como para no ser consciente de eso —replicó Emerson.

—Además -agregué—, la primavera pasada dijiste que dejarías el asunto en manos del destino. El destino parece haber tomado una decisión. Sería deshonroso hacer algo más.

—No soy tan tonto como para no ser consciente de eso también -dijo Emerson con algo de reproche—. En cuanto a aceptar un miembro del personal recomendado por él, antes contrataría a un... un maldito periodista. ¿De dónde sacó la idea de que necesitábamos más gente?

Estaba a punto de decírselo cuando Nefret se levantó de un salto.

—¡Estoy hambrienta! ¿Vamos a cenar?

Emerson había tenido un día intenso, entre una cosa y otra, así que traté de mantener la conversación de sobremesa ligera y alegre. (Es un hecho bien conocido que las asperezas antes de los alimentos afectan negativamente a la digestión). Encontrar un tema neutral no fue fácil, cualquier mención de la arqueología le recordaría a

Emerson su fracaso en obtener la concesión del Valle, y una discusión de los asuntos de familia podría hacer que empezara a quejarse de la ausencia de David.

Después de que nos retiráramos a nuestras habitaciones me puse mi bata más favorecedora y me senté ante la mesa de tocador para peinarme con mis habituales cien pasadas. A Emerson le gusta ver mi pelo suelto, pero ni siquiera esto le rescató de su estado de ánimo melancólico. En lugar de prepararse para la cama, se sentó en un sillón y sacó su pipa.

—Me gustaría que no fumaras en nuestra habitación —le dije—. El olor se me pega al pelo.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Emerson—. Me gusta el olor del humo de la pipa.

Pero dejó la pipa a un lado sin encenderla. Yo dejé el cepillo y me giré para mirarlo.

—Querido, siento que Lord Carnarvon se negara a cedértela.

—No me lo restriegues —gruñó Emerson.

El asunto era más serio de lo que había supuesto. Se requerían métodos más drásticos. Me acerqué a él y me senté en su regazo, con los brazos alrededor de su cuello.

—Hmmm —dijo Emerson, su adusta expresión aliviándose—. Esto es muy agradable. ¿Qué estás tramando ahora, Peabody?

—¿Siempre debo tener segundas intenciones cuando incito las atenciones de mi marido? De hecho, estaba a punto de darte las gracias una vez más por mantener tu promesa. El año pasado dijiste, cuando estuve tan enferma...

—Que renunciaría a cada maldita tumba en Egipto si te salvabas. -Los fuertes brazos de Emerson me encerraron—. Tienes razón en recordármelo, Peabody. He estado comportándome mal. No cometeré ese error otra vez.

Estaba bastante segura de que lo haría, pero di crédito por las buenas intenciones, y le di algo más también.

DEL MANUSCRITO H

En la medida en que Ramsés estaba preocupado, cuanto más pronto partieran hacia Luxor, mejor. A pesar de su pretensión de desinterés, Emerson obviamente, no tramaba nada bueno. Pasaba más tiempo de lo normal en el Museo y en la oficina de la Dirección de Antigüedades, y cultivaba la atención de Howard Carter de una

manera muy sospechosa. La ciudad en sí tenía una sensación incómoda. La declaración oficial de independencia en febrero no había satisfecho a nadie. El Alto Comisionado, lord Allenby, era vilipendiado por los imperialistas del gobierno británico por dar demasiado poder a Egipto, los nacionalistas egipcios estaban furiosos con Gran Bretaña para exiliar a su reverenciado líder Saad Zaghlul; el rey, Fuad, quería ser un monarca absoluto en lugar de estar sujeto a los límites permitidos por la constitución propuesta. Ramsés estaba contento de que su amigo David no hubiera venido este año. David había estado involucrado con uno de los grupos revolucionarios de antes de la guerra, y aunque su servicio a Gran Bretaña ya le había ganado el perdón, todavía estaba dedicado a la causa de la independencia. Algunos de sus antiguos socios sentían rencor por lo que consideraban la traición a su causa, mientras que otros no querían nada más que implicarle en sus complots y conspiraciones.

Su madre también estaba conspirando. Ramsés empezó a tener una idea de lo que estaba tramando cuando anunció su intención de dar "una de mis populares pequeñas cenas". Había sido una de sus costumbres reunirse con sus colegas arqueológicos poco después de su llegada a Egipto, para ponerse al día en las noticias, como ella decía. La guerra había interrumpido esta agradable costumbre porque muchos de sus amigos estaban en el frente o realizando trabajos para el Ministerio de la Guerra. Cuando anunció sus intenciones Emerson se quejó, pero cedió sin oponer resistencia. Howard Carter iba a ser uno de los invitados.

Cuando se reunieron en el elegante salón comedor del Shepheard fue una especie de shock ver tantas caras nuevas. Los Quibell eran amigos de los viejos tiempos, al igual que Carter, pero muchos de los invitados eran de la nueva generación. Entre ellos se encontraba Suzanne Malraux. Había venido sola, y cuando la vio de pie en el umbral Ramsés fue a darle la bienvenida. Era una cosita pequeña, con grandes ojos azules saltones y cabello rubio plateado tan fina que la más leve brisa lo levantaba alrededor de su pequeña cabeza. A Ramsés le hacía pensar en un león sorprendido. Le presentó a su esposa y a sus padres. El saludo de Nefret fue cálido, debía haber tomado la vacilación de Suzanne por timidez, y siempre hacía todo lo posible por alentar a las mujeres jóvenes

profesionales. Era muy consciente de las dificultades a las que se enfrentaban, después de los problemas que ella misma había tenido para obtener su título de médico y al abrir el hospital de mujeres en El Cairo. Su madre fue agradable, pero menos efusiva. Después de someter a Suzanne a una mirada escrutadora, atrajo a la chica a un lado y comenzó a hablar de sus estudios con Petrie.

Ella también logró tener conversaciones privadas con algunos de los otros invitados más jóvenes, y Ramsés comenzó a preguntarse qué estaba tramando. Su padre estaba demasiado ocupado con sus viejos amigos para darse cuenta. Emerson se oponía a los compromisos sociales de su mujer por norma general, pero luego pasaba un buen rato rugiendo una vez que estaban en ello. En definitiva, fue un acontecimiento de éxito, con champán fluyendo libremente así como las lenguas.

Al día siguiente, Ramsés consiguió encontrar a su madre sola. Había tomado el bordado de nuevo, y estaba apuñalado un sucio pedazo de tela cuando se unió a ella en la sala de estar. Dejándolo a un lado con evidente alivio, le invitó a sentarse.

—Una noche agradable, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí.

—Tu padre se quedó impresionado con la señorita Malraux. Pensé que ella se levantaría ante su admirable interrogatorio.

—No es la tímida violeta que creía que era -admitió Ramsés—. Venir sola requirió no poco coraje.

—Fue una declaración de su deseo de ser juzgada por sí misma, sin la ayuda de un hombre. A Nefret también le gustó.

—Sí. Madre, está tramando algo de nuevo. ¿Qué es esta vez?

—Hay una muy bonita casa en alquiler en Roda. Dispone de un gran jardín, dependencias de servicio, hasta un cuarto para niños.

—Ya veo. —Lo único que se preguntaba era por qué no lo había previsto. Observándole, ella cogió el bordado de nuevo y esperó.

—¿Ha alquilado el lugar? —preguntó.

—Dios mío, no, nunca me atrevería a hacer eso sin tu aprobación ni la de Nefret.

—Madre...

—Mi querido muchacho. —Se inclinó hacia delante y lo miró con esos ojos grises acerados—. Es hora de que los niños vayan a la escuela. Hora de que Nefret continúe su trabajo en el hospital. Hora

de que tú... esto... te concentres en tu interés por la filología. Varios de los jóvenes que conocimos anoche estaban admirablemente cualificados, incluyendo a la señorita Malraux. Nunca podríamos reemplazaros, pero se merecen una oportunidad y vosotros dos os merecéis la oportunidad de perseguir vuestras propias carreras.

—¿Ha abordado este plan con padre? -Los pensamientos de Ramsés eran un torbellino. Tenía una idea bastante clara de cómo iba a reaccionar Nefret. Echaba de menos el hospital y la posibilidad de practicar la cirugía, y aunque adoraba a sus padres, su presencia constante tenía que ser a veces una carga. En cuanto a él...

—No lo sé —dijo lentamente—. Sería un cambio. Tengo que acostumbrarme a la idea.

—Habla de ello con Nefret. No es necesario decidirlo de inmediato. Es pronto en la temporada y siempre hay casas para alquilar. —Alisó el trozo de bordado y frunció el ceño—. Y me puede llevar un tiempo convencer a tu padre.

—Al menos podemos empezar la temporada como de costumbre —dijo Ramsés.

—En Luxor, ¿quieres decir? —Sonrió con perfecto entendimiento—. Por supuesto. Querrás volver a tus viejos refugios y tus viejos amigos.

—A los niños no les gustará vivir en El Cairo.

—Supongo que al principio no. Se han acostumbrado a ser el centro de su pequeño universo, no tan pequeño —se corrigió—. Ya que incluye la mayoría de Luxor. Están mimados. El cambio será bueno para ellos.

Emerson podría haberse quedado en El Cairo si dos eventos adversos no le hubieran hecho cambiar de opinión. El primero ocurrió cuando toda la familia fue a Giza a pasar el día. La temporada turística apenas había comenzado, y el sitio estaba relativamente vacío, pero ofrecía innumerables oportunidades para que un niño aventurero se metiera en problemas, con sus pozos de tumbas abiertas y pirámides tentadoramente escalables. David John, que estaba desarrollando un gusto por la egiptología, se pegó a su abuelo, salpicándole con preguntas, mientras que el resto de ellos trató de mantenerse cerca de los talones de Charla. Se necesitaron tres personas.

—Deberíamos haber traído a Fátima —dijo Ramsés a su madre, después de haber arrancado Charla del primer escalón de la Gran Pirámide. No podía imaginar cómo había llegado hasta allí, solo le había dado la espalda un minuto, y los bloques escalonados tenían casi un metro de altura.

—Fátima ya no es una mujer joven —dijo su madre—. No puede seguir el ritmo de Charla. Charla, no subas a la pirámide. Es peligroso.

—Entonces me llevas arriba —suplicó Charla, envolviendo los brazos alrededor de la cintura de su padre. Sus grandes ojos negros, rodeados de largas pestañas, eran difíciles de resistir, pero Ramsés sacudió la cabeza. La idea de ser responsable de su inquieta hija en esa empinada subida de ciento veinte metros le puso el pelo de punta.

—Cuando seas mayor, tal vez.

Regresaron a tiempo para el té y entregaron los niños a Fátima para un lavado intensivo. Ramsés y Nefret estaban a punto de seguir su ejemplo cuando su madre entró en la habitación sin ni siquiera llamar.

—Disculpadme —dijo ella, al verlo sin camisa y a Nefret desatándose las botas—. Pero esto es importante. Nuestras habitaciones han sido registradas. ¿Y la vuestra?

Ramsés miró impotente alrededor de la habitación. Nefret se quitó las botas y se dirigió al escritorio.

—Él no se daría cuenta a menos que movieran sus preciosos papeles -dijo—. Creo que... Sí, madre, alguien ha estado registrando este cajón. El revestimiento de papel está torcido y mi ropa interior no está doblada tan pulcramente.

—Tal vez fue la doncella —sugirió Ramsés. Su madre era propensa a las fantasías melodramáticas.

—Las doncellas no abren cajones -dijo su madre—. ¿Falta algo, Nefret?

—No lo creo. —Abrió el joyero—. Todo está aquí. ¿Y a usted, madre?

Su madre se sentó y cruzó las manos.

—Emerson, por supuesto, afirma que le faltan varios papeles importantes, pero siempre está perdiendo cosas.

Ramsés había revisado los documentos apilados en su escritorio.

—No falta nada. Pero tiene razón madre, alguien los ha revisado. Buscando algo, ¿qué supone?

—Algo lo suficientemente pequeño para ser escondido bajo el forro de un cajón o en medio de las prendas... eh... personales. Eso sugiere una carta o papel.

—No me puedo imaginar qué podría ser —dijo Nefret—. No ha recibido ningún mensaje extraño o cartas amenazantes, ¿verdad, madre?

—Ni siquiera un misterioso mapa del tesoro. Dios mío, qué raro. ¿Podría haber sido Sir Malcolm?

Ramsés se había vuelto a poner la camisa. Estaba claro que su madre no tenía la intención de dejarlo de inmediato, sus ojos brillaban y tenía el ceño fruncido meditabunda.

—No hay razón para suponer eso —dijo Ramsés—. Usted solo quiere sorprenderlo haciendo algo ilegal.

—Sí, por supuesto. Sé que fue el responsable de varios trucos sucios el año pasado, aunque no fui capaz de pillarle en nada. - Parecía inmensamente satisfecha de sí misma de utilizar esa jerga moderna.

Ramsés simpatizaba con sus sentimientos, tampoco confiaba en Sir Malcolm, pero se sintió obligado a protestar.

—¿Qué podría esperar encontrar? Padre no tiene ninguna información secreta sobre... —Un horrible pensamiento le golpeó—. ¿La tiene?

—Si es así, lo ha ocultado muy bien. —Su madre ni siquiera pareció avergonzada por esta confesión implícita. En su opinión, Emerson no tenía derecho a ocultarle nada, así que ella tenía derecho a utilizar todos los medios posibles para descubrir lo que escondía—. Vamos a ver con qué tipo de información puede contribuir Ali.

El *suffragi* no pudo aportar nada. No había visto a nadie entrar o salir de sus habitaciones. Esto demostró únicamente que el hipotético intruso había sido lo suficientemente prudente para evitarlo. Ali tenía un número de personas a su cargo y estaba frecuentemente ausente de su puesto atendiendo sus peticiones.

Después de que sus documentos “perdidos” hubieran sido localizados por su exasperada esposa, Emerson no estaba dispuesto a tomarse el asunto en serio. Fue el segundo incidente el que le

convenció. Ante la petición enérgica de Nefret, el grupo partió hacia Luxor a los pocos días.

La solicitud siguió a la fuga de Charla del hotel en compañía de Ali, el *suffragi*. Habían sido vistos saliendo del hotel, pero nadie sabía a dónde habían ido después. Caía la tarde cuando la pareja culpable regresó. Charla estaba indescriptiblemente sucia, manchada de sustancias azucaradas y no parecía en absoluto arrepentida. Ali, que, evidentemente, había empezado a tener dudas acerca de su seducción, se escondió en un armario de la limpieza, del que Ramsés le arrastró por el cuello.

—No está herida —dijo la abuela de Charla, sosteniéndola con el brazo extendido.

—Ali no dejaría que nadie me hiciera daño —gritó Charla—. Solo hizo lo que le dije. Fuimos al *suk* y un buen hombre me dio dinero y compramos todo lo que yo quise.

—Buen hombre —repitió Ramsés—. ¿Cuál era su nombre?

—Me dijo que era un amigo del abuelo.

No podía recordar su nombre ni su aspecto. Al ser interrogado Ali solo pudo decir que estaba vestido como un *howadji*, y que tenía canas.

—El Padre de las Maldiciones tiene muchos amigos -insistió—. Le conocía, preguntó por toda la familia.

El arrepentido Ali se fue con una severa advertencia, ya que, como Nefret señaló, era principalmente culpa de Charla.

—Ella se aprovechó de manera despiadada de su cariño por los niños y su temor a la familia del Padre de las Maldiciones. Vamos a Luxor tan pronto como sea posible. Es más fácil seguir el rastro a los gemelos cuando están en su propia casa.

—Donde las ventanas tienen barras y toda la familia conoce sus pequeños trucos -acordó Ramsés.

Fátima, que no había soltado a David John desde que su hermana despareció, dejó escapar un gemido sentido de acuerdo. Oficialmente, era el ama de llaves, no la niñera, y aunque Ramsés no sabía su edad exacta, ya no era una mujer joven. Se necesitaban varias personas en la flor de la vida para mantener el ritmo de los gemelos.

La casa de Kent había sido su base inglesa desde hace muchos años, sus jardines de rosas amorosamente cuidadas por su madre, sus

terrenos acosado por los descendientes de los gatos que habían llevado de Egipto. Sin embargo, en un sentido, regresar a Luxor era volver a casa. Sin duda, lo era para su madre. Si el hogar es donde está el corazón, como ella seguía observando, el suyo estaba en las ruinas de la ciudad imperial del antiguo Egipto. A excepción de breves intervalos en otros sitios, este era... trató de recordar... su vigésima tercera temporada en Tebas. ¿O era más? Pensó sentimentalmente que ella había envejecido aquí, aunque él nunca habría usado esa palabra. Se había construido una casa, y otra para Nefret y para él, había hecho amigos y los había perdido, descubierto tesoros y excavado a través de toneladas de arena. No era lo mismo para él, pero cuando bajaron del tren sintió una oleada de... bien, llámalo satisfacción.

Su progreso habitual por las calles de Luxor se vio frenado por los saludos de viejos amigos y algunos viejos enemigos. El sol estaba alto en un cielo sin nubes cuando llegaron a la orilla del río. El Nilo fluía rápido y caudaloso, había llegado a la etapa máxima de inundación y pronto estaría remitiendo, sin embargo, gracias a los diques y presas modernas, ahora se controlaba el caudal para que hubiera suministro de agua durante los meses secos de verano. La temperatura era desagradablemente caliente para octubre, y Emerson, que tenía la constitución de un camello, fue el único que no siguió secándose el sudor de su rostro. Los gemelos estaban fuera de sí de la emoción, y nos llevó a todos los adultos evitar que se cayeran al agua.

Dejando su equipaje en las manos dispuestas de hombres que esperaban en la orilla oeste, se acomodaron a lo largo del camino que conducía a través de cultivos y el desierto. La casa que su madre había hecho construir tenía un aspecto cómodo, con vides verdes y rosas en flor enmarcando las ventanas arcadas de la galería. El jardín que había atendido con tanta determinación formaba otro pedazo de verde detrás y a un lado, a través de los árboles podía ver las paredes de su propia casa. Cada ladrillo y cada flor era creación de su madre, no era de extrañar que ella la quisiera.

Los saludos del personal de la casa llegaron a sus oídos, pero el primero en saludarles fue la perra Amira, quien se arrojó a los pies de los gemelos, gritando con entusiasmo. Ramsés había creído (y

esperado) que no creciera más, pero lo había hecho, y después de un verano de mimos era elegante, bien alimentada y casi tan grande como una leona. El Gran Gato de Ra no creía en las demostraciones vulgares de emoción. Les esperaba dentro de la casa y mostró su disgusto por su ausencia sentándose dándoles la espalda, ignorándolos ostensiblemente durante varias horas balanceando la cola. Sus otros gatos por lo general habían viajado con ellos, pero el Gran Gato de Ra había dejado claro que no le gustaban los viajes, ya fuera por mar o tierra.

Cuando llegó la bandeja del té, decidió pasar por alto sus pecados y se sentó a los pies de Ramsés. A veces había sándwiches de paté de pescado.

Se habían reunido en la terraza, como era su costumbre, contemplando el suave resplandor de los acantilados del este. Las luces empezaban a parpadear en Luxor, al otro lado del río y la larga extensión de tierra arenosa frente a la casa estaba desierta a excepción de unas pocas formas oscuras de los pobladores locales camino a casa desde los campos. Incluso los gemelos estaban retraídos, tras haberse agotado jugando con la perra y corriendo de una habitación a otra para asegurarse de que todo estaba donde lo habían dejado. La paz de Luxor, pensó Ramsés, y luego sonrió para sus adentros. Su paz había sido perturbada a menudo, a veces con violencia.

Recordó a uno de los perturbadores más flagrantes de la paz y preguntó:

—¿Dónde está padre?

Su madre estaba sirviendo el té. Le entregó una taza antes de contestar.

—Se ha escabullido, uso la palabra intencionadamente, fuera de la casa poco después de nuestra llegada, ignorando mi cortés petición de que pusiera sus papeles y libros en orden. No sé a dónde ha ido.

Ramsés entregó la taza a Nefret y volvió para conseguir una para sí mismo.

—Se puede suponer, sin embargo —dijo.

Cuando Emerson se presentó, media hora tarde para el té, no negó la acusación.

—Claro que sí —dijo inocentemente—. Fui al Valle Oriental

para un rápido vistazo.

—¿Qué estabas buscando? —le preguntó su esposa.

—Nada en particular, Peabody. Nada en particular.

—Supongo que querrás ir al Valle Occidental mañana.

—¿Cuál es la prisa? —preguntó Emerson, que siempre la tenía —. Vandergelt no estará aquí hasta dentro de unos días, debemos consultar con él antes de comenzar. Es su concesión, después de todo. —Se movió inquieto bajo la mirada fija de su esposa y continuó—: Pensaba pasar un poco de tiempo poniendo el automóvil en funcionamiento, Selim cree que ha diagnosticado el problema, ha traído varias piezas nuevas de El Cairo. Es decir, si no tienes objeción, querida.

—¿Qué posible objeción podría tener? Aparte del hecho de que Selim es nuestro *reis*, a cargo de las excavaciones, no un mecánico, y el hecho adicional de que un automóvil tiene una utilidad limitada aquí.

El automóvil había sido la manzana de la discordia entre ellos desde el principio. Su razonamiento fue bien recibido, había pocos caminos utilizables en la Orilla occidental, pero su principal objeción era que Emerson no sabía absolutamente nada sobre el funcionamiento interno del vehículo, pero tenía la impresión errónea de que sí. Estaba preparada para una discusión, las mejillas encendidas y los ojos acusadores, pero Emerson se negó a ser provocado.

—No dejaré que interfiera con nuestro trabajo, Peabody. Vamos, mi amor —prosiguió, con una de sus sonrisas más ganadoras—, sabes que siempre pasamos un poco de tiempo familiarizándonos de nuevo con nuestros sitios favoritos y determinando lo que ha ocurrido desde la última vez que estuvimos aquí. ¿No tienes un poco de curiosidad sobre ese pequeño triángulo que Carter se propone excavar?

—La curiosidad no es uno de mis defectos, Emerson. Sin embargo, dado que estás tan decidido, ¿quién soy yo para interponerme en tu camino?

Los ojos de Emerson brillaron. Reconocía la hipocresía cuando la oía.

—Nos tomaremos un día -declaró—. Nos llevaremos a los chiquillos. Os gustaría ver el Valle de los Reyes de nuevo, ¿no es

cierto, queridos míos?

Acarició la rizada cabeza de Charla, una familiaridad que ella no permitía a nadie más. Asintió con entusiasmo, visualizando, su padre estaba seguro, una gran cesta de picnic. David John también estuvo contento de manifestar su acuerdo.

Formaron una imponente caravana cuando partieron a la mañana siguiente, los niños en sus burros favoritos y los adultos a caballo. Dejando a sus monturas en el parque de burros a la entrada, pasaron la barrera de la zona arqueológica. El Valle Oriental no era un solo cañón, sino una red de ellos, con pequeños *wadis* que salían a cada lado de la vía principal. Limitado por todos lados por altos acantilados y las colinas de escombros rocosos regados por la lluvia o desechados por excavadores antiguos y modernos, era un desierto sin agua que una vez había contenido tesoros inimaginables. A ambos lados, las aberturas rectangulares de las tumbas reales del Imperio estaban abiertas y abandonadas, robados los ricos ajuares funerarios que habían sido destinados a proporcionar a los reyes muertos todos los lujos que habían disfrutado en vida. Solo los restos tentadores de sus armaduras doradas y enjoyadas habían sobrevivido.

Para comodidad de los turistas el suelo una vez desigual de los *wadis* había sido suavizado, y el acceso a las tumbas más populares era más fácil. Algunas incluso estaban iluminadas por las luces eléctricas, proporcionadas por un generador en una de las sepulturas. Los turistas traían dinero, no solo para el Departamento de Antigüedades, sino para los dragomanes y guías que se ganaban la vida con ello, pero Ramsés a veces lamentaba los viejos tiempos, cuando los visitantes tenían que trepar por las superficies de roca irregulares y llevar velas a las profundidad de los pasajes de las tumbas. Una cosa no había cambiado: por encima del valle se alzaba el pico en forma de pirámide que representaba a la diosa Mertseger, "la que ama el silencio". Las poderosas pirámides de los reyes de antaño yacían vacías y violadas cuando los reyes de Tebas decidieron abandonar la ostentación a favor del secreto, ocultando sus lugares de enterramiento en lo profundo de los acantilados y construyeron templos en otro lugar para servir a sus cultos funerarios. Emerson creía que la forma de la montaña sirvió como sustituto de la pirámide, un símbolo del dios del sol y de la

supervivencia después de la muerte.

—Ves la ventaja de salir temprano en la temporada —declaró Emerson—. No hay muchos malditos turistas. Charla, quédate conmigo. No puedes vagar sola.

Los turistas eran menos numerosos de lo que serían más tarde, pero había bastantes. Observaron nuestra pequeña procesión con abierta curiosidad y un murmullo de comentarios susurrados siguió nuestro progreso. Dragomanes y guardias rodearon a los gemelos, riendo de placer cuando los niños devolvieron sus saludos en un árabe tan fluido como el suyo. Ramsés no tenía que preocuparse de llevar a uno o a ambos, una docena de manos dispuestas alcanzaron a Charla cuando ella agitó las pestañas y declaró que estaba cansada.

—No está cansada —dijo David John, disgustado, mirando a su hermana ser izada al hombro de un dragoman radiante—. Simplemente le gusta estar muy por encima del resto de nosotros.

Ramsés consideró más prudente ignorar esta valoración. John David, después de haber expresado su opinión, no siguió. Metió la mano en la de su padre.

—Recuérdame, si quieres, la posición relativa de las tumbas en esta zona —pidió.

Divertido por el contraste entre el tono alto de voz y el discurso pedante, Ramsés respondió:

—¿Recordarte? No has estado aquí muchas veces, David John. ¿Qué es lo que recuerdas?

—Naturalmente, he estudiado los mapas y los libros, papá. Esa, creo, es la entrada a la tumba 55, en la que trabajaste la pasada temporada. Una excavación frustrante.

La entrada había sido rellenada, como era la costumbre de Emerson al terminar la excavación. Solo una superficie irregular de arena y guijarros marcaba el lugar. Ramsés obediente indicó otras tumbas cercanas, Ramsés IX y otro lado del camino, en la ladera, la de otro Ramsés oscuro, galardonado con el número seis por los historiadores modernos.

—Sin duda hay todavía mucho que hacer aquí —dijo su hijo juiciosamente—. ¿Qué está mirando el abuelo con tanta atención?

—Los restos de las cabañas de los obreros. No es muy impresionante, ¿verdad?

No eran nada más que un montón aparentemente al azar de piedras. Solo un ojo experto lo habría reconocido como el alojamiento temporal de los hombres que habían trabajado en las tumbas reales cercanas, o entendido, como Ramsés estaba empezando a hacer, por qué Emerson lo miraba con tanto interés.

Charla se había adelantado a los otros, instando a su portador sonriente con gritos de alegría. Su abuela chasqueó con desaprobación.

—Ramsés, se está convirtiendo en una pequeña esclavizadora. Haz que pare.

Emerson también había observado la situación, y para cuando Ramsés llegó donde su hija, su padre ya la había cogido en brazos y le estaba dando un sermón tanto a Charla como al hombre que la llevaba.

—Te dije que no te alejaras del resto de nosotros —dijo con severidad—. Y tú... ¿cómo te llamas? No te conozco.

Ramsés tampoco conocía al hombre, era un tipo alto y fornido con una cara estrecha y la mandíbula prominente.

—Mahmud, Padre de las Maldiciones —dijo rápidamente—. He venido aquí desde Medamud porque escuché que contrataría trabajadores. Tengo dos esposas y trece niños, y...

—Sí, sí —dijo Emerson—. Ve donde mi *reis*, Selim. Le conoces, por supuesto.

—Todos los hombres conocen a Selim, Padre de las Maldiciones. Muchas gracias.

Charla se impulsó a los brazos extendidos de Emerson. Él la dejó en el suelo.

—No te va a hacer ningún daño caminar un rato -declaró—. Toma mi mano.

—Era un buen hombre —dijo Charla, impenitente—. Corrió muy rápido cuando se lo pedí

—No debes tratar a las personas como bestias de carga —dijo Ramsés—. Espero que le dieras las gracias adecuadamente.

Charla miró a su alrededor, pero el buen Mahmud ya no estaba a la vista.

Tomaron el almuerzo picnic en la boca de una tumba vacía, y luego regresaron a casa. La piel blanca de David John se estaba poniendo de color rosa, a pesar del sombrero que su madre insistía

que llevara, y los dos niños estaban decaídos por el calor. Se consideraban demasiado mayores para las siestas por la tarde, pero fueron receptivos a la idea de una hora tranquila en su habitación. Nefret fue a su clínica, la noticia de su llegada se había extendido, y habían aparecido varios pacientes. La suya era la única clínica en la Ribera Occidental, y Nur Misur, Luz de Egipto, como se llamaba a Nefret, se había ganado el respeto cariñoso de los aldeanos. Algunos de los hombres más viejos todavía preferían los conocimientos médicos (y mágicos) de su suegra, quien decidió acompañarla. Ramsés se encontraba solo en la terraza con su padre.

—Extraño, eso —dijo.

—¿El útil Mahmud? —Emerson le señaló una silla y sacó su pipa.

—Tendría que haber sabido que usted también se lo preguntaría.

—Me pregunto una serie de cosas. —Emerson se giró para mirar el camino a la pequeña caseta que habían construido el año anterior. Era una humilde vivienda de adobe, diseñada para desalentar a los visitantes no invitados. Wasim, el hombre de guardia ese día, estaba en cuclillas ante la puerta abierta, fumando tranquilamente su pipa de agua.

—Tuve unas palabras con Wasim —siguió Emerson—. Pensé que parecía demasiado satisfecho de sí mismo, y admitió francamente haber conseguido una pequeña cantidad de propina de un tipo que hacía preguntas sobre los recientes visitantes.

—¿Un hombre llamado Mahmud?

—La descripción no coincide. Wasim dijo que hablaba árabe con fluidez, pero con un acento extraño.

—Extraño -repitió Ramsés—. ¿Qué le contó Wasim?

—La verdad, Padre de las Maldiciones. Que no hemos tenido visitantes desde que llegamos.

—Estamos siendo vigilados.

—Eso parece —coincidió Emerson—. Gente merodeando por los alrededores de la casa a extrañas horas anoche.

—¿Lo ha notado también? Tuve la tentación de salir y perseguirlos, pero...

—Pero no estaban haciendo nada ilegal —finalizó Emerson—. De momento. Esto arroja más una nueva luz sobre la afirmación de tu madre de que registraron nuestras habitaciones en El Cairo.

—¿Y el amable Mahmud?

Emerson frunció el ceño.

—No esperaría poder llevarse a la niña, no con tanta gente alrededor.

—Pero podría haberle hecho las mismas preguntas que el otro hombre hizo a Wasim. Ella es una criatura habladora.

—¿Te contó sobre que charlaron?

Ramsés rió.

—Esa es la desventaja de la charlatanería de Charla. Ella no contesta a las preguntas, ni siquiera las oye. Suelta su monólogo. De todos modos, no hemos tenido ninguna visita.

—Es cierto.

—Todo es muy tenue, padre. Una posible búsqueda en nuestras habitaciones, un desconocido haciendo preguntas posiblemente inofensivas a Wasim, un intento no probado de interrogar a Charla.

—Dos de tales intentos -corrigió Emerson—. Nunca identificamos el buen hombre que le dio dinero en el *suk*.

—Puede que estemos dejando que nuestra imaginación se desboque.

—Es posible. —Emerson mordió la boquilla de la pipa—. Más vale prevenir que curar, sin embargo, como diría tu madre. Si hay alguna base para nuestras sospechas, los sospechosos tendrán que intentar algo más directo, tarde o temprano Por el momento solo podemos esperar y ver, hay demasiadas posibilidades para permitir la especulación. —Emerson rio entre dientes—. Tal vez es Howard Carter, sospechando de mí en su concesión.

No fue sino hasta la tarde del día siguiente que la predicción de Emerson resultó ser correcta. Sin embargo, el mensaje no fue de Howard Carter.

—La vieja carta anónima familiar —dijo Ramsés, hojeando el papel que su padre le entregó—. ¿Sabe madre algo de esto?

—Por Dios, no. Y no debe saberlo. Insistiría en venir con nosotros.

—¿Se refiere a responder? Esta es una invitación abierta a una emboscada, padre.

—Es una invitación a una solución —replicó Emerson—. Estoy cansado de subterfugios y misterios. No puedo concebir ningún peligro que los dos no podamos manejar.

El elogio implícito era tan halagador que Ramsés abandonó sus medio objeciones. Emerson era un ejército en sí mismo, pero como el dicho decía: “un amigo no deja la espalda de un amigo al descubierto”, se limitó a decir:

—¿Cómo propone alejarse de madre y Nefret?

—Hummm. —Emerson frunció el ceño—. Eso sí presenta una dificultad. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Podríamos intentar decirles la verdad.

—Por Dios, ¿hablas en serio? —Emerson lo pensó—. Es un nuevo enfoque, en todo caso.

Para sorpresa de Ramsés, tuvo éxito. Emerson esperó hasta después de la cena para darle la noticia. Su esposa también se había dado cuenta de la vigilancia a la que habían sido sometidos o eso declaró. (Siempre decía saberlo todo, y ¿quien tendría la osadía de llamarla mentirosa?) En este caso se trataba de un error táctico, del cual Emerson tomó ventaja inmediata.

—El tipo no me dijo que fuera solo, pero podemos suponer que no aparecerá si aparecemos al completo. Te lo digo en confianza, Peabody y, Nefret, porque sabes que es verdad. Confío en vuestro buen sentido, como vosotras debéis confiar en el mío.

—Bah —dijo su esposa. Ella había sacado su bordado, y en su agitación se clavó una aguja en el dedo. Chupándolo, dijo—: Nefret, ¿qué te parece?

—No me gusta ni un poco, madre. Pero...

Su voz se apagó.

—Piensa en los niños —dijo Emerson—. Si no respondemos, estas personas pueden ir tras ellos después

Ella había pensado en eso. Sus ojos estaban muy abiertos y las mejillas un poco más pálidas que de costumbre. Era el único argumento que podría haberla convencido, pero su angustia era tan evidente que Ramsés no podía dejar de protestar.

—Ese es un truco bajo y solapado, padre. Los niños se encuentran ampliamente protegidos.

—Cualquier guardia puede ser evitado —dijo su madre—. Y Charla está demasiado inclinada a confiar en una cara amable. Nefret, creo que debemos dejarlos ir y nosotras quedarnos, en la remota posibilidad de que esto sea un truco para sacarnos de la casa.

Emerson se quedó boquiabierto. Ella estaba un paso por delante de él, como de costumbre.

—Venga, Peabody —comenzó.

—Oh, no creo ni por un momento que tal cosa vaya a pasar —dijo en tono tranquilizador. De hecho, estaba medio esperando que pasara, tenía las manos apretadas como si rodeara la empuñadura de un arma, y sus labios estaban curvados en una pequeña sonrisa.

—Adelante entonces, tú y Ramsés. Y por el amor de Dios no te comportes tontamente.

—Eso no funcionó como yo esperaba —murmuró Emerson, mientras él y Ramsés se dirigían hacia la orilla del río—. Crees que hay una posibilidad...

—No, padre, no la hay. Vamos a terminar con esto.

El hijo de Daoud, Sabir, les llevó al otro lado de la orilla oriental. Emerson le dijo que esperara, y se dirigió hacia el punto de encuentro, junto a la entrada del templo de Luxor. La puerta estaba cerrada, pero una luz cercana mostró la forma del hombre tal y como les habían dicho que esperaran, con una *galabbiya* y el característico pañuelo de rayas rojas sobre los hombros. Tan pronto como estuvo seguro de que le habían visto comenzó a alejarse del templo.

—¿Le atrapamos? —preguntó Ramsés.

—No, no. No puede ser el único implicado. Espera hasta que podamos poner las manos sobre el resto. —Emerson cerró los dientes con un chasquido.

Siguieron la forma fugaz de su guía a través de las calles de las zonas turísticas, más allá del Luxor Hotel, donde los faroles de colores se balanceaban en los árboles del jardín, y por los callejones de la ciudad. Ramsés se acercó a su padre.

—Esto empieza a parecer una mala idea —dijo en voz baja.

—Todo lo contrario —Emerson no se molestó en bajar la voz—. Cuanto más insalubre sea el entorno, mayor es la probabilidad de que ocurra algo interesante.

—¿Está armado?

—¿Yo? Por Dios, no. ¿Por qué debería estarlo?

Se tambaleó. Ramsés le cogió por el brazo. Su visión era mejor que la de su padre, y había muy poca luz aquí. La forma delante de ellos era tan insustancial como una sombra, desapareciendo y

reapareciendo cada vez que un rayo de luz de luna se abría paso en el estrecho callejón. Entonces pareció desvanecerse en la oscuridad, y se fue.

Emerson se detuvo.

—¿A dónde ha ido?

Ramsés sacó su linterna del bolsillo. Su luz no pudo localizar a su guía, o a cualquier otra persona. Los edificios a ambos lados eran tiendas pequeñas, cerradas por la noche. Algunas tenían cuartos para vivir arriba, pero no se veía ninguna luz. Las ventanas y las puertas tenían barras. Justo delante una forma negra indicó una puerta abierta.

—Ah —dijo Emerson, y siguió adelante antes de que Ramsés pudiera detenerlo. Atrapó a Emerson en la puerta y apuntó su linterna a la habitación de más allá. Al principio no vio nada que causara alarma, un mostrador, estantes con alimentos enlatados y envasados, cajas de lechuga marchita y lentejas secas, bolsas abiertas con alimentos básicos como harina y azúcar, unos taburetes.

La puerta se cerró a su espalda y lo lanzó contra Emerson, que se tambaleó hacia delante, golpeando contra un taburete.

—Alto ahí —ordenó una voz en árabe—. Apaga la luz.

Ramsés no se molestó en darse la vuelta. Podía sentir su presencia detrás de él, dos hombres, no, tres. Y la puerta se cerró con un deprimente sonido sólido.

—No la apagues —ordenó Emerson.

—No, señor —dijo Ramsés, que no había tenido la intención de hacerlo.

Había otros tres hombres detrás del mostrador. Estaban embozados en largas túnicas y llevaban turbantes enrollados alrededor de la cabeza y caras ocultando todo salvo sus ojos. Uno de ellos se estremeció y se llevó una mano a la frente cuando la luz de la linterna lo encontró.

—Apágala -repitió—. Aquí hay suficiente luz.

Encendió una cerilla y luego una lámpara, un cuenco lleno de aceite con una mecha flotante. Alzándolo, salió de detrás del mostrador, quedando a una distancia segura, y les hizo una seña a un lado.

—¿Ahora? -preguntó Ramsés en inglés.

—Podemos descubrir de qué se trata todo esto. No tiene sentido iniciar una pelea si no tenemos que hacerlo. —Retrocediendo, Emerson continuó en árabe—. ¿Es dinero lo que queréis?

El líder escupió en el suelo.

—Se nos ha pagado. Queremos información. Ningún daño les ocurrirá si nos lo cuentan.

El hombre no era un buen estratega, pensó Ramsés. Él y su padre estaban en una mejor posición con la espalda contra la pared, o más bien, contra la variada colección de artículos que colgaban de ganchos o varios sacos llenos. Los seis se enfrentaban a ellos en un semicírculo. No había señales de armas de fuego, pero los seis tenían cuchillos.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti para no hacernos daño? —Preguntó Emerson. Su voz tembló un poco.

Ramsés sonrió para sus adentros. El hombre tenía que ser un tonto si creía que el Padre de las Maldiciones podría ser intimidado tan fácilmente.

Él no era tonto, ni tampoco los demás. Se mantuvieron firmes y la voz del líder se endureció.

—No juegues conmigo. ¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Emerson con curiosidad.

—¡Ya lo sabes! Habla o mi cuchillo beberá la sangre de tu corazón.

—Eso es una tontería —declaró Emerson—. ¿Qué bien te haría eso?

La risa del líder probablemente estaba destinada a sonar siniestra.

—Él vendría a vengarte y entonces estaría en mis manos.

Emerson soltó un bufido de diversión. Con los pies separados y las manos en los bolsillos, parecía muy a gusto.

—Hablas como mi esposa. Podría considerar un intercambio de información. ¿Quién te pagó para atraernos aquí?

Uno de los hombres tiró con urgencia de la manga del líder. Ramsés, cuya audición era excelente, entendió algunas palabras susurradas en voz baja.

—No lo hará... recado del tonto.

Los otros secuaces compartieron sus dudas. Comenzaron a retroceder. Todos estaban ahora entre los Emerson y la puerta.

—Una última oportunidad —dijo el líder—. ¿Quieres hablar?

—Por supuesto que no —dijo Emerson, cansado del juego. Sacó las manos de los bolsillos. Estaban vacíos, pero no obstante letales, como todos los hombres de Egipto sabían. Ramsés sacó su cuchillo, dispuesto a ponerse entre su padre y el líder, antes de que pudiera moverse, el hombre arrojó la lámpara al suelo. El cuenco de cerámica se estrelló, salpicando aceite. Las llamas saltaron, alimentadas con el aceite derramado y los trozos de papel y otros desechos. Sus asaltantes saltaron hacia la puerta, gritando alarmados. El líder fue el último en irse.

—¡Arded entonces! —gritó, melodramático hasta el final—. Si cambias de opinión, llamad y os liberaremos.

La puerta se cerró de golpe.

Capítulo 2

MANUSCRITO H (continua)

Ramsés saltó hacia atrás lejos de las llamas que lamían sus pies. El fuego estaba entre ellos y la puerta. No dudaba que estaría bloqueada o cerrada de alguna manera, y no creía ni por un momento que sus atacantes esperaran el tiempo suficiente para responder a una llamada de auxilio.

—¿Vamos? —preguntó.

—Mmm —dijo Emerson. Su rostro era una máscara diabólica de sombras negras y rojo parpadeante—. No podemos dejar que el lugar arda. Tu madre no aprobaría tal comportamiento irresponsable.

Mientras hablaba, tomó una de las bolsas medio llenas y volcó su contenido sobre el fuego. Ramsés abrió la boca para protestar, pero luego se dieron cuenta de que, por supuesto, Emerson había seleccionado la única sustancia disponible que sofocaría el fuego sin alimentarlo. Sal.

Una nube de humo de olor a acre se alzó. Unas últimas llamas parpadeantes despertaron destellos cristalinos en el montón de blanco. Tosiendo y jurando, Emerson pateó las llamas, dejando la habitación a oscuras excepto por el haz de la linterna de Ramsés.

—Debemos asegurarnos de que el comerciante y su familia no han sido heridos -dijo, y se dirigió hacia la parte posterior de la tienda.

Una puerta con cortinas detrás del mostrador llevaba a un trastero y un estrecho tramo de escaleras. Las habitaciones de la primera planta estaban vacías a excepción de una, cuya puerta estaba sujeta por una cuña de madera. Emerson la sacó y abrió la puerta para ser recibido por gemidos y gritos por el grupo de personas apiñadas en un rincón.

—Soy yo, el Padre de las Maldiciones —bramó Emerson sobre el alboroto. Tomó la mano de Ramsés y giró la luz a su propia cara—. Estáis a salvo. Los hombres malos se han ido.

Nos tomó tiempo calmar a la aterrorizada familia; matrimonio, anciana abuela y seis hijos. Emerson tuvo que tomar a la anciana por los hombros y sacudirla para que dejara de gritar.

—Suavemente, Padre —dijo Ramsés con alarma.

—Ah —dijo la abuela, calmada—. Son las fuertes manos del Padre de las Maldiciones. *Alhamdullilah*, él nos ha salvado.

No sabían nada de los hombres que habían irrumpido en la tienda cuanto estaban cerrando y les condujeron arriba. Los intrusos habían amenazado con cortarles el cuello si gritaban o trataban de escapar.

El alivio se convirtió en gemidos cuando vieron el desorden en la tienda.

—Una bolsa llena de sal —se quejó el propietario—. ¡Valía diez libras!

La bolsa solo había estado medio llena, y no valía la décima parte del precio que él había mencionado, pero Emerson dispensó monedas con mano generosa. En general, la familia había sacado beneficios de la aventura, como indicaban sus caras sonrientes.

Como Ramsés había esperado, no había ni rastro de sus atacantes. Despertados por la perturbación, los vecinos habían salido a ayudar, y rondaban por allí para averiguar qué estaba pasando. Varios de ellos afirmaron haber visto figuras siniestras, vestidas de negro como *affrits*, huyendo de la tienda. Las descripciones incluían largos colmillos y ardientes ojos rojos.

En otras palabras, nadie había visto a nadie. Emerson entregó más monedas a los niños de grandes ojos que había en la multitud y les dio unas palmaditas a algunos en la cabeza. No fueron capaces de escapar de sus admiradores hasta que el dueño de la tienda y la abuela terminaron de contar todos los peligros espantosos de los que habían sido salvados por el Padre de las Maldiciones y el Hermano de los Demonios. (Ramsés nunca había tenido del todo claro si este epíteto egipcio era un cumplido). Después de asegurar a la audiencia que los hombres malvados no regresarían, se dirigieron de nuevo al río.

—Maldita sea —dijo Emerson—. ¿Echaste una buena mirada a

alguno de ellos para ser capaz de reconocerle?

—Uno de ellos tenía una cicatriz en la mandíbula. La vi cuando se le cayó el pañuelo. Pero dudo que se queden por aquí para ser identificados. Son despiadados. ¿Cree que de verdad habrían dejado que el sitio ardiera, con esos pobres diablos encerrados en el piso de arriba?

—Mi querido muchacho, exageras. La familia podría haber salido por la ventana en cualquier momento, y el fuego no era más que una distracción para evitar que les siguiéramos. Si hubieran querido hacernos daño nos habrían asaltado tan pronto como entramos en la habitación. Seis contra dos son unas probabilidades razonablemente buenas. En general, diría que han sido los rivales menos competentes con los que nos hemos encontrado en los últimos años.

—Sabe quién está detrás, ¿no?

—Un nombre me viene a la mente —admitió Emerson—. ¿Qué diablos crees que ha estado haciendo?

***

Entre la preocupación por su marido y el miedo por los niños, Nefret estaba comprensiblemente inquieta. Le receté un vaso de leche caliente, y hubiera deslizado un poco de láudano en él si no me hubiera estado observando de cerca.

—En realidad —dije—, fue bastante malo que Emerson diera a entender que había peligro para los niños.

—Yo debería estar con ellos —murmuró Nefret.

—Si entras en su habitación a esta hora los alarmarás innecesariamente. El perro está fuera de su ventana, y envié a Jamad de guardia al pasillo. Ahora vamos a la sala de estar. No sirve de nada intentar dormir hasta que vuelvan.

Nadie más estaba dormido. Los sirvientes sabían lo que estaba pasando, siempre lo saben; Fatima rondaba por allí, ofreciendo comida y una variedad de bebidas. Por fin convenció a Nefret para que se bebiera su leche, bien condimentada con cardamomo y nuez moscada.

—¿Ramsés ha discutido la idea de que paséis el invierno en El Cairo? —Le pregunté, en un intento de dirigir sus pensamientos a un tema menos preocupante.

Nefret asintió. Ante mi insistencia, se había puesto una cómoda

bata y pantuflas. Yo misma levanté sus pies sobre un cojín y le puse una almohada detrás de ella. Nefret sonrió débilmente y se apartó un mechón suelto de cabello dorado de su cara.

—Sí, hemos hablado de ello. Está desgarrado, madre. Y yo también. Adoramos Luxor, nuestra casa y la familia. Pero empiezo a preguntarme si podríamos estar mejo...

—Más seguros, querrás decir. Es cierto que parecemos atraer a personas sin principios. —Bebí un sorbo de whisky. La leche caliente está muy bien para algunos, pero no hay nada como un whisky con soda para calmar los nervios.

Los minutos pasan lentamente cuando uno se preocupa por sus seres queridos. Hice un esfuerzo. Discutimos varios candidatos para el personal, y estuvimos de acuerdo en que dos en particular destacaban, la señorita Malraux, y un joven egipcio, Nadji Farid. Nefret también hizo un esfuerzo, pero a medida que los segundos pasaban lentamente se fue callando, con la cabeza dorada inclinada. Fatima dormitaba en su silla. Yo no estaba del todo somnolienta. Después de terminar mi whisky, me levanté y salí de puntillas de la habitación. La terraza estaba a oscuras, la puerta cerrada desde dentro. Me quedé allí un rato, mirando la arena bajo la luna plateada. Nada se movía a lo largo del camino hacia el río. Entonces me di cuenta de una forma en el exterior, medio oculta por las rosas trepadoras. El brusco giro de mi cabeza provocó una respuesta inmediata.

—Soy yo, Sitt Hakim.

—¿Selim? —Susurré—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Haciendo guardia, Sitt. ¿Por qué no envió por mí?

—Fatima lo hizo, ¿no? Sí. Siento que estés molesto, era innecesario.

Él respondió con una de los adagios favoritos de su padre.

—No hay nada de malo en protegerse de lo que no existe, Sitt. Sería una vergüenza para nosotros si fallamos en mantenerlos a salvo.

—Nunca nos has fallado. Puedes ponerte cómodo, Selim. Ven y hazme compañía. —Desatranqué la puerta. Él entró silenciosamente. Bajo la tenue luz de las estrellas vi el destello del cuchillo de su cinturón.

Nos sentamos en amigable silencio, esperando, hasta que un leve

sonido nos hizo mirar hacia la puerta de la casa. A la vista de la forma blanca en el umbral, Selim dejó escapar un grito ahogado.

—No es más que Nefret —le dije—. Querida, había esperado que estuvieras dormida.

—¿Selim? —Le miró a través de la oscuridad—. Debería haber esperado que estuvieras aquí. Está bien, volverán pronto.

No le pregunté cómo lo sabía. Aunque la quería, a veces la encontraba un poco extraña. Desde que eran niños, siempre había sabido cuando se encontraba Ramsés en inminente peligro, "un temor, una sensación, una pesadilla", como una vez lo había descrito. Ese vínculo era tan fuerte que nunca la había engañado y yo lo había visto suficientes veces como para creer en ello, como creía en mis sueños con Abdullah.

Se sentó en silencio, con las manos cruzadas en su regazo y los ojos vueltos hacia la ventana cerrada a su lado. Mis ojos no eran tan agudos como lo habían sido una vez; fui la última en ver las dos formas altas acercándose a grandes zancadas por el camino.

—Están sanos y salvos —dijo Selim, con un suspiro de alivio.

—Ah, ahí estáis —dijo Emerson, mirando hacia adentro—. ¿Selim también? Excelente. Vamos a encender algunas luces, eh, y tal vez una refrescante gota de whisky. Nos lo merecemos, creo.

—No estabas preocupada, ¿verdad? —preguntó Ramsés, poniendo su brazo alrededor de su esposa.

—Oh, en absoluto —respondió ella, y se alejó de él con el fin de ayudar a Fatima a encender las lámparas. Ramsés la miró con incertidumbre y luego entró en la casa para salir con la bandeja de bebidas.

—¿Está todo bien aquí? —preguntó Emerson, acomodándose en una silla cómoda y estirando las piernas.

—Ni un extraño a media milla —respondió Selim, acariciando su barba—. Nos hemos asegurado de eso. ¿Habéis tenido problemas?

—Oh, nada en absoluto —dije, haciendo eco de Nefret—. Emerson, ¿qué has hecho con tus botas nuevas? Y los bajos de los pantalones están quemados. Y...

—Te lo contaré si dejas de quejarte, Peabody. —Tomó el vaso que Ramsés le entregó, asintió para darle las gracias y se lanzó a su relato—. Nadie resultó herido —concluyó—. Y el daño fue mínimo. No ha sido una mala noche, tomando todo en cuenta.

—Dejaste que huyeran —dije.

Emerson me dirigió una mirada de reproche.

—Venga, Peabody, no critiques. No podíamos ir tras esos bastardos hasta que estuviéramos seguros de que no había peligro para el lugar o sus ocupantes.

—Te pido perdón, Emerson —dije—. Tienes toda la razón. Es una pena que no reconocierais a ninguno de ellos. Yo no diría que fue una buena noche.

—Si me disculpas —dijo mi marido, con excesiva cortesía—, estás pasando por alto algo, Peabody. Aprendimos algo muy importante esta noche. Ahora sabemos detrás de que andan estos tipos. ¿O debería decir "quién"?

—Deberías decir "de quién", Emerson.

Nadie pronunció el nombre en voz alta, pero todos sabíamos a quién se refería. De todos nuestros conocidos el más probable que atrajera la atención de personas sin principios era el medio hermano de Emerson, Seth, más conocido por su nombre criminal de Sethos. Antes de que le reformara, había estado al mando de una red criminal de ladrones de antigüedades. Me había asegurado que había abandonado esa profesión hacía tiempo, pero podría haber sido incapaz de resistirse a la tentación si un premio caía en su camino. Si el premio era lo bastante grande, un rival podría ir tras él. Su papel actual como agente de la inteligencia británica también podría haberle puesto en peligro. El servicio secreto es parte de un mundo subterráneo oscuro y tenebroso, cuyos ocupantes no se rigen por las normas ordinarias de la sociedad.

Selim era uno de los pocos que conocía la identidad y la ocupación de Sethos. Se había encontrado con el hermano renegado de Emerson en circunstancias que hacían imposible ocultarle la verdad, incluso si no hubiéramos tenido plena confianza en su discreción. Sus hermosos rasgos estaban fruncidos en un ceño.

—Entonces, ¿qué ha hecho para enfadar a toda esta gente y quiénes son?

—Esa es la cuestión en pocas palabras, Selim —estuve de acuerdo—. Lamentablemente no sabemos la respuesta a ninguna de esas preguntas.

—Hay otra cuestión —dijo Selim, complacido con mi elogio—. ¿Por qué pensarían que había venido aquí?

—Ese es un punto que no había considerado —admití—. Tiene amigos y refugios por todo Oriente Medio.

—No llevaría enemigos hasta nosotros —dijo Nefret.

—No, a menos que estuviera desesperado —murmuró Ramsés.

Nefret le dirigió una mirada rápida.

—Me parece —le espetó—, que esta discusión se está yendo de las manos. Todo es conjetura, incluido el supuesto de que él es el hombre que estas personas buscan.

—Es la hipótesis más razonable —dijo Ramsés. Él y su tío nunca se habían llevado bien—. Padre tiene razón, Nefret. Nuestro encuentro de esta noche dejó claro que estas personas están buscando, no un objeto, sino un hombre. No es ninguno de nosotros, ni uno de nuestros amigos, su paradero es conocido. ¿Quién más podría ser?

Nefret inclinó la cabeza. Habría defendido a Sethos, por quien tenía cierta debilidad, pero el razonamiento era convincente.

—Tenía la impresión de que él y tú os manteníais en contacto, Emerson —dije—. ¿No sabes dónde está?

—No he oído hablar de o sobre él durante meses —dijo Emerson.

—Entonces te sugiero que te esfuerces por averiguar lo que ha sido de él. Un cable a su superior, ese señor Smith...

—Bracegirdle—Boisdragon —corrigió Ramsés.

—No puedo molestarme en recordar ese nombre absurdo —dije —. Su alias es poco imaginativo, pero más fácil de pronunciar. También podrías telegrafiar a Margaret, Emerson. Seguramente la esposa de Sethos debe saber dónde está.

—Tampoco sé dónde está —gruñó Emerson—. Es el matrimonio más raro que he visto, Margaret en algún rincón del mundo cubriendo una noticia y él en otra esquina haciendo Dios sabe qué. Llevan casados menos de un año.

—Ellos... eh... estuvieron juntos varios años antes de su matrimonio —dije—. Margaret está merecidamente orgullosa del éxito que ha logrado en su carrera periodística, y la ocupación actual de Sethos no es una que una esposa pueda compartir.

—Él no lo permitiría —dijo Nefret—. Sería demasiado peligroso para ella y para él. ¿Y no le prohibiría el Acta de secretos oficiales confiar en ella?

—No podemos más que intentarlo —dije, levantándome—. Contactaré con ella y el señor Smith mañana a primera hora. Vete a la cama, Fatima, limpiaremos mañana. Buenas noches, Selim, y gracias.

Enviar los cables podría servir a otro propósito, o al menos eso esperaba. Los que estaban tras la pista de Sethos no dudarían en sobornar a los empleados en la oficina de telégrafos. Si se enteraban que no conocíamos el paradero de Sethos podrían centrar su atención en otra parte.

Emerson desdeñó la idea tan pronto como la mencioné, lo que hice a la mañana siguiente en el desayuno.

—Creo que subestimas su persistencia y su inteligencia —dijo, cortando salvajemente su tocino—. Los hombres que encontramos eran matones ordinarios, pero hay una mente inteligente detrás de esto, tiene que haberla. Podemos ser capaces de demostrar que no se ha comunicado con nosotros hasta ahora, pero ¿qué evita que lo haga en el futuro? Ciertamente, no sería tan tonto como para telegrafiarnos. Es plenamente consciente del hecho de que los empleados del telégrafo cotillean por todo Luxor.

Él tenía razón y lo admití prontamente.

Las respuestas a nuestros cables no fueron satisfactorias. El telegrama al señor Smith había sido cuidadosamente redactado, refiriéndose a Sethos como "nuestro amigo en común". La respuesta de Smith era breve y concisa, "No tengo ni idea. ¿Y usted?" El periódico de Margaret, el *Morning Mirror*, nos informó que estaba en una misión y no podía ser localizada.

—Eso suena ominoso —comenté—. No creerás que está con los bolcheviques, ¿verdad?

—Sería algo propio de ella —dijo Ramsés—. La mujer no se detendrá ante nada en la búsqueda de una historia. ¿Recuerda la vez que se alió con Hayil y fue hecha prisionera por el Rashid?

—Detecto una cierta nota de disgusto en la respuesta del señor Smith —dije, estudiando el breve mensaje.

—Yo no detecto nada, excepto que no puede o no está dispuesto a darnos información —gruñó Emerson—. Hemos llegado a un callejón sin salida, y por mi parte tengo la intención de olvidar todo el asunto. —Arrojó la servilleta sobre la mesa y se levantó—. ¿Quién viene al Valle conmigo?

—Nadie, Emerson. Los Vandergelt llegan esta mañana y vamos a esperar el tren. Sí, querido, tú también.

Había bastante gente esperando en la estación. Las *galabiyyas* aleteaban y los turbantes se balanceaban arriba y abajo. Cyrus era un empleador generoso y muy popular. Cuando el tren se detuvo y su rostro sonriente apareció en la ventana, levantó una ovación. Cyrus se quitó el sombrero panamá y se inclinó en respuesta.

Los inviernos pasados en el clima soleado de Egipto habían llenado la cara de nuestro amigo americano de arrugas y la habían vuelto correosa, su cabello rubio y perilla estaban salpicados de plata, pero saltó del tren con la agilidad de un joven. Aunque sin entrenamiento formal en arqueología, a diferencia de otros individuos ricos que patrocinaban excavaciones como forma de diversión, Cyrus no era un aficionado. Siempre había trabajado codo con codo con su equipo y escuchaba respetuosamente los consejos de mi distinguido cónyuge.

Se volvió y le tendió la mano a su esposa Katherine. Observé que ella había ganado un poco más de peso, sus mejillas estaban sonrosadas por el calor y sus ojos verdes parecían cansados. Su hijo Bertie la siguió, sus rasgos un tanto simples transformados por la amabilidad de su sonrisa. De inmediato ofreció un brazo a Jumana, el otro miembro del personal de Cyrus, pero la chica saltó ágilmente sin dirigirle ni siquiera una mirada de agradecimiento. Una típica belleza egipcia con la fusión de ojos oscuros y rasgos delicados, era tan ambiciosa como atractiva. Bertie había estado enamorado de ella desde hacía años, pero no había logrado ganar su corazón.

—Es bueno tenerle de vuelta —declaró Emerson, estrechando la mano de Cyrus.

—Es bueno estar de vuelta —dijo Cyrus, respirando hondo—. ¿Qué han estado haciendo? ¿Cadáveres frescos, Amelia?

—Tendrá su pequeña broma, Cyrus. No tenemos un asesinato cada temporada.

—Nombre una —respondió Cyrus con una sonrisa.

—Ha habido unos pocos incidentes...

—No importa —dijo Emerson bruscamente.

Rechacé la invitación de Katherine de un almuerzo tardío, con el deseo de darles a nuestros amigos tiempo para descansar después de un largo viaje polvoriento en el tren.

—Nos veremos esta noche, si tenéis fuerzas —propuse.

Emerson se aclaró la garganta.

—Esta noche cenamos con Carter, Peabody.

—¿Howard? —Me di la vuelta para mirarlo—. No sabía que estaba en Luxor.

—Llegó ayer —dijo Emerson, con la mirada perdida en la distancia y arrastrando los pies.

—No estaba al tanto de eso. ¿Nos invitó a cenar esta noche?

—Sí. Fue muy amable. Acepté, por supuesto. —Emerson se apresuró a añadir—: Sujeto a tu aprobación, querida.

—Bien —dijo Cyrus, con una mirada de preocupación a su esposa, que estaba apoyada contra su brazo—. Cat podrá descansar un día. Nos veremos mañana.

Acompañamos a los Vandergelt a su carruaje y les despedimos. Emerson desdeña cualquier medio de transporte (salvo el automóvil), así que nos pusimos en camino a pie hacia el muelle. El clima era más frío y el cielo estaba un poco nublado. Me arrepentí de haberme puesto un vestido matinal adecuado en vez de mis cómodos pantalones y la chaqueta. Los estilos de ese año eran más ligeros y menos pesados que las prendas de mi juventud, con sus faldas con cola e incómodos polisones, pero mis zapatos me quedaban apretados y los tacones eran demasiado altos para caminar con facilidad. Sin embargo, no permito que las molestias me distraigan y de inmediato comencé a interrogar a Emerson.

—¿Cómo es que estabas al tanto de la llegada de Howard antes de que yo supiera algo? ¿Por qué no me dijiste que nos había invitado a cenar?

—Acabo de hacerlo —dijo Emerson—. Toma mi brazo, querida, esos zapatos no son muy apropiados para este tipo de superficies desiguales. Me gusta tu vestido, sin embargo. Nuevo, ¿verdad?

Lo era, pero Emerson habría dicho lo mismo de cualquier prenda que me pusiera, ya que nunca presta la menor atención a lo que llevo puesto. Antes de que pudiera continuar con mi interrogatorio, volvió la cabeza y dirigió un comentario a Nefret, que caminaba detrás de nosotros del brazo de Ramsés.

—Ambos estáis incluidos en la invitación. Carter fue particularmente insistente en que te unieras a nosotros, Nefret. Creo que todavía te admira. De un modo perfectamente caballeroso, por

supuesto.

Nefret rió.

—Howard es un perfecto caballero, a pesar de lo que algunos snobs británicos dicen de él. Sin embargo, he oído que se ha juntado con otra dama.

—Supongo que te refieres a la hija de lord Carnarvon, lady Evelyn Herbert —dije—. Por lo que he oído, el arreglo es un poco más de su parte. Sin embargo, nunca me complazco en los chismes vulgares de esa naturaleza.

La casa de Howard, al que llamaba Castillo Carter, se encontraba en el extremo norte de la Dra Abu'l Naga, cerca de la carretera que conducía al Valle de los Reyes. A veces me preguntaba si el nombre era un intento de imitar a Cyrus Vandergelt, cuya casa elegante y espaciosa era conocida por todos en Luxor como "el Castillo". Howard no se llevaba bien con Cyrus, quien a menudo había pujado contra él por las antigüedades inusuales que esperaba adquirir para su mecenas, lord Carnarvon. Ramsés sugirió que Howard solo se refería al viejo dicho de que la casa de un inglés es su castillo. Ramsés tiene una naturaleza más amable que yo.

Howard ha diseñado y construido la casa él mismo, con la ayuda financiera de lord Carnarvon. La ubicación no era atractiva, ya que no había ni árboles ni hierba alrededor, solo tierra estéril, pero la estructura era bastante agradable, muy al estilo árabe, con una sala con cúpula en el centro y altas ventanas de arco en los comedores y dormitorios.

Howard nos dio una cálida bienvenida (que no disipó mi sospecha de que la invitación no había sido idea suya, sino de Emerson). Tomamos una copa en el salón de recepción con cúpula. Era sencilla pero confortable, con sillones y sofás bajos, y mesas de latón. Howard nos presentó a su nueva mascota, un pequeño canario amarillo. Nefret, que compartía la afición de Howard por los animales, se dirigió inmediatamente a la jaula y trinó a la bonita criatura. Esta ladeó su cabeza y le contestó con otro trino.

—Encantador —dije.

Emerson gruñó.

—Espero que conozca un destino más feliz que algunos de sus otros animales domésticos, Carter. Esos gatos salvajes y halcones...

—Oh, no voy a dejar que salga de su jaula —dijo Howard. Puso

el dedo en la jaula. El canario saltó sobre él y dejó escapar un trino melodioso. Y añadió—: Los hombres dicen que es un ave de buen augurio. Un pájaro de oro anuncia un descubrimiento de oro en esta temporada.

Entramos en el comedor y Emerson, que sentía que había perdido demasiado tiempo en los aperitivos, preguntó qué suerte había tenido Howard en las tiendas de antigüedades de El Cairo. Howard se encogió de hombros.

—No mucha. Espero hacerlo mejor aquí en Luxor.

Tomó una cucharada de sopa e hizo una mueca.

—Debo disculparme por mi cocinero. Él no tiene la habilidad de su Maaman.

La comida fue de hecho bastante mala, la sopa salada, la carne dura, las verduras guisadas en puré. Naturalmente, no lo mencioné.

Después de la cena Howard nos mostró sus adquisiciones. Una de ellas era bastante encantadora, un pote cosmético que consistía en siete cilindros unidos, cada uno de los cuales contenía una variedad diferente de pintura para la cara y las manos. Howard se encogió de hombros ante mi admiración.

—No es el tipo de cosa que hará las delicias de su señoría. ¿Por casualidad sabe de algún artefacto de los distribuidores de Luxor? Algo sobre lo que Vandergelt no haya puesto ya sus manos —añadió un poco amargamente.

—El señor Vandergelt llegó esta mañana, por lo que puede ser capaz de adelantarle —respondió Ramsés con una sonrisa—. Sin embargo, no hemos oído hablar de nada inusual.

—Daré una vuelta a primera hora por la tienda de Mohassib —dijo Howard.

—¿Entonces no tiene la intención de empezar a trabajar de inmediato? —preguntó Emerson.

Howard no se perdió la crítica implícita.

—No veo ninguna razón por la premura. Su señoría no estará por aquí hasta dentro de varias semanas, y no nos llevará mucho tiempo limpiar esa pequeña sección.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Emerson.

Howard hizo un gesto a la sirvienta que esperaba para volver a llenar su copa de vino.

—Lo decidirá su señoría.

Algunas personas podrían haber aceptado esta evasión y dejar el tema. Emerson no.

—¿Espera convencerlo de continuar en el Valle Oriental?

—Si Tutankhamon no está en mi pequeño triángulo, tiene que estar en alguna parte —declaró Howard.

—No necesariamente —dijo Emerson—. Es decir, no necesariamente en el Valle Oriental. — De inmediato pareció lamentar haber hablado tanto, y agregó—: La suya no es la única tumba real que no hemos localizado.

—Pero la suya es el que busco —dijo Howard. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, un hábito vulgar que, lamento decirlo, era compartido por mi marido, que hizo lo mismo —. Ya sabe, Emerson, viejo amigo —continuó Howard—. Me lo contó el año pasado, ¿no? Sigo su consejo. Su ayuda.

Emerson, que había hecho todo lo posible para enviar a Howard a otra parte del valle, tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Estará vacía, como todas los demás —dijo Howard con tristeza —. Si está ahí. —Del pájaro en la habitación llegó una canción.

DEL MANUSCRITO H

A Ramsés no le sorprendió que su padre desestimara la búsqueda de Sethos, en palabras de su madre. (Ella tenía inclinación por las frases coloridas). Emerson estaba obsesionado. ¿Por qué creía que Carter iba a encontrar una tumba en el pequeño triángulo poco prometedor de tierra? Ramsés no lo sabía. Tal vez no tenía ninguna evidencia real, solo una sensación, una corazonada, pero como Ramsés sabía, los mayores excavadores desarrollaban un instinto hacia los descubrimientos. Había sucedido una y otra vez, sobre todo con los ladrones de tumbas sin entrenamiento, pero con gran éxito de Luxor. Los instintos de Emerson eran tan grandes como los suyos.

Tuvo que controlarse a sí mismo, echando humo, mientras Howard Carter hacía un recorrido por las concesiones de Luxor. A instancias de Cyrus estuvo de acuerdo en abrir su propia excavación en el Valle Occidental, pero su corazón no estaba allí. En vez de dar la lata a los hombres que estaban terminando de limpiar la tumba de Ay, donde habían trabajado el año anterior, se paseaba por el otro extremo del Valle Occidental con Bertie y Jumana a remolque. Buscaba nuevas entradas a tumbas. No encontró ninguna.

No habían oído nada más de los hombres que les habían atraído a la tienda. Cuanto más pensaba Ramsés en ello, más se inclinaba a estar de acuerdo con su padre. Había sido una emboscada particularmente inepta y sin sentido. Los hombres debían de haber sido extraños, ya que ningún hombre de la localidad creería que al Padre de las Maldiciones se le podía intimidar tan fácilmente. Selim no había podido encontrar ningún rastro de ellos, y sus contactos eran extensos.

El portero no informó de extraños curiosos, el perro no ladraba de noche. Pero claro, pensó Ramsés, no lo haría a menos que alguien se acercara a la ventana de los niños. Amira era la poseedora de una caseta de perro muy pretenciosa, diseñado por David. Charla le había ayudado, por lo que la casa tenía un minarete, una terraza y alfombras. Sin embargo, la perra se negó a dormir en ella, hasta que la movieron bajo la ventana de los niños.

La aparente ausencia de actividad no tranquilizó a Ramsés. Durante sus años en la guerra había adquirido una especie de sexto sentido sobre estar siendo vigilado, era un rasgo necesario de supervivencia, y sabía que los observadores estaban ahí fuera, en alguna parte. La emboscada podría haber sido una distracción, un burdo intento para distraerlos de métodos más sutiles. No le gustaba la incertidumbre y había demasiados problemas sin resolver. Estaban en el Valle Occidental a regañadientes, ya que técnicamente era parte de la concesión de Carnarvon. Si encontraran nuevas tumbas, Carnarvon se aseguraría de tomar el control, sobre todo si sus excavaciones en el Valle Oriental le dejaban con las manos vacías. No había habido más discusión sobre que Nefret y él se fueran a El Cairo durante el invierno, pero sabía que su madre no había abandonado el plan.

¿Y dónde diablos estaba Sethos?

Suponía que su madre no aguantaría este estado de cosas mucho tiempo. Sacó el tema una noche en que los Vandergelt cenaban con ellos. El cocinero había preparado todos los platos favoritos de Emerson y él casi había terminado su whisky con soda de sobremesa antes de que su esposa se aclarase la portentosa garganta.

—Tengo algunas cosas que discutir contigo, Emerson. No, amigos, no os vayáis. No tenemos nada que ocultar.

—Ella cree que me comportaré mejor con vosotros aquí —explicó Emerson. Repleto y relajado, estaba de un estado de ánimo afable, con la pipa en una mano y el vaso en la otra—. Muy bien, Peabody, empieza.

La afabilidad solo duró hasta que ella mencionó su intención de contratar nuevo personal. Emerson escupió y la fulminó. Cuando fue a informarle que los Emerson jóvenes planeaban pasar el invierno en El Cairo, Ramsés se preparó para la explosión. La reacción de Emerson fue peor. Su enorme cuerpo pareció encogerse.

—¿Es eso lo que quieres, hijo? —preguntó con tono vacilante.

—No, señor. Es decir, no hemos... Esto es... —Le dirigió a Nefret una mirada de impotencia. Ella se sentó en el brazo del sillón de Emerson y puso su brazo alrededor de sus hombros caídos.

—Hemos hablado de ello, padre, pero no hemos tomado una decisión.

—Todo depende de vosotros, por supuesto. —Emerson buscó un pañuelo y se sonó la nariz ruidosamente—. Echaré de menos a los niños.

Ramsés pensó que eso era un poco demasiado. Las emociones de Emerson eran completamente sinceras, pero en vez de gritar estaba usando la astucia para salirse con la suya.

—Qué vergüenza, Emerson —dijo su esposa con frialdad.

Cyrus, que no se había atrevido a hablar hasta entonces, dijo tímidamente:

—Si quieres mi opinión...

—No —dijo Emerson, olvidando su papel.

—Yo sí —dijo su esposa—. Estamos todos juntos en esto cuando se trata de nuestros planes para el resto de esta temporada y para las temporadas venideras. Acordamos, ¿no es así?, que queremos seguir la disposición que ha tenido tanto éxito, combinando nuestras fuerzas en un solo grupo.

—Nada me gustaría más —exclamó Cyrus—. Solo lo haría oficial. Yo no soy egiptólogo, y estaría más que feliz de que Emerson ocupara el cargo de director.

—Mmm —dijo Emerson—. Bueno...

—Excelente —dijo su esposa con brío—. No podemos seguir en el Valle Occidental de forma indefinida. Era un arreglo temporal, en todo caso. Tenemos que encontrar otro sitio y agregar más personal.

—Te diré lo que necesitamos —dijo Cyrus—. Un artista. ¿Supongo que ni el señor ni la señora Davies estarán disponibles?

—No, no —dijo Emerson—. Ni por asomo. Tienen otros compromisos. Pero David...

—También tiene otros compromisos —dijo su esposa, en un tono que no admitía réplica—. ¿Y esa joven francesa, mademoiselle Malraux?

Lo había vuelto a hacer. Emerson se involucró tanto en la discusión de los detalles que le admitió tácitamente su idea. Ella había hecho dos de sus pequeñas listas, una de los sitios que deberían considerar y otro de los posibles miembros del personal.

—Lo mandaré a El Cairo mañana, entonces —anunció.

—¿Para qué? —preguntó Emerson con suspicacia.

En un tono de exagerada paciencia, ella respondió:

—Para entrevistar a los posibles miembros del personal, informar a monsieur Lacau de nuestro nuevo acuerdo, y pedirle consejo acerca de otro sitio. ¿A menos que prefieras ir en mi lugar?

Enfrentado a todas las tareas que más detestaba además de abandonar su vigilancia de Howard Carter, Emerson se rindió sin luchar, como ella sabía que haría.

Ramsés consiguió hablar a solas con ella después de que los Vandergelt se fueran.

—No va a buscar una casa para nosotros, ¿verdad?

—Dudo que haya tiempo —respondió ella, estudiando sus listas —. No quiero estar lejos mucho tiempo. Trata de evitar que tu padre intimide a Howard.

—Sí, madre. No tiene otra cosa en su lista mental, ¿verdad?

Ella le miró, su rostro grave.

—Todavía estamos bajo vigilancia.

—He estado manteniendo un ojo hacia fuera. No he visto nada sospechoso.

—Pero lo has sentido. Yo también. Uno desarrolla ciertos instintos.

—Cierto —estuvo de acuerdo Ramsés. No pudo evitar hacer la pregunta—. ¿Ha soñado con Abdullah últimamente?

—Siempre te has burlado de esos sueños.

—Madre, nunca lo he hecho.

No lo había hecho, no con tantas palabras. La primera vez que

ella habló de esos inusuales y vívidos sueños con su antiguo *reis*, había estado feliz porque ella creía en esa realidad, porque le consolaban. Abdullah había sacrificado su vida para salvar la de ella, pero el vínculo entre ellos ya había sido fuerte. Ella y el viejo egipcio habían llegado a preocuparse mutuamente de un modo que él, una vez, había creído imposible, teniendo en cuenta las diferencias en sus orígenes y creencias. La gratitud y un gran afecto, la negación de la pérdida, podían dar cuenta razonablemente de su necesidad de creer que las personas a las que había amado no se habían ido para siempre. No podía decir exactamente cuándo había empezado a compartir su fe en sus sueños. Tal vez fue la pura fuerza de su creencia.

—Sin duda le preguntaré sobre Sethos la próxima vez que lo vea —dijo ella, con cara seria—. Hasta que lo haga tendré que depender de fuentes menos confiables. Me refiero a la palabra del señor Smith mientras estoy en El Cairo. Él no confiaría información en un telegrama, pero una entrevista cara a cara puede ser más productiva.

Ramsés no lo dudó. Ella tenía sus métodos.

—¿Debo darle tus respetos? —preguntó ella.

Sabía cómo se sentía él acerca de Smith, quien ejemplificaba los fallos de los servicios de inteligencia. No les importaba cuántas vidas destruían en la búsqueda de sus autodefinidos deberes. Había odiado cada segundo del tiempo que pasó trabajando para ellos.

—No —dijo.

***

Tuve un día ocupado en El Cairo, que se cobró mi energía. No tenía ninguna cita con monsieur Lacau, pero no anticipaba ninguna dificultad para verle y así fue. Creo que estaba tan aliviado de verse frente a mí en vez de con Emerson que hubiera aceptado cualquier cosa que le pidiera. Pero, de hecho, él y Emerson se llevaban bastante bien estos días. (No se puede decir que Emerson esté en buenos términos con muchos egiptólogos). Habíamos conservado para el Museo algunos de sus más grandes tesoros, arriesgando la propia vida en el proceso, y Lacau no era ingrato. Era un hombre de aspecto distinguido, con el pelo blanco y barba, tan meticuloso en sus hábitos que la gente decía que hacía listas de listas. (Una idea excelente, en mi opinión). Me hizo entrar a su oficina con la mayor

cortesía, y durante un tiempo charlamos de generalidades, incluyendo la reciente declaración del director de la partage (división) de los artefactos descubiertos por expediciones extranjeras.

—Algunos excavadores arrogantes se comportan como si toda la tierra de Egipto fuera su coto personal —declaró Lacau. Su barba se erizó—. Tengo la intención de reforzar las leyes para que la gran mayoría de los objetos se sigan quedando, como es debido, en Egipto.

—Emerson está totalmente de acuerdo con usted, señor —le dije con sinceridad—. Puede contar con su apoyo. Y el mío, por supuesto.

Después de eso, monsieur Lacau habría accedido a mi más mínimo deseo.

Mis siguientes citas fueron con los jóvenes que estaba considerando como posibles miembros del personal. Había seleccionado dos para su consideración. Después de haber hablado más extensamente con mademoiselle Malraux, y observado la cálida recepción de la muchacha por parte de Nefret, había decidido que mis reservas iniciales eran infundadas.

Ella era una pequeña criatura vivaz, rebosante de entusiasmo, pero la impresión inicial de hermosura se basaba en la forma más que en la regularidad de sus facciones, y había algo un poco irritante en sus ojos; las pupilas azules estaban totalmente rodeadas de un blanco lechoso, de modo que parecía estar en un estado permanente de sorpresa o alarma. Sin embargo, la fisonomía no es un indicador preciso del carácter y la cartera que había traído me impresionó. Una artista arqueológica tiene diferentes calificaciones que las de un pintor, él o ella debe ser capaz no solo de realizar una copia exacta, sino de un cierto sentimiento de las técnicas y las creencias de la cultura. Estaba particularmente impresionada con una acuarela que había hecho de la cabeza de una momia en el Museo del Louvre.

Mi otro candidato era lo contrario de mademoiselle en casi todos los sentidos, y una contradicción en sí mismo. Tenía una de las caras más alegres que jamás había contemplado, mejillas redondas, sonriente, con los ojos brillantes de buena voluntad. Uno habría esperado que un hombre con un aspecto tan alegre burbujeara

como lo hacía, pero Nadji Farid parecía ser muy tímido. Se sentó con los ojos bajos y solo habló cuando le hablé, con voz suave y melodiosa. Sin embargo, lo que dijo cuando habló mostró su familiaridad con los métodos de excavación, y no me opongo al humor taciturno. Sería un cambio agradable.

A media tarde había terminado todas mis tareas salvo una, y tenía la expectativa de ser capaz de tomar el expreso nocturno como había planeado.

Sin embargo, rastrear al señor Bracegirdle—Boisdragon, también conocido como el señor Smith, resultó ser más difícil de lo que esperaba. Me había dado su número de teléfono privado, pero cuando le llamé, una voz de mujer me informó en árabe que no aceptaban clientes femeninos. Al no estar del todo segura de qué hacer con eso, no perseguí el asunto. Mi siguiente paso fue ir al Ministerio de Obras Públicas, que era la posición encubierta de Bracegirdle—Boisdragon. Me tomó un poco de tiempo abrirme camino a través de la confusión burocrática, y cuando por fin contacté con su asistente era tarde y estaba exasperada.

—Infórmele que la señora Emerson estará en el Turf Club a las cinco de la tarde y que si no se reúne conmigo lo lamentará profundamente.

Siempre me ha parecido que las amenazas no específicas son las más efectivas, la imaginación de la víctima suministra consecuencias más terribles que cualquiera que yo pudiera llevar a cabo. También estaba bastante segura, por los silencios ocasionales del asistente, que Bracegirdle—Boisdragon estaba en la oficina. Sin embargo, no tuvo el valor de hablar directamente conmigo.

—En el Turf Club no, señora Emerson. —El joven sonaba como si estuviera citando—. Todavía no se han recuperado de su última visita. Tome el té en Groppi a las cinco.

Yo estaba lista para una buena taza de té y uno de los excelentes pasteles de Groppi. El ambiente sin duda era más agradable que la masculinidad agresiva del Turf Club, luces con tonos carmesí emitían un resplandor suave y los pasos eran silenciados por alfombras persas. Apenas me había sentado cuando una voz me saludó por mi nombre. Levanté la mirada para ver, no la nariz larga y la barbilla puntiaguda de Smith, sino el rostro de un hombre más joven, con una frente tan alta que sus rasgos parecían haber sido

apretados en la mitad inferior de la cara y miniaturizados: una barbilla suavemente redondeada, un botón de nariz y una boca tan dulcemente curvada como la de una chica bonita.

—Señora Emerson, ¿no es así? Me llamo Wetherby. Hablamos el día de hoy. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto —le dije—. Y entonces puede explicar por qué le envió su superior en vez de venir él mismo.

El señor Wetherby se sentó en una silla.

—Pensó que sería mejor no tener un *tête—a—tête* con usted en este momento. Soy completamente de su confianza, señora, y le informaré directamente a él.

—Hmmm —dije—. Muy bien. Tengo que coger el expreso nocturno, así que escuche y no interrumpa.

Mi descripción del encuentro de Emerson y de Ramsés con los incendiarios le hizo fruncir los labios.

—¿Por qué no se nos informó de esto antes?

—Le pedí que se abstuviera de interrumpirme. ¿Por qué su jefe no respondió de manera más amplia al telegrama de Emerson?

—Su respuesta fue la simple verdad, señora Emerson. No tenemos idea de dónde puede estar el individuo en cuestión y estamos tan ansiosos como usted por localizarlo.

—¿Entonces está de acuerdo que los atacantes buscaban... esto... a esa persona?

—Es probable —dijo Wetherby con cautela. Bajando la voz y mirando por encima del hombro, continuó—. Han pasado casi seis semanas desde su último informe.

—¿Y dónde estaba en ese momento?

Iba en contra de todo que cualquier persona en el servicio secreto renunciara a cualquier información. A regañadientes, murmuró:

—Siria.

—¿Haciendo qué?

—Verá, señora Emerson, no puede esperar que responda a eso.

—¿La Ley de Secretos Oficiales? Tanta molestia es innecesaria, estas reglas. Responda a esto, entonces. ¿Quiénes pueden ser sus adversarios?

—Solo Dios lo sabe —dijo el señor Wetherby, en una explosión de genuino sentimiento.

—Debería estar en condiciones de aventurar una respuesta, ya que sabe la naturaleza de su misión —insistí.

—Sé lo que se suponía que debía hacer, señora Emerson.

—¿Y no dirá más? Ya veo. —Eché un vistazo a mi reloj en la solapa—. No tengo tiempo para continuar esta conversación, señor Wetherby. Ha sido singularmente inútil.

—Créame, señora Emerson...

—Sí, sí. Si le creo... Por favor, recuerde el señor Smith que en una ocasión se ofreció a hacer todo lo posible para ayudarme a mí o a mi familia. Ahora necesitamos esa ayuda. No me gusta ser espiada ni acosada.

La boca de capullo se amplió en una sonrisa.

—No la culpo —dijo Wetherby—. Creo que puedo prometerle que mi superior tomará las medias para aliviar ese inconveniente. Unas pistas falsas... ¿nos informará si oye algo de ese individuo en cuestión?

—Si hace lo mismo por mí.

—Tiene mi palabra.

Por lo que valía, pensé. Por lo menos el señor Wetherby tenía sentido del humor, que era más de lo que podía decir de Smith. Lamentablemente abandoné los restos de mi tarta de albaricoque, dejando que el señor Wetherby pagara la cuenta. Llegué a la estación de ferrocarril con suficiente antelación.

Con todo, había sido un día provechoso, y después de una agradable cena en el vagón restaurante busqué mi asiento llevando la conciencia del deber cumplido.

Nunca he entendido por qué tengo que soñar con Abdullah en tales ocasiones irregulares y aparentemente sin relación, ni por qué siempre lo veía como un hombre joven, con barba negra y vigoroso, en vez de como el patriarca de pelo blanco como había sido en el momento de su muerte. Él casi nunca volvía cuando yo tenía una razón particular para querer consultarle, y sus palabras eran, en su mayor parte, enigmáticas. A veces, me tranquilizaba cuando estaba preocupada, a veces dejaba caer vagas insinuaciones que solo tenían sentido cuando ya era demasiado tarde para actuar, a menudo me regañaba por comportarme tontamente. Hubiera sido agradable recibir consejos prácticos, después de todo, cuando uno tiene un conocimiento cercano del otro lado, donde todo es conocido y

comprendido, uno tiene derecho, en mi opinión, a esperar una sugerencia útil o dos. Sin embargo, era suficiente verle y escucharle, saber que, de alguna manera y en alguna dimensión, continuaba existiendo.

Me estaba esperando en el lugar y hora de costumbre, los acantilados de Deir el Bahari en Luxor, al amanecer. Parecía estar de un humor afable, porque me saludó con una sonrisa en lugar de una cara de pocos amigos, y durante unos minutos nos encontramos lado a lado con vistas sobre el valle, observando el flujo de luz a través del río, los campos y el desierto, hasta que se iluminaron las columnas del templo de Hatshepsut debajo de nosotros.

—Entonces —dije—. No hay cadáveres este año, Abdullah.

Era una vieja broma entre nosotros. Abdullah sonrió.

—Todavía no —dijo.

—¿De quién?

No esperaba una respuesta, ni recibí una.

—Siempre hay un cadáver. —Hubo la muestra más débil de emoción, una sugerencia de humedad en sus ojos oscuros, cuando añadió—, la última vez casi fue el suyo, Sitt.

—Oh, eso fue hace meses —dije con desdén—. ¿Tienes alguna noticia para mí?

Abdullah se acarició la barba.

—Hmmm. Pronto tendrá un visitante a quien espera y no desea ver. Y Emerson demostrará tener razón cuando esperaba estar equivocado.

Fue una respuesta más informativa de lo que normalmente consigo, a pesar de que sonó como si Abdullah había sido convocado por un médium espiritista. Di por sentado que el visitante no deseado debía ser Sethos. El segundo dato solo podía referirse a...

—Ajá —exclamé—. ¿Así que hay una nueva tumba real en el Valle de los Reyes?

—Le dije que la había.

—Me dijiste que había dos.

—Lo hice —dijo Abdullah agradablemente.

—¿Dónde...? No importa, no me lo dirás, ¿verdad? ¿Y el ataque contra Ramsés y Emerson? ¿Todavía están en peligro por esa gente?

—Ellos nunca estuvieron en peligro. Fue un gesto estúpido,

hecho por hombres estúpidos.

—¿Qué hombres?

—Sus nombres no significan nada. Han vuelto por donde vinieron.

—¿Quién los envió? ¿Habrá otros como ellos?

—Ya le he dicho —dijo Abdullah, con exagerada paciencia—, que el futuro no está escrito en piedra. Sus acciones afectan a los acontecimientos. Las acciones de los demás también.

—Ah —dije con interés—, entonces tenemos libre albedrío. Ese tema ha sido debatido por los filósofos durante siglos.

—No voy a discutirlo, Sitt.

—Como esperaba. —Me volví hacia él—. ¿Está todo bien contigo, mi querido y viejo amigo?

—¿Cómo podría ser de otra manera? —Su amplio pecho subió cuando inhaló profundamente una bocanada del aire fresco de la mañana—. Que le vaya bien, y también a los que amamos hasta que nos volvamos a encontrar, Sitt.

Se alejó sin despedirse, a lo largo del camino que conducía al valle. Siempre era así.

Emerson estaba en la estación cuando el tren se detuvo en Luxor a la mañana siguiente. Al principio no le vi, ya que estaba sentado con las piernas cruzadas en el andén, entablando una animada conversación con varios de los porteadores. Al verme en la ventanilla, se apresuró a ayudarme a bajar las escaleras.

—Vine por la posibilidad de que pudieras estar en este tren —explicó.

—Posibilidad. Te dije que estaría. Sacúdete los pantalones, Emerson. ¿Dónde está tu sombrero?

Emerson se rozó ligeramente las manchas aceitosas de sus pantalones e ignoró la pregunta, a la que probablemente no sabía la respuesta. A veces me he preguntado si era esa costumbre de ir con la cabeza descubierta bajo el sol del mediodía lo que había mantenido su hermoso cabello negro tan espeso y sin tocar por el gris, a excepción de dos pintorescas rayas blancas en las sienes. Sabía que no empleaba ninguna variedad de tintes para el cabello, ya que yo lo habría encontrado y guardado con mi propia botellita bien oculta.

Tomándome del brazo, dijo.

—¿Suerte?

—La suerte no tuvo nada que ver con ello. Todo salió como esperaba.

—Mmm —dijo Emerson.

—¿Qué hay de ti?

Emerson tomó mi maleta de manos del porteador y me condujo hacia los carruajes que esperaban a los clientes.

—Carter comienza a trabajar mañana.

—Por Dios, Emerson, ¿es que solo puedes pensar en eso?

Evidentemente sí. No hizo más preguntas y ni siquiera protestó cuando dije que esperaría a hacer mi informe completo a todo el grupo esa noche.

Viajar en tren deja a cualquiera polvoriento y con la ropa arrugada. Después de que Emerson se fuera al Valle Occidental, disfruté de un bonito y largo baño en mi bañera, me lavé el pelo (y apliqué un poco de colorante) y me puse unas prendas cómodas. Pasé el resto del día en la terraza poniendo mis notas en orden y observando, sin que se notara, a las personas que no conocía. Estábamos acostumbrados a ver a los aldeanos alrededor de la casa, Fatima y el resto de nuestro personal de la casa tenían familiares por toda la Ribera Occidental, y tenían el hábito de dejarse caer en busca de chismes y comida. Yo no tenía objeción a esta disposición, ni a la costumbre de Fatima de alimentar a muchos de los mendigos locales. Al igual que el Islam, la fe nos dice que debemos compartir nuestra abundancia con los que (por razones Suyas) el Todopoderoso no ha favorecido. Y estos individuos a menudo poseían información interesante, que transmitían a Fatima y ella me la pasaba a mí, verificando así el hecho innegable de que la virtud tiene su recompensa.

Yo había llegado a conocer a la mayoría de los mendigos, a simple vista, al menos, algunos eran considerados santos. Uno de ellos vagó más allá de la terraza esa tarde, un hombre andrajoso con una larga barba gris y un palo que sostenía su cuerpo doblado. Me dirigió una sonrisa vaga y una bendición murmurada, a la que respondí con una reverencia, antes de continuar hacia la cocina.

No podía ser considerado extraño, ya que lo había visto muchas veces antes. Lo mismo se aplicaba al niño que salió de la carretera algún rato después. Mantuve un ojo sobre él, ya que algunos de los

muchachos trataban de colarse en el establo para admirar el automóvil (y quitarle fragmentos), pero se agachó a cierta distancia y se quedó allí.

Le había pedido a Fatima que sirviera el té temprano. Mi intuición fue correcta. Ramsés y Nefret fueron los primeros en llegar, y el resto detrás de ellos: Cyrus, Bertie, Jumana, Selim y Daoud, y, después de un breve intervalo, el propio Emerson. Me sumergí de inmediato en mi informe, ya que sabía que no sería capaz de hacerme oír una vez que los niños se unieran a nosotros.

—He visto la cartera de la señorita Malraux, era de primera clase. Tanto ella como el señor Farid me impresionaron con sus cualificaciones.

—¿Entonces los ha contratado? —preguntó Cyrus.

—No, nunca haría eso sin su aprobación y la de Emerson.

—Si a usted le parecen bien, Amelia, a mí también —declaró Cyrus.

—¿Emerson?

Emerson se sobresaltó y derramó su té.

—¿Qué? Oh, sí, desde luego, querida.

Me complació escuchar eso, ya que había informado a ambos jóvenes egiptólogos que les contrataríamos.

—Monsieur Lacau ha sido de lo más complaciente —continué—. Nos ofreció varios sitios: los templos mortuorios reales a lo largo de los cultivos, con la excepción de Medinet Habu...

—No queda nada de ellos —protestó Cyrus—. Solo un montón de escombros.

—Por favor permítame terminar, Cyrus. Los valles más occidentales, donde se encuentran las tumbas de Hatshepsut y las tres princesas, y el sitio de Tod, al sur de aquí.

—Demasiado lejos —dijo Cyrus con prontitud.

—Habrá tiempo para considerar estas posibilidades —concluí—. Monsieur Lacau desea que terminemos esta temporada en el Valle Occidental.

Por el brillo en los ojos de Cyrus cuando mencioné tumbas, sabía cuál sería su elección. Emerson dijo vagamente:

—Sí, sí, Peabody, bien hecho. Nosotros... eh... consideraremos las posibilidades.

La aparición de los queridos niños puso fin a la discusión.

Fueron directamente donde su abuelo, ambos hablando al mismo tiempo. Al amparo de su voz dulce pero penetrante, Ramsés dijo en voz baja:

—¿Ha visto a Smith?

—Envió a su ayudante, el señor Wetherby, a reunirse conmigo, en vez de venir él mismo.

—¿Wetherby? —Ramsés frunció el ceño ligeramente.

—¿Lo conoces?

—No. Tiene que ser nuevo. ¿Explicó el desaire de Smith?

—En el negocio de la inteligencia, un desaire no es un desaire, sino una excesiva precaución. Según Wetherby, su superior no creía conveniente que fuéramos vistos juntos. El Departamento sigue sin tener noticias de Sethos.

Las cejas levantadas de Ramsés indicaron un alto grado de escepticismo.

—Creo que estaba diciendo la verdad sobre eso —añadí—. Dijo que Sethos estaba en Siria la última vez que supo de él, pero eso es todo lo que le saqué. Excepto que prometió que tomaría medidas para alejar a los posibles observadores de nosotros, más bien que Smith tomaría medidas. Dejar caer unas pocas pistas falsas, fue lo que dijo.

—No es muy satisfactorio —murmuró Ramsés.

—Oh, y también dijo que nos informaría si y cuando oyera algo de Sethos, siempre que hagamos lo mismo. Estuve de acuerdo, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Ramsés.

Se dio la vuelta para saludar a su hijo, quien le ofreció una galleta un poco maltratada.

—Te he traído esto, padre, ya que Charla está a punto de comerse el resto.

—Eso estuvo muy bien —dijo Ramsés. Se reclinó. El niño se apoyó contra su rodilla y Ramsés se comió la galleta, con murmullos apropiados de agradecimiento. Entonces David John dijo,

—Recuérdame, si te place, padre: ¿Quién fue Tutankhamon?

Sonreí para mis adentros. A David John no le gustaba admitir su ignorancia de los asuntos arqueológicos. Este era su método oblicuo de obtener información sobre un tema del que sabía poco o nada.

Su ignorancia no era sorprendente, ya que solo tenía cinco años y Tutankhamon era uno de los faraones egipcios más oscuros.

Ramsés se sobresaltó.

—¿Por qué lo preguntas, David John?

—El abuelo cree que su tumba se encuentra en el Valle de los Reyes. Le gustaría encontrarla.

—Estoy seguro —dijo Ramsés—. Es cierto que la de Tutankhamon es una de las pocas tumbas reales que nunca se han encontrado. Pero no fue un rey importante, David John. Gobernó al final de la XVIII dinastía, sucediendo a su suegro, quien también pudo haber sido su padre. ¿Has oído hablar de Akhenaton?

—El Hereje —dijo David John prontitud. Sus ojos azules brillaban—. Una figura fascinante. Su esposa era Nefertiti y tuvo seis hijas. Prohibió el culto a los antiguos dioses y fundó una nueva ciudad, Amarna, dedicada a su único dios, Atón. Podríamos llamarlo el primer monoteísta.

Capítulo 3

A la tarde siguiente el contenido del cable que Carter había enviado a Lord Carnarvon era conocido por todos los ciudadanos informados de Luxor. El primero de ellos fue Daoud, quien nos citó el cable textualmente.

—Por fin he hecho maravilloso descubrimiento en el Valle. Una magnífica tumba con los sellos intactos.

—¿Cómo sabe que es magnífica? -se quejó Emerson, cuando Daoud le informó.

—Va a haber mucho oro —dijo Daoud con total convicción—. El pájaro dorado del señor Carter es un presagio de buena suerte.

Esa era la opinión común en Luxor. Incluso Emerson admitió que no había necesidad de poner más guardias en la tumba. Su entrada había sido rellenada y el paso seguía bloqueado.

—Incluso si sobornaran a los guardias, tendrían que terminar todo el trabajo en una sola noche. De todos modos —añadió malhumorado—, todavía no sabemos lo que hay ahí abajo. La tumba puede estar vacía.

—Cierto —estuve de acuerdo—. Como no hay nada que hacer hasta que llegue Lord Carnarvon, tal vez consideres volver tu atención a nuestro trabajo. ¿Debo invitar a la señorita Malraux y el señor Farid a visitarnos aquí, o vas a ir a El Cairo para entrevistarlos?

Emerson me dirigió una mirada en blanco.

—¿Quién?

Le recordé la identidad de las personas que había mencionado. Sus ojos se estrecharon sospechosamente.

—Una mujer y un egipcio -dijo—. Tenía la impresión de que íbamos a buscar a las personas más calificadas y no ser influenciados por tus teorías socialistas.

—La palabra "socialista" está mal elegida, Emerson. Si te refieres a mis sentimientos sobre el tema de la discriminación contra la mujer y los no europeos, los he adquirido de ti.

—Mmm —dijo Emerson, acariciándose la barbilla.

—Estos jóvenes son al menos tan bien cualificados como sus competidores —continué, entrando en materia—. Y tienen menos probabilidades de encontrar empleo en una profesión que, como la mayoría, está dominada por hombres arrogantes. Solo estoy proponiendo nivelar el campo de juego, aunque sea un poco...

—Oh, bah. —Emerson levantó las manos—. Lo haremos a tu modo, Peabody. Siempre lo haces. Pero —añadió, frunciendo el ceño con fiereza—, insisto en tener el derecho de tomar las decisiones finales. Iré a El Cairo yo mismo.

Había sabido que lo haría. No había nada que hacer con su, debería decir la de Howard, su preciosa tumba hasta que Lord Carnarvon llegara, y Emerson no podía pensar en otra cosa. Era una molestia perfecta en la excavación, saliendo de períodos de abstracción con el ceño fruncido para gritar órdenes contradictorias a todo el mundo. Por otra parte, el mero hecho de que entrevistara a esa pareja significaba que, en principio, había aceptado la ampliación de nuestro personal. Yo ya había acordado con Cyrus, que se alojarían en el Castillo.

DEL MANUSCRITO H

En la medida que Ramsés estaba preocupado, era un alivio tener a su padre lejos unos días. No era fácil seguir adelante con su propio trabajo, ni siquiera cuando Emerson estaba en modo cooperativo, y en los últimos días había sido difícil tratar con él. El personal del Instituto Francés llegaría en breve para hacerse cargo de la aldea de trabajadores de Deir el Medina y Ramsés quería terminar la traducción de los papiros que habían encontrado el año anterior. Cyrus había estado de acuerdo amigablemente en que no era necesario en el Valle occidental. Ramsés ya había hecho copias de los textos de la tumba de Ay. Tendrían que ser cotejados con las fotografías que Nefret y Selim había tomado, pero ese trabajo podía esperar.

Ese día estaba solo en casa, a excepción de los sirvientes, por lo que debería haber sido fácil concentrarse, pero su mente divagaba, desde recuerdos del hombre que había sido su asistente amable y

asesino, a las voces de los niños jugando en el jardín y al Gran Gato de Ra, que estaba decidido a descansar sobre los delicados fragmentos de papiro dispuestos sobre la mesa.

—Ve a intimidar al perro —dijo Ramsés, llevando el gato a la ventana.

Una vez allí se demoró, disfrutando del aire fresco y las flores de vivos colores que florecían a lo largo del camino que llevaba de la casa principal a la que su familia ocupaba. Su madre había procedido a la construcción de esta última sin molestarse en consultarles con antelación, pero tenía que admitir que se adaptaba a sus necesidades y estaba lo suficientemente lejos para que no les molestaran a menudo con visitas sin previo aviso. Los niños tenían sus propias habitaciones, y un conjunto de habitaciones habían sido apartadas para la clínica de Nefret. Desde donde estaba podía ver la entrada, a la sombra de los tamariscos con un banco debajo de ellos para los pacientes que esperaban. Estaba a punto de obligarse a sí mismo a trabajar cuando alguien se movió por el camino. Era Fátima, vestida con su auto decretado uniforme de túnica negra y velo en la cabeza, pero actuaba de manera extraña, moviéndose a un trote indigno y mirando por encima del hombro con frecuencia. Llegó a la puerta de la clínica, lanzó una mirada alrededor y entró.

Nefret estaba en el Valle occidental con Cyrus. Fátima lo sabía. Si tenía necesidad de atención médica, ¿por qué no se lo había mencionado a Nefret en el desayuno? Nefret siempre mantenía la puerta de la clínica cerrada, pero Fátima, como ama de llaves, tenía un juego completo de llaves. Seguramente tenía más sentido común que recetarse a sí misma.

Más curioso que preocupado, Ramsés decidió que sería mejor determinar la causa de su extraordinario comportamiento. Caminó a lo largo del borde del camino, a paso ligero. Las rosas favoritas de su madre, rosas, blancas y carmesíes, habían salpicado el suelo con una lluvia de pétalos. Las altas torres de malvas habían sido parcialmente desnudadas por Charla, que había hecho muñecas con las flores. El capullo sin abrir, insertado en la base de una flor invertida, tenía un leve parecido a una dama con turbante y falda. Una larga fila de damas marchitas, rosa, amarillo y carmesí, yacían en el camino.

La puerta de la clínica estaba cerrada. La abrió.

Fátima se dio la vuelta con un pequeño grito, agarrando algo contra su pecho. Estaba de pie delante del botiquín abierto.

—¿Qué está pasando? -Preguntó Ramsés—. ¿Estás enferma?

Fátima negó con la cabeza sin decir nada. Su cara redonda era la viva imagen de la culpa, la boca entreabierta y los ojos desorbitados.

—Siento haberte asustado —dijo Ramsés suavemente—. ¿Qué estás buscando?

Fátima se echó a llorar. Había temido que lo hiciera. Le pasó el brazo por los hombros temblorosos, le dio unas palmaditas, hizo ruidos consoladores y esperó pacientemente a que sus sollozos cesaran en exclamaciones entrecortadas de auto—reproche. Les había engañado, había ocultado la verdad, lo había hecho mal. El objeto que aferraba era una botella con pastillas de algún tipo.

Todo lo que Ramsés tenía era lo que su madre habría llamado presentimiento o premonición. De hecho, todos los pequeños trocitos de conocimiento se juntaron de repente. Fátima no se resistió cuando él le quitó la botella.

Quinina.

—Está bien -dijo—. Entiendo. ¿Dónde está?

Todos sabían que Fátima alimentaba a los mendigos locales. De vez en cuando le daba una cama para una o dos noches a uno de estos desgraciados, en una habitación del ala de los criados. (Siempre podían decir cuando esto había sucedido porque Fátima fregaba y desinfectaba la habitación al día siguiente). Todavía sorbiendo, ella le guió a una pequeña habitación junto a sus propias habitaciones confortables.

Le había puesto en la cama y bajado las cortinas sobre la única ventana. La habitación estaba oscura y mal ventilada. Olía a jabón carbólico y lejía.

Ramsés se quedó junto a la cama, mirando al hombre que dormía. Solo podía imaginar que aspecto había tenido cuando llegó a la casa, Fátima debía haberlo limpiado, pues ahora no tenía barba y estaba pálido, su nariz prominente sobresalía entre las mejillas hundidas. Por segunda vez en su vida, Ramsés vio al Sethos básico, despojado del disfraz, sus rasgos sin distorsionar. Su parecido con Emerson era desconcertante, era como ver a su padre anciano, enfermo e indefenso.

—¿Cuánto tiempo hace que está así? -preguntó Ramsés.

—Llegó ayer por la noche -susurró Fátima. Estaba llorando otra vez—. Estaba muy enfermo con fiebre.

—Malaria —dijo Ramsés—. La ha tenido antes. ¿Te envió para conseguir las pastillas?

—Cuando se despertó esta mañana. —Se limpió la cara mojada —. Escribió la palabra para que supiera qué buscar. Él no quería que supieras que estaba aquí. No tuve la oportunidad de escapar hasta ahora. Lo siento, Ramsés.

—Él es el que debe sentirlo. ¡No tenía derecho a ponerte en esta posición!

—Oh, pero él es mi amigo. Y necesitaba mi ayuda.

Eso haría, pensó Ramsés. Sethos había sabido congraciarse con Fátima, la trataba con el mismo encanto cortesano que otorgaba a las damas "reales", y la pagaba con elogios extravagantes. Una apelación a sus grandes simpatías hubiera inclinado la balanza de lealtades divididas.

La malaria no era curable. Una vez infectada, la víctima era objeto de ataques recurrentes cuyos inicios eran impredecibles. Ramsés trató de recordar lo que Nefret le había dicho acerca de la enfermedad cuando ella había cuidado Sethos durante su primer ataque. De esta forma el paciente era coherente y estaba bastante cómodo por la mañana. Al final de la tarde tenía escalofríos seguido por fiebre alta y, a veces, delirio.

—Mejor que le despertemos y consigamos que se tome esto — dijo Ramsés. Se inclinó sobre Sethos, que llevaba uno de los camisones de Emerson, y lo sacudió, no muy suavemente.

Sethos abrió los ojos. No mostró sorpresa ante la visión de Ramsés, aunque su expresión no era acogedora.

—Supuse que no sería capaz de aguantar mucho tiempo —dijo resignado.

—Ella no me lo dijo. La atrapé robando tu quinina. —Ramsés abrió la botella—. ¿Cuánto se supone que tienes que a tomar?

—Una tres veces al día. He estado huyendo durante semanas. No he tenido oportunidad de reponer mis suministros.

—Traeré comida —dijo Fátima, y salió corriendo.

—Ese fue un truco muy sucio —dijo Ramsés—. ¿Por qué no viniste donde padre o yo?

Una chispa de diversión iluminó los pálidos ojos en las órbitas hundidas.

—No quería que Nefret me pusiera las manos encima cuando estoy débil e indefenso.

—No estoy de humor para las bromas.

—Dame crédito para un leve residuo de decencia, entonces. No me habría acercado por aquí si no hubiera sido derribado por esta maldita enfermedad. Oí...Oh, gracias, Fátima. Eso se ve delicioso.

Se sentó y tomó la bandeja. Sus manos no eran muy estables. ¿Estaba empezando ya la fase de por la tarde? Ramsés no tenía forma de saberlo a ciencia cierta, pero Sethos podría utilizar la debilidad como defensa.

—¿Has oído el qué? -preguntó Ramsés.

Con un pequeño cloqueo de angustia, Fátima tomó el tazón de sopa de la bandeja y comenzó a alimentar a su paciente.

—No le molestes Ramsés, está cayendo enfermo otra vez.

Sethos abrió la boca obedientemente cuando ella empujó la cuchara en sus labios. Después de que tragara, dijo:

—También puedo esperar para explicarme hasta que toda mi cariñosa familia esté reunida. Tú les contarás que estoy aquí, por supuesto.

—Por supuesto. ¿Oíste qué?

—Abre —ordenó Fátima.

Sethos sonrió a Ramsés. Después de terminar la mayor parte de la sopa dijo débilmente:

—Lo siento, Fátima. Es muy sabrosa, pero no puedo... no puedo comer más.

Se hundió en la almohada y cerró los ojos. Ramsés no pudo resistir un disparo de despedida.

—Voy a buscar a Nefret.

Ni siquiera esa amenaza consiguió una respuesta. Un largo escalofrío recorrió el cuerpo de Sethos. Fátima le puso otra manta encima.

—Me sentaré con él, Ramsés, hasta que llegue Nefret.

Si no era una orden, era una sugerencia muy fuerte. Ramsés se retiró, maldiciendo entre dientes.

El trabajo estaba fuera de cuestión. No llevó a cabo su amenaza de ir a buscar a Nefret, para cuando llegara al Valle occidental, ella

y los demás estarían disponiéndose a dar por terminado el día. Decidió hacer un interrogatorio rápido de los locales. Sethos había llegado a la casa sin ser interceptado, pero que podría haber sido seguido.

Jamad estaba disfrutando de su siesta de la tarde, tendido sobre un montón de paja en uno de los establos. Ramsés ensilló a Risha él mismo. Hizo un circuito alrededor de la casa, adentrándose en el desierto antes de volver hacia el río bordeando los campos de cultivo. La escena era encantadoramente tranquila. Los campos estaban llenos de garzas, como un borde blanco de encaje, los agricultores les daban la bienvenida, ya que comían insectos que podían dañar los cultivos. Ramsés no vio nada que despertara sospechas. Tal vez Smith había mantenido su promesa de alejar a los observadores.

Volvió a tiempo de saludar a su madre y Nefret, quienes estaban acompañadas por Selim y Daoud. Todos ellos se acomodaron en la terraza y Ramsés estaba tratando de pensar cómo darles la noticia cuando la puerta de la casa se abrió y Kareem salió tambaleándose, equilibrando una bandeja cargada. Un joven de cara redonda, permanentemente alegre, era el único así llamado lacayo que había sobrevivido a los gruñidos de Fátima. Ramsés le alcanzó a tiempo de evitar que la pila de tazas resbalara al suelo. Imperturbable, Kareem sonrió con orgullo y puso la bandeja sobre la mesa sin más contratiempos.

—Ven, estamos listos para usted, Sitt Hakim —anunció.

—¿Dónde está Fátima? -preguntó la dama.

—Será mejor que se siente -dijo Ramsés.

—No está enferma, ¿verdad? —preguntó Nefret con ansiedad.

Su suegra fue más rápida. O tal vez, pensó Ramsés, le habían llegado las noticias en un sueño, de Abdullah.

—Ha venido -dijo—. ¿Dónde está?

Ramsés se deshizo de Kareem enviándolo a buscar las servilletas que había olvidado.

—Sentémonos y tomemos el té primero -exhortó—. Todo está bajo control.

—Ja —dijo su madre. Pero hizo lo que le pidió, sirviendo con una mano firme, mientras él les contaba. Las respuestas fueron variadas. La pulcra barba negra de Selim se separó en una sonrisa

de dientes blancos. Había disfrutado de sus primeras aventuras con Sethos, a quien consideraba una persona bastante galante. Daoud, sosteniendo la taza con delicadeza en la palma de su gran mano, solo asintió con la cabeza. Muy poco le sorprendía.

—¿Malaria de nuevo? —Nefret dejó su taza sobre la mesa y empezó a levantarse—. Maldita sea. Será mejor que vaya con él.

—Ha tomado una dosis de quinina —dijo Ramsés—. No hace falta que corras, querida, te ves cansada. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Su madre eligió una galleta glaseada de la bandeja.

—¿Qué podemos hacer sino aceptarlo? Termina tu té, Nefret, y luego tendremos una pequeña charla con... con nuestro visitante.

—¿Todos nosotros? —preguntó Selim esperanzado.

—¿Por qué no?

Cuando se apiñaron en el cuarto oscuro y pequeño Sethos estaba despierto.

—Espléndido. -Jadeó, tratando de evitar que sus dientes castañetearan—. Daoud y Selim, también. ¿Dónde está Emerson?

—El Cairo. —Nefret se sentó en el borde de la cama—. Abre las cortinas, Ramsés, necesito más luz.

—Mejor no —dijo Ramsés—. Traeré una lámpara.

—Yo lo haré —dijo Fátima. Se marchó.

—Ella está avergonzada —declaró Selim—. Como debería ser. Engañar a Sitt Hakim...

—No hubo ningún daño —dijo la dama con frialdad—. Por lo menos espero que no.

—Nadie me siguió —murmuró Sethos—. No habría venido si hubiera pensado...

Un violento ataque de temblores recorrió su cuerpo.

Fátima volvió trayendo una lámpara y Nefret dijo:

—Todo el mundo fuera. No se le puede preguntar ahora.

—No -su suegra estuvo de acuerdo—. Pero no vas a sentarte con él. Yo lo haré. Te ruego que no discutas, Nefret. Sé exactamente qué hacer. Ve y arréglate para tomar el té con los niños y que Kareem haga una tetera nueva.

—¿Kareem? —Fátima dejó escapar una exclamación de horror —. ¿Sirvió el té? No es hora. Oh, oh, oh, es mi culpa. ¿Rompió alguno de los hermosos platos?

—Todavía no —dijo Ramsés.

—Ve y ocúpate, Fátima —dijo su madre—. Puedes unirte a mí más tarde.

Fátima se retorció las manos.

—¿No está enojada conmigo, Sitt Hakim?

—No mucho. —Una sonrisa indulgente quitó resquemor a las palabras—. Corre.

Recordando el curso normal de la enfermedad, Ramsés sabía que hasta la mañana no podrían obtener nada de Sethos, aun suponiendo que estuviera dispuesto a decir la verdad. Si su madre esperaba que Sethos se ablandara con ella a solas, iba a quedar decepcionada. Cuando Fátima la relevó y se unió a los demás en la terraza, sus labios estaban firmemente apretados y se premió con un vaso extra de whisky.

—Recordad -dijo, cuando Daoud y Selim estaban listos para marcharse—, nadie debe saber que está aquí.

—Sí, Sitt Hakim —dijo Daoud. Consideró su respuesta, decidió que era un tanto ambigua, y para estar en el lado seguro, agregó—: Escucho y obedezco.

—Se lo contará a Kadija —dijo Nefret, después de que sus amigos se fueran.

Su suegra sonrió. La esposa de Daoud, una mujer grande y solemne de antepasados nubios, era una de sus amigas más íntimas y una sanadora nata.

—Piensa en ella como parte de sí mismo. Ella entenderá la situación y seguirá su propio consejo.

Pasaron el resto de la tarde entreteniendo a los gemelos y tratando de evitar que el Gran Gato de Ra abusara del perro. Durante la cena se dedicaron a la especulación inútil, pero irresistible. ¿Cómo iba a reaccionar Emerson? ¿Cómo iban a mantener la presencia de Sethos en secreto? ¿Se las arreglaría Kareem para servir la sopa sin derramarla?

Nefret insistió en echarle otro vistazo a Sethos después de la cena, pero luego fue persuadida de ir a la cama y dejar el cuidado a Ramsés y su madre. Sethos estaba en la siguiente etapa de la malaria, ardiendo de fiebre y en estado semicomatoso. Cuando la fiebre cedió más tarde esa noche, tuvieron que cambiar las sábanas. Su madre modestamente le dio la espalda mientras Ramsés le ponía

a Sethos un camisón seco.

—Su brazo está vendado -dijo—. ¿Estaba herido?

Su madre dijo por encima del hombro.

—Una bala le rozó. Se había infectado. Tengo que cambiar el vendaje. ¿Está... eh... tapado?

Sí.

La bala le había arrancado una franja importante de carne. Tenía mal aspecto, inflamada y con secreción. Sethos se movió y murmuró mientras ella lo desinfectaba y cambiaba el vendaje, pero no se despertó.

Ramsés logró enviarla a la cama una vez que el paciente estuvo fresco y cómodo.

—Llámame si hay algún cambio —fue su última orden.

—No lo habrá. Buenas noches, madre.

Apagó la luz y se puso lo más cómodo posible en un sillón traído del cuarto de Fátima. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, mantuvo la mirada fija en la ventana en sombras. Ningún movimiento, excepto el vaivén de la tela en la brisa de la noche.

Consideró las actividades de la tarde, preguntándose si había algo más que pudiera o debería haber hecho. El problema era que la mayoría de sus preguntas solo podían ser respondidas por Sethos. Deberían notificárselo a “Smith”, y si es así, ¿cómo? ¿Qué pasaba con Margaret? Sethos podría saber cómo contactar con ella, ellos seguro que no. Ramsés había tenido una larga conversación de corazón a corazón con Kareem, y estaba seguro de haber puesto el temor de Dios y el Padre de las Maldiciones en ese chismoso empedernido. Daoud también era un experto chismoso, pero era un hombre de palabra y había jurado no hablar de la presencia de un extraño. Fátima no era probable que hablara. Ninguno de los otros sirvientes dormía en la casa. Averiguarían lo del paciente de Fátima al día siguiente, y al final uno de ellos mencionaría que Fátima había acogido a otro mendigo. Solo podía esperar que los perseguidores de Sethos estuvieran tras otro rastro o que fracasaran en sumar dos y dos.

Durmió ligeramente, a sabiendas de que cualquier ruido inusual le despertaría de golpe. Una vez le despertó el roce de las sábanas, y cuando se inclinó sobre su tío, Sethos estaba profundamente

dormido, o fingiendo, su respiración lenta y regular. Resistiendo el impulso de sacudirlo, Ramsés le subió las mantas hasta la barbilla y volvió a su silla estrecha.

* * *

Desperté justo antes del amanecer. El recuerdo de los acontecimientos del día anterior irrumpió en mi mente, disipando cualquier tentación de más sueño. Sin detenerme a vestirme, me puse una cómoda bata y atravesé el patio al ala de los criados.

Ramsés despertó cuando abrí la puerta. Al verme, se relajó, bostezó y se frotó los ojos.

—Te ves muy incómodo querido muchacho —le dije.

—Lo estoy. —Se levantó y estiró las extremidades rígidas—. No se ha movido.

—Está despierto —le dije—. Ve a lavarte y come algo, querido. He oído a Fátima moviéndose en la cocina.

Sethos esperó a que Ramsés se fuera antes de darse la vuelta y dirigirse a mí.

—¿Qué, sin carabina? ¿Qué diría Emerson si nos encontrara así, a ti con esa bata encantadora y yo...?

—No es un espectáculo que inspire sentimientos amorosos en una mujer. Pareces muy alegre. ¿Tienes hambre?

—Así funciona la malaria, como sabes. -Se estiró lujuriosamente —. Ah, aquí está Fátima con mi desayuno.

—Que lo disfrutes —le dije.

—¿Por qué no vas a disfrutar del tuyo?

—Tengo un par de preguntas.

—Amelia querida, no puedo comer y hablar al mismo tiempo. Ramsés y Nefret querrán estar presente cuando me interrogues, así que ¿por qué no esperamos hasta que...?

—Solo quería preguntar acerca de tu nieto. Llevamos tiempo sin sabe nada de Maryam.

Él no esperaba una pregunta tan inofensiva. Entrecerró los ojos. Luego se encogió de hombros.

—Como bien sabes, mi hija y yo no estamos en los mejores términos en estos momentos. Desaprobé su elección de marido y fui tan tonto como para decírselo.

—No entiendo que tienes contra el Sr. Bennett. Es un hombre respetable, con una excelente reputación.

—Le has investigado, ¿verdad?

—Por supuesto. No confiaba en que tú lo hicieras sin prejuicios. ¿Estás seguro de que no estás celoso?

Sethos dejó el tenedor.

—Estás echando a perder mi apetito, Amelia.

—Las verdades dolorosas suelen tener ese efecto. Sientes que has sido suplantado, con la hija y nieto. Es natural sentir resentimiento.

—¿Es que siempre tienes razón? —dijo Sethos con súbita violencia—. Maryam y yo nos habíamos hecho amigos después de años de alejamiento, y apenas conozco al niño.

—¿De quién es la culpa?

Rara vez había visto su rostro tan indefenso. No fue un espectáculo agradable, la ira tensó la boca y las chispas brillaron en esos extraños pálidos ojos que podrían ser de color marrón o verde o gris. Obviamente había golpeado, no en un nervio, sino en un conjunto de ellos.

—Bien, dejaremos eso para luego -dije, levantándome—. Disfruta del desayuno.

No puedo decir que disfrutara del mío. La comida de Maaman era tan buena como siempre, pero observar a Kareem tropezar al entrar y salir, dejando caer los huevos pasados por agua y derramando el café, me puso de los nervios. No me había dado cuenta de que las relaciones entre Sethos y su hija se habían vuelto tan tensas. Era todo culpa suya, por supuesto. Había hecho algún intento de cuidar de la chica, pero su madre, su antigua amante, odiaba a Sethos tanto como él la detestaba, y después de la muerte de Bertha, Maryam culpó a su padre y le dejó para unirse al grupo de delincuentes que Bertha había fundado. El nacimiento del hijo de Maryam y su posterior reforma había reconciliado a padre e hija. Ahora Sethos había enredado eso también. Era algo típico de él. Añadí otro apunte a mi lista mental de “cosas qué hacer”

—Fátima está con su mendigo —anunció Kareem.

—Lo sé -dije—. Tiene buen corazón.

—¿Es un hombre santo? —preguntó Kareem.

Nefret le quitó la cafetera.

—Muy santo —dijo—. Desea que le dejemos solo para meditar y recuperarse.

Pagamos a Sethos la cortesía de esperar hasta que hubiera

tenido tiempo de desayunar y adecentarse antes de volver a su habitación, aunque en opinión de varios de nosotros era una cortesía que no merecía. Le encontramos sentado en la cama, con almohadas ahuecadas y mantas suaves, sosteniendo una taza de café. Fátima y la bandeja del desayuno habían desaparecido discretamente.

Como podría haber esperado, estuvo a la ofensiva antes de que cualquiera de nosotros pudiera hablar.

—Me siento desnudo sin ningún tipo de disfraz —se quejó—. Ramsés, ¿podrías...?

No era una petición poco razonable. Aunque sin afeitar y con las mejillas hundidas, sin adornos hirsutos era la imagen de Emerson, hasta el hoyuelo de la barbilla.

—¿Qué estabas usando cuando llegaste? —Le pregunté, sentándome en el borde de la cama.

—Una voluminosa barba gris aunque algo rala y una *galabiyya* hecha de retales. Fátima me lo quitó.

—Ah, el viejo disfraz de mendigo —le dije—. Probablemente lo ha quemado.

—Había algunos insectos habitando en la barba —admitió Sethos—. La autenticidad es muy importante en...

—No importa. Ramsés se encargará -dije—. Más tarde. Empieza a hablar, por favor.

—¿Sobre qué?

Ramsés profirió un gruñido, como su padre solía hacer cuando estaba exasperado.

—¿Qué has hecho? ¿Quién quiere tu sangre?

—Un montón de gente, espero —fue la respuesta alegre. Atrapó los ojos de Nefret y pareció un poco avergonzado—. Es más bien una larga historia...

—Tenemos toda la mañana —le respondí, acomodándome en el sillón con una hoja de papel en la rodilla y un lápiz en la mano.

—Todos vosotros sabéis... —comenzó Sethos. Luego dejó de hablar y me miró con recelo—. Amelia, ¿qué estás haciendo?

—Tomar notas, por supuesto.

Gracias a esas notas y mi excelente memoria, soy capaz de dar al lector una descripción exacta de su larga y bastante incoherente explicación.

—Todos sabéis cuál es la situación en el Medio Oriente desde la guerra. Las grandes potencias se han repartido las partes del Imperio Otomano a su antojo. Francia no va a renunciar a sus intereses en Siria, Gran Bretaña manda sobre Palestina y Gertie Bell y su gente han improvisado un nuevo reino de Irak, con una mezcla impía de facciones en guerra, con un rey que ninguno de ellos quería en el trono y un comisionado británico a cargo. A los kurdos se les prometió la independencia, pero Gertie no les permitirá tenerla, ya que Irak sin Mosul y su petróleo no puede aguantar. Ese viejo zorro de Ibn Saud está discutiendo sobre fronteras y esperando el control de Siria. Si eso no fuera suficientemente malo, Gran Bretaña, bajo la presión de los sionistas, se ha manifestado a favor de una patria judía en Palestina. Los árabes tienen miedo de que los sionistas les quiten su tierra, y los judíos se dividen entre los sionistas y los que se oponen a un estado temporal, la Liga Árabe pide la independencia que Lawrence les prometió, y Fuad de Egipto está jugando en la trastienda al viejo estilo otomano.

»—Ha habido rumores sobre... —La vacilación fue tan breve, que solo alguien que conociera bien a Sethos lo habría notado—. Sobre un misterioso grupo empeñado en sembrar cizaña por razones que permanecen en la sombra. No es una tarea difícil, dada la situación. Fui enviado a Bagdad y a Damasco para ver qué podía averiguar. Por cierto —agregó con genuina emoción—, los sitios arqueológicos están siendo despedazados. No hay control sobre la excavación ilícita y algunas piezas maravillosas se venden a los coleccionistas.

Ramsés frunció el ceño.

—¿Así que decidiste "rescatar" algunas de ellas? ¿Y estás siendo perseguido por los competidores?

—Si lo hubiera hecho, *habría* sido un acto de rescate —replicó Sethos—. Sin embargo, como suele suceder, el objeto con el que escapé no era una antigüedad. Lo encontré en los archivos privados de cierto funcionario en Bagdad...

—No seas tímido —dijo Ramsés—. ¿Quién?

—El nombre no significaría nada para ti. Permanece fuera de la vista del público, y no mucha gente sabe que es una especie de *deus ex machina*, un jugador detrás de las escenas. Tuve que coger la maldita cosa en lugar de copiarla, porque estaba en código y el

tiempo era limitado.

—Si estaba en código, ¿cómo sabes que valía la pena robarlo?

—Porque estaba en código —dijo Sethos con exagerada paciencia—. Y en un archivo bloqueado que requirió de todos mis talentos para abrirlo. Uno no se mete en tantos problemas con las listas de sábanas.

—Sigue —dijo Ramsés entre dientes.

—Sabía que notarían su ausencia. De hecho —admitió Sethos—, mi salida de la escena no fue sin incidentes. Así que no me sorprendió cuando me encontré con unos cuantos problemas en la estación de tren al día siguiente. Lo que sí me sorprendió fue darme cuenta de que reconocía al vendedor de café borracho que intentó empujarme debajo del tren. Trabaja para el departamento que solía ser dirigido por tu viejo amigo Cartwright.

—¡La inteligencia británica! —exclamó Ramsés—. ¿Por qué tratarían de matarte?

—Precisamente lo que me pregunté. Como un pequeño espía leal, tenía la intención de llevar la maldita cosa a El Cairo y entregarla. Ese incidente lo estropeó. Era evidente que había estado bajo vigilancia todo el tiempo, o no habrían podido rastrearme tan rápidamente.

—Esa es una técnica estándar —dijo Ramsés, curvando el labio —. No confían en nadie.

—Soy muy consciente de ello. Sin embargo, la suposición de que podría poner la maldita cosa a la venta en lugar de entregarla me pareció un poquito desagradable. En lugar de tomar el tren a El Cairo, salí y volví más tarde, a tiempo de coger un tren a Damasco. Allí se produjo el segundo ataque, y apenas escapé de tres tipos feos con cuchillos largos, quien casi con toda seguridad no habían sido contratados por nuestro grupo.

—Es posible que te siguieran desde Bagdad —sugerí.

—No por nuestro compañero. —La sonrisa de Sethos no fue bonita—. Lo dejé debajo del tren.

Nefret se llevó la mano a la boca. La sonrisa de Sethos desapareció.

—No me propuse matarlo, Nefret. Él me habría lanzado a la vía si no me hubiera soltado. Le desequilibré y... bueno. Para resumir una larga historia, después de varios otros incidentes, me vi

obligado a llegar a la conclusión de que me había convertido en un objeto de interés para varios grupos diferentes. Llegué a Egipto, pero no me atreví a acercarme a la sede general. También podrían ir tras de mí, o podría haber un traidor en la organización. Pensé que había despistado a todos cuando llegué a Luxor, luego me enteré del encuentro de Ramsés y Emerson en la verdulería. Así que me fui de nuevo, en dirección a Assuán, y di unas cuantas vueltas por la ciudad para llamar la atención. Ahí fue cuando conseguí esto. —Se tocó el brazo—. Desde entonces me he estado moviendo rápidamente, borrando mi rastro y manteniendo un ojo alerta. Durante los últimos días he estado encerrado en el sótano de una choza en ruinas en Sebu al Karim, sentí que la malaria se acercaba y decidí venir aquí.

—Eso es muy conmovedor —dijo Ramsés—. Que buscaras a tus seres queridos.

Nefret le frunció el ceño. Sethos dijo fríamente:

—Tenía una razón más práctica. No puedo hacer planes, no puedo confiar en nadie, hasta que sepa lo que hay en ese documento. Tú eres bueno con los códigos y sistemas de cifrado. —Ramsés se mantuvo en silencio. Al verlo, Sethos continuó—: Tenía la intención de llegar a la casa. Esa es la verdad, ya lo creas o no. Estaba a punto de comunicarme contigo de manera indirecta y pedirte que te reunieras conmigo en un sitio neutral cuando caí enfermo. No creo que me hayan seguido, pero... bueno, el daño está hecho. Sea lo que sea lo que contenga este documento, algunas personas lo quieren, lo suficiente como para ir tras de ti otra vez si no me pueden encontrar.

Me aclaré la garganta.

—Si me perdonas por decir esto, esa es la historia más ridícula que he escuchado.

El rostro demacrado de Sethos se amplió en una sonrisa.

—Lo tomo como un cumplido, Amelia. Habéis oído un buen número de historias absurdas en los últimos años.

—Pero, en realidad -exclamé—. Ésta está sacada de la ficción sensacionalista. Sociedades secretas, organizaciones oscuras, un misterioso documento obtenido de un individuo que no puedes o no quieres nombrar... tendrás que hacerlo mejor que eso, amigo mío, si quieres nuestra cooperación.

Sin dejar de sonreír, Sethos paseó la mirada de mí a Ramsés.

—Tanto si él quería como si no -dijo este último lentamente—, nos ha metido en el asunto. ¿Dónde está el maldito documento?

—En el sótano que he mencionado, oculto bajo un perro muerto.

Nefret se estremeció, y Sethos dijo:

—Ya estaba convenientemente muerto, Nefret.

—Será mejor que vaya a por él, antes de que alguien más lo haga. —Ramsés se levantó.

A primera vista, Ramsés no podía pensar en una buena excusa para visitar la aldea pobre, mucho menos la casa en ruinas. Estaba furioso con su tío, y el deleite de Selim de participar en la empresa le molestaba aún más. ¿Estaba todo el mundo excepto su padre y él bajo el hechizo de Sethos?

El pueblo era uno de los varios que lindan con los cultivos al sur del templo de Seti I. Mientras cabalgaban hacia allí, Selim dijo:

—Estamos buscando tumbas, ¿no?

—No hay ninguna en esa área.

—¿Quién puede decirlo? —preguntó Daoud. Él montaba el caballo de Emerson, el único caballo en el establo que podía soportar su peso.

—Él dice la verdad —dijo Selim—. Oímos un rumor. Eso no es difícil de creer. Siempre hay rumores de tumbas.

—Supongo que sí —dijo Ramsés regañadientes. Debería haber pensado en esa excusa él mismo. Era culpa de Sethos, por haberle enojado demasiado para pensar con claridad. Pero no era justo por su parte hacerle pagar su malhumor a Selim.

—Mientras buscamos tumbas, Daoud entrará en la casa y encontrará el papel —dijo Selim.

—¿Le dejarías el perro muerto a él? —preguntó Ramsés con una sonrisa.

—No me importa —dijo Daoud plácidamente—. ¿A qué se parece, ese papel?

Su llegada atrajo a todos los aldeanos. La mayoría de los hombres estaban trabajando en los campos, por lo que su público estuvo integrado por mujeres, niños pequeños, y el ganado de costumbre, además de algunos viejos chochos. Cuando Ramsés les preguntó sobre nuevas tumbas, fueron inundados con información de todo el mundo excepto del ganado. Ramsés sabía que él era el

principal atractivo; este pequeño y triste lugar apenas era visitado por los extranjeros, y la visita de un miembro de la familia del Padre de las Maldiciones era un evento del que se hablaría durante días.

Selim y él se abrieron camino entre el montón de niños y perros ladrando, guiados por el anciano que se había nombrado a sí mismo guía, y seguidos por el resto de los ciudadanos locales. El nivel de ruido era alto. Había algunas tumbas en los alrededores rocosos, todas pequeñas y vacías, salvo por gruesas capas de basura. Pasaron más tiempo examinándolas de lo que los miserables lugares merecían, y luego emprendieron el regreso. Daoud estaba esperando con los caballos. Su rostro grande y amable tenía una sonrisa y su mano estaba metida dentro de la túnica.

No fue hasta que estuvieron bien lejos de la aldea cuando Ramsés preguntó:

—¿Lo encontraste?

—Sí. —Le entregó un pequeño paquete sellado con cinta y agregó—, estaba profundamente enterrado. Creo que el perro era una broma. Solo había huesos.

—Típico —murmuró Ramsés.

—Ábrelo —instó Selim.

Ramsés también tenía curiosidad. Sacando un cuchillo, cortó la cinta y retiró el tejido impermeable. En el interior, entre las piezas de cartón, había dos hojas de papel dobladas.

—No hay palabras en el papel —dijo Selim, acercándose más—. ¿Qué quiere decir? ¿Es lo que querías?

—¿Querer? Diablos, no, no quiero la maldita cosa. Pero supongo que me tengo que quedar con ella.

Los símbolos eran números, decenas de ellos. Los únicos códigos y cifras con las que estaba familiarizado usaban letras del alfabeto.

—Maldita sea —dijo Ramsés.

***

El miércoles estábamos a la espera de recibir el telegrama de Emerson anunciando su llegada a la mañana siguiente. Eso fue todo lo que dijo. Me habría gustado tener un poco más de información, algo de “he contratado nuevo personal” o “no he contratado nuevo personal”, pero estaba demasiado familiarizada con la renuencia de Emerson de gastar dinero en los telegramas.

La condición de Sethos había mejorado, según Nefret, y estaría fuera de peligro en uno o dos días. Ramsés le había suministrado una barba canosa y suficiente masilla para esculpir una nariz nueva. Sethos parecía disfrutar jugando con esto último; durante el transcurso del día los contornos de su nariz respingona cambiaron a forma de gancho a cóncava. No me había dado cuenta de lo drásticamente que la forma de un apéndice nasal puede alterar la apariencia. Mis propios experimentos con la masilla no tuvieron éxito. La maldita cosa no se pegaba. Decidí que debía haber algún truco y pensé en preguntárselo a Ramsés más tarde.

No pude extraer información adicional de Sethos, ni siquiera cuando le mostré la pequeña lista que había hecho.

—¿No tienes ni idea de quién está involucrado en esa oscura organización tuya?

Sonriendo con su sonrisa irritante, leyó la lista en voz alta.

—Los franceses, los sionistas, los antisionistas, Ibn Saud, Feisal de Irak, el Servicio Secreto Británico, Sharif Hussein, Gertrude... ¿Gertrude Bell? ¡Vamos, Amelia! Sé que tú y ella no os lleváis bien, pero...

—No estoy de acuerdo con las mujeres que reclaman los privilegios de los hombres para ellas mismas, pero se los niegan a otras mujeres. Ella es una antifeminista confirmada con un ego monumental. Se imagina como una hacedora de reyes. Tales personas consideran que el fin justifica los medios.

—Podría ser cualquiera de ellos, o todos, o ninguno —dijo Sethos, aceptando tácitamente mi juicio de la señorita Bell.

—No es una conclusión muy reconfortante, debo decir.

—¿Has hablado de tu lista con Ramsés?

—Estoy bien familiarizada con la situación política actual —le contesté. Nunca miento a menos que sea absolutamente necesario —. Es incluso más volátil de lo que sugirió tu resumen inicial. Desde que Ibn Saud derrotó a su principal rival, el Rashid, en Hayil...

—Lo sé, lo sé —dijo Sethos algo distraído.

—Hayil es donde tú y Margaret os conocisteis por primera vez, ¿verdad? ¿Dónde está ahora?

Sethos se sobresaltó.

—Tienes la desconcertante costumbre de saltar de un tema a otro —se quejó—. No sé dónde está. ¿Qué harías con la dirección si

la tuviera? Seguramente no tendrías la intención de informarle que estaba contigo o mandar una llamada urgente a Luxor. Es lo mismo que estar en el *suk* y gritar las noticias en voz alta.

—¿Ella no desearía estar a tu lado cuando el peligro amenaza? —Le pregunté.

—Mi querida Amelia, eres tan romántica. Sin embargo, te diré donde la encontrarás. Si esa tumba de Carter se convierte en una gran noticia, será la primera en llegar.

Estaba jugando el mismo truco conmigo, pero decidí no desafiar el cambio de tema.

—¿Quién te ha hablado de la tumba? ¿Ramsés?

—Ramsés me está evitando en estos días. ¿No te habías dado cuenta? No, fue Selim. Daoud y él creen que los augurios son propicios.

—El pájaro dorado —dije con desdén—. Es solo el canario de Howard.

—Ese fue Daoud. Selim no es supersticioso. Por su descripción diría que Carter pudo haber dado con algo... interesante. —Se movió inquieto—. Me encantaría echar un vistazo por mí mismo. ¿Cuándo podré levantarme?

—No hasta que llegue Emerson.

—No tendrás miedo de que salga corriendo, ¿verdad?

—No eres tan tonto como para intentarlo. Tenemos que encontrar una nueva identidad para ti y encontrar alguna explicación para tu presencia. El mendigo moribundo no servirá mucho más tiempo.

—Tengo algunas ideas —dijo Sethos pensativo.

—Estoy segura. Trata de controlar tu extravagante imaginación. Emerson estará aquí mañana y luego tendremos un consejo de guerra.

—Estoy ardiendo de anticipación ante la perspectiva.

**

Emerson había contratado a dos nuevos miembros del personal, y lo que es más, los había traído con él. Todos estábamos en casa esa mañana, Nefret tenía pacientes y Ramsés seguía luchando con el documento misterioso de Sethos. Envié a Fátima a convocar a Ramsés, y saludó a los recién llegados.

—Como te dije, Peabody, se adaptan a nuestras necesidades de

forma admirable —dijo Emerson—. Confío que sus habitaciones estén listas.

—Como te dije, Emerson, se quedarán con Cyrus —le contesté. Mi temperamento estaba firmemente bajo control. Ni siquiera mencioné el hecho de que Emerson había olvidado decirme que venían con él—. Se lo notificaré a Katherine cuando lleguen. Si desea refrescarse, Mademoiselle Malraux, Fátima le mostrará la habitación de invitados y le suministrará todo lo que necesite.

—Oh, por favor, señora Emerson, no sea tan formal. —Los ojos de la chica se abrieron alarmantemente, pero decidí que solo estaba tratando de señalar la buena voluntad—. Espero que usted, que todos ustedes, me llamen Suzanne.

Un murmullo del Sr. Farid incluyó un par de sílabas que sonaban como un nombre.

—Suzanne y Nadji, entonces —dijo con una sonrisa.

Después de haber tratado con los problemas inmediatos causados por la falta de consideración de Emerson, invité a los jóvenes a unirse a nosotros para el almuerzo, ya era casi la hora de la comida. Mis motivos eran parte hospitalidad, parte cobardía. Estaba considerando cómo dar la noticia de la presencia de su hermano a Emerson y había llegado a la conclusión de que realmente no había manera de hacerlo con mucho tacto. Esto me permitió retrasar la revelación un poco más de tiempo.

La joven burbujeó con ese entusiasmo galo sobre la casa y sus acuerdos.

—Capté vistazos de un hermoso jardín, señora Emerson. ¿Puedo dar un paseo después? Soy sumamente aficionada a las flores.

—Tendrá tiempo suficiente para disfrutar del jardín en las próximas semanas —le respondí—. Lamento que no podamos pedirle que se quede con nosotros, pero estamos constantemente entrando y saliendo de ambas casas y la del Sr. Vandergelt es mucho más elegante que la nuestra.

—¿Qué noticias hay de El Cairo? —preguntó Ramsés, sabiendo que Emerson estaba a punto de contárnoslo de todos modos.

—Carter está ahí, y Carnarvon está de camino —dijo Emerson. En lo que a él se refería, solo había un tema de interés en El Cairo —. Por casualidad, me encontré con Carter... ¿qué decías, Peabody?

—Nada, querido. Continua.

—Eso es todo —dijo Emerson mal humor—. Excepto que Carter ha estado llamando a todos sus amigos, lanzando indirectas veladas y pareciendo misterioso cuando hacían preguntas. Buena manera de mantener en secreto su descubrimiento.

—¿Por qué habría de hacerlo? -pregunté—. El cable que envió a Lord Carnarvon era conocido por todo Luxor, y espero que su señoría haya confiado a algunos de sus amigos, que habrán confiado en sus amigos. No hay modo de mantener tales cosas en secreto.

—La comunidad arqueológica es un hervidero de rumores —dijo Suzanne—. ¿No es verdad, señora Emerson? ¿El señor Carter ha encontrado una tumba nueva intacta? El profesor no nos contó nada.

—Dije que no lo haría —gruñó Emerson, atacando su comida con vigor—. Yo mantengo mi palabra.

Nadji, que había hablado muy poco, levantó la mirada. Su inglés era excelente, con solo el más leve rastro de acento egipcio.

—Los rumores empezaron antes de su llegada, señor. Usted no tiene nada que reprocharse.

—Pero usted ya ha visto la tumba —exclamó Suzanne, sus ojos desorbitados—. Por favor, cuéntenos. No podrá mantenerse en secreto mucho tiempo, ¿verdad?

—Solo espero que Howard no haya aumentado las expectativas de Lord Carnarvon demasiado alto —contesté. Luego, al no ver ninguna razón para seguir siendo discreta, cuando Howard y Carnarvon no lo habían hecho, continué—. Hasta ahora, ha encontrado una puerta sellada, con lo que parece ser un pasaje bloqueado detrás. Los signos son esperanzadores, pero nunca se sabe, ¿verdad? Sin embargo, espero que no tengamos que esperar mucho tiempo. Carnarvon seguramente deseará seguir adelante a Luxor lo más pronto posible.

Ramsés dijo a su padre:

—Callender está aquí.

—¿Pecky Callender? ¿Qué diablos está buscando? No es egiptólogo.

—Pero es un amigo de confianza de Carter. Creo que le han dado instrucciones para preparar la llegada de Carnarvon.

Emerson frunció el ceño profundamente. Yo sabía lo que estaba pensando, siempre lo sé. Él había ofrecido sus servicios, que no

habían sido aceptados. Era un desaire, y lo sentí por él. Tanto más cuanto cuando había sido una sorpresa dolorosa.

Acabábamos de terminar el almuerzo, cuando llegó la respuesta a mi nota a Katherine, expresando su satisfacción por recibir a los dos nuevos miembros de nuestro equipo e invitándonos a cenar esa noche. Había enviado el carruaje de los Vandergelt para ellos y su equipaje.

—Nos vemos esta noche en la cena -dije—. No, Emerson, no hay necesidad de que les acompañes, querrán descansar un poco esta tarde.

—Pensé que podríamos ir al Valle —dijo Emerson, tratando de separar mi mano de su brazo—. Querrán ver...

—Esta tarde no, Emerson.

Al oír algo en mi tono, Emerson no siguió protestando. Cuando el carruaje se hubo alejado, se volvió hacia mí.

—Todos os habéis estado comportando de un modo muy extraño —dijo, mirando de uno a otro—. ¿Qué ha pasado?

—Siéntese, padre —dijo Nefret.

—¡Por Dios! -Exclamó Emerson en tono angustiado—. ¡No ninguno de los niños!

—Detente, Emerson —dije seria—. ¿Crees que todos estaríamos tan tranquilos si le hubiera pasado algo a uno de los niños? No. Adivina otra vez.

Emerson se dejó caer en una silla.

—La tumba ha sido robada —dijo con voz hueca—. Pecky Callender no es más útil que...

—Por lo menos pones a los niños delante de la tumba -espeté—. Permíteme recordarte una vez más que no es tu tumba. Adivina otra vez.

Emerson frunció la frente.

—Dame una pista.

—Maldito seas, Emerson -comencé—. ¿Cómo puedes haber olvidado...?

—No tan alto, madre. —Nefret, que había estado luchando con la risa, se sentó en el brazo del sillón de Emerson y llevó un dedo a sus labios—. Tenemos un invitado, padre. El... oh, querido, ¿cómo puedo decirlo? La persona que inspiró su aventura en la tienda. El fuego. La bolsa de sal. El...

Mientras la comprensión aparecía gradualmente su dedo delicado resultó inadecuado para la tarea.

—¡Infierno y condenación! —gritó Emerson—. Ese bastar... ¿Ha tenido el descaro de venir aquí?

—Estaba enfermo —dijo Nefret—. Por favor, padre, no pierda los estribos.

—Y baja la voz -añadí—. No sé cuanto éxito hemos tenido ocultando su presencia, pero no hay nada que ganar si lo gritas a los cuatro vientos.

Emerson no podía levantarse sin desalojar a Nefret. Se retorció un poco, pero ella se mantuvo firme en su lugar.

—Oh, bah —dijo con voz ahogada—. Ramsés, ¿te importaría explicar cómo sucedió esto? No, Peabody, tú no, tiendes a divagar, y quiero un resumen breve y conciso, sin comentarios.

Lo consiguió. En mi opinión, Ramsés podría haber elaborado un poco más, sin embargo mis intentos de añadir color a la narración fueron ignorados por todas las partes. Cuando Ramsés terminó, Emerson permaneció en silencio durante un rato, acariciando su barbilla prominente.

—Esa es la historia más ridícula que he escuchado jamás —dijo al fin.

—Esa fue mi primera reacción -admití—. Y estoy segura que Sethos no nos ha contado todo lo que sabe. Sin embargo, este es un mundo absurdo, Emerson, y algunas personas no se detienen ante nada para lograr sus fines.

Emerson no podía negarlo. Nos habíamos encontrado con varias de tales personas, y la historia había preservado los nombres de muchos otros.

—Ese papel misterioso -dijo—. ¿Has conseguido descifrarlo?

Ramsés negó con la cabeza.

—En realidad no es mi campo de experiencia, padre.

—No hace falta que te disculpes, hijo. Muy bien. Ahora puedes levantarte, Nefret, ya estoy calmado. Quiero verlo. Ahora.

Naturalmente, fui con Emerson. Él parecía estar en un estado mental razonable, pero no había forma de saber cuánto tiempo iba a durar si su hermano le provocaba, lo que estaba casi segura que haría.

Sethos estaba sentado en la cama, leyendo. Saludó efusivamente

a Emerson, pero sin sorpresa.

—Oí que habías vuelto -explicó—. ¿Quiénes son las dos personas que vinieron contigo?

Su intento despreocupado no engañó a Emerson, la barba y la nariz falsa no podían ocultar la vacuidad de sus mejillas y su tez enfermiza.

—Supongo que Fátima te lo contó -dijo Emerson con brusquedad —. Los dos recién llegados son miembros de nuestro personal. Egiptólogos, bien conocidos por mí. Esto... ¿cómo te sientes?

—Mucho mejor. Es bueno que preguntes.

—Mmm —dijo Emerson—. ¿Qué demonios vamos a hacer contigo, eh?

—Eso suena más como tú —dijo Sethos—. Saldré de aquí tan pronto como Nefret me dé permiso.

Emerson se sentó pesadamente a un lado de la estrecha cama.

—¿A dónde vas a ir?

—Estaré en contacto.

—¡Malditamente cierto! -dijo Emerson—. Maldita sea, no puedes simplemente salir por la puerta principal. Tus adversarios no son tontos. Si descubren que has estado aquí van a suponer que tenemos el maldito mensaje secreto o una copia.

Sethos bajó los ojos.

—¿Qué sugieres? —preguntó tímidamente.

Emerson le miró con recelo. La mansedumbre no era uno de los rasgos normales de Sethos.

—Necesitarás un nuevo personaje -dijo—. El papel que me viene a la mente es uno que ya has interpretado antes. Se sabe que estamos contratando personal adicional.

—Brillante —exclamó Sethos—. ¿Quién voy a ser, entonces? Petrie? Alan Gardiner?

—Contrólate —dije con firmeza—. No puedes asumir la identidad de una persona conocida. Será mejor que seas un filólogo. Puedes pasar tu tiempo con Ramsés, trabajando aparentemente en los papiros de Deir el Medina, y evitando situaciones que pudieran delatar tu ignorancia de la técnica arqueológica.

—Yo no soy tan ignorante —dijo Sethos indignado.

—Podemos trabajar en los detalles más adelante —dijo Emerson —. Lo más importante es que el pobre anciano debe marcharse.

En ese instante no lo sabíamos, pero ya lo había hecho... a un reino lejano.

DEL MANUSCRITO H

Cyrus estaba encantado con el personal adicional. Algunos de los otros eran menos entusiastas. Cuando se encontraron en la cena esa noche, Jumana mantenía un silencio antinatural. Ramsés no pudo determinar cuál de los recién llegados le molestaba: era fría, al borde de la brusquedad con ambos. Bertie coqueteaba con torpeza con Suzanne y Katherine sonrió benignamente. Ella habría estado encantada de ver a Bertie cambiar su atención de Jumana a una "respetable" chica europea. Bertie tenía un don para enamorarse de mujeres a quienes su madre desaprobaba. Durante un tiempo se había encaprichado de la hija ilegítima de Sethos, cuyo pasado criminal no la recomendaba como nuera.

Es de suponer que el compromiso de Maryam, con un comerciante aburrido pero respetable, había puesto fin a eso. Todos ellos habían sido sorprendidos por el anuncio: Bennett era de mediana edad, sencillo, y sin brillo, los antecedentes de Maryam no eran precisamente respetables. Sin embargo, como a la madre de Ramsés le gustaba decir, el amor es impredecible. Para el aburrido señor Bennett, Maryam debía representar la juventud, el encanto, el romance, y después de su exótica vida, Maryam podría disfrutar de un poco de aburrimiento.

—Ahora podremos avanzar —declaró Cyrus, señalando a su mayordomo para que volviera a llenar las copas—. Tan pronto como terminemos de limpiar la cámara funeraria de la tumba de Ay, Mademoiselle puede empezar a copiar las pinturas y Bertie puede dibujar el plano final. A primera hora de la mañana, eh? ¿Le va bien, Emerson?

—¿Qué? -Dijo Emerson mirándole.

Su esposa le frunció el ceño.

—Emerson cree, como yo, que deberíamos permitir a nuestros nuevos amigos un día de turismo antes de comenzar a trabajar. Ha pasado algún tiempo desde que estuvieron en Luxor, creo.

—Nunca he estado —dijo Suzanne—. Y me encantaría ver los lugares sobre los que he leído. Deir el Bahri, el Valle de los Reyes, Deir el Medina y todo lo demás. ¿Si no le importa, señor Vandergelt?

—Bien, bien —dijo Cyrus. La palabra de *Sitt Hakim* era ley para él.

—Bien —dijo la dama—. ¿Por qué no se nos unen en el desayuno y así decidimos el itinerario?

Los Emerson no tenían carruaje. Era pura perversidad por parte de Emerson, se aferraba a la esperanza de que su mujer aceptara el automóvil como sustituto, algo que Ramsés dudaba que fuera a hacer alguna vez. Cuando fastidiaba a su marido, Emerson señalaba que el transporte de Cyrus estaba siempre a su disposición, como fue el caso esa noche.

En el viaje de regreso nadie habló durante un rato. Solo el aullido lejano de un chacal rompió el silencio. Ramsés rodeó a su esposa con un brazo, la brisa fresca de la noche le lanzó un mechón a la cara y las estrellas convertían el paisaje en patrones de hierro gris y plata. Pensó en El Cairo, el hedor de la basura, el aire fétido, las ruidosas calles atestadas. Encerrado en sus recintos amurallados, los residentes extranjeros evitaban estas molestias. Él no lo haría, pensó y tampoco Nefret. El hospital que había fundado estaba en una de las zonas más viles de la ciudad, cerca del famoso Barrio Rojo Blind. Ella había caminado por esas calles viles muchas veces, sin miedo y sin ser molestada, pero él siempre había odiado la idea de que lo hiciera.

Nefret, medio dormida sobre su hombro, se agitó y habló.

—Creo que los recién llegados van a trabajar bien.

—Hmmm -dijo su suegra, sentada frente a ellos—. Confieso tener algunas dudas.

—Pero usted fue quien quiso contratarlos —dijo Ramsés.

—Profesionalmente se adaptan admirablemente. Pero yo no consideré plenamente las ramificaciones sociales.

Nefret rió.

—Bertie solo estaba coqueteando con Suzanne para poner celosa a Jumana.

—Jumana está celosa, pero no de Bertie —dijo Ramsés—. Tiene miedo de ser la segunda detrás de Suzanne. Cyrus realmente debería darle un título oficial y una posición. Se lo ha ganado.

—Estoy de acuerdo —dijo su madre—. Tienes que hablar con él sobre ello, Emerson.

—¿Qué?

Todavía era temprano cuando llegaron a casa, para encontrar a Selim en la terraza bebiendo café.

—Un poco tarde para una visita, ¿no? —dijo Emerson.

—No seas grosero —dijo su esposa—. No es tarde. Sugerí abandonar el castillo temprano porque tenemos un asunto importante que resolver esta noche.

—¿Qué? —dijo Emerson.

Por un momento Ramsés pensó su madre iba a lanzarse sobre su olvidadizo marido.

—Sethos —siseó entre dientes. Era un nombre hecho para sisear.

—Oh —dijo Emerson, tocándose la barbilla.

Selim, que por lo general disfrutaba con sus intercambios, permaneció serio.

—Tengo noticias, Sitt Hakim —dijo.

—Sabía que algo había pasado -exclamó—. ¿Qué?

—El viejo está muerto. El mendigo.

Emerson se enderezó.

—¿Qué mendigo? ¿Cómo? ¿Cuándo?

El cuerpo del anciano se había encontrado esa noche, detrás de una pared del cementerio. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí, el lugar no era visitado a menudo. Selim había sido de los primeros en oír hablar de ello. Había ido de inmediato para examinar el cuerpo.

—No había ninguna señal de violencia, ninguna herida. Lo sé porque había sido despojado de su ropa.

—¿Por qué alguien haría eso? —preguntó Nefret sorprendida—. No poseía nada, no tenía nada de valor.

—Podría haberlo hecho él mismo —dijo Ramsés—. A veces lo hacía. Caminaba desnudo, hablando consigo mismo o con Dios, hasta que una persona amable se hacía cargo de él.

Selim asintió.

—Es posible. No se habían llevado sus pocas piezas de ropa, estaban en el suelo junto a él. —Con una mirada de reojo a Nefret, agregó—: Deduzco que murió anoche. La rigidez había desaparecido de pies y piernas.

Como saben los expertos, el proceso de rigor mortis se ve afectada por muchas variables, incluyendo la temperatura y la condición física de la víctima. Sin embargo, era una deducción razonable. Se imaginaba a sí mismo como un detective.

—Una excelente deducción, Selim —dijo Nefret—. Supongo que ha sido enterrado.

—No, Nur Misur. Está aquí.

Le habían tumbado, tan reverente como fue posible, sobre una mesa en el cobertizo del jardín, cubierto con una sábana blanca y limpia. Fátima estaba sentada junto a él. La luz de la lámpara enrojecía las lágrimas en sus mejillas.

—Quería lavar el cuerpo, pero Selim no me dejó —murmuró.

—Bien pensado, Selim —dijo Ramsés. Nefret bajó la sábana. Era una escena sacada de Dore, o uno de los ilustradores que se especializaban en horrores góticos, la luz vacilante y las sombras, el cuerpo desnudo, esqueléticamente delgado y pálido. Tierra antigua estaba incrustada en la carne arrugada, un piojo saltó de las canas. La normalmente una de las más fastidiosas de las mujeres, Nefret, se inclinó sobre el cuerpo con desapego profesional. Fátima lanzó gritos de protesta.

—Está muy sucio y cubierto de insectos, Nur Misur. Déjame hacer eso.

—Está bien, Fátima —dijo Nefret—. El rigor está muy avanzado. No hay heridas en la cara o el cráneo. El pobre hombre está cubierto de moretones y raspaduras. Fátima, dame ese paño húmedo. Quiero una mejor visión de la garganta.

—Siempre se estaba cayendo y metiéndose en problemas. Dios sea misericordioso con él —murmuró Fátima.

—Hay moretones en su cuello, pero no son peores que los del resto de su cuerpo —informó Nefret.

—No se necesita mucho para provocar en un hombre viejo y débil como ese un paro cardíaco —comentó la madre de Ramsés.

—Oh, bah —dijo su esposo, ahora totalmente atento—. Siempre estás buscando señales de asesinato, Peabody.

Ella limitó su respuesta a una mirada malvada, pero Ramsés sabía exactamente lo que estaba pensando. La muerte del pobre viejo no podía haber llegado en un momento más afortunado para ellos y Sethos.

Selim se aclaró la garganta.

—Les dije a los hombres que lo trajeron aquí que había escapado de ti y que podías ayudarle -dijo.

Nefret, frotando sus manos con el jabón y el agua que Fátima

había suministrado, se giró para mirarlo.

—¿Ayudarle a dejar de estar muerto? -preguntó su suegra mordazmente—. Estaba frío y tieso, ¿verdad?

—Ellos creen que puedes hacer magia —dijo Selim, rascándose la barba—. Tendría que haber sido enterrado esta noche, pero me creyeron cuando dije... —Se atascó allí, nervioso por su sarcasmo, y Ramsés fue en su rescate.

—Lo has hecho bien, Selim. La hora exacta de la muerte es una cuestión abierta. Cuando la noticia se extienda, la gente confundirá al paciente de Fátima con el viejo hombre santo, que estará, sin duda, muerto. Este es el momento perfecto para que nuestro huésped reaparezca con una nueva identidad.

—Eso es lo que yo pensaba —declaró Selim.

—Vamos a tener una pequeña charla con... eh... él —dijo Emerson, dirigiéndose a la puerta. Por encima del hombro, añadió —, Ramsés, trae el whisky.

Cuando nuestros huéspedes llegaron para el desayuno, les presentamos al último miembro del personal. Sethos había vuelto a su papel de Anthony Bissinghurst. Ramsés le había suministrado un apuesto bigote negro y maquillaje para darle a la cara pálida un bronceado saludable. También le había suministrado ropa, porque eran casi del mismo tamaño. También estaba demostrando ser un maldito inconveniente en todos los sentidos, tendríamos que pedir nuevas prendas para Ramsés, ya que para empezar su armario no eran tan amplio.

Una lenta sonrisa apareció en el rostro de Cyrus cuando reconoció a Bissinghurst. Bertie y Jumana también estaban familiarizados con él y con su verdadera identidad, y habían jurado guardar el secreto; el pobre Bertie, que no era el más inteligente de los individuos, casi no dijo ni una palabra, por miedo a decir algo equivocado. Su silencio no provocó ninguna observación, ya que casi nunca decía ni una palabra cuando el resto de nosotros estábamos conversando.

Los ojos oscuros de Jumana brillaron con placer cuando "Tony" se inclinó sobre su mano. Era evidente que se había sentido atraída por él cuando se vieron por última vez y, como era su costumbre, él había sido de lo más gallardo y cortés. Tal vez ella prefería hombres mayores. Si ese fuera el caso, Bertie tenía una doble desventaja.

Nadie podría haber llamado al pobre muchacho gallardo.

Cyrus logró hablar a solas conmigo mientras nos preparábamos para salir de la casa. La preocupación había reemplazado a su diversión.

—¿Qué pasa, Amelia? Ese hombre no aparece a menos que se avecinen problemas.

—Se lo diré en otro momento —contesté, preguntándome qué diablos podía decirle.

—Mejor que no esté tras la tumba de Carter —murmuró Cyrus —. Emerson le despellejará vivo si intenta algún truco.

Fuimos primero a Deir el Bahri, donde el grupo del Museo Metropolitano estaba trabajando, y luego hicimos el circuito por los otros templos antes de girar hacia el Valle de los Reyes. Por necesidad fue un recorrido superficial, pero cuando llegamos a la entrada del valle, la anticipación había crecido. El persuasivo aire de excitación contenida (soy sensible a este tipo de cosas) me sorprendió. Era evidente que los rumores de un gran descubrimiento se habían extendido, por el momento, no al público en general, sino entre los que tenían un interés profesional en la materia.

Eché un vistazo a Sethos, que caminaba a mi lado. Parecía cansado, pero alerta. Una nueva y fea sospecha había arraigado, sembrada por el comentario de Cyrus. ¿Qué pruebas teníamos de la verdad de la historia de Sethos? Solo un misterioso documento, que no podía ser descifrado, y su propia palabra. Los ataques contra él y nosotros podrían haber sido hechos por los rivales en el juego de las antigüedades. Si hubiera regresado a su antigua profesión, la tumba de Carter presentaría... posibilidades interesantes.

La tumba en sí era una especie de anticlímax. No había nada que ver excepto una pila de escombros que llenaban el hueco de la escalera y ocultaban los escalones. Después de una mirada Suzanne levantó los hombros en un elegante encogimiento de hombros galo y se unió a los turistas que entraban en la tumba de Ramsés VI. Bertie fue tras de ella y Jumana se ofreció para mostrar a Nadji algunas de las tumbas más interesantes. El resto de nosotros se quedó mirando como hipnotizado los escombros amontonados.

—No hay signos de excavación —murmuró Emerson después de un rato.

—Ni siquiera los ladrones de tumbas con experiencia de Gurneh afrontarían eso —dijo Sethos, con las manos en los bolsillos y los ojos fijos—. Si alguno de ellos tiene intenciones ilegales esperarán a que las escaleras estén limpias y el pasaje, si se trata de una vía de paso, abierto.

—¿Eso es lo que tú harías? —preguntó Ramsés, su voz cuidadosamente neutral.

—Es lo que haría cualquier persona sensata. ¿Por qué hacer todo ese duro trabajo manual, con muy pocas posibilidades de realizarlo sin ser observado, cuando no estás seguro de que vaya a valer la pena el esfuerzo?

Los ladrones de tumbas de Gurneh no siempre eran sensatos. Pero Sethos sí.

Carnarvon y Lady Evelyn llegaron a Luxor el veintitrés. Estábamos en el Valle occidental, completando la limpieza de la cámara de entierro de Ay, todos excepto Sethos y Daoud. Sethos había mostrado signos de cansancio, así que yo había insistido en que descansara. Daoud debería haber estado con nosotros, el hecho de que Emerson no preguntara por él debería haberme dado una pista sobre sus actividades. Cuando apareció le oímos venir mucho antes de su aparición, sus grandes sandalias golpeaban rítmicamente el suelo.

—Han ido a la tumba -jadeó—. Directamente desde el tren.

—Bueno, por supuesto —dijo Emerson—. ¿Quién podría culparlos?

—¿Hablas de lord Carnarvon y su hija? —Le pregunté—. Mira, Emerson, hoy no vas a largarte corriendo al Valle Oriental.

—¿Yo haría eso? —Emerson me dirigió una mirada de inocencia ofendida. Después de un momento, añadió—: Mañana será bastante pronto. Necesitarán varios días para limpiar los escalones de nuevo.

No había manera de detenerle. Y tengo que admitir, para el lector, que mi interés era casi tan intenso como el suyo. Después de dos semanas de incertidumbre estábamos a unos pocos días de conocer la verdad. Solo podía imaginar el estado en que debía estar Howard. Realmente, debíamos expresarle nuestro apoyo y amistad, sobre todo si, como era de esperar, la tumba resultaba estar vacía.

Me las arreglé para convencer a Emerson de que debería esperar hasta una hora razonable a la mañana siguiente, señalando que no

sería adecuado llegar antes de lord Carnarvon, quien probablemente no llegaría temprano. Sin embargo, había subestimado el celo de Carnarvon. Cuando llegamos, Ramsés, Nefret, Sethos, Emerson y yo, él y la señora Evelyn ya estaban en la escena, observando a los obreros quitar los escombros bajo la dirección de Howard.

George Edward Stanhope Molyneux Herbert, quinto conde de Carnarvon, era de estatura media y complexión delgada, con rasgos que nadie podría llamar memorables. Sus ojos eran pálidos y su tez, marcada por las cicatrices de la viruela, poco saludable. No había estado bien desde un grave accidente de circulación algunos años antes, aunque el invierno en Egipto había mejorado su salud (y despertado su interés por la egiptología).

Yo ya había conocido a la joven dama antes y la había encontrado algo tonta y frívola, un ejemplo típico de una joven aristócrata, pero tuve que admitir que sabía cómo vestirse. Su falda llegaba a la mitad de la pantorrilla y sus zapatos atados tenían tacones bajos. Sin embargo, los habían teñido de azafrán para que hiciera juego con su traje, y llevaba un alegre lazo en el cuello, del mismo color marrón que su elegante sombrero.

—Nos hemos dejado caer para darles la bienvenida de nuevo a Luxor —dijo Emerson, estrujando la mano de Carnarvon—. Y felicitarle.

—¿Cree que parece prometedor, entonces? —preguntó Carnarvon ansiosamente.

—Demasiado pronto para saberlo -dijo Emerson—. No ha descubierto la parte inferior de la puerta todavía.

—No sea tan aguafiestas, profesor Emerson —exclamó la joven dama—. ¡Todo es tan terriblemente emocionante! Hasta cachorrito está terriblemente animado. -Apretó el brazo de su padre. Emerson hizo una mueca. Detestaba los apodos tontos.

—Eso está bien —le dije—. Mira siempre el lado bueno. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar? Nuestro hijo, como usted sabe, es un experto en la lengua egipcia.

Howard se acercó y Lady Evelyn le dirigió una brillante y admiradora sonrisa. Howard se hinchó como una paloma buchona.

—Creo que puedo afirmar que tengo la capacidad de llevar a cabo una excavación adecuada. Sin embargo... eh... si aparecen más sellos, una segunda opinión sería útil.

Asintió con la cabeza hacia Ramsés, que dijo con gravedad:

—Estaría encantado de ser de utilidad, por supuesto.

Emerson estaba mirando hacia el hoyo.

—No alcanzará la parte inferior de las escaleras antes de esta tarde.

—¿Cómo sabe la cantidad de escalones que hay? —preguntó lady Evelyn con coquetería.

Emerson se encogió de hombros ante la pregunta como hubiera hecho para quitarse de encima a una mosca. Echándole un vistazo, Howard dijo:

—El profesor basa su valoración en la dimensión aparente del umbral, Evelyn. Es estándar en las tumbas de este período. ¿No es así, señor?

—Mmm —dijo Emerson. Sus manos flexionadas, como si le picaran por agarrar una herramienta.

Nadie fue tan grosero como para decirnos que nos fuéramos. Nada menos que una orden directa podría haberlo logrado, y Emerson la habría ignorado incluso así. Habíamos esperado durante semanas para saber si la puerta había sido violada, y lo que había más allá de ella. Estuvimos alrededor del borde de la escalera, mirando con la respiración contenida mientras escalón tras escalón se hacían visibles. Más abajo, la forma de la puerta se alargó, pero era imposible distinguir los detalles debido a la falta de luz. Finalmente *Reis* Girigar gritó:

—Dieciséis escalones, *mudir*. La puerta está despejada.

Emerson estaba temblando como un perro de caza a la espera de ser puesto en libertad. Sin embargo, se controló y Howard fue el primero en descender. Carnarvon y Lady Evelyn fueron los siguientes. Les siguió murmullos de conversación, roto por los gritos de emoción de la joven dama. Luego Howard volvió a subir.

—Oh, querido -dije—. No parece nada contento, Howard. No me diga...

—Hay señales de entrada forzada. Un agujero. Se rellenó después.

—Pero eso es una noticia alentadora, Carter —dijo Ramsés—. Si la tumba hubiera sido completamente saqueada, los sacerdotes de la necrópolis no se habrían molestado en cerrar el agujero y colocar sus sellos por toda la puerta. ¿Hay más sellos?

—Docenas de ellos. —Carnarvon jadeaba. Su hija le ayudó a subir las escaleras—. Cientos. Carter no podía leerlos...

Debo explicar, en defensa de Howard, que los sellos a los que hace referencia Carnarvon habían sido grabados en el yeso mojado después de extenderlo sobre las piedras de la puerta. El paso del tiempo, y tal vez la precipitación de los trabajadores antiguos, habían causado un daño considerable a estas impresiones. Desmoronamiento y roturas, no eran fáciles de descifrar, sobre todo por un hombre en un estado de gran excitación.

Nefret se apresuró a ir con Carnarvon y tomó el otro brazo.

—Siéntate a la sombra, señor.

—Sí, hazlo, cachorrito. -Lady Evelyn miró dubitativa a Nefret—. Usted es doctora, ¿verdad? ¿Está bien?

—Creo que solo la emoción —dijo Nefret con una sonrisa tranquilizadora.

—No puedo descansar hasta que no sepa lo que dicen esos sellos —insistió Carnarvon—. ¿Es el nombre de un rey? ¿El nombre de quién?

—Ramsés —dijo Emerson—. Alivia la mente de su señoría, por favor.

—Sí, señor —dijo Ramsés—. A menos que el señor Carter prefiera...

—No, no —dijo Carter—. Esto es... sí. Vamos.

Bajaron juntos. Sabiendo que su padre estaba a punto de estallar, Ramsés informó sobre sus hallazgos en voz alta y clara.

—Hay señales de entrada en la parte superior de la puerta... un agujero más o menos ovalado e irregular, que ha sido bloqueado de nuevo y vuelto a cerrar. Hay más sellos de la necrópolis, el chacal y los nueve cautivos arrodillados y varios cartuchos.

Un grito de Lord Carnarvon se hizo eco de uno de Emerson.

—¿De quién? -gritaron.

—La mayoría de ellos son ilegibles, o casi, pero parece ser el mismo nombre.

Carter le dijo algo en voz baja, una pregunta, a juzgar por la inflexión.

—Estoy de acuerdo —dijo Ramsés con fuerza—. Eso es definitivamente un signo neb. Y en la parte superior, un disco solar.

—Nebkheperure —dijo Emerson.

—Es posible —dijo Ramsés con cautela.
—¿Tutankhamon no? —Preguntó lady Evelyn.
—Nebkheperure *es* Tutankhamon —le dije.

Capítulo 4

Durante unos minutos, el silencio fue total. ¿De verdad habíamos encontrado la tumba de ese monarca en las sombras, el último de su línea, el sucesor del gran hereje Akhenaton? Cuando Howard y Ramsés subieron las escaleras, Carnarvon estalló:

—La puerta debe ser desmantelada. Inmediatamente.

—Eso sería desaconsejable, señor —dijo Ramsés, ya que Howard parecía incapaz de hablar—. Debemos preservar los sellos si podemos, para que puedan ser estudiados en detalle. Eso llevará un tiempo. De todos modos, según el protocolo, un inspector del Departamento de Antigüedades debe estar presente. ¿Supongo que notificó al Sr. Engelbach que abriría el hueco de la escalera hoy?

Howard asintió con la cabeza sin decir nada.

—Entonces, ¿dónde está? —preguntó Carnarvon—. ¿Por qué no se ha tenido la cortesía de responder con prontitud a mi mensaje?

—Es un hombre muy ocupado -dije—. Tiene todo el Alto Egipto bajo su jurisdicción. Pero estoy segura de que llegará pronto.

El color febril en las mejillas de su señoría se desvaneció, dejándolo pálido y tembloroso. Nefret levantó su mano inerte y colocó sus dedos sobre su muñeca.

—Le aconsejaría que acostara a su padre, Lady Evelyn. Está un poco agitado, pero una buena noche de descanso debería sentarle bien.

—No, no —dijo Carnarvon—. Voy a esperar a Engelbach.

Tuvimos que esperar otra media hora. Confieso que comencé a compartir la frustración de Lord Carnarvon. Cualquiera hubiera supuesto que la mera existencia de una tumba desconocida habría despertado el interés del Inspector Jefe para el Alto Egipto, que incluía el Valle de los Reyes, pero cuando Engelbach finalmente se presentó, acompañado de Ibrahim *Effendi*, su lugarteniente, estrechó

las manos de todos antes incluso de mirar las escaleras despejadas. En ese momento andaba por la treintena, le conocíamos desde que comenzó su carrera en la arqueología y siempre habíamos estado en buenos términos. Él no estaba en tan buenas relaciones con Howard, a quien saludó un poco arrogante.

—Entonces, ¿qué tenemos aquí? —preguntó a Emerson.

Echando un vistazo a Emerson como si buscara apoyo, Howard dijo:

—Los estratos más bajos de los escombros de la escalera contienen fragmentos de cerámica y restos de inscripciones. Ramsés ha... esto.. Hemos encontrado el nombre de Tutankhamon, pero también los de otros faraones, como Akhenaton.

—Un alijo, entonces —dijo fríamente Engelbach—. Contiene varios enterramientos.

—O los restos de ellos —dijo Emerson—. Esas piezas rotas sugieren que la tumba fue robada en la antigüedad, y que se llevaron una serie de objetos antes de que los sacerdotes de la necrópolis la volvieran a sellar.

Engelbach asintió pensativo.

—Como la KV55. Vamos a echar un vistazo, entonces.

Permaneció observando, mientras los hombres despejaban los últimos metros de escombros de la parte inferior de la escalera. Se encontró más restos de ajuar funerario, una señal segura de que algunos objetos habían sido extraídos de la tumba antes de que se rellenaran los escalones. Después de inspeccionarlos, y a los sellos de la puerta, Engelbach miró su reloj.

—Tengo que irme. Usted, por supuesto me notificará cuando continúe. Esperemos —añadió con una mirada penetrante a Howard —, que este descubrimiento no se estropee como sucedió con la excavación de la KV55.

Una chapuza sin duda, efectuada por el diletante americano Theodore Davis, cuyo control dictatorial había hecho prácticamente imposible que su ayudante arqueológico siguiera las reglas de la adecuada excavación. Habíamos sido observadores impotentes de los estragos causados por Davis, la mención de su nombre todavía provocaba un gruñido en Emerson. Estaba igualmente indignado con el inspector de la época, Arthur Weigall, que había sido mucho menos estricto con el viejo americano de lo que debería haber sido.

Rex Engelbach no cometería el mismo error.

—Puede contar con Carter para hacer bien el trabajo —dijo Emerson con justicia.

—Estoy seguro de que aprecia su consejo, profesor —dijo Engelbach.

Yo no me sentía del todo segura de ello. El cumplido de Emerson había dejado Howard impasible; se mordió el labio y lanzó miradas afiladas hacia el inspector. Engelbach se quitó el sombrero cortésmente ante las damas y se fue.

—Bueno —dijo Emerson, frotándose las manos—, quedan varias horas de luz. ¿Nos ponemos a ello?

—Por supuesto —exclamó Carter, demasiado excitado para sentirse ofendido porque Emerson diera por supuesto que participaría.

—Me sorprendes -dije, después de haber recibido una mirada mordaz de Ramsés—. Ambos. No hay suficiente luz para una fotografía adecuada, y quitar los bloques sin dañar los sellos llevará tiempo.

—Bah —exclamó Emerson—. Es decir... eh... bien, Peabody. Maldita sea —añadió malhumorado.

Aceptando el hecho de que no se podía hacer nada más ese día, Carnarvon estuvo de acuerdo en ir a casa y se dejó guiar por Lady Evelyn. Los demás siguieron su ejemplo.

—Estoy sorprendido por el desinterés de Rex Engelbach —dije, cuando Emerson y yo dejamos el valle—. Creo que fue bastante grosero con Howard.

—Esnobismo —dijo Emerson—. Mira por encima a Carter a causa de sus orígenes de clase baja, y también lo hacen muchos otros egiptólogos. Él preferiría que alguien más hiciera un gran descubrimiento. —Después de un momento, añadió con tristeza—, la excavación no podría estar en mejores manos.

Excepto las tuyas, pensé. Le apreté cariñosamente el brazo, reconociendo silenciosamente su nobleza de carácter.

Howard era algo así como un fotógrafo aficionado, pero en esta ocasión, estuvo dispuesto a aceptar los servicios de Nefret y Selim. Todos estábamos allí a la mañana siguiente, y el trabajo estaba en marcha cuando Lord Carnarvon y Lady Evelyn llegaron.

Cada centímetro cuadrado de la puerta fue fotografiado y luego

se quitaron las piedras una por una, con el mayor cuidado posible. Los hombres empezaron a quitar los trozos de piedras que llenaban el pasaje. Sus dimensiones eran, obviamente, los de un pasaje, no una cámara, pero ya que su longitud era desconocida, era imposible determinar cuánto tiempo llevaría ese proceso. A medida que avanzaba la tarde, aparecieron evidencias inquietantes adicionales de preocupación, trozos de cerámica y de cuero (los restos de bolsas traídas por los ladrones para llevarse valiosos aceites) en los niveles más bajos. Al ponerse el sol no había fin a la vista y Howard decidió parar.

Todos estábamos listos a la mañana siguiente, también el señor Callender, el amigo de Howard. No sabía dónde había adquirido el nombre de Pecky, los apodos absurdos parecen ser el fallo de los británicos. Era ingeniero y arquitecto, no un egiptólogo y Emerson lo saludó con cierta reserva.

—Si él es un ejemplo de los ayudantes que Carter tiene la intención de contratar, no estoy de acuerdo —me murmuró mi marido.

—Howard no depende de tu aprobación —le recordé—. No es prematuro, Emerson. Todavía no sabemos que tipo de ayuda puede requerir.

Hora tras hora los hombres de los cestos llevaron sus cargas. El pasillo se alargó. Cuatro metros, seis, siete... Por fin, a media tarde, apareció la parte superior de otra puerta sellada. La limpieza se detuvo mientras Ramsés y Howard examinaban lo que podían ver de la puerta.

—Es como la puerta exterior —informó Ramsés—. Ha sido violada al menos dos veces, y las aberturas rellenadas y vueltas a cerrar.

—No importa —dijo Howard, limpiándose el polvo de su rostro sudoroso—. Limpiemos la puerta entera.

Los hombres cansados volvieron al trabajo.

—¿Por qué está tan alegre? —Le pregunté a Emerson.

Con las manos en los bolsillos, los ojos fijos en el agujero, Emerson respondió:

—El contenido de una tumba intacta pertenece en su totalidad al Departamento de Antigüedades. Le llevó un tiempo darse cuenta.

—Ah, ya veo. Así que si han entrado en la tumba...

—Los descubridores pueden esperar una división de los contenidos restantes.

La siguiente hora se arrastró interminablemente. Howard fumó un cigarrillo tras otro. Al final, toda la puerta quedó expuesta. Carter y Carnarvon bajaron, acompañados por Lady Evelyn y el señor Callender. Nadie más fue invitado, pero sentí que era mi deber seguirles, en mi opinión, Howard estaba al borde de un colapso nervioso y Carnarvon se encontraba aún peor. Podrían requerir atención médica inmediata.

Más allá de la luz que entraba por el hueco de la escalera el pasillo descendente estaba muy oscuro. Me arrastré a lo largo, sintiendo mi camino con una mano apoyada en la pared. Adelante podía ver las luces de linternas eléctricas en movimiento hacia adelante y atrás. Entonces la voz de Howard, suave, pero amplificada por los ecos, me alcanzó.

—Hay un espacio vacío más allá, tanto como alcanza la varilla de prueba de hierro.

Así que había perforado un agujero en la puerta. Me detuve, con la mano apoyada en la pared y el corazón latiendo rápido. Esperaba que Howard tuviera suficiente sentido común para usar una vela para comprobar el aire nocivo antes de ampliar el agujero. Un murmullo de conversación, de la que oí solo unas pocas palabras, indicó que lo había tenido. Fue seguido por el sonido de metal rozando contra la piedra. Estaba agrandando el agujero.

Un momento de silencio. Luego llegó la voz de Carnarvon, agudizada por el suspense.

—¿Y bien? ¿Puede ver algo?

Me acerqué un poco más, tratando de moverme en silencio. Pude distinguir sus formas, agachadas cerca de la puerta. La voluminosa de Callender casi ocultaba la forma más delgada de Lady Evelyn. Los otros hombres estaban a su lado, tan cerca que parecían formar una única criatura monstruosa.

—¿Y bien? -Repitió Carnarvon—. Aquí... déjame ver.

Creo que empujó a Howard. Este cayó hacia atrás y Carnarvon tomó su lugar. Un fuerte y grito de Carnarvon finalmente despertó una respuesta de Howard.

—¡Maravilloso! ¡Cosas maravillosas, cosas preciosas!

Me sonrojo al admitir que perdí el control de mí mismo al

exclamar:

—¿Qué?

Sin embargo, mi voz fue ahogada por la de los demás. Lady Evelyn había sustituido a su padre y estaba emitiendo gritos; Callender siguió bramando como yo había hecho:

—¿Qué? ¿Qué?

Carter y Carnarvon pronunciaban frases rotas de incredulidad.

Luego llegó la palabra mágica:

—Oro. -Provino de Lord Carnarvon. Estaba mirando otra vez por el agujero, describiendo a los otros con frases incoherentes lo que veía. Escuché durante unos minutos y luego subí en silencio por el pasillo. Pasó algún tiempo antes de que Howard y el resto regresaran a la parte superior de las escaleras.

Todo el mundo sabía lo que habían visto a través de ese pequeño agujero, pero la primera impresión fue tan abrumadora y, permítanme añadir, la vista tan limitada, que no es de extrañar su confusa descripción. Howard seguía repitiendo:

—¡Cosas maravillosas! ¡Cosas maravillosas!

Lady Evelyn abrazaba a su padre y a Howard alternativamente (y una vez abrazó a Ramsés, *creo* que por error). Con ojos vidriosos, Carnarvon solo podía murmurar la palabra "oro" una y otra vez.

Cuando Emerson preguntó educadamente si podíamos echar un vistazo por nosotros mismos, no creo que Lord Carnarvon le escuchara. Tampoco creo que Emerson hubiera escuchado una negativa. Emerson y yo, Nefret y Ramsés nos siguieron. Miramos por turno a través de la pequeña abertura, pasando la antorcha de mano en mano.

A primera vista parecía la cueva de Ali Baba, llena con una mezcla desconcertante de objetos brillantes. Me tomó un tiempo dividirlos y se necesitaba una mente entrenada para interpretarlos. De ese primer vistazo solo recuerdo el enorme sofá funerario, con la cabeza de alguna bestia fabulosa, dorado y pintado, sobre el que descansaban diversos objetos. Debajo había cajas y recipientes apilados.

Era el turno de los demás. Cuando subimos, Howard se volvió hacia Emerson con ansia.

—¿Y bien?

—Extraordinario —dijo Emerson, acariciándose la barbilla—.

Tiene meses de trabajo por delante, Carter. Más, si hay otras habitaciones más allá.

Era el más tranquilo de todos. Incluso el semblante de Ramsés normalmente compuesto traicionaba el asombro que sentía. Lord Carnarvon se había derrumbado en una silla de campaña y estaba siendo abanicado por su hija.

—Tiene que haber otras habitaciones —exclamó Howard—. Hay otra puerta.

—La vi —dijo Emerson—. Naturalmente lo notificará a Engelbach antes de hacer nada más.

La pajarita de Howard estaba torcida, la camisa manchada de polvo, el pelo de punta.

—Sí -dijo—. Sí. Notificar. ¿Mañana?

—Estaremos encantados de unirnos con ustedes -dijo Emerson amablemente.

Ante la orden de Howard, colocaron una reja de madera al inicio del pasillo de entrada. Le vimos cerrar el candado y luego cabalgamos hacia casa. Cuando nos acercábamos, vimos sus luces brillantes hospitalarias a través de la creciente oscuridad y Emerson despertado de su estado melancólico.

—Espero que Fátima haya pospuesto la cena. Me vendría bien un whisky con soda.

—No es tan tarde —le dije—. Han pasado tantas cosas que el día parece más largo de lo normal.

Nos habíamos perdido té. Deduje que los niños se habían retirado a la cama, ya que el perro no estaba acostado delante de la puerta de la terraza. Sin embargo, los asientos de esa habitación estaban ocupados. Sethos estaba allí, por supuesto, su rostro tedioso como siempre. Tampoco me sorprendió ver a Cyrus. Con su delicadeza habitual se había abstenido de inmiscuirse en las actividades de Howard, pero sabía que estaría ardiendo de curiosidad. Los demás también estaban allí, Suzanne y Nadji, Bertie y Jumana.

—Van a tener que disculparnos —dijo Cyrus tímidamente—. Hemos estado oyendo rumores. Sobre una habitación repleta de oro.

—¿Ya? —exclamó Nefret.

—No hacen falta disculpas —dije, estrechando su mano con

afecto—. Emerson, ¿sirves el whisky?

Entonces me lancé a una historia que mantuvo a la audiencia embelesada.

—Lo encontró entonces —exclamó Nadji—. Tutankhamon. ¿No es un alijo?

—Eso parece —respondió Ramsés. Se había sentado junto a Nefret—, pude distinguir unos cartuchos en diversos objetos. Estaban los de Tutankhamon y su esposa.

Eso era más de lo que yo había sido capaz de hacer, pero la buena vista de Ramsés y su notable memoria eran legendarias en Egipto. A petición de Cyrus dibujó un esbozo de lo que había visto a través de la pequeña abertura, explicando a medida que avanzaba.

—Justo enfrente de la puerta había un sofá funerario, con la forma de la vaca Hathor. Apilados encima hacia una cama común con patas de animales, una silla de mimbre, varios taburetes y una caja de madera. Debajo había una serie de cajas ovaladas pintadas de blanco, probablemente con ofrendas de alimentos y delante de ellas dos cajas rectangulares de madera y un par de lo que parecían ser reposapiés. A la derecha, distinguí la cola de lo que podría ser otro sofá funerario, y a la izquierda la cabeza de un tercero, en la forma de un hipopótamo. No soy artista —concluyó modestamente —. El lugar estaba en completo desorden.

Emerson había encendido su pipa. Ahora se la quitó de entre los dientes.

—La tumba fue robada, eso es verdad. Los ladrones tiraron los objetos para buscar los pequeños de valor. Los sacerdotes que cuidaban del lugar tenían prisa.

—Sabíamos que la tumba había sido robada al menos una vez - dije—. La estatuilla de oro que encontramos el año pasado y la confesión del ladrón lo demuestran.

—Dos veces —dijo Ramsés—. Hay evidencia de al menos dos aberturas en la puerta.

—No pudieron haber robado objetos de gran tamaño, si los agujeros son del tamaño que describes —dijo Cyrus astutamente—. ¡Qué increíble descubrimiento! Aunque la tumba fuera robada, la mayoría de los bienes funerarios todavía están allí. ¿Cuándo va Carter a derribar la puerta interior?

—Mañana, creo —dije.

—Admiro su paciencia —dijo Cyrus, sacudiendo la cabeza—. Yo habría estado trabajando toda la noche.

—Daría cualquier cosa por estar ahí —exclamó Suzanne.

Las lámparas se balancearon ante una repentina ráfaga de viento, enviando extrañas sombras sobre los rostros atentos. Nadie respondió a la solicitud implícita de Suzanne, pero Jumana volvió la cabeza para mirar a la otra joven. Si Suzanne entraba en la tumba antes que ella, habría problemas, y de sobra. Bertie se aclaró la garganta y pareció esperanzado, pero no se atrevió a aventurarse más allá. Después de su primera exclamación de asombro, Nadji había recaído en el silencio.

Fátima llegó a la puerta, o mejor dicho, ya que sabía que había estado escuchando, se asomó por la puerta.

—La cena está servida —anunció.

—¿Se queda? —pregunté a Cyrus.

—No, no, nos hemos impuesto bastante. ¿Le veremos en el Valle Occidental mañana? Emerson?

—¿Qué? —dijo Emerson.

—Lo dudo -respondí—. Pero me aseguraré de mantenerle informado.

La cena transcurrió en silencio. Todos estábamos cansados, incluso Emerson, que estaba sentado encorvado sobre su plato y al que tenía que recordar de vez en cuando que se llevara comida a la boca. Por una vez Sethos hablaba muy poco. Su expresión abstraída despertó sospechas que había tratado de descartar. Había algo en su mente, algo de lo que prefería no hablar.

En lugar de unirse a nosotros para tomar un café en la sala de estar, Nefret se excusó.

—Estoy muy cansada y quiero ver a los gemelos.

—Permíteme acompañarte —dijo Ramsés, ofreciendo su brazo.

Ella se rió un poco, y bostezó.

—No es necesario, querido. Voy directa a la cama.

Ramsés dijo algo en voz baja y ella se echó a reír de nuevo.

—Gracias, amable señor.

Sonreí para mí y pensé lo bonito que era verlos tan dedicados. Ramsés no había permitido que la emoción de la tumba le hiciera olvidar sus obligaciones familiares. Salieron tomados del brazo, la cabeza oscura inclinada sobre la de ella. El pequeño momento pasó

inadvertido para Emerson. Ni siquiera respondió al suave buenas noches de Nefret. Intenté algunos avances de conversación, sin obtener más respuesta que la de Nefret y decidí abandonar lo indirecto.

—¿Qué pasa ahora? —Pregunté—. Tu preocupación suscita la peor de las sospechas, Emerson. Espero que no estés planeando algo turbio. Si tienes la idea de irrumpir en esa tumba...

Poco a poco, como un buitre encorvado abriendo las alas, Emerson enderezó los hombros y se puso de pie. La mirada que clavó en mí fue tan terrible que mi lengua se congeló.

Mi impredecible cuñado se echó a reír.

—Te tomó bastante tiempo, debo decir. Tenía miedo de tener que mencionar la posibilidad yo mismo.

—Lo hiciste —grité, cuando me di cuenta—. Ellos esperarán hasta que el pasaje esté despejado, dijiste. ¡Dios mío!

—Ni una posibilidad —murmuró Emerson—. Ni una probabilidad. Ellos lo harán. Por supuesto que sí. Y puede que no sean los únicos.

—Ella se fue directamente a la cama —dijo Ramsés, en el umbral—. Así que decidí volver para... ¿pasa algo malo?

Emerson se volvió hacia él.

—Ven conmigo. De inmediato.

Acostumbrado como estaba a las excentricidades de su padre, esa orden le hizo abrir los ojos oscuros de par en par y enarcar las espesas cejas.

—¿Dónde?

—Al Valle, por supuesto. —Emerson pasó junto a él—. Date prisa.

—Espérame —grité, dejando caer mi bordado. Sonriendo, Sethos se puso en pie—. Espérame —repetí, esta vez a Ramsés. Emerson había salido.

Corrí por el pasillo a mi habitación. Mis pertenencias estaban en perfecto orden como siempre, así que pude agarrar los objetos que quería sin demora. Mi sombrilla, por supuesto, y dos linternas eléctricas, no había tiempo para un cambio de ropa, ni siquiera para mi útil cinturón de herramientas. (Llevaba un poco ajustarlo debido a la tendencia de los objetos que colgaban a enredarse). Con la esperanza de que no lo iba a necesitar, me apresuré a volver a la

sala de estar. Sethos y Ramsés habían obedecido mi orden que esperar.

—¿Significa esto que lo que creo que es? —preguntó Ramsés.

—Sí. Tal vez. Maldito si lo sé —dije, incoherente por la confusión. Sethos había hablado de ladrones atacando la tumba. ¿Emerson se había referido a otro grupo de intrusos?

Un bramido distante de Emerson nos impulsó a movernos rápidamente.

—No, no tiene la intención de entrar en la tumba —jadeé, trotando para mantener el paso de las largas zancadas de Ramsés—. Por lo menos no lo creo. Más o menos lo acusé de ello y dijo... dijo algo así como: "Por supuesto que lo harán y puede que otros"

—Maldición —dijo Ramsés—. ¿Por qué no pensé en eso?

Sethos se aclaró la garganta.

Pronto montamos y estuvimos en marcha. Debo haber formado una bonita imagen cabalgando a horcajadas con las faldas de mi vestido subidas hasta la rodilla y mi cabello suelto. No permití que estos pequeños inconvenientes me distrajeran, ya que estaba preocupada por lo que nos podría deparar el futuro.

Yo tampoco había pensado en eso y debería haberlo hecho. Por supuesto, Carter y su patrocinador volverían a la tumba bajo el manto de la oscuridad y entrarían en la tentadora cámara. Que tuvieran el derecho de hacerlo era cuestionable. Para los estándares rígidos de Emerson, nadie hubiera puesto un pie en esa habitación hasta que todos los ángulos hubieran sido fotografiados y se hubieran tomado todas las precauciones para evitar daños en los artefactos. Sin embargo, pude entender por qué Carter y Carnarvon podrían violar el espíritu, si no la letra, de su concesión. Pocos arqueólogos podrían haberse resistido.

Y podrían no ser los únicos. A estas alturas, todos los hombres de Gurneh Habrían oído esa palabra mágica "oro". Cyrus lo había dicho ese mismo día. Esta noche podría ser su mejor oportunidad. No había nada para evitar un robo a excepción de la verja de madera y una sola capa de bloques de piedra. Un ladrón de tumbas con experiencia, de los cuales había muchos en la Ribera Occidental, podría atravesar ambos en un cuarto de hora.

Ramsés frenó a Risha y esperó para cabalgar a mi lado.

—¿Está bien, madre?

Escupí la boca llena de cabello.

—Sin duda, Howard apostó guardias.

Ramsés se encogió de hombros. Su significado era claro, al menos para su madre, que estaba acostumbrada a su mutismo. Si ofrecían parte del tesoro, pocos hombres podrían haber permanecido fieles a su deber, especialmente hombres cuyos salarios era unas piastras al día.

Cuando el valle se cerraba a los turistas, la barrera en la entrada estaba levantada. Ahora estaba entornada, y el aparcamiento de burros, que debería haber estado vacío, ocupado por varios caballos y burros. Se confirmó la teoría de Emerson. Con un juramento vehemente, se lanzó a través de la abertura.

La luna era una astilla de plata, pero las estrellas brillantes de Egipto arrojaban un resplandor fantasmal. Me había quitado las zapatillas de tacón de noche, de modo que mi avance fue silencioso (y malditamente doloroso). Ramsés, a mi derecha, caminaba tan silenciosamente como un gato, y Sethos, quien me sostenía amablemente el brazo izquierdo, hacía menos ruido. No sé por qué nos molestábamos en movernos en silencio, ya que Emerson al correr por delante, pisoteaba como los cascos de un toro de carga. Un choque más fuerte le siguió, mezclado con el rugido inarticulado de Emerson y un grito más agudo.

Mi grito fue más fuerte. Había pisado una piedra afilada. Saltando y dando tumbos, me aparté de Ramsés.

—¡Date prisa! Tu padre está en problemas.

—Vete —dijo Sethos con calma—. La tengo. —Su brazo rodeó mi cintura y me guió hacia adelante.

Al rodear un afloramiento de piedras, vimos una escena horrible. La tumba de Tutankhamon se abría ante nosotros, en el lado derecho del camino. Desde su entrada salía un tenue resplandor. Una forma que se retorcía y movía ocupaba el espacio delante de los escalones. Tomó forma en el poderoso cuerpo de Emerson, levantándose como Hércules de la refriega y sosteniendo una forma más delgada y que seguía retorciéndose con el brazo extendido.

—Lo siento, Peabody, por tomarme tanto tiempo —dijo mi marido en tono de disculpa—. El bastardo tenía un cuchillo. ¿Confío que no estuvieras preocupada?

—¡Ramsés! -Grité—. ¿Dónde estás?

—Aquí, madre. —Salió de las sombras negras al lado de la tumba, con otro malhechor retorciéndose en la mano—. Temo que Deib ha escapado. Es un tipo ágil.

—Ah —dije, aliviada al ver a mi esposo e hijo ilesos—. Los ibn Simsah.

—Estaban escondidos en las rocas encima de la tumba —dijo Emerson, sacudiendo a su cautivo de un modo que hizo que su cabeza cayera hacia atrás.

—¿Dónde están los guardias? —pregunté.

—Eso no importa —dijo Emerson—. Lo que quiero saber es...

El resplandor de la boca de la tumba aumentó, anunciando la llegada de Howard Carter, antorcha en mano. Su haz vacilante enmarcó a los ex combatientes en un brillo teatral: Emerson, despeinado y con el ceño fruncido, su cautivo aún más desaliñado, con la túnica desgarrada y el turbante ladeado. Reconocí la cara llena de cicatrices de Farhat, el más viejo y sin ningún principio de los ibn Simsah. Se había dado cuenta de quien era su captor y que había dejado de luchar.

El rostro de Howard era una máscara de desconcierto.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó.

—Las bravatas no le llevarán a ninguna parte, Carter —gruñó Emerson—. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Tengo todo el derecho a estar aquí —dijo Howard, irguiéndose.

—Eso está por verse —dijo Emerson—. Supongo que los otros co-conspiradores están en la cámara de la tumba. Dígales que suban aquí. Ya es seguro. ¡Maldito idiota, Carter! ¿No se le ocurrió que estaba poniendo en peligro no solo su reputación profesional, sino la seguridad de su patrón? Estos muchachos estaban al acecho, y no son conocidos por su paciencia.

Lord Carnarvon y Lady Evelyn llegaron a tiempo de oír el final de este discurso. Fueron seguidos por el otro co—conspirador, Pecky Callender.

—Mire, Emerson... —jadeó.

—No, mire usted —Emerson se volvió hacia él—. Mire a Farhat ibn Simsah, para ser precisos. Por lo que sabemos, podría haber un ladrón esperando detrás de cada roca en el Valle. No deberían haber

venido aquí sin una docena de guardias. Pero entonces habría habido testigos de su entrada ilegal, ¿verdad?

Lord Carnarvon había conseguido recobrar el aliento. Se irguió en toda su estatura y miró por encima de la nariz a Emerson, cada centímetro del aristócrata británico que era.

—No puedo decir que me preocupe su tono, profesor Emerson —dijo arrastrando las palabras.

—No puedo decir que me importe un pimiento —dijo Emerson.

—Emerson —murmuré.

Mi suave advertencia no tuvo ningún efecto. Emerson estaba en un estado de justa ira.

—¿Supongo que quitó bastante de las piedras de bloqueo para entrar en la cámara de la tumba? ¿Cuánto daño ha hecho y *que ha cogido*?

Carnarvon ofreció el brazo a su hija.

—No tiene derecho a preguntarme, señor. Le deseo buenas noches.

Emerson señaló con un dedo acusador. Su voz retumbó como la de un dios ofendido.

—¡Sus bolsillos están abultados, Lord Carnarvon!

Ramsés y yo logramos detenerlo antes de que saliera en pos de Carnarvon, que se estaba retirando con tanta prisa como su dignidad le permitía. Verdaderamente creo que Emerson habría registrado el tipo, lo que habría dado lugar a serios problemas. El daño ya era bastante malo. Una vez que estuvo a distancia segura, Carnarvon se giró.

—Usted es persona non grata aquí, profesor. Manténgase alejado de la tumba. No abuse de mi buena voluntad otra vez.

Se alejó, seguido por Carter y Callender y las maldiciones vehementes de Emerson.

—Ya lo has logrado —dije, aflojando mis manos—. Nunca nos permitirán entrar en la tumba de nuevo.

Sus pequeños estallidos en general calman a Emerson. Mostrando sus grandes dientes blancos en una sonrisa jovial, dijo:

—En ese caso, bien podemos aprovechar al máximo la oportunidad actual.

Dejamos a los hermanos ibn Simsah sólidamente atados con tiras cortadas de sus ropas, después de quitarles diversos instrumentos

afilados. En su confusión (y, en mi opinión, la culpa) Howard ni siquiera se había acordado de cerrar la reja de madera. Mientras bajábamos le dije a Emerson:

—No deberías haber maldecido a Lord Carnarvon, Emerson.

—Bah -respondió—. Me puso de mal humor.

—Le amenazaste con todo desde morir por viruela a ser devorado por los demonios en la otra vida.

Emerson soltó un gemido. No estaba causado por el remordimiento, sino por lo que se veía a la luz de la linterna: un enorme agujero, de varios centímetros en la parte inferior de la puerta bloqueada.

—Estaba preparado para eso, sin duda —dijo la voz fría de Sethos detrás de nosotros.

—Esperaba equivocarme —murmuró Emerson.

—Sé justo, Emerson —dijo su hermano—. ¿Qué egiptólogo podría haber resistido?

—No necesito un sermón por tu parte —dijo Emerson. Enfocó la linterna hacia la apertura y la movió lentamente de un lado a otro

La maravilla completa de la cámara se dio a conocer, en una serie de visiones sucesivas. Requirió algo de tiempo para que los ojos desentrañaran las extrañas formas y sombras nítidas: círculos superpuestos en cuartos que debían ser las ruedas de los carros, tres grandes sofás funerarios dorados con cabezas de animales grotescos, yacían uno junto al otro apilados con otros objetos. Pero lo que llamó la atención y la mantuvo fueron dos estatuas de tamaño natural que se enfrentaban una a otra como guardianes contra la pared a la derecha. La piel expuesta se había ennegrecido con betún, la ropa y los adornos reales brillaban dorados. En la frente de cada figura la serpiente *uraeus* real alzaba la cabeza, lista para atacar a cualquiera que amenazara al rey.

Incluso Sethos, el imperturbable, estaba anodado. A cuatro patas dijo:

—Hay una caída de alrededor de cincuenta centímetros. —Se dio la vuelta como si fuera a bajar. Emerson lo agarró por el cuello.

—Ya ha habido bastante idiotas torpes por ahí dentro. Adelante, Ramsés. Ten cuidado donde pisas.

—Me parece a mí —empecé a decir—, que una persona más pequeña presenta...

—Por Dios, Peabody, si yo puedo contenerme, tú también —gruñó mi marido—. Ramsés es ligero sobre sus pies y ágil como un gato.

—Y no es probable que se guarde objetos pequeños -dijo mi cuñado, no en voz baja.

—¿Quieres decir que yo lo haría? —Pregunté.

—Me estaba refiriendo a otra persona —dijo Sethos.

—Mmm —dijo Emerson—. Toma la linterna, Ramsés.

Ramsés se deslizó con cuidado hacia abajo y se detuvo por un momento, mirando a su alrededor.

—Parece que hay una abertura en la pared del fondo, debajo de uno de los sofás funerarios. —Le vimos agacharse y mirar hacia adentro—. Dios mío. Hay otra habitación, llena de objetos increíbles, y aún más desordenada que esta.

—Ese tramo de la pared entre las dos estatuas —dijo Emerson—. Echa un vistazo más de cerca.

Ramsés comenzó a avanzar en esa dirección y luego se detuvo, cuando la luz de la linterna enmarcó un cofre pintado cubierto con escenas en miniatura tan brillantes y precisas como las de un códice ilustrado. Ramsés lo rodeó con cuidado, emitiendo bajos murmullos de admiración.

—Restringe, por favor, tus instintos estéticos —gruñó Emerson —. Mira ese tramo de la pared.

La verdad apareció. Descubrió una segunda sala llena de tesoros pálidos en comparación. ¿Qué más podían proteger las figuras nobles, excepto el cuerpo del propio rey—dios? ¿Su cámara funeraria se encontraba más allá de ese muro aparentemente en blanco?

—Como de costumbre, sus instintos son correctos, padre —informó Ramsés—. Hay una puerta bloqueada y enlucida, con sellos por todas partes. No ha sido violada.

Emerson replicó:

—Mira detrás de la canasta y los demás objetos apilados contra la pared.

La canasta a la que se refería Emerson era de buen tamaño, de forma circular, encima de un montón de cañas secas. Suavemente, con las dos manos, Ramsés quitó la cesta y apartó las cañas.

No había ninguna abertura, pero incluso desde lejos se podía ver

que un área de varios centímetros de diámetro, en la unión de la pared y el piso, era de naturaleza diferente. Faltaba la capa exterior de yeso. No había mortero entre las piedras. Era evidente que algunas de ellas habían sido eliminadas y reemplazadas rápidamente.

—Condenación y maldición —dijo Emerson—. Carter.

—¿Cómo lo sabes? -pregunté—. Podrían haber sido los antiguos ladrones.

—Los sacerdotes habrían tapado la apertura —dijo Emerson—. Dado que el daño ya está hecho, podemos en conciencia repetirlo. Quita las piedras sueltas, Ramsés, y echa un vistazo. ¿Qué hay ahí?

Después de un momento Ramsés dijo en voz baja:

—Parece una pared de oro macizo.

Emerson no pudo contenerse por más tiempo. Respirando con dificultad, se agachó sobre el suelo y se abrió paso a la pared norte.

Como no había prohibido expresamente que yo lo hiciera, le seguí. Mirando a través del espacio abierto recientemente, vi lo que parecía ser un muro de oro, llegaba casi hasta el techo y solo dejaba un estrecho pasillo al lado.

—¿Qué es? —gritó.

—Un santuario funerario —dijo Emerson, a cuatro patas, mirando hacia adentro—. ¿Ves las puertas? Y los miserables han estado aquí también —añadió apasionadamente—. Hay huellas en el polvo.

—Entonces nosotros también podemos entrar —exclamé.

—La apertura es demasiado pequeño para mí —dijo Emerson—. No voy a agrandarla.

—Emerson. —Mi voz era apenas más fuerte que un susurro. Emerson volvió la cabeza y me sonrió—. Está bien, Peabody. Tu turno.

Con esmero me agaché en el suelo de la cámara interior, que estaba varios centímetros más baja que la otra. Ante mí se elevaban dos grandes puertas doradas, adornadas con jeroglíficos decorativos sobre un fondo de fayenza azul. Estaban cerradas por un perno de madera.

Informé a Emerson, quien dijo:

—Ábrelo. No dudo que Carter ya lo ha hecho.

El cerrojo se deslizó suavemente hacia atrás y las puertas se

separaron lo suficiente para permitirme ver el interior.

—No puedo distinguir nada -jadeé—. Un marco dorado, trozos de tela podrida marrón, cosida con rosetas de oro...

—Un dosel —dijo Emerson—. La tela era un manto funerario. ¿Qué más?

—Otro santuario, creo. Varios objetos en el suelo, arcos y palos apoyados en las paredes... Alguien ha despejado un espacio delante de las puertas del segundo santuario.

—Carter —dijo Emerson, como un juramento—. ¿Ha abierto las puertas?

—No puedo ver... No, Emerson, no lo hizo. Las puertas se cierran de la manera habitual, con cuerdas enrolladas alrededor de las asas y un poco de barro sobre el nudo. Está estampado con el sello de la necrópolis y está intacto.

—Le han quedado unos pocos escrúpulos —dijo Emerson—. Está bien, sal de ahí, Peabody, y cierra las puertas del santuario exterior. Dejaremos todo exactamente como Carter lo ha dejado.

—Las paredes están pintadas —dijo Ramsés, también sobre manos y rodillas, la cabeza girada para ver—. Una procesión funeraria, creo. Y los cartuchos de Tutankhamon.

—Así que está ahí —murmuró Emerson—. Todavía. Dentro de sus ataúdes, su sarcófago y los santuarios, solo en la oscuridad, como lo ha estado durante más de tres mil años...

Este vuelo de la fantasía era tan extraño en mi pragmático marido que le miré con sorpresa. Pero no debería haberme sorprendido, el lado poético de la naturaleza sensible de Emerson es conocido por solo unos pocos, de los cuales yo soy uno.

—Tal vez está con los dioses que adoraba —dije en voz baja.

—Mmm —dijo Emerson—. ¿Qué dioses? ¿El panteón multitudinario de Egipto, o el único dios Aton en cuya fe fue criado? No digas tonterías, Peabody.

Los estados de ánimo poético de Emerson no duran mucho tiempo.

La cámara funeraria contenía una sorpresa más, una abertura rectangular cerca de la esquina, que llevaba a una cuarta sala llena, al igual que las dos exteriores, con una fabulosa mezcla de artefactos. La visión y el cerebro estaban tan abrumados, que solo recuerdo dos objetos: una estatua yacente de Anubis y detrás de ella

un cofre de oro con una exquisita estatua de una diosa que extendía los brazos protectores a los lados.

—Tiene que ser el pecho canópico —dije, cuando Emerson me ayudó a levantarme—. Solo he podido ver una estatua, Emerson, la más hermosa que...

Me había olvidado por completo de Sethos, pero Ramsés no. Se quedó mirando a su tío mientras este último se movía lentamente por la cámara exterior.

—Mirad —dijo Sethos.

—No lo toques —espetó Ramsés.

—Ha sido abierto. —Sethos indicó un pequeño altar dorado—. De aquí provino vuestra estatuilla.

—Por Dios, creo que tiene razón —dijo Ramsés. El interior de la forma en forma de caja estaba vacío, a excepción de un pedestal de madera sobre cuya base estaban los cartuchos de Tutankhamon—. Hay espacio para otra estatuilla al lado —dijo Ramsés—. ¿Recordáis la confesión del ladrón, que su amigo tomó la imagen de la reina?

—Basta —dijo Emerson en voz baja. Sus hombros se movieron inquietos.

Naturalmente, yo entendía sus sentimientos. Yo también tenía una sensación de profanación, de penetrar en un reino en el que no teníamos derecho a ir. Enmarcadas por la oscuridad, parecía como si en cualquier momento, las cabezas monstruosas de los sofás funerarios fueran a girarse para mirar acusadoramente a los invasores. Las motas de polvo flotaban en la luz, y de vez en cuando oíamos los pequeños susurros, un sonido ominoso, que presagiaba la caída de un trozo de oro o un trozo de tela perturbado por la entrada de aire en la cámara largo tiempo cerrada.

Siguiendo las órdenes de Emerson, Ramsés recolocó las piedras que se habían quitado de la entrada a la cámara funeraria. Sostuve la antorcha, y no me avergüenza admitir que mi mano era un poco inestable. Mientras estaba observando, la luz atrajo mi atención a las serpientes uraeus en las frentes reales que parecían parpadear deslumbradas.

Poco a poco, en un estado de incredulidad de ensueño, volvimos por el pasillo y subimos las escaleras. No me había dado cuenta de lo muerto y húmedo que era el aire de la tumba hasta que sentí una fresca brisa en mi cara. Nadie hablaba. La maravilla de lo que

habíamos visto nos había dejado sin palabras. La tumba había sido robada en la antigüedad, pero había dejado lo suficientemente para hacer que el hallazgo fuera único, el primer entierro real con la mayoría de sus ricos ajuares funerarios intactos.

Emerson iba en cabeza, Sethos y Ramsés detrás de mí. Un súbito grito de Emerson me sorprendió, por lo que caí de espaldas contra Ramsés, que dejó escapar un gruñido de dolor, pero mantuvo el equilibrio. Maldiciendo, Sethos empujó a Ramsés, que me empujó a mí y todos chocamos en lo alto de las escaleras.

—¿Y ahora qué? —Pregunté sin aliento—. ¿Los ibn Simsah han escapado?

Al principio parecía que habían intentado hacerlo, por Emerson agarró una forma oscura, que se sacudía como un terrier sacude a una rata. Entonces vi a los hermanos bribones, todavía atados y oí un grito lastimero:

—Me rindo. Me rindo. Por favor, profesor...

Debía haberse mordido la lengua, porque la súplica terminó en un grito agudo.

Reconocí la voz, distorsionada por el dolor, la falta de aire y la ausencia del acento que normalmente caracterizaba su discurso.

—¿Kevin? -Grité—. ¿Kevin O'Connell? ¿Qué diablos está haciendo aquí? Creía que estaba en Londres.

—Ese lenguaje, señora E —dijo Kevin, su acento firmemente en su lugar. Emerson había dejado de sacudirle y era él mismo de nuevo—. ¿Dónde más podría estar un periodista, sino en el escenario de lo que podría ser la historia más grande del año, de la década, o...?

Emerson le apretó la garganta por última vez y lo dejó caer. Kevin retrocedió en el suelo y sabiamente decidió quedarse allí. Los hermanos ibn Simsah rodaron para hacerle sitio, mirándole con los ojos abiertos. Emerson respiró hondo, pero antes de que pudiera expresar su ira, sonó la voz de Ramsés. Me volví. Ya no estaba detrás de mí.

—Padre. Aquí hay otro.

—¿Otro maldito periodista? -preguntó Emerson.

—Mejor que eso. —Ramsés se alzó desde detrás del bajo muro de contención sobre la tumba, tirando de otro individuo. El reconocimiento fue inmediato. La luz de la luna brilló sobre la

melena de cabello blanco.

—Por Dios -grité—. Se trata de Sir Malcolm. ¿Qué está...?

—No preguntes —dijo Emerson con voz ahogada—. Esa pregunta está convirtiéndose en insoportablemente repetitiva. ¿Cuántos más hay por ahí? Salid dondequiera que estéis.

Su tono de voz convirtió esto en una amenaza inconfundible. Obtuvo resultados inmediatos, en forma de una tos de disculpa de una sola voz y una palabrota de otro. Dos formas surgieron de las sombras cerca de la Tumba 55, al otro lado del camino.

—Jumana —exclamé, tras reconocer la voz del joven—. ¿Y Bertie?

—Él me siguió —dijo Jumana, lanzando a Bertie una mirada furiosa.

—¿Qué... te... ha... traído... aquí? —dijo Emerson, pronunciando cada palabra lentamente.

Bertie se encogió.

—Trataba de detenerla.

—Cállate —dijo Jumana con impaciencia. Echó los delgados hombros hacia atrás y sonrió a Emerson—. Lo mismo que a usted, profesor, espero. La fiebre arqueológica.

—Tú -dijo Emerson con la misma voz ominosa—, ¿tenías la intención de arrastrarte en la tumba esta noche?

—Pensé que alguien lo haría —dijo Jumana, imperturbable—. Esta noche, mientras estuviera abierta. Estaba segura de que podría convencer a uno de los guardias para que me dejara entrar.

Se apartó el cabello oscuro de la frente en un gesto exagerado de coquetería. No dudaba de su seguridad. Bertie no era el único hombre en Luxor que estaba enamorado de su forma delicada y su cara bonita.

—No esperaba que no hubiera guardias -continuó Jumana—. Ese fue un golpe de suerte. O lo habría sido, si Bertie no me había detenido.

Incitado, Bertie estalló:

—Y si no lo hubiera hecho, habría caído en los brazos de los ibn Simsah.

Sir Malcolm intentó liberarse de las garras de Ramsés.

—Buenas noches, señorita... Jumana, ¿no es así? No he tenido el placer de conocerla, pero espero mejorar nuestro...

—Ya basta —dijo Emerson, agitando los puños—. Basta de una vez. Esto no es una reunión social.

—Aquí hay otro —dijo Sethos, apareciendo. Se dirigió a la figura encogida junto a él con su árabe fluido—. No nos temas, amigo mío, estabas solo aquí porque tu porque tu maestro te lo ordenó. No vamos a hacerte daño.

El triste siervo cayó de rodillas y trató de besar la mano de Sethos. La apartó.

—Arrodíllate solo ante Dios. Ciertamente no ante ese pedazo de basura —agregó en inglés, para beneficio de Sir Malcolm.

Obviamente, Emerson estaba en un dilema, tratando de decidir a qué intruso maldecir primero. Sir Malcolm le ahorró el trabajo, alejándose de Ramsés y enderezando sus ropas arrugadas.

—Pasaré por alto este ataque gratuito de su hijo —comenzó.

—Malditamente decente de su parte —dijo Emerson en el mismo acento bien educado—. Confío que no espere que yo pase por alto su gratuito acto de entrar en propiedad ajena.

Kevin, que había estado escuchando con interés, terminó de alisarse el pelo y se metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

—Yo no lo haría si fuera usted -le dije.

Kevin sonrió sin arrepentimiento, pero devolvió la libreta al bolsillo.

—Si yo lo he hecho, usted también -dijo Sir Malcolm—. Escuché lo que dijo Lord Carnarvon antes. Estamos en el mismo barco, profesor, y sería bueno de su parte, así como de la mía, si llegáramos a un acuerdo.

Emerson me miró. En un tono normal de conversación, preguntó:

—¿Este hombre está decidido a conducirme a la violencia? Cualquier hombre inferior habría perdido los estribos mucho antes de esto. Todo el que está aquí, no debería estarlo, no hay nadie que debiera estar aquí. Maldición, la situación se está convirtiendo en pura farsa, y yo mismo me estoy empezando a sentir...

—No divagues, Emerson, te lo ruego. —Dirigí una mirada severa a Sethos, que se había cubierto la boca con la mano en un intento de sofocar la risa—. Permíteme añadir una nota de sentido común. Kevin, vendrá con nosotros. Jumana y Bertie también.

—Oh, pero yo no he visto la tumba —exclamó Jumana—. ¿Sería

tan cruel, después de todo el trabajo que me tomé? Por favor, profesor...

—Esto... —respondió Emerson, desinflándose bajo el hechizo de su voz suplicante. Es un perfecto tonto cuando se trata de mujeres —. Bueno...

—Ella no se merece ser recompensada por su conducta temeraria —exclamó Bertie.

Yo había estado a punto de decir lo mismo.

—Una mirada rápida no hará daño -dije—. Ve con ella, Ramsés. Solo un vistazo y volved.

—En ese caso... —dijo Kevin con impaciencia.

—Si ella va... —comenzó Sir Malcolm.

—¡No! -Grité—. Por Dios, de todo el descaro...

—Venga, Peabody, no pierdas la calma —dijo Emerson—. Yo soy el único al que se le permite eso. Sir Malcolm, le aconsejo que se vaya de inmediato. No siempre puedo controlar a la señora Emerson cuando está en este estado de exasperación.

—Muy bien —dijo el caballero con súbita mansedumbre.

Inhalé profundamente, luego otra vez.

—No crea que pueda demorarse hasta que nos hayamos ido, Sir Malcolm. La tumba será custodiada.

—Estaría encantado de hacerlo —dijo Sethos rápidamente.

—No lo dudo —murmuró Emerson—. Quédate si quieres. Conmigo.

Bertie, por supuesto, había bajado las escaleras con Ramsés y de Jumana. Ahora volvieron los hombres más o menos arrastrando a la chica entre ellos.

—No fue suficiente —se quedó sin aliento—. Había tanto... Quiero un... Bertie, ¡suéltame de una vez!

Ella se liberó de él, pero no de Ramsés.

—Oh, no, no —dijo él—. Jumana, no me empujes. Y —añadió con una sonrisa poco dispuesta, cuando ella se apoyó contra él y le miró suplicante a la cara—, no intentes eso tampoco. Ya te has salido con la tuya, y vas un paso delante de Suzanne. Esto debería ser suficiente.

Jumana rió.

Emerson suspiró.

—Jumana, vete a casa de una vez. Con Bertie. No discutas con

él, no trates de alejarte de él...

—No le insultes —añadí.

—No le insultes —dijo Emerson con una cierta confusión—. Eh... He sido claro, ¿no es así, Jumana?

—Sí, señor. Volveré directamente al castillo y no insultaré a Bertie.

—Bien. Ramsés, lleva a tu madre y a ese... ese... periodista de vuelta a la casa.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunté, empujando a uno de los hermanos ibn Simsah con el pie.

—Oh, por favor, *Sitt* —se quejó—. Déjenos ir. Nos arrepentimos. Estamos reformados. No nos deje para que los chacales nos coman.

—Una idea tentadora —dijo Emerson, rascándose la barbilla—. Pero en contra de nuestros principios, ¿eh? Desátalos, Ramsés. Sabemos dónde encontrarlos, si queremos. Por el momento solo están en medio. Usted también, sir Malcolm. Largo.

Al final, fue Ramsés quien se quedó con su padre y Sethos quien nos acompañó a Kevin y a mí de vuelta al parque de burros donde habíamos dejado los caballos. Sir Malcolm ya había desaparecido con, supuse, su desafortunado sirviente corriendo a su lado. Jumana y Bertie habían llegado a pie y volverían de la misma manera. Le había dado a la chica una de mis pequeñas conferencias, así que estaba seguro de que haría lo que se le había dicho. Mientras cabalgábamos, pude oírlos peleando a gritos, pero, para darle crédito, no oí ninguna palabrota.

Kevin no había discutido. Conocía a Emerson lo suficientemente bien como para reconocer la inutilidad de discutir con él.

—Un whisky con soda sin duda daría en el clavo —dijo alegremente.

—No cuente con ello -dije—. Con los años usted y el *Daily Yell* me han causado una considerable vergüenza, Kevin.

—Pero, señora, recuerda las veces que resulté ser un verdadero amigo en sus momentos de necesidad. —Su voz eran tan acariciadora como la de un tenor irlandés.

—Veremos —dije—, si la amistad prevalece sobre el periodismo en esta ocasión. En la medida que a mí respecta, es culpable hasta que demuestre su inocencia.

Voy a confesar a mis lectores que no terminé de registrar los

acontecimientos que he descrito hasta varios días después. Sin embargo, me atengo a la exactitud de los actos, fue una noche para recordar, una de las más inolvidables de mi vida. En excavaciones anteriores de tumbas reales habían aparecido solo fragmentos rotos de ajuar funerario, tentadoras pistas de los exquisitos originales. La tumba de Tetisheri, que habíamos encontrado, era un reentierro. Esta era la primera tumba que contenía todavía la gran mayoría del ajuar original del rey, más o menos in situ. La imaginación había conjurado brillantes imágenes de lo que había sido, *esto* era la realidad.

El único de nosotros que durmió durante toda la noche fue Nefret, y cuando ella y Ramsés se nos unieron en la mesa de desayuno sus ojos azules ardían de indignación. Por su expresión tímida deduje que Ramsés se había llevado la peor parte inicial de sus reproches, pero había dejado un montón para mí y Emerson. En lugar de devolver el alegre saludo de Kevin, lo miró con una mueca hostil.

—¿Por qué está todavía aquí este hombre? —preguntó ella—. ¿Por qué no le habéis mandado a paseo?

Kevin intentó parecer herido. Su cabello color zanahoria esteba rociado de gris y finas arrugas enmarcaban sus ojos azules, pero sus pecas eran tan exuberantes como siempre.

—Yo no he hecho nada -protestó—. Nuestra vieja amistad...

—Se marchará tan pronto como repita al resto de vosotros lo que me contó anoche -dije—. Es de alguna importancia, como creo que estaréis de acuerdo. ¿Cuánto te ha contado Ramsés, Nefret?

—Parte. —Trasladó su ceño fruncido de Kevin al plato de huevos que Fátima había colocado delante de ella—. Solo me desperté hace media hora.

—Y la mitad de ese tiempo estuvo insultándome -dijo Ramsés—. Como le he dicho, cuando abandonamos la casa no sabíamos en que podríamos meternos. No había tiempo para...

—No perdamos el tiempo en recriminaciones inútiles y una disculpa -interrumpí—. Estamos de acuerdo, creo, en la historia siguiente: en primer lugar, que no mencionaremos la entrada ilícita de Carter y Carnarvon en la tumba a nadie. Fuimos allí porque temíamos un intento de robo, y descubrimos a los hermanos ibn Simsah. Emerson y Ramsés se mantuvieron de guardia a fin de

evitar nuevos intentos hasta que *Reis* Girigar llegó esta mañana

—Mentir, ¿quiere decir? -preguntó Nefret.

—Nunca miento a menos que sea absolutamente necesario, Nefret. En este caso, es simplemente una cuestión de omitir ciertos detalles. Carter y Carnarvon no tenían derecho a entrar en la tumba, pero las Escrituras nos dicen que no debemos juzgar a nuestros semejantes. Sus propias conciencias deben determinar si confesar o no.

—Odio cuando citas la maldita Biblia —gruñó Emerson—. No tengo la intención de entregar a Carter, pero ¿qué pasa con él? — Señaló a Kevin con el tenedor en el que había atravesado un trozo de huevo.

—No va a publicar nada —dijo Ramsés—. Quiere estar de buenas con Carnarvon.

—Cierto -accedió Kevin, limpiándose la yema de huevo de su corbata arrugada—. De todos modos, me estaría arriesgando una demanda por difamación si muchos se niegan a apoyarme. No pueden acusarme de nada más que estar en el valle después del horario. Nunca entré en la tumba.

—Lo mismo ocurre con Sir Malcolm, me temo —dije con pesar —. Cualesquiera que fueran sus intenciones, no cometió ningún acto que pueda ser considerado delito. Volvamos al punto. Kevin ha admitido que los rumores de un gran hallazgo han estado circulando entre sus conexiones arqueológicas y periodísticas durante algunas semanas. Al parecer Lord Carnarvon mencionó a varios amigos el telegrama de Howard tan pronto como llegó, y por supuesto ellos se lo contaron a los demás. Cuando Kevin se enteró de que Arthur Merton del *Times* había reservado un pasaje a Egipto, tomó el siguiente barco. Veis lo que eso significa, ¿verdad?

—Otros periodistas les seguirán, si no están ya de camino — exclamó Nefret.

—Incluyendo Margaret Minton —dijo Kevin, su agradable rostro adoptó un aspecto bastante amenazador—. Es tan dura como los que vienen y no se detendrá ante nada para adelantarme.

Yo no fui la única que miró involuntariamente a Sethos. Ni un músculo se movió en su rostro. Él por supuesto, ya lo había previsto y se había dado cuenta de lo que podría significar para él personalmente.

—Ella declara ser una vieja amiga suya —continuó Kevin, quien por supuesto, era incapaz de relacionar a la mujer con "Anthony Bissinghurst"—. Miren, no dejen escapar anda delante de ella, ¿lo harán? Les conozco desde hace más tiempo que ella.

—No voy a dejar que nada se escape ante nadie, incluyéndole a usted —dijo Emerson—. ¿Ha terminado de desayunar? Es más de lo que merece.

Kevin se levantó con presteza.

—La oficina de telégrafos debe estar abierto a estas horas. -Rió —. Voy a ser el primero, incluso por delante de Merton.

—Si usted me cita a mí o a la señora Emerson tendré su cabeza sobre una bandeja -gritó Emerson mientras Kevin se retiraba.

—No se atreverá -dije—. Todavía está contando con nuestra buena voluntad. De hecho, no veo cómo podrá encontrar algo sobre lo que escribir. No llegó a entrar en la tumba.

—Él no necesita hechos —gruñó Emerson—. Se inventará un montón de basura y lo rellenará con insinuaciones.

Sethos se rozó los labios con la servilleta y la puso cuidadosamente sobre la mesa.

—Odio entrometerme en esta discusión con mis mezquinos problemas personales, pero ¿alguno de vosotros se ha parado a pensar en que puede ocurrir si Margaret viene aquí?

—Nos acosará en busca de información —gruñó Emerson. Entonces, su rostro cambió—. Oh. Por Dios. Quieres decir...

—Su llegada puede despertar las sospechas de los que saben que es la esposa de su presa —dije—. Hemos estado libres de vigilancia últimamente, pero eso no puede durar.

—Infierno y condenación —dijo Nefret. Estaba pensando en los niños—. ¿No podemos ir a su encuentro?

—¿Cómo? -Preguntó Ramsés—. Cualquier intento de comunicarse con ella solo despertará el interés que debemos evitar a toda costa.

Yo estaba observando a Sethos, cuyos ojos estaban fijos en la cara de preocupación de Nefret. Sabía, con tanta seguridad como si lo hubiera dicho en voz alta, lo que se proponía hacer.

Durante los siguientes días mantuve una estrecha vigilancia sobre mi cuñado, aunque para ser honesta, no había decidido que haría si él realizaba una salida llamativa. Creo que él también se

debatía, si había decidido lanzarse a los lobos para alejarlos de nosotros, no tenía ninguna prisa por hacerlo. Por supuesto, estaba la posibilidad de que incluso ese sacrificio no nos salvaría si sus perseguidores creían que teníamos una copia del misterioso documento. Ramsés había vuelto a trabajar en él, al darse cuenta, como Sethos y yo, que su solución podría ofrecer la respuesta a nuestros problemas.

Todo el mundo estaba totalmente preocupado con la nueva tumba. Al día siguiente de nuestra pequeña aventura allí, la pared fue retirada y Carter entró en la cámara exterior por, como él afirmaba, primera vez. Ni él ni Carnarvon admitieron su violación nocturna. Inexplicablemente, Rex Engelbach se negó a asistir, envió a su asistente Ibrahim en su lugar. Los barqueros se mantuvieron ocupados transportando turistas a través de la Ribera Occidental. Sabíamos por experiencia propia que Howard sería asediado por peticiones de gente que quería ver el sepulcro. En primer lugar, por supuesto, vinieron las vistas formales de los funcionarios del gobierno y el Departamento de Antigüedades.

Nosotros no fuimos incluidos en ninguna ocasión. Fue un desaire deliberado, sobre todo porque Merton del *Times* estuvo entre el segundo grupo de visitantes oficiales, el único periodista tan favorecido. Me pareció que pude oír las maldiciones de Kevin hasta el final del Valle.

Obtuvimos todas las noticias, recién salidas de la prensa como algunos podrían decir, de Daoud. Emerson no se acercó al Valle oriental. Era demasiado orgulloso para pedir favores. Yo no, pero se negó a permitir que yo o cualquier otra persona lo hiciera, ni siquiera Nefret, quien tenía una especial habilidad con los caballeros. En cambio, Emerson nos puso a todos a trabajar en el Valle occidental, con un fervor que casi compensó su falta de interés anterior.

—Tiene miedo de que Carnarvon nos eche —dijo Cyrus. Nos estábamos tomando un pequeño descanso con Bertie y Jumana a la sombra del refugio que yo había hecho erigir. Hacía mucho calor, y habíamos estado trabajando duro esa mañana. Cyrus se tiró de su perilla, que, como el resto de su cuerpo, estaba empapado de sudor, y luego aceptó un vaso de té frío.

—¿Qué demonios le dijo Emerson a su señoría? He oído una

docena de versiones diferentes, cada una peor que la anterior.

Suspiré.

—Me lo temía. Dios mío, este lugar es un hervidero de chismes. Fue una de las diatribas características de Emerson, Cyrus, completada con maldiciones. No se puede culpar a Carnarvon por estar enojado, especialmente en vista del hecho de que las acusaciones de Emerson eran probablemente ciertas.

—Están diciendo que el profesor acusó al Sr. Carter y a los demás de coger joyería de la tumba —ofreció Jumana.

—Ellos no harían eso —protestó Bertie, su cara ingenua preocupada.

Jumana sacudió la cabeza.

—Eres taaaan ingenuo, Bertie.

Bertie se sonrojó, pero antes de que pudiera responder, Emerson apareció en la boca de la tumba de Ay, los brazos en jarras y el ceño amenazador.

—¿Qué estáis haciendo ahí? —gritó—. Volved al trabajo. Bertie, puedes empezar a medir la cámara funeraria ahora.

Los otros tres saltaron. Yo no había terminado mi té, así que me quedé sentada.

—¿Has terminado de limpiar el suelo? -pregunté.

—¿Esperas que yo levante la tapa del sarcófago con una sola mano?

Era una denuncia escandalosa, ya que él mismo mandó a los hombres a descansar, pero Cyrus dijo.

—Vamos. Voy de inmediato -y salió corriendo.

Tomé un último sorbo de té y con un gesto de agradecimiento entregué el vaso al criado de Cyrus, que estaba a cargo de los refrescos. No creía que Lord Carnarvon fuera tan lejos como para echarnos...

M. Lacau había confirmado nuestro derecho a permanecer en el Valle occidental, pero yo estaba muy enfadada al oír que alguien había hecho correr la voz sobre las maldiciones de Emerson. Carter y Carnarvon no se hubieran atrevido a hacerlo, ya que habrían tenido que admitir que entraron en el sepulcro ilícitamente. No podíamos acusarlos sin admitir nuestra propia presencia, aunque hubiéramos estado dispuestos a comportarnos de manera deshonrosa. Las únicas personas que había oído el intercambio

fueron los ladrones de tumbas y Sir Malcolm, y tal vez Kevin O'Connell, Bertie y Jumana...

No se podía confiar que algunos de ellos hubieran contenido sus lenguas, y por los que sabíamos, había habido otros espectadores. Por lo menos los rumores eran solo eso, sin confirmar ni negar.

Durante un tiempo llegamos a ser muy populares entre los visitantes, quienes asumieron (como cualquier persona razonable podría) que estábamos entre los confidentes de Howard. Cuando negamos ningún conocimiento o influencia especial, algunos se negaron a creernos y algunos trataron de sobornarnos. Emerson envió a Wasim al puesto de guardia con su rifle antiguo.

Destacados entre los que no llamaron fueron los miembros del equipo del Museo Metropolitano en Deir el Bahri. Todos ellos habían sido amigos nuestros desde hacía muchos años, y era incapaz de explicar su ausencia hasta que Ramsés ofreció una explicación.

—Carter se les ha acercado en busca de ayuda. Necesita toda la asistencia de expertos que pueda conseguir, y ha tenido relaciones especiales con el Met desde hace años.

—Relaciones especiales, bah —dijo Emerson—. Ha estado vendiendo antigüedades.

—Pueden darse el lujo de pagar bien —dijo Ramsés con ecuanimidad—. Y Carter es, después de todo, un tratante. Sin duda, el Metropolitan tiene la esperanza de una parte de los artefactos a cambio de su ayuda. No es de extrañar que nos eviten ahora que estamos en desgracia con Carnarvon.

Había venido a tomar el té directamente de la sala de trabajo, donde se había encerrado la mayor parte de la tarde. Emerson, que había estado de mal humor la mayor parte de la tarde, asintió con la cabeza con tristeza.

—Ellos tienen los expertos que necesita -admitió—. Burton para la fotografía, Hauser y Hall como dibujantes. Dicen... —Hizo una mueca dolorosa ante el hecho de que se había visto reducido a repetir rumores—. Dicen que pedirán ayuda a Breasted con las traducciones.

—Tu antiguo mentor —dije, asintiendo con la cabeza a Ramsés —. Tenemos que invitarle a tomar el té, ¿no te parece?

—No —dijo Emerson.

—¿No te gusta? -preguntó Charla, que había estado ocupada con el plato de galletas.

—Tu abuelo quiere decir que el Sr. Breasted estará muy ocupado —le expliqué, antes de que Emerson pudiera responder con la verdad. En su opinión Breasted nunca había dado a Ramsés el crédito que se merecía—. Anímate, Emerson, las cosas se calmarán vez que Howard cierre la tumba de nuevo.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Charla, apoyada en las rodillas de su abuelo. Él acarició sus rizos negros, una familiaridad que ella no permitía a nadie más.

—No puede dejarla abierta mientras recoge suministros y ayudantes —le expliqué—. Va a necesitar película, materiales de embalaje, y un centenar de otras cosas. Y personas que tengan experiencia en trabajar con objetos delicados.

—Entonces debería pedir ayuda a papá y el abuelo.

—Ve y... lanza palos para Amira, Charla. Fuera, por favor.

La perra, acostado transversalmente en el umbral, dio un salto, ladrando. Charla salió corriendo y pronto estuvieron encerrados en un abrazo cariñoso, que terminó con las dos rodando por el suelo. La rubia cabeza de David John estaba inclinada sobre un tablero de ajedrez, con Sethos como su oponente. Su tío Walker le había enseñado el juego el verano pasado. Era difícil encontrar material adecuado de lectura para una mente juvenil, después de encontrar a David John inmerso en *Drácula*, su cabello rubio casi de punta, Walter había propuesto el ajedrez como alternativa. Había parecido una buena idea en ese momento.

Los talentos de Charla iban por otras áreas. La intimidación, por ejemplo.

—¿Ha habido suerte? —Le pregunté a Ramsés.

—Solo en un sentido negativo. -Se acercó y bajó la voz. Aunque aparentemente absorto en el juego, David John tenía una habilidad desconcertante para oír lo que no debía.

—Los códigos más comunes se componen de las letras del alfabeto —explicó Ramsés—. Reordenarlas de acuerdo con algún sistema de preestablecida. B para A, C para B, y así sucesivamente. Eso es la variación más simple, y la más simple de romper. Incluso los códigos de sustitución más complejos pueden ser decodificados con bastante facilidad, sobre la base de la frecuencia y la repetición

de la letra. En teoría se podría establecer un sistema de uso de números en lugar de letras, pero... Maldita sea, madre, yo no soy un experto. Jugué con códigos simples como las que he descrito, cuando era niño, pero fue solo un juego.

—¿Así que no hay esperanza de descifrar el mensaje? —pregunté.

Ramsés se pasó los dedos por sus cabellos despeinados.

—Creo que, es solo una suposición... que los números se refieren a un libro o manuscrito. Los números se pueden dividir en grupos de tres, lo que indicaría la página del libro, la línea en la página, y la palabra o una letra en la línea. Probablemente la palabra. Vamos a suponer que el manuscrito que Sethos encontró fuera la copia maestra. Cuando otras copias fueron enviadas a los miembros de la organización, ya tenían el libro en su poder. Así serían capaces de leer este mensaje, y cualquier otra que pueda ser enviado. Pero nosotros no lo tenemos. ¿Cuántos millones de libros cree que hay en este ancho mundo?

—Seguramente hay algunas opciones obvias -dije—. Los libros que uno puede encontrar en la mayoría de los hogares.

—Oh, sí. La Biblia y el Corán me vienen a la mente. ¿Sabe cuántas ediciones diferentes de cada uno se imprimen? Y antes de que pueda preguntar —continuó, con creciente exasperación—, se me ocurrió que los números podrían ser referencias a versículos o suras o capítulos. ¿En qué idioma? ¿Árabe, hebreo, inglés? —Con una mirada malévola a Sethos, agregó—, debería haber examinado los estantes del caballero.

No había respuesta sensata a esta acusación injusta y Sethos no trató de responder. Con la frente fruncida estaba estudiando el tablero. Su reina parecía estar en peligro inminente.

—Es tarde —dijo Nefret—. Y Charla está asquerosa, ha estado rodando por el suelo con Amira. Vamos, David John. Puedes terminar tu partida mañana.

—He terminado —dijo David John, moviendo una pieza—. Jaque mate, señor.

Después de que los niños se retiraran, dije a Sethos.

—No deberías haberle dejado a ganar.

—No le he dejado ganar -dijo Sethos.

DEL MANUSCRITO H

No se puede decir que muchas de sus temporadas en Egipto hubieran carecido de distracción, pero para Ramsés esta fue una de las peores. No solo tenían un fugitivo escondido con ellos, sino que el descubrimiento de la tumba de Tutankhamon atraería a la mitad del mundo a la pequeña ciudad de Luxor. No se podía mantener el hallazgo en secreto. Se sabía, y había sido exagerado por los ciudadanos de Luxor casi desde el primer momento. A Arthur Merton, el corresponsal del *Times*, se le había permitido entrar en la tumba el 30 de noviembre, y había telegrafiado su despacho el mismo día. Los representantes de los periódicos de El Cairo habían empezado a llegar. Los hoteles estaban llenos y algunos de los dragomanes estaban cortejando a turistas contándoles el gran descubrimiento y ofreciéndose a mostrárselo. El 3 de diciembre, no había mucho que ver, ya que Carter había rellenado la tumba, pero eso no detuvo a los curiosos. La gran cantidad de extranjeros proporcionaba la tapadera perfecta a los asesinos. Si los adversarios de Sethos no habían empezado a sospechar de "Anthony Bissinghurst" para ahora, no eran los profesionales que Ramsés creía que eran.

Sus premoniciones resultaron ser correctas, pero no de la manera que se esperaba. Una noche, poco después de que la tumba hubiera sido rellenada, estaban sentados en la terraza después de la cena cuando oyeron ruido de cascos acercándose.

—Alguien tiene prisa —dijo Ramsés, yendo hacia la puerta—. Dios mío, es Bertie. ¿Qué pasa?

—¿Puede venir Nefret? ¿Ahora mismo?

—Por supuesto. —Nefret se levantó sin prisa, su voz adquirió una nota de calma profesional—. ¿Quién está enfermo, Bertie? ¿Tu madre?

—No, gracias a Dios. Eso es... —Se quitó el sombrero—. Lo siento. Me temo que perdí la cabeza. Supongo que no es una cuestión de vida o muerte, pero es un espectáculo horrible, cubierto de sangre y...

—¿Cyrus? —preguntó Emerson.

—Nadji. Se acercó a Luxor esta noche, y estábamos empezando a preocuparnos por él cuando entró tambaleándose, cubierto de sangre y...

—Voy a por mi maletín —dijo Nefret.

—Arrancaré el automóvil —exclamó Emerson.

—Tomaremos los caballos —dijo su esposa, poniendo el bordado de nuevo en su bolsa.

—Vamos, Peabody, el automóvil está en perfectas condiciones. Selim y yo salimos a dar una vuelta ayer.

—El aparato de dirección se soltó.

—Pero los frenos funcionaron —dijo Emerson triunfante—. Y Selim ha reparado...

—No, Emerson. No en la oscuridad por esa carretera.

Ramsés escapó. Cuando los otros llegaron a los establos ya había despertado a Jamad y ensillado a Risha y Moonlight para Nefret. Esta entró corriendo con el maletín en la mano, mientras, ante la insistencia de su madre, se estaban ensillando otras monturas, incluida la suya. Sabía que era una esperanza vana que ella se quedara atrás.

—Nos adelantaremos —anunció Nefret—. Con Bertie.

—¿No vienes? -preguntó Ramsés a Sethos.

Con las manos metidas en los bolsillos, miró sin entusiasmo la yegua que Jamad ensillaba, y luego se encogió de hombros.

—Supongo que debería.

Ramsés les dejó con ello y siguió a su esposa por la puerta abierta. Nefret estableció un ritmo rápido. El castillo brillaba a través de la oscuridad como un monumento público, y las puertas estaban abiertas. Desmontando apresuradamente, corrieron hacia la casa donde Cyrus estaba esperando.

—Siento haberos asustado -dijo—. Cat dice que no es tan malo como parecía, pero Bertie...

—No se disculpe, Cyrus —dijo Nefret—. ¿Dónde está?

Nadji había sido llevado a la cama en su habitación. Aunque Katherine le había lavado la cara y el pecho desnudo con una esponja, seguía siendo un espectáculo desagradable. Cuando vio Nefret sonrió disculpándose

—No debería haber molestado. La señora Vandergelt es una buena enfermera y no me duele mucho.

—Te ves como el infierno —dijo Ramsés, estudiando las contusiones, los cortes y la sangre en su pelo enmarañado—. ¿Qué pasó? ¿Debería hablar, Nefret?

Ella le había dado a las partes expuestas de su cuerpo una rápida

inspección. Ahora bajó la sábana que lo cubría hasta la cintura. Llevaba unos calzones sueltos, pero dejó escapar un grito de protesta.

—Me voy —dijo Katherine con mucho tacto—. No debe importarle la doctora Emerson, Nadji, ella está acostumbrada a... eh... esto...

Ramsés pensó que Cyrus, o uno de los criados debía haberle ayudado a desnudarse y cambiarse de ropa. Rojo de vergüenza, Nadji parecía aún más joven que su edad real, que era probablemente de unos veinte años, pero tragó saliva y trató de fingir que estaba acostumbrado a ser examinado por una mujer.

—*Aywa*. Sí. Por supuesto, lo entiendo.

Afortunadamente Nefret había terminado de revisar la parte inferior de su cuerpo antes de que el resto del grupo irrumpiera. Nefret levantó suavemente la sábana cuando Nadji se sobresaltó.

—Podría ser peor —informó, antes de que su suegra pudiera exigir detalles—. Tiene un golpe desagradable en la cabeza, pero no hay señales de conmoción cerebral. Parece como si alguien hubiera ido a por él con un garrote y otro con un cuchillo.

—¿Qué pasó? —preguntó Emerson, cerniéndose sobre la cama.

—Espere un momento, padre. —Nefret agitó unas gotas en un vaso de agua y lo acercó a los labios de Nadji—. Bebe esto, ayudará con el dolor mientras desinfecto esos cortes.

—Te ayudaré -dijo su suegra con entusiasmo.

—No es necesario, madre.

Nadji dejó escapar un suspiro de alivio y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Obviamente, la *Sitt Hakim* le aterrorizaba aún más que su formidable marido.

—Le contaré, Padre de las Maldiciones, lo poco que se. Había ido a una cafetería en Luxor, y cuando me dirigía hacia la puerta dos hombres me atacaron. No sé quiénes eran, sus rostros estaban cubiertos, pero los tomé de ladrones comunes. Al principio me resistí, pero estaba perdiendo, y nadie respondió a mis llamadas de ayuda, por lo que entonces pensé, si es mi dinero lo que quieren, que se lo lleven. Caí al suelo. Siguieron dándome patadas y tirando de mis ropas, tuve visiones del Paraíso y creía que iba a morir. Entonces... —Frunció el ceño—. Entonces me pareció oír una voz lejana decir: “Tontos. Un hombre puede aumentar su altura, pero no

disminuirla". Debió haber sido un sueño, porque las palabras no tenían sentido".

Para él no, tal vez. Ramsés miró a su tío, de pie en silencio en un rincón.

—¿Qué pasó entonces? —Preguntó Emerson.

—Me desmayé —dijo Nadji simplemente—. Cuando me desperté no había nadie. Así que vine aquí. Lo siento, señor Vandergelt, se me hizo tarde.

Cyrus le dio una palmada en el hombro.

—No es culpa tuya, hijo. ¿Cómo te sientes?

—Somnoliento. —Se estremeció un poco cuando Nefret mojó con antiséptico la herida de la cabeza.

—Lo peor ha pasado -dijo ella—. Deberías haber estado usando el turbante.

—Me lo quitaron. —Nadji dejó escapar una risita débil—. Me tiraron del pelo también. Dolió.

Ramsés pensó que había hablado más esa noche que durante todo el tiempo desde que le conocían. Habló con sensatez... incluso con soltura. Como si hubiera pensado su historia de antemano.

—Ahora duerme. —Nefret subió la sábana hasta la barbilla del paciente—. Dejaré más cantidad de medicamento. Lo necesitarás mañana por la mañana, ya que estarás rígido y dolorido.

—¿Cómo está? ¿Qué le ha pasado? —Suzanne estaba esperando en la puerta. Se había mantenido apartada hasta entonces, y Ramsés no podía dejar de pensar que su pregunta sonaba un tanto superficial. La tranquilizaron diciendo que el ataque había sido un intento de robo ordinario, y que Nadji no había resultado malherido.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —La pregunta iba dirigida a Cyrus, y acompañada por una de sus sonrisas más dulces.

Imaginando la cara de Nadji si la chica se sentaba junto a su cama, Ramsés le aseguró que su ayuda no era necesaria.

Rechazaron la invitación de Cyrus de quedarse a tomar una copa. Estaba ansioso por discutir las revelaciones de la noche, pero no se podía hacer en presencia de Katherine y Suzanne. Ramsés sabía que tendrían que contárselo a Cyrus pronto. Su madre le había dicho lo que Cyrus había dicho sobre Sethos:

—Cada vez que ese hombre aparece significa problemas.

Ramsés no podría haber estado más de acuerdo. Habían conseguido desalentar a su viejo amigo hasta cierto punto, pero Cyrus era demasiado astuto como para pasar por alto esa reveladora declaración que Nadji había oído de sus atacantes. Solo podía significar que habían confundido al joven con otra persona. Y, dado su pasado con altibajos, Sethos era el sospechoso lógico.

Mantuvieron los caballos al paso para poder hablar. Sethos se acercó a su hermano.

—Felicitaciones —dijo Emerson, que había observado la maniobra—. Una vez más un inocente consiguió la paliza destinada a ti.

Sethos no se molestó en negarlo.

—Están cada vez más cerca. ¿Por qué se metieron con él?

—Porque ni siquiera tú podrías disfrazarte como una pequeña francesa —dijo Nefret.

—Entonces, eso solo deja a Anthony Bissinghurst, ¿no?

—No necesariamente —dijo Ramsés a regañadientes. A él no le importa en absoluto ver a su tío en un estado de nervios—. ¿Me pregunto si los ataques contra turistas masculinos han aumentado recientemente?

—No me sorprendería en absoluto si lo hubieran hecho -respondió Sethos animándose—. Podría ser cualquiera, incluso un turista.

—Hasta que Margaret aparezca —dijo Ramsés—. No puedo imaginar que la está entreteniendo.

—Tal vez no estaba en Inglaterra cuando comenzaron los rumores sobre la tumba —dijo Nefret.

—Seguro que para ahora ya lo ha oído —dijo Emerson—. El artículo de Merton salió en el *Times* el treinta. Si partió de inmediato podría estar aquí en cualquier momento.

—Hmmm —dijo su esposa.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Emerson.

—Significa que nos encargaremos de Margaret cuando llegue el momento. Suficiente maldad para un día.

El día no había terminado. Daoud y Selim estaban esperando en el porche. El rostro del primero era grave.

—¿Y ahora qué? -preguntó Emerson. Se necesitaba bastante para borrar la sonrisa de la cara de Daoud.

—Malas noticias, Padre de las Maldiciones.

—Sabemos del ataque a Nadji. Acabamos de venir de allí —dijo Ramsés—. No está malherido.

Daoud negó con la cabeza.

—No es eso, Ramsés. Es peor, mucho peor.

—Tú lo haces peor —dijo Selim—. Fue un accidente, sin sentido...

—Por el amor de Dios —gritó Emerson—. ¿Qué ha pasado?

—El pájaro dorado —entonó Daoud—. Ha sido devorado por una cobra, el defensor del faraón. Significa la muerte a los que invaden su tumba.

Capítulo 5

Del Manuscrito H (Continuación)

Lord Carnavon y su hija partieron hacia El Cairo e Inglaterra el cuatro de diciembre. Coincidió que Ramsés estaba ese día en Luxor, ocupándose de asuntos personales, así que tuvo el privilegio de contemplar su procesión a través de la ciudad, con toda la pompa de una marcha real, rodeada de admiradores y seguida por la prensa. Carnavon pasó ante él sin dedicarle una mirada. Puede que no me haya visto, pensó Ramsés caritativamente. Carter sí le vio. Levantó una mano, a modo de desanimado saludo, para luego continuar su camino a toda prisa.

Carter siguió a su patrón a El Cairo dos días después. Según Daoud, estaba apenado por la pérdida de su pájaro, pero se negaba a comprender las funestas implicaciones, que resultaban evidentes para cualquier individuo sensato.

—Bah -dijo Emerson—. No era más que un pájaro y las cobras no son tan poco corrientes.

—Pero la profecía del pájaro dorado era cierta -replicó Daoud—. Se halló la tumba dorada. ¿Y no es cierto que la cobra es el símbolo del faraón?

—Ahí le ha atrapado, padre -dijo Ramsés.

—Así que tendría que dar gracias a Dios por no haber sido usted el que encontró la tumba -dijo Daoud fervorosamente.

Les ofreció un saludo ceremonial y partió con mucha prisa. Era casi la hora de los rezos vespertinos. A Ramsés no le cabía ninguna duda de que la familia Emerson al completo sería mencionada en esos rezos.

—Mejor no le contamos que hemos estado dentro del maldito... disculpad... sitio -dijo.

—No solo en la tumba, sino en la mismísima cámara mortuoria -

enfatizó su madre—. No subestimes a Daoud. Apostaría a que lo sabe. Solo espera que no estuviéramos allí el tiempo suficiente como para provocar la ira real.

—Si lo sabe, ¿por qué no lo ha dicho? -preguntó Nefret—. No es propio de Daoud guardar secretos.

—No le subestiméis -dijo su suegra de nuevo—. Daoud es muy capaz de guardar un secreto cuando se le convence de que es necesario.

Esa tarde recibieron la visita de Herbert Winlock y George Barton. Sus amigos siempre eran bienvenidos a tomar el té, pero había pasado un cierto tiempo sin que ningún miembro del personal del Museo Metropolitano se dejara caer por allí. Winlock era miembro de lo que Emerson llamaba "la joven generación de egiptólogos", tenía aproximadamente la misma edad de Ramsés, aunque sus crecientes entradas le hacían parecer mayor. Era un excavador brillante y un anfitrión genial cuando los americanos daban fiestas en su cuartel general de Luxor. Les saludó con naturalidad, pero Ramsés pensó que Barton tenía cierto aspecto de sentirse incómodo. Era un hombre torpe y exuberante, que había desarrollado lo que la madre de Ramsés llamaba un "enamoramiento" por Nefret, y tenía tendencia a quedarse mirándola fijamente con admiración.

Una vez su madre hubo servido el té, Winlock les preguntó por su trabajo en el Valle Occidental y luego fue al grano.

—Entiendo que se han enfadado con Carter y Carnavon.

—¿Dónde ha oído eso? -preguntó Emerson

—A Carnavon.

—¿Le dijo que estaba en el Valle esa noche?

—Niega haber estado allí. Dice que ustedes inventaron esa historia con el objeto de ocultar su propia entrada ilegal en la tumba y el robo de varios objetos valiosos.

—"*Qui s'excuse, s'accuse*" -murmuró Ramsés.

Su madre, rígida a causa de la indignación dijo:

—O más bien, quien acusa a otro lo que busca es excusarse a sí mismo. ¡Qué vergüenza!

Barton, avergonzado, dijo:

—No lo creemos, señora. Quiero decir, se sabe que ustedes estuvieron en el Valle esa noche. Los gurnawis han estado

burlándose de los hermanos ibn Simsah por dejarse pillar por el profesor y Farhat está escondido. Pero todos sabemos que ustedes jamás hubieran hecho nada incorrecto. Quiero decir, demonios, puede que hayan evitado que asaltaran la tumba. Creo que es malditamente... eh... condenadamente ingrato por parte de su excelencia no darles las gracias.

—Tome otra taza de té -dijo la madre de Ramsés con una sonrisa amistosa—. Y una galleta o dos, antes de que lleguen los niños y acaben con ellas.

Barton se sirvió.

—¿*Estaban* allí? -preguntó.

—A diferencia de su excelencia, nosotros no acusamos a los demás -dijo Emerson con altanería—. No diré nada más.

—Admirable -dijo Winlock—. George tiene razón, profesor. Nadie creería jamás que ustedes pudieran comportarse indebidamente. Pero... bueno... amigos, seguro que entienden la posición en que nos encontramos.

Emerson sacó la pipa.

—¿De manera que es cierto que Carter les ha pedido que se unan a su excavación?

—Extraoficialmente. Creo que ha enviado un telegrama a Lythgoe en Nueva York para solicitar un permiso oficial. De modo que ya ven que no nos podemos permitir que Carnavon piense que hemos tomado partido por ustedes. Pero -dijo Winlock con énfasis —, nadie, ni siquiera el presidente de los Estados Unidos de América, me va a decir cómo elegir a mis amigos.

Emerson pareció emocionarse con la declaración, pero cuando los visitantes se marcharon, matizó:

—Todo eso de la amistad está muy bien, pero Winlock no permitirá que interfiera con el negocio. Tengo que tener una charla con Daoud -declaró—. Hoy es el tercer día seguido que llega tarde.

Habíamos finalizado la excavación de la tumba de Ay y trasladado a la mayoría del personal a las tumbas inacabadas, las números 24 y 25. Solo se habían quedado atrás Suzanne, que había comenzado a copiar las pinturas de la cámara mortuoria, y Bertie, que estaba confeccionando su plano final. El arreglo agradaba a Jumana, ya que en la escala se consideraba de menos importancia a una artista que a un excavador.

—Daoud no es ningún gandul -dije—. Y se le permite tomarse un tiempo libre cuando lo necesita.

—Pero no contesta a nuestras preguntas -se quejó Emerson—. No es propio de Daoud. Diablos, está al borde de la insubordinación.

—Quizás esté tomando medidas para contrarrestar la maldición del pájaro dorado -sugirió Nefret.

—¿Qué medidas?

Nefret soltó una risita.

—Rezar.

—Reza demasiado, maldición -refunfuñó Emerson.

Suzanne emergió de la entrada de la tumba, con el cuaderno de bocetos en la mano. Sus rizos rubios le caían flojos en la cara y tenía la pulcra blusa empapada en sudor. Aceptó el vaso de té que Nefret le ofreció con un murmullo de agradecimiento.

—No deberías permanecer dentro tanto tiempo -dijo la última con una mirada de preocupación—. No estás acostumbrada al calor.

—No me importa -dijo Suzanne valientemente—. El problema es que me gotea el sudor sobre el papel. Se me corre la pintura constantemente.

Contempló su cuaderno de bocetos con aspecto desconsolado. Ciertamente, el dibujo tenía un aspecto borroso.

—Haz que uno de los hombres se quede allí para secarte la frente -sugerí.

A Suzanne la imagen pareció resultarle divertida.

—Me sentiría como una tonta. Simplemente seguiré intentándolo.

—Ven a verme si no te sientes bien -dijo Nefret—. Te recetaré un día de descanso.

—Qué amable. Puede que cuando el señor Carter regrese me permita observar como reabre la tumba. Lo que he visto hasta ahora no ha sido nada excitante.

—Ninguno de nosotros vamos a ir allí.

—Tú puedes hacer lo que quieras, Emerson, pero no puedes controlar como los demás disfrutan de sus horas libres -dije.

—¿He oído que decían algo sobre la maldición? -preguntó Suzanne, adelantándose a lo que sin duda hubiera sido una airada respuesta de Emerson—. Todos los hombres están hablando sobre

ello.

—No hay tal maldición -dijo Emerson, como Jehová dictando un mandamiento.

—*Mais non, certainement*. Pero es una buena historia -se estremeció fingiendo alarmarse y luego se rió.

—¿Qué es tan divertido? -preguntó Cyrus, uniéndose al grupo—. Me vendrían bien unas risas.

—Solo hablábamos de la maldición -explicó Suzanne—. La maldición del pájaro dorado -prorrumpió de nuevo en carcajadas.

Cyrus sonrió comprensivo, pero sacudió la cabeza.

—Hay quien se lo va a tomar en serio, querida.

—Creo que el profesor lo hace. Dice que no podemos acercarnos a la tumba -le lanzó una mirada de reojo a Emerson, abriendo los ojos incluso más.

Emerson la miró con la misma expresión que ponía el Gran Gato de Ra cuando Amira intentaba acercarse a jugar.

Daoud se presentó a desayunar a la mañana siguiente. Lo hacía con frecuencia, ya que le gustaba la cocina de Maaman, pero supe inmediatamente que tenía una razón más importante para estar allí. Para empezar, tenía algo verde en la mejilla. Reconocí el famoso ungüento de Kadija, que solía aplicar en las heridas.

—¿Has tenido problemas? -pregunté.

—Solo por la señora -dijo Daoud con expresión honesta—. Pero no tema, *Sitt Hakim*. La tengo a salvo.

Margaret estaba a salvo pero, a juzgar por los arañazos que tenía Daoud en la cara, no de un humor agradable. El estado de humor de Emerson no era mucho mejor. Dio un puñetazo en la mesa, con tanta fuerza que la vajilla tintineó y gritó:

—¡Así que eso es en lo que has estado metido! ¿Cómo te atreves a sobornar a mis empleados y conspirar contra mí, Peabody?

—Alguien tenía que hacerlo - repliqué, previendo una entretenida discusión—. A ninguno del resto de vosotros parecía importarle un pimiento la seguridad de Margaret.

Sethos inclinó la cabeza para evitar mi mirada acusadora. Emerson tenía un aspecto casi igual de culpable. Los ojos de Nefret se abrieron de par en par cuando comenzó a comprender.

—¿Margaret está aquí? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué está pasando?

—Es muy simple, querida -repliqué—. Sabía que Margaret

vendría tan pronto como oyera lo de la tumba y también que pasaría por El Cairo sin detenerse. No había muchas posibilidades de interceptarla, ni para nosotros ni para nadie, mientras estuviera allí. Supuse que si nuestros adversarios tuvieran una inteligencia cercana a la mía, estarían vigilando su llegada a Luxor. Igual que Daoud. Siguiendo mis instrucciones -añadí, con una provocativa mirada a Emerson.

Él estaba haciendo ruidos burbujeantes, como una tetera hirviendo.

—¿Por qué no me lo dijiste? -escupió.

—Cuando uno desea mantener un secreto, se lo confía a la menor cantidad de personas posible, Emerson.

—Humm -dijo Emerson—. Oh. Bien.

Invité a Daoud a tomar asiento y contárnoslo todo. Aceptó de buena gana un plato de huevos y tostadas que le ofreció Fátima.

—La conocí de inmediato, Sitt Hakim. Y ella a mí y se alegró de verme. Pero entonces dijo que se iba al hotel y cuando le dije que no, que debía venir conmigo y ponerse el *habara* que usted me dijo que le llevara, ella dijo que no, que iría a verla más tarde cuando se registrara en el hotel. Le dije que no había habitaciones y ella dijo que buscaría una y que qué... una palabrota, *Sitt*, creía que estaba haciendo. Y cuando la sujeté, muy delicadamente, *Sitt*, ella... —se llevó la mano a la mejilla.

—Eso es repugnante, Daoud -exclamó Nefret—. ¿Qué hiciste, atarla y amordazarla, envolverla en una sábana y sacarla de allí?

—La *Sitt Hakim* dijo que no podía ser vista por nadie que pudiera reconocerla.

Daoud tenía los ojos llenos de lágrimas, como las de un niño que hubiera recibido una regañina. No estaba habituado a oír palabras duras de Nefret.

—No le riñas, Nefret, hizo exactamente lo que yo le dije -dije—. Me temía que no se tomaría bien lo de recibir órdenes.

—Nunca lo hace -dijo Sethos—. Gracias, Daoud. Hiciste bien.

—Solo podemos esperar que sí -dijo Ramses con gravedad—. ¿Cuánta gente te vio acarreando una mujer envuelta en ropas, Daoud?

—Mucha. Cuando me preguntaban les decía lo que me dijo que dijera *Sitt Hakim*. Que era una joven prima que había huido de su

padre para embarcarse en un matrimonio estúpido.

—No está mal -admitió Sethos—. ¿Dónde está?

Daoud la había llevado a su casa y la había dejado en los gentiles pero poderosos brazos de Kadija. De manera que no había prisa. Terminé de desayunar antes de cambiarme por la ropa de trabajo.

Todos querían venir conmigo (aunque el ofrecimiento de Sethos fue algo indiferente), pero no me llevó mucho tiempo convencerles de que aparecer en grupo solo atraería una atención indeseada. Ramses se retiró a su sala de trabajo, Daoud se marchó con los demás al Valle Occidental y yo me marché sola a Gurneh, dejando a Sethos tomándose un café indiferentemente.

Kadija me estaba esperando.

—Siento causaros este problema -comencé.

Con los brazos cruzados, ella encogió sus anchos hombros.

—No es ningún problema, *Sitt Hakim*. Aunque sí que lo ha supuesto para Daoud -añadió, con una de sus escasas sonrisas.

Kadija sentía admiración por las mujeres fuertes. Había encerrado a Margaret en una de las habitaciones de invitados. No tenía más que una pequeña ventana en lo alto de la pared, pero estaba lo suficientemente bien, con una agradable camita, una palangana de agua para lavarse y botellas de agua y limonada. Yo había proporcionado varios elementos para que la prisionera se encontrara más cómoda, incluyendo una lámpara de lectura y varias de las novelas más recientes. Cuando entré, Margaret estaba sentada sobre un montón de cojines. Levantó la mirada y se puso de pie.

Mucha gente, incluyendo mi marido, opinaba que Margaret y yo nos parecíamos. Yo no era capaz de verlo, aunque su cabello, como el mío, era grueso y negro. Era unos cuantos centímetros más alta que mi escaso metro cincuenta y poco y su figura no era tan voluptuosa, particularmente en la zona del pecho. Tenía unas facciones fuertes, con cejas oscuras y una barbilla prominente. Justo en ese momento esta sobresalía más de lo habitual.

—¿Desea una silla como es debido? -pregunté, observando que tenía algunas dificultades para ponerse en pie.

—Deseo una explicación -se sentó en la cama y entrelazó las manos.

—Se lo está tomando bien -dije—. Daoud dijo que dejó de resistirse en cuanto se la cargó al hombro.

—Acepté la futilidad de resistirme con un hombre del tamaño de Daoud.

—Y sabía que estaba actuando siguiendo mis instrucciones.

—Lo supuse. Pero no puede mantenerme prisionera, señora Emerson -sus ojos oscuros ardían—. Me escaparé de una u otra forma.

Así que ya no era Amelia para ella. No podía culparla.

—Cuando se lo explique, comprenderá porqué he tenido que actuar como lo he hecho. ¿Es usted consciente de que su marido se encuentra en peligro de muerte?

—Eso no es ninguna novedad.

—¿No le importa?

Los ojos ya no le brillaban. Lanzaban chispas.

—Antes de casarnos me prometió que abandonaría su carrera, si se le puede llamar así. Mintió. Fue su elección. No puedo pasarme el resto de mi vida sufriendo una agonía por un hombre al que le importo tan poco que...

Se le quebró la voz y se mordió los labios. De manera que aun le importaba. Yo no tenía la seguridad de que fuera así. Su relación había sido tormentosa. Sin embargo, una relación duradera no se basa únicamente en la pasión, sino también en la estima mutua. Había que admitir que Sethos no había demostrado mucha por ella. Pero no era el momento de solucionar sus problemas maritales. Ya me ocuparía de eso más tarde. Sin perder más tiempo, le conté la presente situación de Sethos. No me guardé nada, por si se le ocurría alguna idea de utilidad.

—No se puede descartar que haya peligro para usted -concluí—. Las personas que van tras él podrían conocer su verdadera identidad, en cuyo caso sabrán que es usted su esposa.

Una característica de Margaret que creo compartir es su rapidez para comprender las implicaciones de las cosas. Comprendió al instante que mi preocupación por ella había motivado mi actuación y su expresión se suavizó ligeramente.

—Es un problema interesante -concedió—. El ataque a ese desafortunado joven... ¿Nadji?... y los comentarios que escuchó definitivamente sugieren que le confundieron con mi marido. Sin

embargo sus oponentes no pueden ser muy listos, ya que no tienen características físicas similares. ¿Querrá decir que no tenían una descripción detallada?

—Eso se me ocurrió a mí, por supuesto. No parece muy probable que no sepan que aspecto tiene, pero le confieso que no me explico el ataque a Nadji.

Margaret se encogió de hombros.

—Desearía poder ayudar, pero no sé nada acerca de sus actividades más recientes. ¿Debo quedarme aquí hasta que el asunto se resuelva... en uno u otro sentido?

No estaba del todo segura de a qué se refería con eso y preferí no preguntar.

—Oh, ya lo resolveremos. Evidentemente no se puede quedar aquí indefinidamente. Pensaré en algo.

—Tendré que aceptarlo, supongo. Entretanto...

—Una silla -prometí, feliz de encontrarla tan razonable—. Cualquier otra cosa que desee.

—Todo lo que sepa sobre la tumba de Tutankhamon.

—¿Disculpe? -jadeé.

—Ese sinvergüenza de O'Connell ya está aquí -dijo Margaret, sacando un lápiz y un cuaderno del bolsillo de su abrigo. Había vuelto la pasión, estaba a punto de salir ardiendo—. Mientras me quedo encerrada en esta... esta celda. Lo mínimo que puede hacer por mi es darme una historia.

Lo mínimo que había hecho por ella había sido, probablemente, salvar su vida. Quizás para una verdadera periodista, eso significaba menos que una exclusiva. Hacía años que ella y Kevin eran rivales y, como mujer, había tenido que trabajar muy duro para labrarse un nombre. Un compromiso a medias conseguiría callarla y darle algo que hacer, pero traté de ganar tiempo.

—Si ha leído la prensa probablemente ya sabe más que yo. No se nos ha invitado a visitar la tumba.

—¿Por qué no? -la pregunta llegó rápida como un disparo.

—No quisiera especular.

—Pero yo sí -las líneas de su boca se abrieron en una sonrisa—. ¿Celos profesionales? ¿Algún desacuerdo personal? ¿Acaso Lady Evelyn hizo ojitos a Ramses y Nefret le dio un bofetón?

—En serio, Margaret, su imaginación está descontrolada -le

entregué el libro que traía conmigo—. Aquí está el segundo volumen de la *Historia de Egipto* de Emerson. ¿Por qué no escribe una bonita biografía de Tutankhamon y su aun más famoso suegro Akhenaton?

—Eso haré para empezar -cogió el libro—. Pero espero informes diarios, Amelia, sobre lo que está ocurriendo en el Valle. Y envíe a Nefret a visitarme. Creo que Kadija y ella son buenas amigas, así que una visita suya no provocará comentarios.

Me marché sintiéndome como si me hubiera escapado con relativa facilidad. "Aguda" era la palabra adecuada para describir a Margaret. Una de las palabras.

No había pedido ver a Sethos.

Yo tampoco quería verle, así que en lugar de volver a la casa me fui directamente al Valle Occidental. Emerson había estado buscándome, se apresuró a venir a mi encuentro, con Nefret pisándole los talones.

—¿Y bien? -demandó.

—¿Como está? -preguntó Nefret preocupada.

—Presumo que me estáis preguntando sobre su estado mental, dado que difícilmente creeríais que Daoud o Kadija le fueran a causar daño físico alguno -permití que Emerson me ayudara a descender de la montura. Me dejó en el suelo con un golpe sordo.

—Sin evasivas, Peabody.

—Le expliqué la situación y ha accedido a permanecer donde está por el momento -saqué el pañuelo y me lo pasé por mi frente y mejillas húmedas antes de añadir—. Siempre y cuando la mantenga informada acerca de lo que está ocurriendo con la tumba.

Emerson lo consideró, con los brazos en jarras y la cabeza ladeada. El sol sacaba reflejos en sus rizos negros ya que, por supuesto, iba sin sombrero. Finalmente dijo:

—Debo felicitarte, Peabody, por ser incluso más tortuosa de lo habitual en ti. Has encontrado la única excusa que admitiría para unirme a ese grupo del Valle Oriental.

—Te aseguro, Emerson, que esa idea no había pasado por mi mente hasta que Margaret...

—Bah-dijo Emerson en voz alta.

—También solicitó que Nefret la visitara.

—¿Solicitó?

—Quizás fue más bien una exigencia -admití.

—Hace tiempo que no voy a ver a Kadija -dijo Nefret—. Por supuesto que iré. Margaret debe de estar terriblemente preocupada por él.

—Aparentemente parece estar más enfadada que preocupada -dije—. Sin embargo, el enfado es un signo de profunda preocupación, de acuerdo con...

—Espera que tú seas más indiscreta que Peabody -dijo Emerson en voz alta. Temía que yo estuviera a punto de pronunciar la palabra prohibida: psicología—. Tendrás que vigilar lo que dices, Nefret.

Nefret pareció alarmada.

—¿Qué es lo que no debería decir?

—Mmmm -dije—, más vale que hablemos sobre eso antes de que vayas.

Dado que me esfuerzo en decir la verdad siempre que sea posible, admitiré ante el lector que la petición/exigencia de Margaret fue como la respuesta a una oración. No me gusta que me mantengan al margen de las cosas. Ya nos habían excluido de actividades arqueológicas interesantes antes (y, debo añadir, por la misma razón), pero este descubrimiento era tan extraordinario que resultaba doloroso que nos trataran como intrusos en lugar de cómo los expertos que éramos. En mi opinión, Lord Carnarvon estaba siendo muy mezquino al reaccionar de una manera tan vengativa a unos cuantos insultos. Al igual que Emerson, yo no tenía intención de andar solicitándole favores humildemente, pero tenía puestas mis esperanzas en Howard... y había otros que nos debían consideración.

Sin embargo, decidí posponer mi visita hasta el día siguiente. Tenía unos cuantos problemas más que arreglar. Entre ellos estaba qué contarle a Cyrus. Este estaba dándome la lata (en sus propias palabras, que resultaban ser muy expresivas) acerca de Sethos. Hasta el momento me las había arreglado para mantenerle a distancia, pero le debía a mi viejo amigo por lo menos parte de la verdad, sobre todo teniendo en cuenta el hecho de que afectaba a un miembro de su personal. También tenía que encargarme de Sethos y Margaret. A ella le había dicho que me encargaría de resolver el asunto, pero en ese preciso momento no tenía la más

remota idea de qué hacer con él. La vida se estaba volviendo complicada. Me retiré a un rincón tranquilo y elaboré una de mis pequeñas listas.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés había hecho creer a los otros que había abandonado su intento de descifrar el mensaje, pero no había sido capaz de resistirse a juguetear con él. Los grupos de números eran susceptibles de diversas variaciones y las había probado todas sin éxito.

¿Qué tipo de peligroso secreto contendría esa cosa maldita? ¿Una amenaza de ataque, una alianza secreta, planes de guerra? Revelarlo podía suponer una amenaza para esos planes, lo que implicaba que eran de una importancia vital. Sin embargo, estaba perfectamente familiarizado con la peculiar forma de pensar de los servicios de inteligencia y sabía de hombres que habían masacrado a sus compañeros y compañeras, por razones que no tenían sentido para una mente normal.

Asqueado, apartó un Antiguo Testamento Hebreo para ponerse de nuevo a trabajar en sus traducciones hieráticas y consiguió concentrarse en ello durante unas pocas horas; hasta que se dio cuenta de que estaba aguzando el oído para escuchar los sonidos que hacía madre, a su vuelta de Gurneh. Se echó hacia atrás en la silla y se pasó la mano por el pelo. Se había extralimitado. Raptar a Margaret Minton había sido verdaderamente inaceptable. En su momento, los motivos que esgrimió para hacerlo parecieron tener sentido: esos ojos de color gris metálico y la barbilla prominente tenían la capacidad de hipnotizar a sus oyentes, pero cuanto más pensaba en ello, más se inclinaba a pensar que su madre había caído en su tendencia al melodrama.

Iba a tener que mantener una charla con ella. ¿Qué le estaría llevando tanto tiempo? Quizá se había marchado al Valle Occidental, dejando a Sethos -y a él mismo— sudando la gota gorda.

Una charlita con Sethos no era una mala idea. Tiró la pluma sobre la mesa y fue en busca de su tío. Tras mirar en el jardín, donde los niños estaban jugando, y en el porche, encontró a Sethos en el patio de detrás del edificio. Las mujeres de la casa estaban dedicadas a sus quehaceres: preparar comida, lavar ropa; y Sethos

estaba sentado en un tranquilo rincón donde el hibisco de su madre alardeaba de sus flores carmesí junto a un banco tallado. Tenía las manos entrelazadas y la cabeza gacha, como si meditara profundamente. Levantó la vista sobresaltado.

—¿Es la hora del almuerzo?

—No -En el banco había sitio, pero a Ramses no le apetecía dar impresión de cordialidad. Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas con la facilidad de un hábito prolongado—. Disculpa que interrumpa tu siesta.

—No estaba dormido -bostezó Sethos, desmintiendo su propia afirmación.

Está intentando enojarme, pensó Ramsés. Y lo está consiguiendo.

—¿Qué vas a hacer? -preguntó.

—¿Sobre qué? Ah... ¿Margaret? Tu madre la tiene controlada -otro bostezo con la boca abierta de par en par.

—Sobre la situación en general -dijo Ramsés, tratando de conservar la calma—. No podemos continuar así indefinidamente.

—Seguro que tarde o temprano ocurre algo -y añadió pensativo —. Tengo un plan.

—Supongo que no lo querrás compartir conmigo.

Sethos se rascó la barbilla. No se había afeitado esa mañana y cuando Ramsés se fijo más atentamente, observó signos de tensión: ojos hundidos, nuevas líneas en su rostro. Entonces apareció su vieja sonrisa burlona.

—Todavía no es un plan propiamente dicho. Mantente fuera de esto, Ramsés.

—Ya estoy metido en ello, gracias a ti. Igual que el resto de nosotros.

—Cometí un error -admitió Sethos—. No debería haber venido aquí. Pero de qué sirve llorar sobre la leche derramada —Eso era innegablemente cierto aunque, en opinión de Ramsés, inadecuado. Sin embargo, sabía que era lo más parecido a una disculpa que iba a obtener. Sethos continuó alegremente—. Te contaré parte de mi plan: Saldré de mi escondite y me haré visible.

—¿Para atraer la atención sobre ti y alejarla de nosotros? -Ramsés alzó las cejas con escepticismo—. Qué noble.

—Ni mucho menos. Ya es hora de que me interese por esa tumba.

Ramsés informó convenientemente de ello a su madre cuando esta volvió del Valle. Su única respuesta fue un breve “Lo discutiremos más tarde”

Estaba llena de polvo y sofocada y Ramsés sabía que estaba ansiosa por llegar a su confortable “bonita bañera de latón”, pero la retuvo.

—Madre, ¿se le ha ocurrido que lo único que tenemos acerca de que Sethos está en peligro es su propia palabra? Incluso los ataques, tanto contra padre como contra mí o contra Nadji, llevan su sello: melodramáticos pero no letales. Quizá diseñados para confirmar su historia de encontrarse en peligro inminente. La única fatalidad ha sido la muerte del viejo santón y eso puede no haber sido intencionado. Cada incidente podría haber sido orquestado por él y el tal códice podría ser falso.

Ella se quitó el sombrero y se retiró el pelo empapado de la cara.

—¿Por qué organizaría un plan tan elaborado?

—Va tras la tumba de Carter.

—Naturalmente esa posibilidad se me había ocurrido.

Ramses se contuvo para no soltar un juramento. Observando su expresión, ella sonrió.

—Querido niño, admito que tengo tendencia a apuntarme los tantos por la clarividencia de los hechos. Sin embargo en este caso no estoy exagerando. La conjunción de un hallazgo importante y la visita inesperada de un antiguo ladrón de antigüedades solo podía levantar sospechas. Aunque ciertos hechos hacen dudar de esa teoría. Para empezar la cronología. El primer ataque, contra tu padre y tú, ocurrió mucho antes del descubrimiento de Howard.

—Sethos tiene sus fuentes -argumentó Ramsés—. Padre sospechaba que la tumba estaba ahí y Sethos también podría haberlo hecho.

—El brote de malaria no pudo estar planeado.

—Fue fortuito, pero si no hubiera ocurrido, hubiera encontrado otra excusa para venir.

—Tus argumentos son sólidos -le palmeó en el brazo—. Ahora, si me disculpas, debo ir a asearme. Cyrus viene a tomar el té.

—¿Va a meterle en esto?

—Ya era hora de que lo hiciera, ¿no crees?

Cuando su padre y Cyrus llegaron, Suzanne venía con ellos.

Ramses tuvo la clara impresión de que su madre no había incluido a la chica en la invitación, pero saludó a la inesperada e indeseada huésped con amable cortesía y sugirió que Suzanne podría querer "asearse" antes del té.

—A mí también me vendría bien asearme -dijo Nefret con una sonrisa triste—. Ven conmigo, Suzanne. Creo que aun no has visto nuestra casa.

—Trae a los niños contigo cuando vuelvas -ordenó Emerson. Se acomodó en una silla acolchada y estiró las piernas—. Deja el té, Peabody. Quiero un whisky con soda.

Ella alzó las cejas, pero se acercó a la puerta y llamó a Fátima. El ama de llaves apareció con la bandeja tan rápidamente que Ramses supo que había estado cotilleando. Lo hacía frecuentemente cuando Sethos se encontraba entre los presentes.

Este, sentado modestamente a cierta distancia del resto, era la imagen perfecta del humilde subordinado, con una sonrisa conciliadora en los labios y la mirada fija en Emerson como si estuviera esperando sus órdenes.

—A mí también me vendría bien un poco -declaró Cyrus—. Olvida la soda. Y ahora cuéntame, Amelia. Te has librado de Suzanne muy limpiamente, prácticamente se ha invitado ella misma. Comienza a hablar antes de que vuelva.

Ella sacó una de sus pequeñas listas del bolsillo de la falda.

—Como empezaría... —musitó, examinándola detenidamente.

—Quizás debieras dejarme empezar a mí -dijo Sethos. Había abandonado su pose servil—. Cyrus sabe lo que hago. No le sorprenderá oír que me tropecé con un problema durante mi última misión. Yo... eh... tomé prestado cierto documento que parece ser del interés de algunas personas. Me persiguen desde entonces.

Cyrus asintió. Sus pálidos ojos azules estaban fijos en Sethos y su expresión no era amistosa.

—Confundieron al pobre Nadji contigo. Ya me imaginaba. ¿Qué hay en el maldito documento?

—Ese es el problema -dijo Sethos—. Está en código. No pude leerlo.

—Así que viniste aquí, con un puñado de matones persiguiéndote -Cyrus cogió el vaso que Emerson le tendía—. Una jugada muy baja para hacérsela a unos amigos.

—Estaba enfermo de malaria -dijo Ramsés, preguntándose por qué demonios estaba defendiendo a su tío—. Y ellos, quienes quieran que sean, hubieran venido aquí a buscarle en cualquier caso.

Su madre estaba esperando su oportunidad.

—Ramsés tiene razón, Cyrus. Esta gente conoce la verdadera identidad de Sethos y eso significa que saben quiénes son sus amigos. Y -añadió pomposamente—, quien es su esposa.

—Cielo Santo -exclamó Cyrus—. Sería la rehén perfecta, ¿no? ¿Dónde se encuentra la dama?

Como atraídos por un imán, todos los ojos se volvieron hacia la madre de Ramsés. Ella carraspeó.

—En un lugar seguro, Cyrus. La he visto esta mañana...

—¿Está aquí? -Cyrus estaba acostumbrado a las costumbres poco ortodoxas de los Emerson, pero eso último le cogió obviamente desprevenido—. ¿Dónde? ¿Cómo? Cuando ha...

—Por favor, Cyrus, permíteme continuar. Algunos de los otros tampoco han oído aun de mi entrevista con Margaret, así que si me permites...

Emerson dejó escapar un gemido de dolor y vació el vaso.

—Esto podría llevar un rato, Cyrus. Ya conoces el estilo narrativo de Peabody. Tómate otro whisky.

—Permíteme -Sethos, a quien no se le había ofrecido uno, fue hasta la mesa y se sirvió uno para él y otro para Cyrus—. ¿Cómo está mi amada esposa, Amelia?

—Perfectamente cómoda y de muy mal humor.

—¿Conmigo? —inquirió Sethos.

—Con todo el mundo, especialmente contigo. Sin embargo, ha aceptado quedarse donde está siempre y cuando la mantenga informada sobre la excavación de la tumba de Tutankhamon.

—Así que eso es lo que la ha traído aquí.

—Lo esperabas, ¿no? ¿Cuando has visto a Margaret perderse una noticia importante? Sabe que Kevin está en Luxor y cuenta con nosotros para proveerla de información exclusiva.

—Humm -dijo Emerson—. Pues entonces se va a llevar un disgusto. No tenemos ninguna información exclusiva.

—Eso es lo que espero obtener mañana -dijo su mujer tranquilamente—. Cyrus y yo, Nefret y Ramsés...

—Ya vienen -interrumpió Ramsés.

Los otros también les habían oído, solo un sordo no se hubiera enterado: el ladrido feliz del perro, los gritos de los niños y, mezclándose con ellos, la risa aguda de Suzanne.

—Olvida la pu... la maldita tumba -dijo Cyrus rápidamente—. ¿Qué vais a hacer para salir de este follón?

—Si tienes alguna sugerencia, me encantaría oírla -dijo Emerson.

—Busca un experto para leer ese mensaje -dijo Cyrus—. Si he entendido bien, es lo que esos tipos tratan de evitar.

Emerson se quedó con la boca abierta. Era una solución tan obvia que a ninguno de ellos se les había ocurrido... excepto a Ramsés. Dolorosamente consciente de su propia falta de experiencia, había sido lo suficientemente listo como para saber que si lo proponía, su padre y su madre se habrían burlado de la idea de que la familia no fuera capaz de encargarse de algo, incluso el asesinato, sin ayuda externa.

Pero la idea tuvo una serie de objeciones. No había muchos expertos en códigos y la mayoría de los que conocían trabajaban para el Departamento. Si su hipótesis era correcta, ni siquiera un experto podría leer el mensaje sin saber a qué libro se refería.

Los mellizos entraron en tromba, exigiendo su té y ofreciéndose a compartir sus galletas con Suzanne. Les había gustado, cosa que le resultaba bastante sorprendente a su padre. Tras un desafortunado incidente unos pocos años atrás, Charla se había vuelto un poco suspicaz con las damas rubias y bonitas. Suzanne debía de haberse entregado a fondo para ganárselos. Riendo, permitió que la condujeran hasta una silla y David John sacó su juego de ajedrez.

—Dejad que la señorita se tome el té -dijo su abuela severamente—. Puede que no desee jugar al ajedrez.

—Oh, pero les prometí que lo haría. Estoy segura de que él va a ganar -volvió los ojos muy abiertos a David John, que la miraba como un conejo hipnotizado. A diferencia de su hermana, él tenía debilidad por las damas rubias y bonitas. Volviéndose hacia Sethos, Suzanne dijo—. David John dice que usted es muy buen jugador.

—Siempre me gana -dijo Sethos, acariciándose el bigote con una sonrisa maliciosa.

Sethos tendía a sobreactuar. Suzanne le devolvió la sonrisa. No

era realmente guapa, pensó Ramsés desapasionadamente, tenía los pómulos planos y la barbilla débil. Obviamente, no era objetivo. Por lo que a él respectaba, ninguna mujer en el mundo podía compararse con su esposa.

Nefret había ido a Gurneh, a cumplir con su promesa de visitar a Kadija y a su invitada. Al menos había tenido el sentido común de ir de día, en lugar de esperar hasta después de la cena. Así habría mucha gente alrededor y además había prometido pedirle a Daoud que la acompañara hasta casa.

Cuando volvió a prestar atención a los demás, vio que Sethos había conseguido sacar a Emerson de su enfurruñamiento hablando de la Tumba (la palabra ya no requería un adjetivo calificativo, ya que en ese momento solo existía una tumba en Egipto).

—¿Dónde has oído eso? -exigió Emerson.

—Leo los periódicos, profesor. Carnavon envió una nota al Times hace diez días en la que afirmaba que la tumba había sido asaltada durante la Vigésimo Primera Dinastía.

—Paparruchas y tonterías -exclamó Emerson—. Si la existencia de la tumba se hubiera conocido entonces, la hubieran vaciado completamente. Y lo que es más...

—Ya conocemos los demás argumentos, Emerson -atajó su mujer —. No es posible que entraran en la tumba después de la Vigésima Dinastía; las cabañas de los trabajadores de la época de Ramsés VI tapaban la entrada y no se tocaron hasta que Howard las retiró. ¿Por qué permitió Howard que Carnarvon hiciera una afirmación tan ridícula?

—Eso es obvio, ¿no te parece? -repuso Sethos mansamente—. Una tumba intacta pertenece en su totalidad al Departamento de Antigüedades. La definición de “intacta” resulta discutible, pero si el robo tuvo lugar durante el periodo en el que la mayor parte del resto de las tumbas reales fueron saqueadas, a los descubridores les corresponde una parte de su contenido.

Emerson gruñó en aceptación. Suzanne obsequió a Sethos con una sonrisa admirativa.

—Qué inteligencia la suya, señor Bissinghurts. Sabe muchísimo sobre el tema.

—Lo suficiente como para saber que Carter y Carnarvon se van a meter en problemas -dijo Sethos, inclinando la cabeza con falsa

modestia—. Hasta el momento el *Times* es el único periódico que ha conseguido información directamente de los excavadores. Los otros periódicos están resentidos por tener que conseguir las noticias de segunda mano y los periodistas egipcios furiosos porque se los están saltando. Con el sentimiento nacionalista en aumento... —sacudió la cabeza.

—Y Lacau buscando una excusa para cambiar las reglas sobre el reparto de las antigüedades -añadió Emerson—. La concesión de Carnarvon estipula que el museo se queda con las momias reales, los sarcófagos y todos los demás objetos de importancia histórica y arqueológica. Todos los objetos de esa tumba se pueden considerar dentro de esa categoría y en su totalidad constituyen un conjunto único. Todo el contenido debería ir al Museo de El Cairo. Nosotros no reclamamos ninguno de los objetos de Tetisheri.

—Pero es que nosotros -dijo su mujer sacando la barbilla— no somos Lord Carnarvon. En el fondo no es más que un coleccionista.

—Supongo que se podría decir lo mismo de mí -dijo Cyrus con timidez—. Desde luego no rehusé cuando Lacau me ofreció algunos de los artefactos de la tumba de las Esposas de Dios.

—Llevas años trabajando en Egipto -dijo Emerson—. Dura y concienzudamente -no era frecuente recibir cumplidos de Emerson y el rostro de Cyrus se iluminó de placer—. Carnarvon considera la arqueología como un entretenimiento -continuó Emerson—. Y Carter comercia con antigüedades para su patrón y para otros. Pretenden sacar dinero de esto de una u otra forma.

—Vamos, Emerson, eso no lo sabes -dijo su mujer—. Y no estás siendo justo con Howard, en su momento hizo un trabajo excelente, pero desde que perdió su puesto en el Departamento de Antigüedades ha estado dependiendo del patrocinio de compradores y hombres ricos como Carnarvon. Por lo que más quieras, no repitas esa opinión en más sitios. Y no pretendas acompañarme al Valle del Este mañana.

—No acostumbro a pedirte permiso, Peabody. Ni tengo intención alguna de acercarme a menos de trescientos metros de la maldita tumba. He perdido el interés en el asunto -dijo Emerson con gesto despectivo.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Cyrus esperanzado.

—Serás muy bienvenido, Cyrus. Siento no poder incluir a nadie

más -ella sonrió amablemente a Suzanne y la chica cerró la boca.

—Hmm -dijo Emerson—. Ramsés, ¿vas a permitir que esa niña se ponga morada de tarta? Luego no va a cenar.

Ramsés retiró a su hija de las cercanías de la mesa del té y los invitados, captando la indirecta, se despidieron.

Su madre aun tenía otra bomba que soltar. Señaló con un gesto la cesta del correo y dijo:

—Hoy he recibido un cable de David. Viene a Egipto, con Sennia y Gargery.

—Cielo Santo -dijo Ramsés, sujetando más firmemente a su escurridiza hija.

Charla soltó un chillido de alegría.

—¿El tío David? ¡Y también Sennia y Gargery!

—Eso será muy agradable -dijo David John.

—No lo...eh... Sí -dijo Emerson con voz ahogada—. Muy agradable. Dios Santo, Peabody, le dije muy claramente a Gargery que no volviera a Egipto de nuevo. ¡Se supone que es el mayordomo, por el amor de Dios!

—Esa lengua, Emerson -dijo su mujer—. Gargery considera que sus funciones incluyen defendernos cuando la ocasión lo requiera, ha salido en nuestra defensa a menudo y se ha auto nombrado guardián y defensor de Sennia.

—Ese viejo chocho apenas puede andar -gruñó Emerson.

—Dice que mejora de su reuma en este clima seco y caluroso. Y los médicos opinan lo mismo.

—David no tiene reuma -gruñó Emerson—. Maldita sea, supongo que es por la puñ..eh... maldita tumba.

—Vienen porque quieren estar con nosotros en estas fechas -dijo su mujer—. ¿Has olvidado que solo faltan unas pocas semanas para Navidad?

Sin palabras por una vez, Emerson se puso trabajosamente en pie y fue a buscar el decantador.

A la mañana siguiente, Cyrus se presentó temprano, preparado y ansioso, como él mismo dijo. Se unió a nosotros para el café y, cuando así se lo pedí, Nefret repitió el relato de su visita a Margaret.

—Está completamente decidida a conseguir una exclusiva -dijo Nefret frunciendo el ceño—. No dejaba de preguntar por nuestra

“disputa”, decía, con Lord Carnarvon. Yo le quité importancia y negué todas sus alegaciones, pero más vale que se nos ocurra algo importante o se lanzará a por el aspecto escandaloso.

—¿Qué escándalo? -preguntó Ramsés—. ¿Qué alegaciones?

—No quieres saberlo -dijo Nefret, mirando divertida a su marido.

—Pero no ha habido...

—La gente de los periódicos se inventa escándalos si no los encuentra -dije—. Quiero que me acompañes al Valle Oriental, Nefret. Te manejas bien con los caballeros y Carnarvon no tiene nada contra ti. Esa noche no estabas con nosotros. En realidad, al único que llamaron la atención fue a Emerson.

—¿Es eso cierto? -preguntó Cyrus—. ¿Y entonces por qué hemos estado todos andando con pies de plomo como si hubiéramos hecho algo malo?

—Precisamente -admití—, me dejé influir por... No importa. De ahora en adelante nos comportaremos como si no hubiera ocurrido nada raro. Si su señoría monta un escándalo, no será por nuestra culpa.

Emerson había permanecido en silencio, haciendo como que no oía las indirectas ni se daba cuenta de las miradas que le dirigían los demás. Dejó la taza sobre el platillo con un golpe.

—Me voy al Valle Occidental -anunció—. A trabajar. Hay una zona interesante al norte de la WV25. Voy a poner al equipo a excavar debajo de las rocas.

—Buena suerte -dijo Cyrus.

—Bah -dijo Emerson.

Salió a grandes zancadas. Con un ruidito de desaprobación, Fátima recogió la taza y el platito rotos.

A favor de los ignorantes Lectores, quizás debería explicar que el sistema de numeración de las tumbas de los Valles había comenzado en la década de 1820. A partir de entonces, se habían añadido otras tumbas según su descubrimiento. Las del Valle Oriental se distinguían por las iniciales KV y las del Valle Occidental con las iniciales WV. En este último solo había cuatro y mi distinguido esposo siempre había sospechado que había otras entradas escondidas entre los escarpados riscos que rodeaban el valle.

Selim estaba en el establo, debajo del automóvil. Al oírnos llegar, se deslizó fuera y se recolocó la túnica con modestia.

—Creo que lo he reparado, *Sitt* -anunció—. ¿Quiere que la lleve al Valle?

—¿Donde está Emerson? -pregunté, sorprendida de que no estuviera ayudando con las reparaciones.

—Ha ensillado su caballo y se ha marchado con mucha prisa y soltando juramentos -dijo Selim—. No quería esperar.

—Bueno, él mismo, supongo -dije—. No está de muy buen humor. El resto de nosotros vamos a irnos al Valle Oriental, pero es mejor que tú vayas al Valle Occidental con Emerson, Selim. Y *no* en el automóvil.

A Selim le hubiera gustado rebelarse, pero era demasiado listo como para discutir conmigo.

—¿Es cierto que David y Pajarito vendrán pronto?

Pajarito era el apodo de Sennia. Nuestra familia egipcia la adoraba, como a David, que estaba emparentado con la mayoría de ellos a través de su abuelo.

—Gargery también viene -dije.

—Ah -dijo Selim.

Ayudó a Samad a ensillar los caballos y cabalgó con nosotros hasta el principio de la carretera que conducía al Valle Occidental, donde se despidió con la mano y nos dejó. Nosotros continuamos hasta la entrada del Valle Oriental y dejamos los caballos en el amarradero de burros, para unirnos a la riada de turistas. Al acercarnos a la tumba, fuimos abordados por un individuo que había esperado no ver. Ataviado informalmente con un salacot y una chaqueta Norfolk, Kevin O'Connell se adaptó a mi paso.

—Buenos días, señora E. Pensé que vendría antes por aquí.

—Váyase -musité, dándole un empujón.

Kevin puso una expresión herida y luego sonrió.

—No quisiera molestarla, señora. La veré más tarde.

Habían construido unos toscos muros de contención alrededor de la entrada a la tumba y estaban construyendo una pequeña choza a modo de almacén y para el uso de los guardias. Howard había aprendido algo de aquella noche memorable unas semanas atrás: ahora la entrada a la tumba estaba custodiada por soldados egipcios y por el señor Callender, que estaba encaramado sobre el

muro con un rifle sobre las rodillas. Cuando nos vio, se sentó derecho y sufrió un ataque de tos. Había bastante polvo en el ambiente.

Le saludé con mi habitual buen humor.

—Buenos días, señor Callender. ¿Sabe? Realmente debería de ponerse el sombrero.

Este paseó una mirada seria por nuestro grupo: empezando por mi y Ramsés y siguiendo por Nefret, Cyrus y Sethos. Cuando vio que Emerson no estaba se relajó y replicó con un cortés "buenos días".

Se habían retirado los escombros que rodeaban la entrada a la tumba, pero el hueco de la escalera aun estaba parcialmente cubierto. En mitad de los restos habían situado una gran roca con un escudo de armas pintado, di por hecho que sería el de Lord Carnarvon, ya que nadie más tenía escudo heráldico.

—Espero que no haya problema -inquirí acercándome.

—No, señora.

Sethos, a mi lado, tosió audiblemente, lo que me hizo añadir:

—Creo que no le he presentado al nuevo miembro de nuestro equipo, el señor Anthony Bissinghurst. Su especialidad es la demótica, pero es toda una autoridad en el periodo Amarna.

—Es un placer, caballero -dijo Sethos efusivamente—. Su dedicación y capacidad se han convertido en una leyenda en Egipto.

Como yo, Sethos sabía que las personas se creen merecedoras de los cumplidos más escandalosos. Callender refulgía. Sin duda le complacía disfrutar de compañía en su aburrido trabajo. Se puso en pie.

—Discúlpenme, señoras, por no levantarme de inmediato. ¿Querrán aceptar un... un trozo de muro?

—No deberíamos molestarle -dijo Nefret, con una sonrisa que sacó a relucir sus ocultos hoyuelos—. Tan solo hemos pasado a decir hola y a traerle una botella de la limonada de Fátima.

Lo de la limonada había sido idea suya y fue recibida con entusiasmo. Callender bebió sediento.

—Que detalle por su parte -dijo, limpiándose la boca con un muy polvoriento pañuelo—. Y me gustaría decirle, señora Emerson, que tiene usted un aspecto espléndido. Hace ya tiempo que no la veo.

El discurso no estaba dirigido a mí. Nefret dijo dulcemente:

—Nos hemos mostrado descuidados al no venir antes. Tantas obligaciones... Pero estamos preparados y ansiosos por ayudar en lo que nos sea posible. En el caso de que, Dios no lo permita, necesitara de atención médica, espero que venga a verme.

Este era otro enfoque en el que yo no había pensado. Todo el mundo sabía que Nefret era la mejor médico de Luxor. El señor Callender se secó las gotas de sudor de la incipiente calva.

—Muy amable por su parte, señora. Últimamente no me encuentro del todo bien...

—No es extraño, si está usted sentado aquí todo el día entre tanto polvo y con este calor -dijo Nefret.

—Ha de hacerse -dijo Callender noblemente—. Para mantener alejados a buitres como ese.

Lanzó una mirada a uno de los espectadores, que se había echado atrás el salacot y enseñaba varios rizos pelirrojos.

—¿Ha estado molestándole la prensa? -pregunté amablemente, felicitándome por haber ordenado a Kevin mantener las distancias.

—Ese tipo en particular. Dice que es amigo suyo.

Me reí con desdén.

—No es amigo mío, señor Callender. Ya sabe como es la gente de la prensa, son capaces de decir cualquier cosa para sacar ventaja.

—Están perdiendo el tiempo -dijo Callender—. Como pueden ver, no está pasando nada interesante.

—¿Cuándo volverá el señor Carter de El Cairo? -preguntó Cyrus.

Callender dudó.

—Cualquier día.

—¿Y entonces reabrirán la tumba? -insistió Cyrus.

Le di un golpecito con la sombrilla. Las preguntas directas suelen poner a las personas a la defensiva.

—Debemos continuar -dije—. Venga a tomar el té algún día, señor Callender. Siempre es bienvenido. Quédese esto -abrí el parasol y se lo puse en la mano—. Tengo más.

—Una lástima que no hayamos conseguido un fotografía de Callender sujetando tu parasol -dijo Nefret.

—Lo que está claro como el agua es que no nos ha dicho nada -dijo Cyrus, gruñón.

—Ah, pero le hemos metido una cuña -repliqué—. En su mayor

parte, gracias a Nefret. De cualquier manera, tengo otras fuentes de información.

Ramsés rompió un largo silencio.

—¿Lo que había en esa roca era el escudo de armas de Carnarvon?

—Imagino que sí -repliqué.

—Un poco arrogante, ¿no?

—No creo que caiga muy bien en el gobierno egipcio -acepté—. Desgraciadamente, Seth... Anthony tiene razón. Carnarvon se va a meter en un lío si continúa comportándose como si la tumba fuera de su propiedad personal.

—Davis también lo hacía siempre -dijo Ramsés con justicia.

—Los tiempos han cambiado, Ramsés. El resentimiento hacia los extranjeros no ha hecho más que crecer desde que comenzaron las negociaciones para la independencia. Este hallazgo es precisamente el tipo de cosa que podría intensificar ese resentimiento.

—¿Puedo citarla, señora E.?

—Por supuesto que no -repliqué. No me hizo falta mirar para identificar al hablante, que se encontraba detrás de mí—. Márchese, Kevin.

—Pero, señora E., ¿qué daño puedo hacer?

—Mucho daño, como usted sabe bien. Dios Bendito, Kevin, ¿no tiene otras fuentes aparte de nosotros?

En realidad Emerson no se había olvidado que faltaban solo unas pocas semanas para Navidad. No le habían dejado: David John había colgado un calendario en la pared del cuarto de juegos y estaba tachando los días de uno en uno. Charla no dejaba de enseñarnos listas.

—Un arc y flecas -leí, al recibir uno de dichos documentos—. Tu ortografía deja lo mismo que desear que tu petición, Charla. Es imposible que creas que te vamos a permitir tener un arma.

—Pues entonces se lo pediré al abuelo -dijo la señorita Charla haciendo un puchero.

—Tampoco te va a dejar.

Sin embargo, eso me recordó que tenía que ir de compras. Una obligación más entre tantas. Algunos podrían decir que una Navidad feliz era menos importante que prevenir el peligro para Sethos o decidir cómo mantener callada a Margaret, pero como

todavía no había descubierto como solucionar ninguno de esos problemas, decidí concentrarme en un asunto un poco más alegre. Mi última visita a Margaret había resultado menos que satisfactoria. Se estaba hartando de permanecer prisionera, como ella decía, y me riñó por no proporcionarle información sobre la tumba.

Cuando anuncié mi intención de hacer una escapada a Luxor, Sethos fue el primero en ofrecerse para venir conmigo.

—¿Por qué? -pregunté, suspicaz.

—Para comprarles regalos a los niños, por supuesto -dijo Sethos, abriendo mucho los ojos al más puro estilo Suzanne Malraux—. Y deberías llevar un acompañante, querida Amelia. ¿Quién sabe qué enemigos pueden estar esperando encontrarte a solas?

—Tú saldrías corriendo a la primera señal de problemas -dijo Emerson.

—No me hace falta escolta -dije con firmeza—. Pero me encantaría tener compañía. ¿Qué te parece, Nefret?

—Más vale que vaya, supongo. No tengo nada para los mellizos y me gustaría buscar regalos para la tía Evelyn, el tío Walter y David.

Así que seríamos solo nosotros tres. Sethos tenía un aspecto muy atildado con sus pantalones de franela y una americana de tweed marrón que reconocí como procedentes del guardarropa de Ramses. Mientras Sabir, el hijo de Daoud, se ocupaba de arrancar el motor de su barca, le dije a mi cuñado:

—¿Piensas seguir usando la ropa de Ramses? No tiene tanta de sobra.

—No esperarás que le haga un encargo a mi camisero de El Cairo -dijo Sethos en tono de reproche.

—¿Con cuál de tus alias? Oh, olvídalo. Supongo que tendré que encargarlo a nombre de Ramsés. Por suerte Davies, Bryan y Compañía tienen sus medidas.

Hacía algún tiempo que no iba a Luxor y eso me puso de mejor humor, mientras el barco de Sabir se deslizaba con suavidad por el agua sobre la que el sol dibujaba ondas. Antes, Ramsés me había llevado aparte y me había pedido que no dejara sola a Nefret y que nos mantuviéramos en zonas seguras, cosa que, en cualquier caso, yo tenía intención de hacer. Estaba preparada para insistir en que Sethos se quedara con nosotras, en el caso de que mostrara

intención de ir por su cuenta, pero no hizo ningún intento y se limitó a pasear como cualquier turista corriente, llevando enlazadas a Nefret de un brazo y a mí del otro.

Si lo que pretendía era que se supiera que estaba presente, lo consiguió. Nos encontrábamos con conocidos constantemente y la mayor parte de ellos querían pararse a charlar. Lo mismo ocurrió con un cierto número de personas a las que no conocíamos. Con estos últimos tuvieron lugar inevitables conversaciones idénticas entre sí: "Ah, señora Emerson, estoy segura de que me recuerda. Señorita Jones, de los Jones de Berkshire. ¿Puedo contar con que usted y su familia vengan a cenar con nosotros una de estas noches?

A todos ellos les di a entender que no deberían contar con ello.

Recorrimos todas las tiendas. Sethos, que estaba de un humor de lo más gregario, se presentaba a sí mismo a todos sin excepción y regateaba expertamente por brazaletes de plata y bufandas tejidas a mano. En las tiendas de Luxor no había demasiada variedad, fundamentalmente souvenirs y antigüedades falsas, pero algunas de las damas de zona habían comenzado a animar a los artesanos de la zona a producir trabajos de madera, tejidos y tallas de alabastro. Terminamos nuestra expedición en el hotel Winter Palace, donde se encontraban algunos establecimientos que comercializaban objetos europeos, justo a tiempo para el almuerzo.

—Comamos en la terraza -sugirió Sethos—. Hace un día demasiado bonito para permanecer dentro.

—Si podemos conseguir una mesa -dijo Nefret, ya que la terraza estaba llena.

—Amelia siempre puede conseguir mesa -dijo Sethos.

Y así quedó demostrado. Una vez nos acomodamos, Nefret comenzó a revisar sus compras.

—Pinturas y pinceles para David John... cadenas de plata para Charla... No he podido encontrar nada para el tío Walter.

—Los hombres siempre son difíciles -admití.

Sethos, medio girado en su silla, mirando hacia la calle, dijo:

—He estado pensando en subir a El Cairo para buscar los regalos. Dame una lista y veré lo que puedo hacer.

—¿Te parece que eso es una buena idea? -inquirí.

—¿Por qué no?

—Sabes perfectamente bien porqué. ¿Será porque quieres evitar

a Margaret? No has ido a verla ni una vez.

—Creo que fuiste tú la que sugirió que deberíamos mantenernos alejados de ella. Quizá pueda... —se interrumpió bruscamente. Había aparecido un hombre a nuestro lado, que se quitó el sombrero e inclinó la cabeza.

Ah, sir Malcolm -dije, preguntándome lo que habría llegado a oír por encima— ¿Dónde se ha estado metiendo? No le veo desde que nos encontramos tan inesperadamente en el Valle de los Reyes.

El pelo tenía que ser una peluca. Era demasiado blanco como la nieve, demasiado suave.

Sir Malcolm aceptó mi comentario con una sonrisa.

—¿No fue una velada interesante? ¿Puedo unirme a ustedes unos minutos?

—Por supuesto -dije—. ¿Recuerda a Anthony Bissinghurst? Le conoció el año pasado, pero muy brevemente.

—Un placer verle de nuevo, señor Bissinghurst -Sir Malcolm se inclinó de nuevo, muy cautelosamente y sometiendo a Sethos a una intensa observación—. Había oído que se ha unido al equipo de los Emerson. Es usted excavador, ¿no?

—Mi especialidad es la demótica -dijo Sethos—. Para mí es un privilegio poder profundizar en mis conocimientos sobre el tema con un experto como Ramses.

Vino el camarero a tomarnos nota y le pedí que nos trajera otra silla. Sethos contemplaba a Sir Malcolm con lo que solo se podía considerar interés profesional, tomando nota de cada detalle. Yo esperaba que no pretendiera suplantar a Sir Malcolm otra vez. Lo había hecho brevemente el año anterior y resultó muy confuso cuando Sir Malcolm se presentó en nuestra puerta sin avisar. Evitamos el enfrentamiento gracias a la rápida retirada de Sethos. Yo me encontré casi deseosa de que ese enfrentamiento hubiera tenido lugar: dos Sir Malcolms, cara a cara, igualmente pasmados. Ni siquiera Sethos se hubiera podido ir de rositas de esa.

—Madre -dijo Nefret.

Me di cuenta de que a causa de esa encantadora imagen había dejado de seguir la conversación. Sir Malcolm había hecho un comentario dirigido a mí.

—¿Disculpe? -dije.

—Deje que lo exponga con más claridad -dijo Sir Malcolm,

confundiendo mi momentáneo despiste por sorpresa—. Creo que podríamos resultarnos de mutua utilidad, señora Emerson. A su distinguido esposo le gustaría poner las manos en esa tumba. Yo puedo ayudarle a hacerlo.

—Imposible -dije.

—En absoluto. El disparate que cometió Carnarvon entrando ilegalmente en la tumba le coloca en una posición sospechosa. Si se convenciera a M. Lacau de que él y Carter sacaron objetos valiosos, el Departamento de Antigüedades tendría motivos para cancelar la concesión.

Nefret dejó escapar una exclamación contenida, pero me dejó contestar a mí. Me quedé callada, sopesando esa escandalosa sugerencia, y Sir Malcolm prosiguió con creciente pasión.

—Los rumores se están extendiendo, pero hasta el momento no son más que eso. Si ustedes... aquellos de ustedes que fueron testigos aquella noche... y yo fuéramos a ver a Lacau y corroboráramos mutuamente nuestros testimonios, no podría ignorarlo. Si se sintiera tentado de hacerlo, ante la amenaza de hacerlo público lo solucionaría. Ustedes tienen amigos en la prensa; uno de ellos también fue testigo de la actuación de Carnarvon. Estaría encantado de publicar la noticia.

—Veo que lo ha pensado cuidadosamente -dije.

—Las pruebas del profesor son cruciales -dijo Sir Malcolm—. Su reputación es irreprochable. Y nadie creería que él y yo estamos...

—Compinchados -murmuré—. Muy cierto. El desagrado que siente por usted es bien conocido. Presumo que si este plan diera fruto, usted esperaría algo en compensación.

Las pálidas mejillas de Sir Malcolm se sonrojaron febrilmente.

—Usted ha visto el contenido de esa tumba. Cualquiera de los objetos que contiene se convertiría en la pieza más importante de una colección.

Nefret no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Cómo se atreve a sugerir...? -estalló.

—Bueno, bueno -dije—. No es mi deseo ser maleducada, Sir Malcolm, pero creo que debería marcharse antes de que mi hija pierda los estribos. Es una persona íntegra, como sabe.

El sutil insulto no caló en Sir Malcolm. Era un auténtico coleccionista, un fanático cuyos principios, suponiendo que tuviera

alguno, siempre quedarían en segundo plano ante la codicia de poseer. Sin embargo, era demasiado buen estratega como para continuar con la discusión. Poniéndose en pie, hizo una señal a su criado, que se apresuró a llevarle el bastón.

—Piénselo, señora Emerson, y consúltelo con su esposo. Quedo a la espera de recibir sus noticias.

Chasqueó los dedos. El criado abrió un parasol y, bajo el palio, como un potentado, Sir Malcolm siguió su camino.

—Madre -dijo Nefret en tono inquieto—. No haría eso. No podría.

El camarero me presentó un plato de pollo y arroz.

—Esto tiene muy buena pinta -dije—. Come, Nefret. Tienes que mantenerte fuerte. Naturalmente que no tengo intención de colaborar en un plan tan censurable.

—Aunque es una idea ingeniosa -murmuró Sethos—. Incluso podría funcionar.

—Emerson aullaría con solo sugerírselo -le informé—. Así que no saques tus propias conclusiones. He permitido que Sir Malcolm pensara que aun podría persuadirnos porque creo en mantener abiertas todas las vías de información. Está decidido a conseguir algunos objetos de esa tumba. No se detendrá ante nada. Si este plan no le funciona, intentará otra cosa, hasta e incluyendo el asesinato. Tenemos que vigilar estrechamente a Sir Malcolm, se los debemos a Lord Carnarvon.

—Tienes que estar exagerando -protestó Nefret—. Es un hombre sin escrúpulos, pero asesinar...

—No comprendes a los maniáticos del coleccionismo, Nefret. Los artefactos que hay en la tumba de Tutankhamon podrían conducir a un hombre a la locura.

—Tiene razón -le dijo Sethos a Nefret, asintiendo con la cabeza —. Ese arcón pintado, por ejemplo...

—Pregúntaselo a quien lo sabe -dije, lanzando una severa mirada a mi cuñado.

Esperaba que el señor Callender se pasara a tomar el té, pero las seis de la tarde llegaron y pasaron sin rastro de él.

—En fin -le dije a Nefret—, quizá mañana. No tenía buen aspecto.

Emerson, quien se había visto obligado a jugar una partida de

ajedrez con David John, levantó la vista del tablero.

—No le has echado nada a esa limonada, ¿verdad, Peabody?

—No sabía que Nefret la iba a llevar.

Sethos soltó una carcajada y Nefret dijo severamente.

—No le des ánimos.

Estaba fuera de sí con respecto Sethos esos días. Yo estaba segura de que Margaret le había estado llenando la cabeza de historias sobre los defectos de Sethos como marido. Como mujer profesional por derecho propio, Nefret sentía simpatía por otra mujeres fuertes y profesionales; y como esposo, Sethos hacía un pobre papel comparado con Ramses.

Daoud había pasado antes con un recado de Margaret, que exigía que fuera a verla esa noche. Decidí que sería mejor que fuera, a pesar de que no se me ocurría nada que pudiera satisfacer su deseo de una noticia en exclusiva. Obviamente, no podía contarle el deleznable plan de Sir Malcolm, por mucho que ciertamente se tratara de una importante novedad y a pesar de que si Kevin se hacía con la noticia antes que ella, Margaret iba a ser imposible de controlar.

Sin embargo, me dije, Kevin no se atrevería a publicar nada sin nuestra colaboración y no iba a conseguirla. Hicieron falta dos whiskys con soda para calmar a Emerson cuando le conté la proposición de Sir Malcolm. Una vez admitió que mi comportamiento había sido razonable, volvió su ira contra su hermano.

—Deberías haberle propinado una buena paliza.

—¿En la terraza del Winter Palace, delante de cincuenta personas? -Sethos alzó las cejas.

—Humm -dijo Emerson. Y después de un momento añadió—. ¡Bah!

Me puse en pie y dije:

—Voy un momento a Gurneh.

—Llévate el parasol -dijo Emerson.

—Dale un beso de mi parte a mi mujer -dijo Sethos.

—Jaque mate -dijo David John.

Kadija estaba delante de la puerta abierta de la casa, con los brazos cruzados, charlando con sus vecinos.

—He traído la medicina que me pediste -dije, para información

de la audiencia que siempre estaba pendiente cuando visitaba el pueblo.

—Gracias, Sitt Hakim -cogió la botella y me condujo al interior de la casa.

El aroma a cordero asado me hizo la boca agua y Kadija, que lo notó, me dijo:

—¿Se quedará a comer, *Sitt*?

—Mejor que no, Kadija. Otra noche. ¿Donde está Daoud?

—La señora le ha enviado a Luxor a comprar los periódicos. ¿Se puede, *Sitt Hakim*? Si usted dice que no, no se los daremos.

—Claro que sí. ¿Cómo está?

—Se ha pasado todo el día escribiendo en su libreta. Y me ha dado las gracias muy educadamente por ser tan amable con ella.

—Bien -dije.

Quizá podía aspirar a una entrevista pacífica.

—Me da tanta pena -dijo Kadija—. Hoy me ha pedido que le trajera flores. Ha dicho que solo unas pocas, para que le recordara al precioso mundo exterior.

Dado que mi propia conciencia me estaba fastidiando un poquito, dije con firmeza:

—Es necesario por su propia seguridad... y no será por mucho más tiempo.

Espero. Añadí para mí misma.

Margaret estaba leyendo, acurrucada en el cómodo sillón que le había proporcionado Kadija. Daoud había conseguido traerle la maleta de extranjis y llevaba puesto un vestido suelto en un tono malva apagado (lo cierto es que no le vendría mal un poco de asesoramiento en temas de ropa). A su lado, sobre la mesa, estaban las flores de Kadija: rosas, hibiscos y margaritas, colocadas con gusto en un jarrón.

—Veo que has encontrado algo para entretenerte -dije cerrando la puerta, mientras las poderosas pisadas de Kadija se alejaban en dirección a la cocina.

—Es una tremenda basura -dijo Margaret—. En serio, Amelia, me sorprende saber que lees estas cosas.

—Me produjo curiosidad -admití—. El libro fue tan popular el invierno pasado. Vendió una extraordinaria cantidad de copias. Yo... eh... solo leí por encima algunos pasajes. ¿Es tan malo?

—Por Dios, sí. Incluso más que mis propios intentos de escribir aventuras románticas -bajando la mirada al libro, leyó en alto—. “Tomó mi mano, con los ojos negros brillantes de pasión. “Tu glorioso rostro ha llenado mis sueños durante días” jadeó, con su cálido aliento sobre mi cara. “No puedo dormir, no puedo comer. Eres mía, estás a solas en el desierto conmigo. ¡Nadie te oirá gritar pidiendo ayuda!”

Me reí con ella, contenta de encontrarla de tan buen humor.

—Si no recuerdo mal, tu única incursión en el romance fue la descripción de tu primer encuentro con Sethos... y eso, de hecho no era ficción.

—Pero fue muy romántico -murmuró Margaret, pensativa—. ¿Cómo está?

—Ileso, hasta el momento -dije sentándome en la cama—. Le mantenemos vigilado de cerca. Como a ti.

Margaret se sobresaltó y volvió la cabeza.

—¡Hay alguien en la ventana!

Yo no había visto ni oído nada, pero Margaret parecía tan alarmada que fui a mirar. La ventana estaba tan alta que me tuve que poner de puntillas. Ramas de palmera, las paredes de las casas cercanas, de un cálido tono ocre bajo la luz del sol que se ponía...

La luz se apagó.

Capítulo 6

Cuando las luces volvieron a encenderse vi una terrorífica imagen: la cara de Kadija, distorsionada por el horror, a pocos centímetros de mis ojos.

—¡*Alhamdullilah*! —exclamó—. Alabado sea Dios, está viva. No se está muriendo.

—Eso parece —contesté, sorprendida al ver que, de hecho, casi me sentía yo misma. Me dolía la cabeza, pero mis sentidos estaban funcionando con su eficiencia normal.

El sentido de la vista me informó que estaba en la misma habitación, recostada en la cama. El avanzando atardecer oscurecía la ventana. La lámpara de la mesa ardía brillante, pero el vaso estaba en el suelo, las flores esparcidas en un charco de agua. Daoud estaba en la puerta, jadeando. Observando que mis ojos estaban abiertos, se retiró a toda prisa, y me di cuenta que solo estaba vestida con mi ropa interior. Afortunadamente nunca había sucumbido a la moda actual en ese sentido, mis combinaciones, con adornos de encaje y lacitos rosa, me cubrían desde el pecho hasta las rodillas.

Al poner estos hechos en conjunto la razón me presentó una conclusión desagradable.

—Maldita sea -grité—. ¡Me robó mi ropa! ¿Cuánto tiempo ha estado fuera? ¿La viste salir de la casa?

—No mucho, no mucho —dijo Kadija, todavía agitada—. La vi, *Sitt*, pero caminaba con rapidez y no se detuvo cuando yo grité. ¡La tomé por usted! Fue un momento, no mucho, pero un momento, antes de que pensara que era extraño que no dijera adiós. Así que vine aquí, y la encontré. Le había atado las manos y los pies y le había puesto un paño sobre la boca, no se movió ni abrió los ojos hasta que la desaté, y temía...

—No importa -grité, apartando las firmes manos morenas que trataban de sujetarme—. ¡Ve tras ella! ¡Tráela de vuelta!

Habría ido yo, pero Kadija no me dejó, ni se apartó de mi lado. Envió a Daoud. Cuando regresó con las manos vacías y una disculpa, me vi obligada a darme cuenta de que la búsqueda era inútil. Margaret había tomado el *habara* negro que lo cubría todo, ¡el cual le había suministrado yo! Una vez que se lo puso sobre mis distintivas ropas, se convirtió en otra mujer egipcia anónima. Nadie la reconocería, ni siquiera se fijarían en ella si mantenía el rostro cubierto. También había tomado su bolso, con su gran cantidad de dinero y su cuaderno. ¡Y mi sombrilla!

Bebiendo el té caliente y dulce que Kadija me había traído, traté de consolar al desconsolado Daoud.

—Solo necesitó unos minutos, Daoud. Temo que nuestras posibilidades de rastrearla son escasas. Sabe manejarse en Egipto y unas pocas palabras en árabe, suficiente para abastecer sus necesidades inmediatas.

—Fue culpa mía —murmuró Kadija—. Debería haberla reconocido.

—¿Con mi ropa, una luz tenue, y el pelo y una figura parecida a la mía? No, Kadija, fue mi culpa. Conozco bien a la dama y debería haber estado en guardia, sobre todo después de la apelación patética por unas pocas florecillas. Lo tenía todo planeado antes de llegar aquí: un objeto pesado para usar como arma, tiras arrancadas de la sábana con las que atarme, algunos bienes esenciales ya empacados. Oh querida, supongo que es mejor que vaya a casa y se lo cuente a la familia.

En mi esfuerzo por consolar a mis amigos había aligerado mis propios sentimientos. Decir que estaba hirviendo de rabia reprimida era subestimar el caso. Margaret se había burlado de mí. No estoy acostumbrada a que me tomen el pelo.

Kadija insistió en revisarme centímetro a centímetro. Una vez más me vi obligada a admitir que estaba ilesa excepto por un golpe en la cabeza, me metí en uno de los vestidos impropios de Margaret y me calcé un par de sus zapatos, ya que ella, con el fin de completar su disfraz, me había quitado las botas. Sus zapatos eran demasiado grandes para mí. Sinceramente esperaba que mis botas le hicieran daño y le provocaran ampollas.

Recogí el resto de las posesiones de Margaret y las arrojé en la maleta, junto con los libros que había sido lo suficientemente buena como para prestarle. Levantándola, Daoud me acompañó a casa. Me dejó cerca de la puerta de la terraza y desapareció en la oscuridad. No le podía culpar por no querer enfrentarse a Emerson. Yo tampoco estaba interesada en hacerlo. El exceso de confianza (una cualidad de la que a menudo me acusan) y la confianza injustificada habían hecho que me equivocara.

Nos había oído llegar y sostenía la puerta abierta.

—¿Ese era Daoud? -preguntó—. ¿Por qué no entra? ¿Por qué demonios has estado fuera tanto tiempo? Llegas tarde para la cena. Maama...

—Algo ha sucedido —exclamó Nefret, corriendo hacia la puerta —. Madre, ¿dónde están sus ropas?

Emerson no se había dado cuenta. No lo haría, por supuesto. Me tambaleé y me llevé la mano en la cabeza. La alarma sustituyó la ira en el rostro de Emerson. Me cogió en sus brazos.

—¿Estás herida? ¡Peabody, háblame!

No podía, porque él me estaba apretando con mucha fuerza. Los demás se reunieron alrededor, y Fátima salió corriendo, lanzando chillidos de angustia. Conmovida por su preocupación, me las arreglé para aflojar el abrazo de Emerson y le dirigí una sonrisa tranquilizadora.

—Un whisky con soda me repondrá.

—Póngala en el sofá, padre —dijo Ramsés, apartando al Gran Gato de Ra de ese objeto de mobiliario.

Emerson me bajó sobre el sofá. Comencé a sentirme un poco culpable de causar al querido hombre tal angustia, por lo que me senté y tomé el vaso que Ramsés me entregaba.

—Gracias, hijo. Sufrí un desmayo momentáneo, nada más.

Sethos habló por primera vez.

—Estoy en lo cierto al suponer que Margaret tiene algo que ver con tu desmayo... eh... momentáneo

El momento de la verdad no podía demorarse. Nefret estaba a punto de arrastrarme a la clínica para un nuevo examen innecesario, y Emerson todavía estaba pálido y alarmado. Tomé un estimulante trago de whisky y enderecé los hombros.

—Margaret ha escapado. Me dejó inconsciente, me robó la ropa

y salió de la casa. Cuando Kadija me encontró, Margaret había desaparecido. Daoud la buscó pero en vano.

—Dios mío —dijo Emerson—. ¡Dios mío! ¿Ella te golpeó?

—No muy fuerte -respondí—. Tengo un pequeño chichón... ay.

Las manos expertas de Nefret recorrían mi cabeza.

—Justo aquí. La piel no está rota. ¿Cuántos dedos ve?

—Cuatro -dije—. No tengo una conmoción cerebral. No alborotéis. Debemos sin demora considerar qué medidas tomar para encontrarla. Lo discutiremos en la cena. Toda esta emoción me ha dado mucho apetito.

Una vez tranquilizado en cuanto a mi estado de salud, Emerson se inclinó a ser crítico.

—Realmente, Peabody, me sorprendes. ¿Cómo pudiste ser tan descuidada?

Él apuñaló brutalmente el inofensivo pescado de su plato. Las espinas volaron.

—No perdamos el tiempo en recriminaciones —dijo Ramsés, con una mirada divertida en mi dirección. Por supuesto, estaba preocupado por Margaret, pero como había señalado antes, solo ella tenía la culpa si se metía en problemas. Habíamos hecho todo lo posible para protegerla.

Sethos, comiendo con buen apetito, parecía aún menos preocupado. Yo había descrito mi encuentro y nuestra posterior búsqueda con cierto detalle.

—¿Dónde podría ir? —Preguntó Nefret con el ceño fruncido—. Debe de haber ocultado su... la ropa distintiva de madre bajo la túnica femenina, lo que le habría permitido salir de Gurneh sin ser detectada. ¿Pero después? No puede mantener su disfraz de mujer egipcia mucho tiempo, y no tiene conocidos en la Orilla occidental. Tal vez venga aquí.

—No —dijo Sethos. Fátima quitó el pescado, o mejor dicho, las raspas, y lo reemplazó con un plato de carne en rodajas. Sethos tomó su cuchillo y tenedor—. Solo hay un lugar donde podría ir. Solo un lugar al que *iría*.

Ramsés enarcó las cejas negras y espesas.

—Directamente al meollo de las cosas. El Winter Palace.

—O uno de los otros hoteles —dijo Sethos.

—No sería tan tonta —exclamó Nefret.

—Oh, sí, lo sería.

—Tienes razón —dije, recordando algunas de las otras aventuras de Margaret—. Pero estamos avanzados la temporada. No podrá conseguir una habitación.

—¿Vestida como la *Sitt Hakim* y teniendo un gran parecido con la famosa dama? —Sethos metió un trozo de carne en la boca y nos dejó pensarlo mientras masticaba y tragaba.

—Entonces, ¿qué estamos esperando? —Grité, apartando mi plato—. Debemos ir tras ella de inmediato.

Los ojos de Emerson se estrecharon hasta convertirse en rendijas de zafirino azul y desnudó los dientes grandes y blancos.

—Tú no, Peabody. No voy a dejarte salir fuera de mi vista.

—Ella no. —Sethos estuvo de acuerdo con frialdad—. Es hora de que asuma mis responsabilidades como esposo. Podré hacerle entrar en razón.

Reconociendo la verdad de su afirmación, dije:

—No estarás pensando ir solo, espero.

—¿Voluntarios? —Sethos miró alrededor de la mesa—. No, tú no, Nefret, eres demasiado blanda. Tampoco tú, Emerson, perderías el genio.

Después de un momento:

—Eso me deja a mí, entonces —dijo Ramsés.

—Eso parece —respondió Sethos.

DEL MANUSCRITO H

Se llevaron dos de los caballos. Ramsés se había resignado a la tarea de montar guardia, mejor él que cualquiera de los otros, pero tenía la intención de minimizar los riesgos tanto como fuera posible. Eran menos vulnerables a caballo.

—Traerás aquí a Margaret contigo, por supuesto —dijo su madre —. Tal vez sea mejor que os llevéis otro caballo.

Sethos parecía aún más apuesto a caballo.

—La arrojaré la sobre la silla -respondió—. A ella le encantó la última vez.

Era un excelente jinete e impuso un ritmo tan rápido que Ramsés no tuvo oportunidad de interrogarlo. Los campos estaban tranquilos y oscuros bajo un manto de estrellas, no había ventanas iluminadas en los pueblos dormidos, y el golpeteo constante de los cascos de los caballos era el único sonido que rompía el silencio.

Ya era tarde en la Orilla Occidental, pero las luces de Luxor ardían brillantes cruzando el río oscuro. Un barquero bostezando, siempre con la esperanza de pasajeros a pesar del tiempo, se animó y puso la pasarela.

—Nadie se atrevería a tocarlos —dijo Ramsés, en respuesta a la pregunta de su tío de dejar los caballos—. Y esperarán a que volvamos.

—Estás armado, espero —dijo Sethos.

—Solo mi cuchillo. ¿Por qué yo?

—¿Cómo dices? —preguntó Sethos cortésmente.

—Querías que viniera contigo. ¿Por qué yo?

No esperaba una respuesta directa, cuando llegó, la sorpresa casi le hizo caer de la barcaza.

—Eres tan bueno en una pelea como tu padre, y no tan impulsivo.

—No es probable que tengamos que luchar contra nadie, excepto Margaret —dijo Ramsés—. Y no tengo mucha influencia con ella. No le gusto.

—Y no te importa mucho. Eso es bueno. No debes subestimarla.

—No temas —dijo Ramsés, recordando el dolor de cabeza de su madre—. Si la encontramos.

—Podría estar equivocado —admitió Sethos—. Es posible que tenga contactos en Luxor de los que no sé nada.

—No confiáis el uno en el otro, ¿verdad?

—No. -Sethos cerró la boca de golpe.

Cuando llegaron a la orilla opuesta el barquero prometió esperarles y se acomodó para otra siesta. Subieron los escalones hasta la cima del embarcadero.

—Podemos intentarlo en el Winter Palace primero -dijo Sethos, señalando la fachada iluminada del hotel—. Es lo suficientemente arrogante como para haber ido al lugar más obvio.

Ramsés lo dudaba, pero como se vio después, Sethos conocía bien a su esposa. El conserje les informó que a pesar de que había llegado tarde y sin equipaje, había sido capaz de acomodar a la prima de la señora Emerson. No era una de las habitaciones más deseables, pero el hotel estaba lleno y...

—Mi madre está en deuda con ustedes —dijo Ramsés, interrumpiéndole—. ¿Cuál es su número de habitación?

Su llamada a la puerta quedó sin respuesta.

—Tal vez ha salido —dijo Ramsés.

—Está ahí. —Sethos llamó de nuevo—. Abre, Margaret -gritó—. O conseguiremos la llave del director.

La respuesta tardó en llegar.

—¿Quién está contigo?

—Soy yo —dijo Ramsés—. Ramsés.

—¿Tu padre no?

—No, pero le aseguro que el director me dará la llave si se la pido.

—Maldita sea —dijo Margaret en voz alta y clara. La llave giró en la cerradura y la puerta se abrió.

Ella se retiró de inmediato al otro extremo de la habitación y se quedó apartada, con las manos apretadas. A excepción de las botas, que se había quitado, todavía llevaba las prendas robadas. No es que tuviera otra opción, ya que había tenido que dejar su ropa atrás. Solo había espacio para unos pocos artículos de tocador, y su cuaderno, en el bolso de mano que descansaba sobre la mesa. Su cabello caía suelto, por debajo de los hombros. Se parecía a madre, pensó Ramsés. Incluso en el conjunto de la mandíbula.

—No intentéis nada -advirtió—. Gritaré si alguno de vosotros me pone la mano encima.

—Ahora, ¿por qué íbamos a hacer una cosa así? —Preguntó Sethos.

Ella le fulminó. Algunas mujeres se habrían sentido en desventaja con ropa mal ajustada y los pies descalzos. Pero Margaret no. La visión de ella, desafiante y sin arrepentirse, no hizo nada para calmar el temperamento de Ramsés.

—Hemos traído su maleta —dijo, dejándola caer al suelo—. Veo que las botas de madre le han provocado ampollas. Espero que duelan.

Se sentó, sin esperar a ser invitado, y Sethos hizo lo mismo. Margaret se relajó un poco, pero mantuvo la distancia.

—¿Cómo me habéis encontrado tan rápidamente?

—Raciocinio -respondió Sethos arrastrando las palabras—. Siéntate, ¿quieres?

—Prefiero estar de pie. ¿Qué quieres?

—Una disculpa, para empezar —dijo Ramsés.

—Ella está bien, ¿verdad? No le pegué muy fuerte.

En pura desfachatez, Sethos no tenía nada que envidiar a su esposa. Respondiendo a su frialdad, Ramsés dijo:

—Ese fue un truco sucio. Se aprovechó de su buena voluntad y confianza.

—Todo vale en el amor, la guerra y el periodismo, ¿no es una de sus frases favoritas?

—Maldita seas —dijo Sethos con súbita violencia—. ¿Alguna vez piensas en otra cosa que no sea tu maldita carrera?

—A diferencia de ti —replicó con pasión—. Tú eres el único responsable de poner a tu querida Amelia en peligro. ¡Tú eres el responsable de todo este lío! ¿Y qué estás haciendo al respecto? Ocultarte en el seno de la familia, poniéndolos en riesgo, dejándome meterme en problemas sin siquiera una palabra de advertencia.

Tenía algo de justicia por ese lado. Ramsés tuvo la tentación de decirlo, pero decidió mantener la boca cerrada. Esto era entre ellos dos. Ni siquiera le miraban. Sethos se había puesto de pie. Le devolvió la mirada con interés.

—Estoy haciendo algo al respecto. Tenía asuntos en marcha cuando hiciste este truco idiota. Cámbiate de ropa. Te vienes con nosotros.

—¡Como el infierno!

Sethos dio un paso hacia ella. Con los ojos muy abiertos, ella retrocedió hasta que su espalda estuvo contra la pared.

—Ramsés -exclamó—. ¿Vas a dejar que me golpee?

—Eh... bueno, no —respondió Ramsés débilmente.

Sethos dirigió a Ramsés una mirada atónita, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—Por el amor de Dios -balbuceó—. Nunca le he levantado la mano. Aunque Dios sabe que lo he intentado duramente.

—Tal vez a mí me iría mejor —dijo Ramsés. La súplica de Margaret había sido puro teatro, Sethos no era un maltratador, y Margaret no habría soportado el abuso físico ni un solo segundo. La temperatura emocional era tan alta que quería alejarse a rastras.

Sethos levantó las manos.

—Haz lo que quieras -dijo—. No voy a sacarte de aquí gritando y pataleando. Te encantaría, ¿no es cierto? Solo intenta... —Vaciló,

y cuando continuó su voz era varios decibelios más suave—. Trata de mantenerte alejada de los problemas. Ya sabes qué hacer, y qué no hacer.

—Que conmovedor. —Margaret puso los ojos en blanco—. Soy mejor cuidando de mí misma que tú.

Respirando con dificultad, Sethos abrió la puerta y salió sin decir nada más.

—Buenas noches —dijo Ramsés—. Cierra la puerta.

—Por supuesto —dijo Margaret. Su sonrisa era suficiente exasperante.

Ramsés alcanzó a su tío al pie de las escaleras. Sethos no se detuvo ni habló hasta que estuvieron sentados en el bote.

Ramsés estaba absorbido en sus propios pensamientos. Había visto una cara nueva y fascinante de su imperturbable tío. No tenía dudas en cuanto al significado del encuentro entre Margaret y Sethos, había visto algunos de esos enfrentamientos, y había estado en unos pocos él mismo. Se preguntó cómo habría terminado éste si no hubiera estado presente.

Algo le dijo que el tema no era uno que pudiera mencionar de forma segura.

—Dijiste que habías tomado medidas para aclarar el... esto... desastre -aventuró—. ¿Era cierto, o solo tratabas de tranquilizar a Margaret?

Aún melancólico, Sethos siguió mirando sus manos entrelazadas. Luego dijo:

—¿Qué pasa con él? —y señaló el barquero.

—No entiende mucho inglés y no sabría de qué estábamos hablando de si lo entendiera. ¿Vas a confesar, o tengo que arrastrar a padre en esto?

—¡Dios mío, no! Eso es lo última cosa que quiero. La verdad es que he entrado en negociaciones.

—¿Con ellos? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Sethos se volvió hacia él.

—Tenía la intención de contártelo, tarde o temprano.

—Me siento halagado por tu confianza.

—Mi querido amigo, es una cuestión de sentido común. Uno no hace tratos con esas personas sin tener respaldo. Tú eres el candidato lógico, por las razones que he mencionado.

Y porque soy más prescindible, pensó Ramsés con ironía. Sus padres, los niños, Nefret significaban más para Sethos que él. No tenía nada en contra de eso.

—Recibí una comunicación hace unos días —dijo Sethos—. Entregada directamente a mí por el portero, como se le había ordenado.

—Confío que no una invitación a una reunión secreta.

—Saben que no soy tan estúpido. Me indicaban que respondiera a lo que podríamos llamar una lista de correos. Mi corresponsal fue refrescantemente cándido. Según ha señalado, no les haría ningún bien a matarme, han llegado a la conclusión que no iba a llevar conmigo el documento. Propone un intercambio. Si devuelvo el documento, él y su grupo nos dejarán en paz.

—Eso es ridículo —exclamó Ramsés—. ¿Cómo saben que no hemos hecho copias?

—¿Lo que has hecho?

—Sí. He estado trabajando de una de ellas, ya que el original es un tanto frágil.

—La oferta era falsa —coincidió Sethos—. Uno puede sacar ciertas conclusiones razonables de la misma, sin embargo. Saben que no hemos descifrado el mensaje, por la sencilla razón de que no hemos actuado en consecuencia. También se puede plantear la hipótesis de que hay un elemento de tiempo involucrado. Después de cierta fecha, el mensaje pierde su importancia.

—Eso es obvio —dijo Ramsés con impaciencia—. Será irrelevante porque se ha producido el evento mencionado, o la información ha sido revelada.

—Si fuera tan condenadamente obvio, ¿por qué no lo mencionaste antes?

—Nadie me preguntó —dijo Ramsés, y sonrió en la oscuridad al oír a Sethos apretar los dientes. Realmente no debería provocar a su tío cuando la situación era tan grave, pero era un raro placer ver a Sethos perder los estribos.

—Entonces, ¿qué les has dicho? —preguntó Ramsés.

—Estuve de acuerdo en sus términos.

—Ah. Pero no tienes intención de devolverlo todavía, ¿verdad?

Sethos se apartó el pelo que el viento le empujaba a la cara.

—¿También has pensado en eso? —le preguntó con amargura—.

No sé por qué me molesto en explicártelo cuando ya lo sabes todo.

—No se me ha ocurrido hasta ahora —dijo Ramsés—. Si están tan interesados en tener los originales, ¿hay algo en él que no estaría presente en una copia, aunque fuera precisa?

—¿Lo hay?

—No he visto nada. Pero puedes estar seguro que voy a echar otra mirada.

* * *

Ramsés y Sethos regresaron antes de lo que esperaba, sin Margaret. En respuesta a nuestra pregunta Sethos espetó:

—Se negó a venir —y se fue, declarando su intención de ir directamente a la cama. Ramsés anunció que tenía trabajo que hacer, y hubiera seguido a Sethos, pero por supuesto yo no tenía intención de permitir eso.

—Así que nuestras deducciones eran correctas -dije—. Estaba en el hotel. ¿Cuál?

Ramsés se sentó, resignado a responder a nuestras preguntas. Incluso su padre escuchaba con interés.

—El Winter Palace. Se las arregló para conseguir una habitación invocándola madre.

—Espero que no pretendiera ser mi hermana menor. —Esa había sido una pulla de Emerson, que una vez había preguntado si estaba segura si papá no se había portado mal en sus últimos años. El sentido del humor de Emerson no es siempre el de un caballero.

—Prima —dijo Ramsés. Incapaz de reprimir una sonrisa, añadió —: Estaba descalza.

—Una pequeña y bonita venganza -murmuré—. Sigue. ¿Rechazó la invitación para regresar con vosotros? Supongo que no es sorprendente.

—No, teniendo en cuenta la forma en que la "invitación" fue redactada. —Ramsés acercó su silla a la mía—. Tuvieron una pelea —dijo en voz baja—. Él le ordenó que se cambiara de ropa y viniera con él y ella se negó, rotundamente; le siguió un fuerte intercambio, en el que se acusaron de crueldad, egoísmo, etc. Ella dio a entender que iba a golpearla.

—Qué tontería -dije—. Margaret le habría devuelto el golpe y exigido el divorcio al día siguiente. ¿Qué más dijeron?

Nefret también había acercado la silla. Al ver nuestros rostros

absortos, Ramsés pareció un poco cohibido.

—No debería haberlo contado. No son más que habladurías sin sentido e impertinentes.

—En absoluto —le aseguré—. Uno nunca sabe lo que en un chisme aparentemente sin sentido puede resultar relevante. ¿Expresó Sethos preocupación por la seguridad de ella?

—Supongo que se podría decir que sí —dijo Ramsés, una sonrisa tímida reemplazó su ceño—. Ella sabe cómo ir más allá de sus defensas, de acuerdo. Si una pelea furiosa es una indicación de cariño...

Nefret rió suavemente y le tomó la mano.

—Hmmm —dijo Emerson.

Yo recordaba dolorosamente la perfidia de Margaret mientras me cepillaba el pelo. Según Ramsés, ni siquiera había tenido la decencia de disculparse. Tuve la tentación de ir al hotel a la mañana siguiente, y tenérmelas con ella pero la razón (y Emerson) prevalecieron.

—Que corra el riesgo, si está decidida a hacer el tonto —dijo, quitándome el cepillo de la mano—. Ven a la cama, mi amor. Y... eh... déjate el pelo suelto, ¿eh?

Permití que me persuadiera.

Tenía varios otros asuntos con los que tratar. Nuestros seres queridos tenían que llegar a El Cairo el jueves. Fátima estaba inmersa en un frenesí de limpieza, preparando la pequeña suite de habitaciones de Sennia para ella y Gargery. David ocuparía su antigua habitación, de la que tenía intención de desalojar a Sethos. Podía quedarse con Cyrus, o en las dependencias del servicio, o encontrar su propio alojamiento. El *Amelia* estaba en Qena, con *Reis* Hassan. Emerson había propuesto recientemente que la vendiéramos, pero no me atrevía a hacerlo, había demasiados recuerdos unidos al viejo y querido barco, y uno nunca sabía cuando podríamos querer salir a navegar de nuevo.

Así se quedó. La única cuestión fue si uno o más de nosotros debería ir a El Cairo para reunirse con ellos. Yo anuncié mi decisión en el desayuno a la mañana siguiente.

—Debemos advertir a David que se mantenga alejado de los revolucionarios —dije.

—Si te refieres a los Wafdists, son un partido político legítimo —

dijo Ramsés con suavidad.

—No me importa lo que se llamen a sí mismos. Él es demasiado inocente para involucrarse en política.

La palabra podría haber sorprendido a algunas personas como inaplicable a un hombre de la edad y la experiencia de David. Dios sabía que había visto suficiente del mundo para convertirlo en un cínico: guerra, prejuicios, traición, crueldad, pero de alguna manera había pasado por todo con su idealismo brillante intacto. Los idealistas son personas admirables, pero su confianza en la buena voluntad de los demás puede ponerlos a ellos y a los que les rodean en peligro.

Fátima se había llevado la bandeja de pan tostado y había vuelto a llenarla.

—Tiene que venir directamente a Luxor —dijo con firmeza—. Y Pajarito también.

—Todos estamos de acuerdo en eso —dije, estirando la mano para alcanzar la mermelada—. Bueno, ¿Emerson?

—Quieres ir, ¿verdad?

—Creo que debería.

—Entonces voy contigo.

Él tenía sus propias razones para querer ir, por supuesto. Howard Carter estaba en El Cairo. Yo tenía mis razones. No habíamos recibido ninguna comunicación del Sr. Smith. Encontré su falta de curiosidad muy sospechosa.

—De vuelta al trabajo —dijo Emerson, vaciando la taza de café.

—Si no me necesita hoy, padre, me gustaría seguir con mis traducciones —dijo Ramsés.

—¿Qué? Oh. Eh... bien, sí, está bien. Dios sabe que no hemos encontrado nada en el Valle Occidental que requiera tu experiencia —añadió con tristeza.

—Me reuniré contigo más tarde —le dije, indicando a Fátima que podía despejar las cosas del desayuno.

—No vas a ir a ver a esa mujer, ¿verdad? —preguntó Emerson.

—No, querido. Con los huéspedes que vienen y nuestro viaje a El Cairo, debo hacer algunas listas.

Sethos todavía estaba mal humor. Ni siquiera los halagos de Fátima suscitaron poco más que sonrisas forzadas y felicitaciones automáticas. Se fue con Ramsés, lo que confirmó ciertas sospechas.

Les di tiempo para acomodarse y, a continuación, fui a la sala de trabajo. Los dos se levantaron rápidamente y Sethos alcanzó un objeto en la mesa delante de ellos.

—No te molestes tratando de ocultarlo —dije, tomando una de las sillas desocupadas—. Pensaba que te habías rendido con el misterioso mensaje. ¿Qué te ha llevado a entregarlo?

Ramsés y su tío se miraron.

—Te dije que no teníamos ni una posibilidad de mantenerla alejada -dijo el primero.

—Lo hiciste. —Sethos tomó la otra silla, dejando a Ramsés de pie. Luego ambos hablaron a la vez.

Tras interrumpir de vez en cuando para que volvieran a lo principal, conseguí una declaración coherente. En mi opinión, el último desarrollo no arrojaba ninguna luz sobre el asunto, y así lo dije.

—Este asunto se vuelve más ilógico cada día. ¿Supongo que has comprobado el documento para ver si hay algún mensaje oculto?

—He probado la mayoría de los reactivos comunes —dijo Ramsés, levantando con delicadeza el documento—. El calor, el zumo de limón, otros productos químicos. Nada.

—No debemos devolverlo hasta que estemos absolutamente seguros.

Sethos se echó hacia atrás.

—Mira, Amelia, estoy harto de todo el asunto. Que tengan su precioso documento. No tiene nada que ver con nosotros.

—Me inclino a estar de acuerdo —dijo Ramsés. Sethos puso cara de asombro fingido.

—¿A pesar del hecho de que puede significar un peligro para un grupo o grupos desconocidos? —pregunté.

—No sabemos eso -discutió Ramsés—. Los diplomáticos cambian de opinión por las cosas más estúpidas. Si un gobierno cae, o un alto funcionario cae en desgracia, ¿por qué debería importarnos? Hemos hecho todo lo posible y corrido riesgos en el proceso. Si esto va a terminar el asunto...

—Tampoco sabemos eso -repliqué—. Su demanda de que lo devolvamos puede ser un truco. —Dirigí una mirada severa a mi cuñado—. ¿Estabas pensando dar una vuelta por la dirección que te dieron y mirar quién recogía tu respuesta?

—Nunca en la vida —dijo Sethos con prontitud—. No está en un barrio muy agradable.

—Bien, entonces, te sugiero que esperes un día o dos. Espero ver al Sr. Smith cuando esté en El Cairo. ¿Puedes contenerlos tanto tiempo?

Sethos acarició el bigote.

—Puedo intentarlo.

—Diles que estamos considerando su oferta y estamos dispuestos a aceptarla, pero necesitamos unos días más.

—No tienes que dictarme la respuesta, Amelia —dijo Sethos, con un destello de genio.

—Te lo dejaré a ti entonces. —Me levanté y me enderecé la falda—. Continúa tu investigación, Ramsés. Echaré un vistazo a la maldita cosa más tarde.

Ramsés frunció el ceño.

—Con todo el respeto, madre, ¿qué espera averiguar que yo no he podido?

Le di una palmadita cariñosa en el hombro.

—Nunca se sabe, querido. Nunca se sabe.

Después de recoger mi sombrilla y mi cinturón de herramientas, pedí a Jamad que ensillara mi pequeña yegua. Era un día agradable para un medio galope, con un sol brillante y un toque de frescura en el aire, pero mi pensamiento seguía vagando a la noticia que Sethos me había dado. Un tanto peculiar, pensé, mientras le cedía el paso a un carro cargado de caña de azúcar. Todo el asunto era inexplicable. Podría no tener sentido.

Cuando llegué al Valle Occidental, Emerson estaba hablando con Daoud, que había llegado poco antes que yo. De inmediato se dirigió a mí, deseando ser quien diera las noticias.

—El *dahabiyya* del profesor Breasted y su familia se encuentra en Luxor.

—Qué bien —dije, mirando el ceñudo rostro de Emerson—. Voy a enviar una pequeña nota invitándolos a tomar el té de la tarde.

—Lo harás en contra de mis deseos —dijo Emerson, sacando la barbilla.

—Sí, sí, querido, lo entiendo. Vete por ahí y busca tumbas.

Los objetos que llevo en mi cinturón incluían lápiz y papel. Me senté en una agradable roca plana y escribí un breve mensaje, que

entregué a Daoud.

—Haz que lo entreguen, por favor. Una cosa más, Daoud. ¿Has hecho preguntas sobre la señorita Minton?

—Como ordenó, *Sitt Hakim*. —Al recordar lo que él consideraba su fracaso, Daoud frunció el ceño—. Sabir dijo que salió del hotel esta mañana y atravesó el río. Se ofreció a llevarla, pero ella dijo (una mala palabra), "No, tú no". Ha contratado a Rashid ibn Ibrahim como su dragoman.

—Es un hombre honesto —dije, aliviada—. Y muy fuerte, por lo que sé.

—No es tan fuerte. —El semblante de Daoud permaneció hosco —. Puedo atraparla otra vez, *Sitt*, si tú lo dices.

—La idea tiene su atractivo —dije pensativa—. Le iría bien, después de lo que me hizo. Pero no. No te permitiría acercarte, otra vez no. Supongo que ha ido al Valle Oriental. Sí, estoy segura. ¿Observó Sabir a alguien siguiéndola?

Daoud pareció desconcertado, así que me expliqué:

—¿Alguien sospechoso?

—No lo mencionó.

Bien, había sido una pregunta estúpida. Pedirle a Sabir que notara comportamientos sospechosos, cuando yo no habría sido capaz de hacerlo, no era razonable. El embarcadero siempre estaba lleno de gente por la mañana.

Le di las gracias a Daoud y lo envié a trabajar. Su enorme fuerza era especialmente útil cuando había que transportar una gran cantidad de escombros y eso era todo lo que Emerson había encontrado.

A medida que avanzaba la mañana, deseé haberme puesto un sombrero de paja en lugar de mi casco. No quería estar bajo el sol sin él, pero me apretaba dolorosamente la cabeza. El trabajo era aburrido en extremo. Cyrus había acabado con la tumba de Ay, encontrando muy poco de interés en el barro endurecido de la cámara funeraria, a excepción de la tapa del sarcófago. Tan pronto como Bertie terminara el plano final, la entrada se rellenaría. No es que hubiera algo de valor, pero los ladrones de tumbas de Luxor siempre estaban a la búsqueda de algo que pudieran vender, incluyendo trozos de relieves pintados de las paredes de la tumba.

Las dos tumbas inacabadas habían dado muy poco. Como regla

Emerson habría tomado notas detalladas sobre esos restos, sin embargo, había dejado ese trabajo a Selim y Nefret y andaba por los acantilados, cavando aquí y excavando allí. Pobrecito, quería una tumba, cualquier tumba, terminada o no, robada o no, que se pudiera añadir a la lista de las tumbas numeradas. No era tesoros lo que Emerson buscaba, sino conocimiento. Deseaba poder dárselo, pero no podía. Y el trabajo no era lo suficientemente interesante como para evitar que mis pensamientos vagaran.

Sin duda, Margaret se había portado mal conmigo, pero eso no me eximía de mi responsabilidad hacia ella. Al ofrecer la rama de olivo del perdón podría ser capaz de ganar su confianza de nuevo, y ofrecer consejos útiles. Por lo tanto, busqué un lugar con sombra (que no era fácil de conseguir en ese desolado valle encerrado por los acantilados) y escribí unas cuantas notas pequeñas más.

Convencí a Emerson que dejara de trabajar temprano, algo que estaba dispuesto a hacer debido a la frustración de su búsqueda. Cuando se unió a mí en la terraza después de que nos hubiéramos bañado y cambiado, estudió mis arreglos sospechosamente. Fátima estaba trotando de aquí para allá con bandejas de sándwiches y pasteles de té, incluso había puesto pequeños tapetes de ganchillo en las mesas.

—¿Qué es esto? —preguntó Emerson—. ¿Vas a dar una fiesta? No me lo has contado.

Tuve la tentación de sacudir los tapetes, pero eso habría herido los sentimientos de Fátima. Los consideraba lo último en elegancia y había pasado horas almidonándolos y planchándolos.

—Invité a varias personas, pero dudo que algunos vengan. -Le mostré una nota que había estado esperando cuando volví del Valle occidental—. La señora Breasted envía sus disculpas. Están comprometidos en otros lugares.

—Gracias a Dios —dijo Emerson con sinceridad—. Ella siempre envía excusas, ¿no? ¿Por qué te molestas en invitarla?

—Como cuestión de cortesía, querido. No sé por qué insiste en acompañar a su marido a Egipto. No tiene ningún interés por la egiptología y pasa la mayor parte del tiempo quejándose de las molestias.

—A diferencia de ti, mi amor —dijo Emerson, y me dio un beso rápido—. ¿A quién más estás esperando?

—Cyrus y su grupo, por supuesto, los invité antes de que termináramos hoy. También a la señorita Minton. Y... Pero ahí está. Temprano, como lo esperaba...

Emerson soltó un juramento rotundo.

—¡Es ese canalla de O'Connell! Por qué, por qué, POR QUE...

—Porque quiero saber que anda tramando -contesté—. Se ha mantenido lejos de nosotros, como solicité, y no ha publicado nada calumnioso sobre nosotros. Eso es muy sospechoso.

La ira de Emerson remitió.

—Y quieres verlo a él y a la señorita Minton en combate mortal. No es una mala idea, Peabody.

—Oh, no creo que ella vaya a venir, Emerson. Esa es otra razón por la que invité a Kevin. Quiero saber que ha estado haciendo *ella*.

Me dirigí a la puerta. Kevin se acercaba lentamente, a pequeños trompicones. Cuando me vio, se adelantó más rápidamente, quitándose el sombrero.

—Ah, la señora E. ¿Es seguro entrar?

—A no ser que haya hecho algo de lo que no sepa nada. — Sostuve la puerta abierta. Al ver a Emerson, Kevin le dirigió una sonrisa zalamera y se alisó sus cabellos rojos arrastrados por el viento.

—Soy inocente como un recién nacido, señora. No he tenido la oportunidad de ser otra cosa —añadió con desaliento.

—Mmm —dijo Emerson—. Bueno, supongo que puede sentarse.

Kevin conocía a Emerson lo suficientemente bien como para reconocer esto como una bienvenida muy cordial.

—Gracias, señor. Me mantuve a distancia, como la señora Emerson pidió. ¿Puedo preguntar por qué ha cambiado de opinión?

Yo había renunciado a toda esperanza de ganarme el favor de Carnarvon, el señor Callender no nos había visitado, ni la gente del Metropolitan después de esa visita inicial. La señora Breasted nunca había aceptado mis invitaciones, pero el propio Breasted había sido nuestro invitado en varias ocasiones. Carnarvon y Howard tenían que haberle contratado también. Nada de lo que podía hacer empeoraría las cosas, y la verdad sea dicha, compartía el punto de vista de Emerson. Yo no complacería a las personas que despreciaba. ¡Al diablo con ellos!

No me expresé con tanta fuerza con Kevin. Me contenté con una

vaga referencia a la amistad, lo que trajo un brillo a los penetrantes ojos azules de Kevin.

Los siguientes en llegar fueron Cyrus y su equipo. Estuve encantado de ver que Katherine estaba entre ellos. Tomé sus manos y las apreté.

—Está mucho mejor, Katherine. Estaba preocupada.

—Creo que Egipto me revive —declaró Katherine—. Egipto y usted, Amelia. Nunca cambias. Mientras que yo... —sonrió, sus mejillas redondeadas—. Me he vuelto demasiado corpulenta y perezosa. Quiero consultar con Nefret sobre una dieta adecuada y ejercicio. Pero no me ofrezca ninguno de los pasteles de té de Fátima, porque mi voluntad todavía es escasa.

Entró Nefret con Ramsés a remolque.

—Tuve que arrastrarle lejos de sus restos —anunció.

—No me dio tiempo a cambiarme —dijo Ramsés, tratando en vano de alisar sus cabellos rizados—. ¡Disculpe mi apariencia, Katherine! Es bueno verla.

—Te ves muy guapo, como siempre —dijo Katherine con una sonrisa cariñosa—. Nefret, ven y siéntate conmigo. Quiero tu consejo.

Emerson interrumpió su conversación con Cyrus para preguntar:

—¿Dónde están los chiquillos?

—En detención temporal —respondió Ramsés—. De alguna manera se enteraron de que madre había invitado a varias personas, y armaron tanto ruido que les dije que tendrían que calmarse antes de que pudieran unirse a nosotros.

Miré a mi alrededor en busca de Sethos, y lo vi rondando en la puerta.

—Ella no ha llegado —dije en voz baja.

—Ah. -Se había tomado el tiempo de cambiarse y parecía bastante apuesto con uno de los trajes de tweed de Ramsés. Los extremos de su bigote tenían un rizo definido. Después de saludar a los demás, fue al lado de la terraza que daba al camino, y se quedó mirando... asegurándose, estaba segura, de que Margaret no se le acercara sigilosamente. Por tanto fue el primero en divisar a otro de mis invitados. Su exclamación me llevó a su lado.

—¿Le has invitado?

—Difícilmente puedes suponer que se habría aventurado aquí

sin una invitación.

Sir Malcolm iba seguido de su criado, que tenía una enorme sombrilla sobre su cabeza. Al igual que Kevin, su acercamiento era algo vacilante y no dejaba de mirar nerviosamente de un lado a otro.

El destino quiso que, en ese preciso instante aparecieran los gemelos, acompañados, como siempre, por Amira. Al ver a Sir Malcolm, corrió hacia él, ladrando como el perro de los Baskerville. Los gemelos echaron a correr, gritando a la perra que se detuviera; Sir Malcolm intentó ponerse detrás del sirviente y la sombrilla, el criado se dio la vuelta rápidamente y huyó, sin soltar la sombrilla, que subía y bajaba mientras corría.

Fue un espectáculo divertido, pero me resistí a la tentación de ver qué pasaría a continuación. Abriendo la puerta, grité con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡Amira! ¡Quieta!

La perra obedeció de inmediato, cayendo al suelo casi a los pies de Sir Malcolm, que agitaba inútilmente su bastón contra ella.

—Le ruego que me disculpe, Sir Malcolm -llamé—. Por favor, entre. Ella es inofensiva, como ve.

Emerson, doblado por la risa, se hizo a un lado cuando Sir Malcolm corrió atropelladamente hacia la puerta.

—Muy refrescante -dijo—. Has juntado una verdadera mezcla explosiva, Peabody. Qué estás haciendo ahora, ¿eh?

—Espera y verás —murmuré. Emerson sonrió y extendió los brazos a los niños—. Ahí estáis, mis queridos. Vamos a saludar a nuestros amigos.

Sir Malcolm no era más aficionado a los niños de lo que lo era de los perros. Mirando de reojo a Charla, ella había tratado de morderlo una vez que le había dado palmaditas en la cabeza, se hundió jadeando en una silla. Le llevé una taza de té.

—¿Planeo eso, señora Emerson? —dijo en un susurro.

—Le aseguro que no. Conoce a la mayoría de los demás, ¿verdad? Cyrus y Katherine Vandergelt, su hijo Bertie, su ayudante Jumana. Puedo presentarle a Suzanne Malraux y el señor Nadji Farid, quien recientemente se unió a nuestro personal. Oh, y el señor Kevin O'Connell, del *Daily Yell*.

Las cortesías le dieron a Sir Malcolm tiempo para recomponerse.

Sin embargo, su dignidad había sido tristemente herida; Bertie seguía sonriendo, y algunos de los otros estaban tratando de no reírse. La mirada malévola que me dirigió me aseguró que no olvidaría pronto la indignidad.

En definitiva, fue una reunión alegre y ruidosa. Me moví de un grupo a otro como una buena anfitriona debe hacer, ofreciendo refrescos y oyendo fragmentos de conversación. Margaret no hizo acto de presencia.

Sir Malcolm logró llevarse a Emerson a un lado. Las pocas palabras que pude oír indicaron que todavía estaba tratando de convencerle de que se uniera a él en una queja para M. Lacau. Eso resultó ser un grave error de su parte. Emerson le dirigió una mirada de desprecio y le dio la espalda.

—Ese fue un grave error de su parte le dije a Sir Malcolm—. Yo podría haberle dicho que Emerson se negaría.

—El tiempo se está acabando —dijo Sir Malcolm, agarrando su bastón como si anhelara golpear a alguien con él—. El profesor no se negó, no a bocajarro. Dio a entender que iba a considerar mi propuesta.

—¿De verdad?

—Elijo interpretarlo así, señora Emerson, porque la alternativa...

Se detuvo con un chasquido de dientes y dije:

—Dios mío. ¿Eso es una amenaza, Sir Malcolm?

—No, en absoluto. —Echó un vistazo a la puerta, donde Amira estaba tumbada mirando. Su lengua colgaba y la mayoría de sus dientes eran visibles—. Si fuera bastante amable de quitar a esa criatura, le desearé buenas tardes.

Lo hice, y él lo hizo. Después de mirar a su alrededor y darse cuenta de que su criado no había regresado, Sir Malcolm partió a pie, a un ritmo que presagiaba mala señal para el pobre hombre. Esperaba que tuviera la sensatez de seguir corriendo y no regresar.

Naturalmente, en el momento que Sir Malcolm estuvo fuera del alcance del oído que todos empezamos a hablar de él.

—No iba a jugar al ajedrez —dijo David John críticamente.

—Yo no confiaría en él por nada del mundo —declaró Cyrus—. ¿Qué le dijo, Emerson?

—Lo mismo de siempre. Quería que me uniera a él para exponer ante Lacau lo que él llamó las actividades ilícitas de Carnarvon. Dije

que lo pensaría. —Emerson trató de parecer astuto.

—Bien hecho, querido -exclamé—. ¿Me preguntó hasta dónde llegará? Habló de que el tiempo se acaba y supuso que ibas a cooperar con él, porque la alternativa...

Después de un intervalo sin aliento, Emerson respondió:

—¿La alternativa era qué?

—Se interrumpió en ese punto.

—Que deliciosamente siniestro -rió Nefret.

—Bah —declaró Emerson—. No hay alternativa. Si Carter y Carnarvon tuvieran el propósito de confesar lo habrían hecho ya. Pero no voy a tener en mi conciencia que los expuse.

Las manos de Kevin temblaban. Sin embargo, sabía que no debía buscar su cuaderno de notas.

—Si publica algo de esto, lo negaremos -dije, dando gracias al cielo de que Kevin no estuviera al tanto de la parte más perjudicial de ese incidente. Que Carter y Carnarvon hubieran entrado en la antecámara en secreto era reprobable, pero podría ser pasado por alto. Haber irrumpido en la cámara funeraria sellada y luego ocultado su acción era una violación grave de su concesión.

—Sí, señora —dijo Kevin con tristeza—. Tengo el material para la exclusiva que terminará con todas las exclusivas y no me permitirá publicarla. Y está Minton, rondando por el Valle, metiendo la nariz en todos los rincones y entrevistando a todos los guardias

—¿Ha hablado con ella? —Le pregunté.

—La saludé como un caballero debería —dijo Kevin, sus fosas nasales dilatadas—. Lo puede creer, señora E. ¡Trató de obtener información de mí! Nos encontramos y cuando le pregunté a quemarropa si se había enterado de algo interesante, sonrió de esa manera ofensiva que tiene y dijo que lo averiguaría cuando publicaran su siguiente despacho.

Emerson comenzó a toser violentamente.

—Toma un sorbo de té, querido —dije.

¿Tendría Margaret la osadía de escribir sobre su “secuestro” y “prisión”, como los llamaría? Esa historia causaría una sensación, dada nuestra reputación con los lectores de periódicos. También enfurecería a Kevin, a quien no le hubiera importado nada ser “secuestrado” si así podía haber conseguido la exclusiva.

Y, dependiendo de cómo Margaret explicara el motivo de su detención, una historia así podría atraer la atención de los mismos individuos de los que habíamos intentado protegerla. ¿Realmente arriesgaría la seguridad de su marido por una historia?

Atrapando la mirada de Sethos, vi que estaba pensando lo mismo, y que había llegado a la misma conclusión.

Todo el mundo quería ir conmigo a saludar a nuestro querido David y Sennia (y Gargery). No había duda de que los gemelos no irían, naturalmente, aunque David John declaró que era injusto y Charla rugió como una Medea en miniatura. Nefret decidió quedarse con ellos, y después de un breve debate, se acordó que Ramsés me acompañaría en lugar de Emerson. Esto me vino muy bien. Emerson no era el más tranquilo de los compañeros de viaje, y era justo que Ramsés fuera de los primeros en saludar a su mejor amigo.

Emerson insistió en ir a la estación con nosotros, y también Daoud. A pesar de lo avanzado de la hora, el andén estaba muy concurrido. Mucha gente prefería tomar el expreso nocturno, que comenzaba en Asuán y solo hacía unas pocas paradas después de Luxor. Los comerciantes emprendedores de Luxor estaban en pleno apogeo, en un último esfuerzo por vender sus escarabajos falsos y *ushebtis*. Un malabarista hacía girar un círculo de bolas de brillantes colores y un encantador de serpientes estaba en cuclillas ante la cesta en la que estaban confinadas sus criaturas. Daoud no estaba del todo seguro sobre los trenes y apretó varios amuletos contra nuestras manos para garantizar nuestra seguridad. Emerson (que no estaba del todo seguro acerca de mí) parecía como si estuviera teniendo dudas acerca de acompañarme.

—No la pierdas de vista —ordenó a Ramsés, que había regresado después de comprobar que subían nuestro equipaje a nuestros compartimientos—. Ni por un segundo.

En lugar de señalar la inconveniencia (por no hablar de lo poco apropiado) de ello, le di un codazo a Ramsés, besé a Emerson, y subí al vagón. Tan pronto como el tren se puso en marcha nos fuimos al vagón cafetería a tomar un whisky con soda.

—Estás muy elegante, madre —dijo Ramsés, levantando su copa en un brindis—. ¿Es, por casualidad, con la intención de impresionar a nuestro amigo Smith?

—Había pensado llamarle. —Reconocí el cumplido con una sonrisa y ajusté mi sombrero, uno de paja blanco de ala ancha al que había añadido algunas rosas de seda roja—. Prometimos mantenerle informado, y no hemos informado de la llegada de Sethos.

—¿Cree que deberíamos?

Era su manera de decir que no creía que debiéramos.

—Comparto tus dudas, Ramsés, y me alegro de tener la oportunidad de discutir el asunto contigo.

Frunciendo el ceño, Ramsés abrió su pitillera y me lo ofreció. A fin de establecer un clima de simpatía, tomé uno y le permití encenderlo.

—¿Ha pensado en la teoría que comentamos el otro día? —preguntó.

Tuve que buscar en mi memoria.

—¿Oh, te refieres a la teoría de que... eh... tu tío nos ha engañado deliberadamente?

—Yo lo diría de manera algo más fuerte —dijo Ramsés.

—No lo hagas de momento. Podríamos ser escuchados. —El camarero se acercó a preguntar si queríamos cenar pronto, si era así, podía arreglar una mesa para nosotros—. Bien podemos entrar ahora -dije—. Continuaremos la discusión durante la cena.

—No es una discusión tanto como una teoría imposible de demostrar —dijo Ramsés, después de que nos guiaran a nuestros sitios—. Estoy de acuerdo que hay agujeros en mi propuesta original...

Había agujeros en todas las demás que se nos ocurrieron: que Sethos se había convertido en un traidor y que estaba siendo perseguido por el servicio secreto británico, que Smith se había convertido en un traidor y estaba tratando de evitar que Sethos le traicionara, que en lugar de un secreto de Estado Sethos se había hecho con un artefacto de valor incalculable de algún sitio saqueado en Siria o Palestina. Al final, me vi obligada a estar de acuerdo con Ramsés de que no deberíamos confiar en el señor Smith hasta que supiéramos más. Mi sugerencia de tener una pequeña charla con el caballero no fue recibida con entusiasmo.

—Puede revelar más de lo que reciba —dijo Ramsés—. ¿Y si él pregunta directamente si ha oído algo de Sethos? Usted nunca

miente...

—A menos que sea absolutamente necesario.

Ramsés rió.

—Sí, lo sé. Bueno, vamos a dejarlo ahí por ahora. Parece cansada, madre. ¿Quiere café?

—No, gracias. No estoy para nada cansada, pero creo que me retiraré.

Nos despedimos en la puerta de nuestros respectivos compartimentos. Durante la cena, el portero había hecho las literas. La cama parecía muy acogedora, a pesar del hecho de que las sábanas mostraban signos de desgaste. Aunque la habitación estaba mal ventilada no abrí la ventana, junto con el aire frío entraría el polvo y la arena arrastrada por el viento. También reduje mis abluciones, ya que para ser honesta, estaba un poco cansada. Después de ponerme el camisón me metí en la cama y me quedé mirando el techo, que estaba pintado con la noción de alguien del arte del antiguo Egipto. El dios chacal Anubis me miraba en medio de un macizo de flores de loto de un violento púrpura. No era una visión tranquilizadora, pero me quedé dormida casi de inmediato y no me moví hasta que me desperté al oír al revisor anunciando nuestra llegada inminente en El Cairo.

Era casi mediodía cuando llegamos a Alejandría, para enterarnos que el barco estaba en puerto y los botes auxiliares estaban transportando pasajeros a tierra. Fuimos de inmediato a la nave de aduanas, donde en medio de las llegadas divisé a David. Nos vio, o mejor dicho, vio a Ramsés, que era, como el propio David, una cabeza más alto que los que estaban más cerca y comenzó a agitar los brazos. Un torrente de afecto me llenó al ver su rostro moreno y delgado y los rizos negros, tan parecidos a los de mi hijo.

—¿Dónde están Sennia y Gargery? —pregunté, poniéndome de puntillas.

Como una pequeña versión de Venus saliendo del mar, Sennia se levantó por encima de la cabeza de David. Ella también estaba saludando y gritando en voz alta, aunque no podía oírla a través del ruido.

No vi Gargery hasta después de que el trío hubiera pasado por la aduana. Apoyándose pesadamente sobre su bastón, se tambaleó hacia mí.

—Los he traído, señora.

—Ya veo —contesté, girándome para recibir de David el abrazo afectuoso de un hijo y un abrazo que me sacó el aire de los pulmones de Sennia.

Parecía haber crecido varios centímetros en los últimos meses, y a los trece era una pequeña dama con guantes blancos, sombrilla y todo. Medio inglesa, medio egipcia, tenía la piel de un suave bronceado y los ojos oscuros de largas pestañas de su madre, y gracias al cielo, poco parecido con su padre.

—¿Dónde están los demás? —preguntó ella—. ¿El profesor, la tía Nefret, los gemelos, Selim, Daoud y Fátima?

—Los verás mañana —le contesté, enderezando su moño—. Tomaremos el tren de la noche a Luxor.

Gargery gimió.

—Oh, señora, tenía la esperanza de poder descansar un día, después de ese viaje terrible.

—Te mareaste, supongo -dije—. Bueno, Gargery, lo siento, pero decidiste venir tú mismo. Nadie te pidió que vinieras.

Lo sentía por el pobre viejo, pero como había aprendido, la compasión solo hacía que gimiera más fuerte. A Gargery tampoco le gustaban los trenes, cuando llegamos a El Cairo estaba tan pálido y tembloroso que llevé al grupo directamente al Shepheard y acomodé a Gargery en una cómoda silla en el vestíbulo.

—Tomaremos el té aquí en vez de en la terraza —dije, dividida entre la preocupación y la exasperación—. El tren no sale hasta dentro de varias horas, por lo que echa una pequeña siesta, Gargery.

—No estoy para nada cansado, señora —dijo Gargery altivo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza blanca le caía sobre el pecho. No se movió, ni siquiera cuando el camarero trajo té y un surtido delicioso de galletas. Olvidando su dignidad, Sennia tomó la más dulce.

—La maldición del viejo bribón, no tiene muy buen aspecto -dije en voz baja—. Puede tener un compartimiento para él solo. Sennia compartirá el mío y tú y Ramsés otro, David. Es probable que os paséis toda la noche hablando.

—Yo cuidaré de Gargery —dijo Sennia. Cogió la taza de té que le serví para ella, su dedo meñique elegantemente extendido—. ¡Oh,

es maravilloso estar de vuelta! ¿Podemos ir al Museo? ¿Podemos ir al *suk*?

—No quiero perder el tren —dije, vacilando bajo la apelación de un par de grandes ojos negros.

—Probablemente sea tarde —dijo Ramsés—. Supongo que quieres ir de compras, Sennia. ¿Te conformarías con un corto paseo a lo largo del Muski?

Sennia, con la boca llena de pastel, asintió con entusiasmo.

—Yo misma podría hacer unas pocas compras —admití.

Ramsés miró su reloj.

—Tengo que hacer una llamada. Volveré a tiempo. David, ¿puedes ir con las damas?

David le dirigió una mirada extraña, y aceptó tan fácilmente que me pregunté cuánto le habría contado Ramsés. No habían tenido mucha oportunidad de hablar en privado.

—¿Qué pasa con Gargery? —pregunté.

—Dormirá durante horas —dijo David. Puso una mano sobre el hombro del anciano y obtuvo un leve ronquido en respuesta—. No tardaremos mucho. Es mejor que le escriba una nota para él, tía Amelia.

Así lo hice, y le pedí al jefe de camareros que cuidara de nuestro amigo.

Con Sennia bailando a mi lado, hablando sin cesar, no tuve oportunidad de preguntarle nada a David. Él se quedó con esa molesta mirada paciente que los hombres tienen en tales ocasiones, mientras Sennia y yo comprábamos los regalos de Navidad. Ella era un alma generosa y hubiera vaciado su pequeño bolso comprando regalos para los gemelos si no se lo hubiera impedido. No puedo decir que los regalos fueran siempre de buen gusto. En una tienda hizo que David se diera la vuelta mientras negociaba con el dueño una corbata espantosa impresa con escarabajos azules y púrpuras.

No fue hasta que sus brazos estuvieron cargados de paquetes, los cuales no permitiría que nadie más llevara, que me las arreglé para convencerla de volver al hotel. Ramsés llegó en taxi al mismo tiempo que nosotros y entramos en el vestíbulo juntos, Sennia parloteaba sin parar.

—Será mejor que vayamos a la estación -dije—. El tren puede llegar a tiempo esta vez. Despierta a Gargery.

Pero la silla que había ocupado estaba vacía, y no había ni rastro de él.

David fue a buscarle, al lugar obvio. Cuando regresó, su rostro estaba preocupado.

—El encargado dice que nadie de su descripción ha estado allí.

Al vernos, el maître se apresuró a acercarse.

—¿Está buscando a su amigo, señora Emerson? Se ha ido.

—Por Dios -exclamé—. ¿A dónde?

—Él murmuró algo acerca de la estación de tren, señora.

—¿Cuánto hace que abandonó el hotel? —pregunté.

—Poco después de usted, señora. Mantuve el ojo sobre el anciano caballero, como pidió, pero... bueno, estamos muy ocupados esta tarde, y no me di cuenta que se había ido hasta que me golpeó con su bastón y dijo que le dijera que se había ido. Estaba murmurando para sí, señora. Quejándose, creo.

Nos miramos el uno al otro, consternados, pero ninguno de nosotros nos quejamos de la alarma que sentíamos, por Sennia. Ella se echó a reír.

—A veces se confunde —explicó.

—Tal vez eso es lo que pasó —dijo Ramsés—. Mejor que le echemos un vistazo a la estación.

—No tenemos otra opción -respondí con inquietud—. Tenemos que salir de inmediato. Barkins, si el viejo idiota, el anciano caballero, vuelve, reténgalo y envíe a alguien a la estación para informarnos.

Nuestro equipaje había sido enviado, así que subimos a un taxi con nuestras compras sin demora. El anochecer avanzaba mientras el taxi se abría paso por las calles concurridas. La creciente oscuridad aumentaba mi inquietud. La nota que había dejado sobre la mesa para Gargery faltaba también. Debía habérsela llevado. ¿Cómo podía haber malinterpretado mis instrucciones?

Mi ánimo se hundió aún más cuando llegamos a la estación de tren. Suponiendo que Gargery había encontrado el camino hasta aquí, ¿cómo íbamos a localizarlo en medio de las multitudes que empujaban y gritaban? Encontramos el andén donde el expreso a Luxor y Assuan estaba esperando. Todavía quedaba media hora antes de la salida. Algunas personas estaban subiendo, otros charlaban con amigos. Gargery no podía haber subido, teníamos su

billete. Tampoco estaba entre los pasajeros que había en el andén.

—Encontrad el compartimiento —ordenó Ramsés—. Y quedaos allí. Nosotros le buscaremos.

Esperó hasta que subimos antes de que él y David fueran en diferentes direcciones. Los porteadores estaban apartando el equipaje, identifiqué el nuestro y pedí que lo trajeran a nuestros compartimentos. Estaba ante la ventana abierta escudriñando a los pasajeros, respondiendo distraídamente a la brillante charla de Sennia. Pasó un cuarto de hora. La mayoría de los pasajeros ya estaban a bordo.

Entonces vi a Ramsés y David, convergiendo en el tren. Al verme en la ventanilla, corrieron. No tuve necesidad de preguntar si lo habían encontrado. Era obvio que no.

—Me quedo —dijo Ramsés, antes de que yo pudiera hablar—. David, sube y tira mi bolsa, ¿quieres?

—No podemos irnos sin Gargery —exclamó Sennia—. ¿Dónde está?

—Se ha perdido, espero —dijo Ramsés con una sonrisa forzada —. El resto de vosotros podéis seguir, le buscaré y lo llevaré conmigo mañana.

No pude contenerme.

—Ramsés, ¿crees...?

—Creo que se ha perdido —respondió Ramsés con fuerza—. No te preocupes, Sennia, yo...

Ella lo interrumpió con un grito de alegría.

—No, no lo está. ¡Ahí está!

David, en el compartimiento contiguo, dejó caer la maleta que sostenía a Ramsés y se quedó mirando. Ramsés se volvió a mirar. Yo miré. Allí estaba, sin sombrero, el cabello blanco de punta, abriéndose paso entre la multitud, que le cedía el paso con sonrisas afables. La vejez es respetada en Egipto.

Ramsés mantuvo la cabeza. Por lo general lo hace. Devolviendo la maleta a David, alcanzó a Gargery en cuestión de segundos, le agarró y lo remolcó hacia el tren. Gargery estaba hablando y agitando su bastón, pero yo no podía oír lo que estaba diciendo. La pareja se abrió camino hacia el extremo del vagón. Cerré la ventanilla y fui a la puerta del compartimiento. Mis pensamientos eran un torbellino. Evidentemente, mis peores temores habían sido

infundados. El viejo bribón se había perdido y eso era todo. Aunque me había asustado a muerte y eso solo me pasaba de vez en cuando. Una sacudida y un silbato del motor simbolizaron la salida del tren. Viniendo hacia nosotros por el pasillo estaban Gargery y Ramsés.

Sennia se revolvió, apretada entre mi cuerpo y el de una gran dama envuelta en un manto de plumas recortadas, y se arrojó sobre Gargery.

—Eso estuvo muy mal de tu parte, Gargery. Temíamos que llegaras tarde...

—No fue mi culpa, señorita Sennia. Espere hasta que lo cuente. —Otra sacudida del vagón le hizo tambalearse. Ramsés lo empujó a los brazos extendidos de David, que estaba de pie en la puerta de su compartimiento.

—Entra ahí, Gargery. Siéntate y calla.

Todos nos amontonamos en el compartimiento. Los dos sofás largos que podían convertirse en camas tenían capacidad para seis. Gargery cayó, con respiración sibilante en un asiento pero tenía mejor aspecto que antes. Separó los labios en una sonrisa, mostrando el elegante juego de dientes postizos que le habíamos hecho.

—Escapé de ellos -declaró—. ¡Me largué! Cometieron un gran error, pensando que podrían retener a un tipo como yo prisionero.

Los ojos de Sennia eran tan grandes como platos. (Platillos pequeños). Se aferró a su brazo.

—¿Estabas prisionero? Oh, Gargery, ¿estás herido?

—Demonios —dijo Ramsés. Se quitó el sombrero y lo lanzó a través del compartimiento, se pasó los dedos distraídos por el pelo.

Saltó la liebre y ahora se iba armar una buena, no había manera de evitar que Gargery se jactara de su heroica huida o de que Sennia le escuchara. No tenía muchas ganas de admitir que le habían engañado, pero a fuerza de preguntas directas (y, una vez que el tren ya estaba en marcha, la aplicación de whisky con soda), obtuvimos un relato coherente.

Se había despertado (despertado de una profunda reflexión, como él decía) por un mensajero que le entregó una nota que decía: “Nos vemos en la estación de tren”. Ante tal sugerencia de este individuo amable, había informado el jefe de camareros de su intención y siguió al mensajero saliendo del hotel, donde esperaba

un coche cerrado. Considerando que lo habíamos enviado para él (como era adecuado), no sintió alarma hasta que se encontró sentado entre dos desconocidos muy fuertes con máscaras. Cayeron sobre él, y en un abrir y cerrar le ataron y amordazado. El pinchazo de un cuchillo en su garganta le advirtió que dejara de luchar, ya que, como nos aseguró, había opuesto una valiente lucha.

—¿A dónde te llevaron? —pregunté, cuando Gargery hizo una pausa para refrescarse.

—A ninguna parte, señora. —Olvidando sus modales por un momento, Gargery se limpió la boca con la manga—. Estuvimos dando vueltas y vueltas durante horas, señora. Cada segundo pensé que uno de los bas... uno de ellos me cortaría la garganta, pero no tenía miedo, señora, yo solo estaba esperando mi momento. Finalmente, el coche se detuvo...

Gargery tomó otro sorbo de whisky y pareció pensar profundamente.

—¿Y luego? -pregunté.

—Y luego... —La inspiración le llegó—. Había conseguido liberar las manos, ya ve, señora. Uno de los tipos se bajó del carruaje, dejando la puerta abierta, y yo... eh... le di al segundo un golpe fuerte con mi bastón, me desaté los pies y salté fuera. Me habría quedado para luchar, señora, había tres de ellos, incluido el conductor, y... y... y entonces vi la estación de tren, justo delante y corrí lo más rápido que pude hasta que el señor Ramsés me encontró.

Este relato nos dejó sin palabras, a excepción de Sennia, quien lanzó los brazos alrededor de Gargery y le informó que era un héroe.

—Sí, absolutamente —dijo Ramsés. Tenía su voz bajo control, pero no las cejas; formaron una negra V sobre sus orbes entrecerrados—. Gargery, ¿por qué no llevas a la señorita Sennia al vagón restaurante? Debe ser casi la hora del primer servicio. Nos reuniremos contigo en breve.

—Tengo un poco de hambre —admitió Gargery—. Como usted sabe, señor, el combate tiene ese efecto. —Con la ayuda de su bastón, se puso de pie y nos regaló otra visión de los dientes caros.

—¡Es bueno estar de vuelta en Egipto, señora!

David vio bajar a la pareja por el corredor que se balanceaba y,

a continuación, cerró la puerta. Sus labios temblaban.

—David, ¿te ríes? —Pregunté.

—No puedo evitarlo. El viejo bribón está disfrutando de esto. Parece diez años más joven.

—Ciertamente tiene un don para la ficción fantástica —dije sarcásticamente—. ¿Puedes visualizarle inmovilizando a un matón con un golpe de su bastón? No tiene ni un músculo en su cuerpo.

—Pero no ha perdido el espíritu de la aventura —dijo Ramsés. También estaba sonriendo, esa rara sonrisa despreocupada que le iluminaba toda la cara—. No se liberó peleando. Le dejaron ir. Después de darle vueltas durante... ¿qué? dos horas, le trajeron a la estación a tiempo para el tren, y se alejaron. Deben haber cogido la nota que le dejamos de que se despertara.

David se sentó y sacó su pipa.

—¿Serán ellos los individuos anónimos que han estado molestándoos?

—Sí, han sido un poco molestos —dije.

—Ramsés me dio un esbozo rápido de lo que ha estado pasando —dijo David—. No me sorprende escuchar que Sethos anda con sus viejos trucos, pero no puedo creer que se inventaría una historia tan extravagante, u organizaría incluso ataques no letales contra alguno de ustedes.

—Tienes más confianza en su buena voluntad que yo —dijo Ramsés.

—Estás dejando que tus dudas sobre el hombre influyan en tu juicio —sostuvo David—. No tienes ni una pizca de evidencia en su contra. Está dedicado a todos ustedes.

—Entonces, ¿cuál es tu explicación? -preguntó Ramsés.

David se encogió de hombros.

—No tengo ninguna.

—Nosotros tampoco -dije—. Lo qué pasó con Gargery solo lo hace más confuso. ¿Cuál era la razón de sacarlo del hotel y luego devolverlo sin siquiera un moretón?

—Es obvio, ¿no? —Ramsés ya no sonreía—. Otra advertencia. Esta vez fue Gargery. El próximo puede ser otra persona.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés y David se pasaron la mitad de la noche hablando. Después de que Sennia y Gargery se hubieran metido en la cama, la

madre de Ramsés se les unió. Llevaba un voluminoso camisón y su cabello perfectamente trenzada estaba cubierto por un gorro con volantes. Ramsés siempre encontraba estas manifestaciones de vanidad femenina divertidas, pero sus ojos eran duros y alertas, y no perdió el tiempo.

—No quiero dejar a Sennia sola demasiado tiempo. ¿A dónde fuiste esta tarde?

—Estaba a punto de contárselo a David —dijo Ramsés.

—¿Y a mí no? —Se sentó a los pies de la cama.

—Esperaba que apareciera -dijo Ramsés, sonriéndole—. De todos modos, no hay mucho que contar. Decidimos que no contactaríamos directamente con Smith. Hice la rondas, el Turf Club, el Gezira, y algunos de sus otros refugios. Vi algunos rostros familiares, pero el suyo no. Es bastante extraño. Ninguno de sus conocidos lo ha visto desde hace algún tiempo.

—Tal vez esté enfermo. ¿Fuiste a su oficina?

—No. Eso habría sido demasiado directo. Me dejé caer por la oficina de Russell.

—No es una mala idea -dijo ella, con aspecto disgustado por no haberlo pensado ella misma—. Es un hombre integro, a diferencia de algunos de tus conocidos en los servicios de inteligencia, y como comandante de la policía tiene informantes en todo Egipto. Confío que fueras discreto en tus preguntas.

—No mencioné a Sethos o mensajes crípticos, si es lo que quiere decir. Pero me dio un panorama bastante sombrío de la situación política actual. Los asesinatos de funcionarios británicos han aumentado, ni siquiera Russell sabe quién está detrás de ellos. La mayoría de los ataques ocurren cuando el objetivo está de camino a su oficina, y aunque su coche está precedido y seguido por otros vehículos que contiene guardias armados, los asesinos a veces logran ponerse al lado y disparar varias veces antes de huir a toda velocidad. Russell no se preocupó con una imagen más amplia, excepto que afecta a su trabajo, pero todo Oriente Medio está hirviendo de descontento.

—Eso no es de mucha ayuda.

—Era lo mejor que podía hacer sin dar a conocer la información.

—Sí, querido, lo sé, no pretendo criticar. —Murmurando descontento y sacudiendo la cabeza, les dio las buenas noches y se

fue. Ramsés se situó en la puerta hasta que se cerró y oyó el cerrojo ser echado.

—Entonces, ¿qué hay de la famosa tumba? —Preguntó David.

—¿Es eso lo que te ha traído? Sé que nos adoras, pero realmente no podemos competir con Lia y los niños.

David se echó a reír.

—¡Qué cínico! El *Illustrated London News* me ha ofrecido una importante suma por los dibujos de los objetos.

—No me gusta ser desalentador, pero tus posibilidades no son muy buenas. Padre tuvo un altercado con Carnarvon, y se nos ha prohibido acercarnos a la tumba.

—Me enteré de eso. ¿El profesor realmente lo maldijo?

—No es cosa de risa —dijo Ramsés, sacudiendo la cabeza—. La prohibición incluye a toda la familia, y a muchos de nuestros amigos. Es una lástima, de verdad. Perderías la cabeza por algunos de esos artefactos. Sin embargo, no sé si Carnarvon te admitiría incluso si no estuviera enojado con padre. Hay un rumor de que tiene la intención de otorgar derechos al *Times*.

—Háblame de la tumba. —David golpeó su pipa y se tendió en la cama, con las manos debajo de la cabeza.

Era como en los viejos tiempos, cuando hablaban toda la noche sobre tumbas, tesoros y momias, o planificaban una aventura salvaje. En los primeros días, antes de que David y él se involucraran en parcelas más oscuras, Nefret había sido a menudo parte de sus planes. A veces se preguntaba si ella echaba de menos esos días alguna vez. ¡Habían sido tan jóvenes! Lo suficientemente joven para creer que iban a sobrevivir ilesos a los peligrosos embrollos en los que se habían metido.

Podía hablar con David como con nadie más, y le contó toda la historia, desde el descubrimiento inicial de Emerson del escalón enterrado a la maldición de Carnarvon y su propia entrada ilícita en la cámara del tesoro. Algunas partes de la historia provocaron en David espasmos de risa, pero se puso serio cuando Ramsés describió lo que habían visto aquella noche memorable. Siguió presionando a Ramsés en busca de más detalles acerca de los grandes sofás funerarios, la diosa de oro que su madre había visto, el santuario sellado, las estatuas negras y doradas del rey que guardaban la cámara funeraria. Cuando un bostezo ensordecedor interrumpió la

descripción de Ramsés del carro, dijo:

—Puedes contarme más mañana. Será mejor que descansemos un poco antes de que la familia descienda sobre nosotros por la mañana.

David se quedó dormido en minutos, respirando de manera uniforme. Ramsés tenía varias cosas en la cabeza, pero no tardó en seguir el ejemplo de su amigo. Era bueno tener a David.

Capítulo 7

—Ese bellaco de Carter se ha comprado un automóvil —gritó Emerson—. ¿Lo puedes creer?

Impresionante como la estatua de un emperador romano, se erguía con los pies separados y los brazos en las caderas, su desnuda cabeza negra estaba cubierta por una película de polvo. La imponente presencia de Emerson siempre llamaba la atención; ese grito, entregado con toda la fuerza de sus pulmones, atrajo la mirada de todos los presentes en el andén de la estación del tren.

—¿Qué clase de saludo es ese? —Exigí, descendiendo del vagón con la ayuda de Ramsés—. Aquí estamos, de regreso y a salvo con nuestros queridos invitados, y ni siquiera puedes decir cuan complacido te sientes al verlos.

—Ah —dijo Emerson—. Maldita sea, por supuesto que me alegro de verlos. ¡David, mi muchacho! Sennia, mi amor, me das un beso. Hola, Gargery.

Todos habían venido a recibirnos, incluso los gemelos. Como el pequeño caballero que era, David John ofreció seriamente su mano a David, pero Charla, sostenida en alto por los fuertes brazos de Daoud, se retorcía y gritaba como una banshee.

—Emerson no debería haberla traído —le dije a Ramsés.

—Charla siempre logra convencerlo —dijo Ramsés.

—Y también puede convencer a Daoud. Sostenla, Ramsés, y no dejes que se te escabulla.

Ese no era el trabajo más fácil del mundo. Después de abrazar a su padre apasionadamente, como si hubiera estado lejos durante un mes en vez de dos días, Charla exigió que la bajaran. Era como intentar controlar a un gran e indisciplinado cachorro. Consideré, no por primera vez, proveer a Charla de una cuerda y arnés. Emerson se había sentido ultrajado con la sugerencia (y David John

había sonreído con una satisfacción llena de provocación). De todos modos, Charla podría liberarse de cualquier artilugio que pudiéramos construir. La constante vigilancia era la única defensa. Ciertamente no tenía la intención de dejarla correr libre por el andén de la estación, entre los vendedores de limonada y los porteadores trasladando pesados bultos y un tren a punto de partir.

Agarré a la hija de Ramsés para que pudiera saludar a su esposa. Me sentí complacida al ver que la abrazaba y le susurraba algo que provocó una sonrisa en su rostro.

—¿Así pues, qué piensas de eso? —exigió Emerson, levantando a Sennia sobre sus amplios hombros—. Ese bandido de Carter...

—Haces que suene como si su único motivo fuera molestarte —dije.

—¿Qué otra razón puede tener? Una descarada imitación, eso es lo que es. Un automóvil es inútil aquí.

Dándose cuenta que se exponía a un comentario cáustico, siguió hablando antes que yo se lo pudiera entregar.

—¿Bien, bien, salgamos de esta multitud, verdad? No sé por qué deseas detenerte a cotillear, Peabody, cuando nuestros invitados están deseosos de llegar a casa.

Alguien —probablemente Selim—, había tenido la precaución de pedir varios carruajes para nosotros y nuestro equipaje. Nos dividimos y me encontré sentada con Emerson y Daoud.

Girándome hacia este último, dije:

—Supongo que fuiste quien averiguó sobre el automóvil.

Daoud brilló con orgullo.

—El tren lo trajo y también una puerta de acero para la tumba.

La cabeza del conductor medio giró, escuchando ávidamente. La reputación de nuestro viejo amigo como un oráculo omnisciente, si eso fuera posible, se había incrementado durante las últimas semanas. Algunos de los trabajadores más supersticiosos creían que poseía medios sobrenaturales de información, pero como sabíamos, él conseguía la mayoría de sus nuevas de su hijo Sabir, quien operaba un próspero servicio de botes entre las orillas este y oeste. Alguien podría decir que Sabir era un oráculo en formación, quien hacía uso de los contactos de Daoud a ambos lados del río.

—¿Entonces, el señor Carter ha vuelto? —pregunté.

—Oh, sí. Fue de la estación a la *dahabbiya* del profesor Breasted.

—Así que por eso rechazaron mi invitación a tomar el té —dije pensativamente—. Howard debía haber escrito a Breasted contándole sobre la tumba y ofreciéndole la oportunidad de participar... y le habrá advertido sobre nosotros.

—Te prohíbo repetir la invitación —dijo Emerson ferozmente.

—No acostumbro a exponerme de esa forma, Emerson.

—Lo he notado, Peabody.

—¿Cuándo volverá a abrir la tumba Carter? —Pregunté.

Daoud lo sabía, por supuesto.

—Se dice que mañana. Callender *Effendi* ya comenzó a quitar el relleno.

—Bien, me importa un bledo —declaró Emerson.

El barco de Sabir nos esperaba en la orilla; lo había decorado con flores frescas y colgaduras ornamentadas generalmente reservadas para los festivales y varios otros miembros de la familia le habían acompañado. Se produjo otra ronda de saludos; la familia tenía en muy alta estima a David, quien estaba emparentado con la mayoría de ellos y no lo habían visto en algún tiempo. La celebración siguió hasta que alcanzamos la casa.

Cuando los recién llegados fueron recibidos por el personal doméstico y el perro, Emerson bufaba de impaciencia.

—¡Basta! —gritó—. Fátima, deja de preocuparte excesivamente por Sennia y sirve el almuerzo. Por Dios, hemos tardado dos horas para llegar aquí desde Luxor. Ridículo. No he tenido oportunidad de hablar con David. Mi muchacho, no creerás que Howard Carter...

—Después —lo interrumpí—. Querrán asearse y descansar.

—No quiero descansar —dijo Sennia—. Quiero ver mis habitaciones y al Gran Gato de Ra.

No parecía para nada preocupada por la melodramática historia de Gargery. Le habíamos restado importancia, y como sabía por mis estudios de la psicología juvenil (y los años de dolorosa experiencia), los jóvenes se inclinan a rechazar cualquier cosa que no les afecte directamente.

—Lleva a Gargery contigo —ordené.

—Pero, señora, no le he contado al profesor sobre...

—¡Después! Ponte cómodo, Gargery. ¿David John, le prestarás tu fuerte brazo? Charla, ve si puedes encontrar al gato. Probablemente está escondido bajo algún mueble.

David John muy seriamente extendió un delgado brazo, y Gargery tuvo el tacto suficiente para tomarlo. Era asombroso cuánto más tranquila era la habitación sin la presencia de esos cuatro. Fátima se había marchado con los niños, por tanto fue Kareem quien trajo la bandeja de café. Logré agarrarla antes de que derramara demasiado y nos instalamos para una charla cómoda.

—Ese fue un modo indoloro de deshacerse de los niños, madre —dijo Ramsés, riéndose.

—Creo que puedo afirmar que tengo un buen entendimiento de la psicología juvenil... de la naturaleza humana juvenil.

—Parece que el viejo bribón se mantiene bien —dijo Emerson—. ¿De qué hablaba?

—En pocas palabras —dijo Ramsés—, desapareció del hotel donde le habíamos dicho que se quedara y regresó a la estación del tren con apenas el tiempo suficiente para tomar el expreso.

—Se está volviendo senil —dijo Emerson, frunciendo el ceño enigmáticamente—. ¡Maldita sea! Tendremos que vigilarlo como lo haríamos con un niño.

Ciertamente esa era la explicación que tenía en mente. La historia de Gargery sonaba aún más improbable cuando se reducía a simples hechos, lo cual Ramsés procedió a hacer.

—Dijo que lo habían atraído con un mensaje falso, fue arrojado a un carruaje y mantenido prisionero por dos bandidos. Fue capaz de escapar y llegar a la estación justo a tiempo.

—¡Qué tonterías! —exclamó Emerson—. Inventó la historia para excusar su laguna mental y aparecer como un héroe.

—Es posible —dijo David—. Solo tenemos su palabra.

—Completamente —dijo Emerson triunfalmente—. ¿Cuál habría sido la razón para secuestrarlo y luego soltarlo? Como estaba diciendo, David, Carter...

Era fácil para Emerson dudar de la historia de Gargery. No había estado allí. Yo sí. Cierto que los detalles probablemente eran falsos, como su fuga de varios hombres armados, pero era improbable que hubiera sufrido una laguna mental y se repusiera de ella justo a tiempo para llegar a la estación antes de que el tren partiera.

Sethos terminó su café y se levantó.

—Estoy seguro que David lo encuentra fascinante. ¿Ramsés, puedo hablar contigo?

Hizo gestos hacia la puerta. Ramsés lo siguió al interior de la casa. Seguí a Ramsés, dejando que Emerson se quejara a David de Howard Carter, la tumba y el automóvil.

Como había esperado, Sethos se dirigió al estudio de Ramsés.

—Debemos tener un consejo de guerra —anuncié.

—Ah, Amelia —dijo Sethos, intentando sonar sorprendido por mi presencia—. Toma asiento. ¿Presumo que discrepas con Emerson en que Gargery empezó a deambular en un ataque de demencia senil?

Agité mi mano en señal de negación.

—Como muchos de los demás, este acontecimiento fue alarmante, pero no peligroso. Me estoy cansando de estas demostraciones. Es hora de que tomemos medidas en vez de reaccionar a las acciones de otros.

—Como teoría general, es algo digno de encomio —dijo Sethos —. ¿Qué propones que hagamos?

—Devolver el mensaje —dijo Ramsés.

—Ciertamente hacer eso sería ir en contra nuestra tendencia natural —murmuré—. Y no nos atrevamos a suponer que esto satisfaga sus demandas. Nuestra vigilancia debe aumentar, particularmente con los miembros más vulnerables de la familia.

—¿Por tanto crees que secuestraron a Gargery simplemente para demostrar que podían? —preguntó Sethos.

—Si quieren asegurarse nuestro silencio, necesitarán un rehén —dijo Ramsés—. Alguien que piensen que valoramos más que Gargery. Para sus ojos él es "solo" un sirviente. ¿Pero entonces por qué molestarse en exigir el regreso del mensaje original cuando deben saber que hemos hecho copias?

Resoplé.

—Distracción y confusión. Mantenernos con la guardia baja. Obligarnos a perder el tiempo buscando una pista que no existe. ¿Quién sabe? Al menos estamos de acuerdo en una cosa... nosotros, todos nosotros, debemos tomar cuidados extras. Le advertiré a Cyrus que cuide de su familia.

Apoyándose contra la mesa, con los brazos doblados, Sethos se movía inquieto.

—¿Y Margaret?

—Ha sido advertida —dijo Ramsés—. Tendrá que correr sus

riesgos.

—Ahora, mi querido, no debes ser tan duro —dije—. Quizás debería tener una pequeña charla con Margaret.

—Invítala a tomar el té —dijo Sethos sarcásticamente.

—Lo haré. Lo hice... pero no en la casa. En cambio sugerí terreno neutro, en uno de los hoteles. Ella aceptó enviando de vuelta al mensajero.

El siguiente ítem en mi lista (constantemente) revisada de Cosas por Hacer involucraba a Selim, así que me sentí complacida al encontrarlo en la galería con David y Emerson, quien lo había invitado a almorzar. Todos estaban fumando, bebían café y hablaban de Tutankhamon. Me llevó un tiempo poder participar en la conversación; de hecho, tuve que interrumpir a Emerson a fin de lograrlo.

—¿Le has contado a Selim lo qué le pasó a Gargery? —Pregunté.

Cortado a mitad de su discurso, Emerson no atrapó inmediatamente mi intención.

—¿Qué pasa con él?

Procedí a contarle a Selim, quien se acariciaba la barba y parecía desconcertado.

—No entiendo, *Sitt Hakim*. ¿Qué significa eso?

—Significa que de aquí en adelante cualquiera de nosotros puede correr similar peligro. Quiero guardias extras cerca de la casa. Quiero que los niños estén vigilados estrechamente en todo momento, por uno de nuestros propios hombres.

Emerson había abierto la boca para protestar cuando comencé a hablar, ya que esto significaba una disminución en su personal, pero cuando los niños fueron mencionados pareció alarmado.

—Entre Elia y el perro... —comenzó a decir.

—Amira no ha resultado ser un perro guardián muy eficiente, y Elia, aunque dedicada, es niñera de los gemelos, no su guardaespaldas.

—Humm —dijo Emerson—. Buena idea, Peabody. ¿Te encargaras de esto, no es así, Selim?

—Sí, Emerson. Aunque no creo que algún hombre en Egipto dañara a un niño, sobre todo a un niño de la familia del Padre de Maldiciones. Los hombres de Gurneh los encontrarían y los despedazarían.

La tranquilidad de su voz contenía más convicción que los gritos y maldiciones. Fue como si un peso dejara de oprimir mi corazón.

—Es verdad —dije—. Gracias, Selim.

El pobre David pagó el castigo por su popularidad, siendo asediado por demandas desde todos lados. Los gemelos, a quienes se les había permitido, como consideración especial, acompañarnos en el almuerzo, insistieron que los ayudara en la decoración de la casa para Navidad. Emerson sugirió un viaje a los sitios que Lacau nos había ofrecido para la temporada siguiente (todos en la misma tarde), y Cyrus envió un mensaje invitándonos a cenar esa noche y preguntando si teníamos la intención de llevar a David al Valle Occidental después del almuerzo. Daoud quería saber cuándo visitaría a Kadija y sus otros parientes en Gurneh; y Sennia, quien comía con una delicadeza exagerada (para poner en evidencia a los gemelos) nos informó que tenía la intención de acompañarnos a todos los sitios que habíamos mencionado. Ya que David era demasiado bondadoso para rechazar alguna de estas sugerencias, me tomé la libertad de decidir por él.

—Estar tarde tomaremos el té en el Winter Palace... sí, Emerson, lo haremos... y cenaremos con los Vandergelt esta noche... ya he aceptado... así que no habrá tiempo para mucho más. Sennia, quiero que descanses y te quedes en tu habitación; pide a Fátima que planche tu mejor vestido, ya que fuiste incluida en la invitación del señor Vandergelt.

—Yo también, yo también —gritó Charla.

—No, tú no.

La cara de Charla se puso de un vívido rojo y enseñó los dientes con un chillido.

—Cuando aprendas a comportarte como una dama, se te permitirá acompañar a los adultos —dije, por encima de sus gritos.

Ramsés se llevó a Charla, ya que él era el único a parte de mí quien podía controlarla cuando estaba con una de sus rabietas, y fui con Sennia para ver cómo Gargery se las estaba apañando. Como yo había rechazado rotundamente su oferta de servir el almuerzo y como él no se sentaría a la mesa con nosotros, le había hecho enviar una bandeja con el almuerzo para él. Se sentaba encorvado sobre ella como un buitre envejecido y refunfuñó cuando le pregunté cómo se sentía, pero noté que había comido todo.

Entonces me uní a los demás en el despacho de Ramsés, donde les había instruido que se reunieran conmigo

—Debemos solucionar este asunto del documento —les informé, tomando la silla que Sethos apartó para mí—. Lo he revisado y no he podido encontrar nada. Sugiero que lo enviemos inmediatamente a la dirección que le dieron a Sethos.

Frunciendo el ceño, Emerson recogió los papeles. Estaban algo peor que su ropa, andrajosos y manchados (y chamuscados en varios sitios donde yo los había sostenido demasiado cerca de la llama de la vela).

—No puedo ver ninguna razón para hacerlo —admitió él—. ¿Sethos?

—Yo veo varios motivos para hacerlo —fue su respuesta—. De hecho, estoy a favor de incluir una nota conciliatoria declarando que nos abstendremos de acciones adicionales si ellos hacen lo mismo.

—¿Aceptarán nuestra palabra? —dijo Nefret.

—Posiblemente no —dijo Sethos—. Pero vale intentarlo. ¿Qué piensas, David?

—Estoy de acuerdo —dijo David escuetamente.

—Te lo dejaremos a ti, entonces —dije, con un asentimiento hacia mi cuñado.

El salón de té en el Winter Palace era una espaciosa recámara con altas ventanas que daban a los famosos jardines elegantemente amueblada con alfombras orientales y mobiliario afelpado. Generalmente solo se escuchaba el murmullo de la conversaciones bien educadas y el ruido quedo de la vajilla. Esta tarde estaba lleno de gente y el nivel del ruido era más alto de lo acostumbrado.

—No hay presentes muchos periodistas —le comenté a Ramsés.

—Prefieren los bares —dijo Ramsés—. Excepto una.

Señaló a Margaret, quien se había levantado y nos hacía señas.

Nos observó acercarnos con una sonrisa algo burlona.

—Me recuerda a la anterior Reina —dijo ella—. Una... er... dama menuda y solemne, rodeada por altísimos guardias y acompañada por una dama de honor muy bonita. Considéreme intimidada.

La descripción no le sentó bien a Nefret, cuya simpatía hacia Margaret había disminuido después del ataque de ésta contra mí.

Con labios apretados, se sentó en la silla que Ramsés apartó para ella y yo tomé la otra. La pequeña mesa estaba dispuesta para cuatro personas, flanqueada por un diván de terciopelo y dos sillas. Margaret volvió a sentarse en el diván.

—No esperaba tanta concurrencia —dijo ella con una mirada de fingido disgusto.

—Bien, no nos marchamos —dijo Emerson, haciendo señas a uno de los camareros—. Abdul, tres sillas más, por favor.

Abdul no solo trajo más sillas, sino otra mesa, la cual logró encajar, para gran molestia de las personas cerca de nosotros. Una vez acomodados, pregunté:

—¿A quién esperaba?

—No a David. —Margaret le ofreció su mano y le favoreció con una sonrisa amistosa—. No sabía que estaba aquí. ¿Cómo están Lia y los niños?

—Déjese de cortesías —dijo Emerson—. Señorita Minton, tenemos razones para creer que nuestros adversarios todavía están activos. Sería sabio que tome precauciones extras.

Se bebió su taza de sopetón, la posó fuertemente en el platillo y se levantó.

—Realmente admiro su estilo, profesor —dijo Margaret—. Breve y conciso. ¿Eso es todo?

—Ciertamente no —dije—. Siéntate, Emerson, vamos hazlo.

Abdul, quien conocía bien las maneras de Emerson, trajo otra taza. Se la llené.

—¿Qué más hay que decir? —exigió Emerson. Sin embargo, se sentó y recibió la taza.

—¿Ha tenido algún... eh... encuentro inusual, señora Minton? —Pregunté.

—No seamos tan formales —dijo esa dama—. ¿Nuestro pequeño desacuerdo ha sido olvidado y perdonado espero?

—¿Por usted? —Pregunté.

—Ah, pues — dijo Margaret pensativamente—. El perdón es un acto consciente. ¿Uno no puede solo olvidar fácilmente un incidente de tal importancia, no es así?

Estaba disfrutando de la batalla con un opositor hábil, pero Emerson y su hermano mostraban signos de irritación. Sethos, quien había sido intencionadamente ignorado por su esposa, expresó sus

sentimientos sin reserva.

—¿Rechazas tomar en serio la advertencia de Amelia?

La barbilla de Margaret sobresalió.

—Soy completamente capaz de cuidar de mí misma.

—Como lo hiciste en Hayil —espetó Sethos—. Si no hubiera sido capaz de sacarte de allí...

—No me habría pasado nada. —Se giró hacia él, con los ojos brillantes—. Me lo dijiste que tú mismo.

—Quizás estaba mintiendo.

—Ese es un hábito tuyo.

—Vamos, vamos —dije.

—Solo le importa su maldita historia —dijo Sethos violentamente—. ¿No entiendes que ella estaba amenazándote con acusarte de secuestrarla, en la prensa? Margaret, si te atreves...

—¡Entonces dame algo más sobre qué escribir!

—Tened la amabilidad de bajar las voces —pedí—. Las personas nos están mirando.

Entre los fisgones estaba Kevin O'Connell, con su incontrolable cabello rojo, cara bronceada, lleno de flameantes pecas. No había estado en la habitación cuando llegamos, así que debía habernos seguido. Mirándome a los ojos, levantó su taza en señal de saludo.

—¿Veis? —exigió Margaret—. Ha estado siguiéndome durante todo el día. Prometisteis que me mantendríais informada.

Con el semblante casi tan rojo como el de Kevin, Emerson se levantó con todo su majestad.

—Y usted, señora, fue la primera en romper ese acuerdo perpetrando un ataque físico contra mi esposa... su amiga. Venga, Peabody. Ha sido advertida. Si no puede prestar atención a esa advertencia, será responsabilidad suya.

—Ahora, Emerson, no seas tan precipitado —dije—. Estoy segura que Margaret nunca imprimiría semejante historia.

—No sin esperar un juicio por difamación —dijo Ramsés—. Todos los involucrados negarán la acusación.

Los labios de Margaret se movieron, como si enumerara silenciosamente la lista de testigos.

—Hmmm —dijo—. ¿Incluso usted, Nefret?

—No puede suponer algo diferente —dijo Nefret con tranquilidad.

—¿No se pierde nada con preguntar, no es así? —dijo Margaret.

Su suave sonrisa fue demasiado para Emerson. Su inherente código de caballero incluso bajo tamaña provocación protegía a Margaret de su ira, así que la dirigió hacia su hermano.

—Es una pobre excusa que un hombre no pueda controlar a su propia esposa —siseó él, y habría dicho mucho más, espero, si yo no lo hubiera interrumpido con un fuerte—: Buenas tardes, señorita Minton. Vamos, Emerson.

El recordatorio fue suficiente. Silencioso y sometido, Emerson permitió que me lo llevara.

—Francamente —susurré—. Bien podrías haber hecho un anuncio público presentando a tu hermano y su esposa.

—Nadie salvo nosotros me escuchó —refunfuñó Emerson—. Y eso fue un... eh... una generalización.

—Una generalización muy grosera e impropia —dije—. Un insulto a todas las mujeres, sobre todo para tu esposa.

—Vamos, Peabody —protestó Emerson—. No quise decir nada de eso. Solo era...

—Un golpe bajo contra él —dije, mirando hacia atrás a donde estaba Sethos—. Bien, te perdono esta vez, Emerson. Debo confesar que la señorita Minton es una mujer exasperante, y no puedo decir que hayamos conseguido algo esta tarde. Oh bien, hemos cumplido con nuestro deber.

Kevin nos siguió a través del vestíbulo.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó.

—Nada que sea de su maldita incumbencia —gruñó Emerson.

Le hinqué con mi sombrilla.

—La señorita Minton nos invitó a tomar el té, y aceptamos, creyendo que lo hacía como un gesto amistoso. Tal como resultó, solo esperaba obtener información.

—¿No le contó sobre su visita secreta a la tumba? —preguntó Kevin, trotando para mantenerse a la par con los largos pasos de Emerson.

—Como habrá observado, nos separamos amargamente —contesté.

—Carter volverá a abrir la tumba mañana. —Kevin ofreció esa información como un perro que menea su cola con la esperanza de la recompensa.

Emerson se detuvo.

—Yo lo sé. ¿Cómo lo sabe usted?

—Tengo mis fuentes. —Kevin guiñó—. ¿Estará allí, señor?

—No —dijo Emerson—. Venga, Peabody.

Cuando llegamos a la casa los gemelos nos estaban esperando, más limpios y arreglados que en cualquier momento de sus vidas. Se veían como si ninguna diablura hubiera entrado jamás en sus bonitas cabezas, Charla nos pidió a todos perdón por su arrebato de carácter. El cuadro de los dos hermanos era completamente encantador: tomados de la mano, ojos azules y negros levantados de modo suplicante; rizos negros y bucles dorados entremezclándose, al estar de pie tan cerca. Se habían perdido el té con la familia, el cual era uno de los peores castigos que podíamos idear, así que decidí que ninguna acción adicional era necesaria. Hacer que David John sufriera por los malos modales de su hermana era injusto, pero él así lo prefería. Tan diferentes como eran en apariencia y comportamiento, compartían ese fuerte vínculo que a menudo se encuentra entre gemelos y cerraban filas cuando cualquiera de ellos se metía en problemas. Se fueron, todavía de la mano, y escuché a David John decir:

—Si te gustó, te leeré más del libro de cuentos, Charla, ya que pediste perdón tan amablemente.

A ella realmente le había gustado, ya que su vehemente respuesta fue evidente. Quizás la influencia de David John sería más eficaz que mis sermones, si él pudiera aprender a ser menos condescendiente.

Ante mi insistencia nos vestimos apropiadamente para la cena con los Vandergelt. Es prácticamente imposible obligar a Emerson a ponerse el traje de gala, pero se veía muy apuesto en el agradable traje de tweed que había seleccionado (moteado con azul a juego con sus ojos). La ropa que había ordenado, aparentemente para Ramsés, había llegado, y Sethos estaba formalmente vestido en un esmoquin negro de etiqueta. Asumí que lo había hecho para enojar a Emerson. El vestido de Nefret brillaba con cuentas de oro y de plata desde el cuello al dobladillo. Sennia la estudiaba con envidia.

—Deseo tener un vestido así —dijo.

Nefret le dio un abrazo.

—No antes que crezcas un poco. Este vestido te queda muy bien.

En mi opinión, tenía demasiadas volantes y a Sennia le gustaban los volantes. Sin embargo, esto era conveniente para una muchacha joven, y la pálida cinta rosada hacía juego con su cabello negro y morenas mejillas.

En honor a los recién llegados, Cyrus y Katherine se habían esforzado; vajilla de porcelana y cristal, así como flores en floreros de plata adornaban la mesa. Esta era la primera salida de Sennia como adulta en ciernes, y el mismo Bertie la escoltó a la mesa. Extendiendo sus faldas, se sentó y contempló las filas brillantes de cubiertos con un aire de gran complacencia.

—Sé qué tenedor usar —le dijo a Bertie, en lo que mi antigua niñera se refería como el susurro de un cerdo, la referencia era, supuse, a las maneras del cerdo, en vez que a su vocalización.

—Entonces puedes mostrármelo —dijo Bertie. Ambos eran grandes amigos, desde que ella lo había cuidado durante su convalecencia postguerra. Observando sus sonrisas y miradas coquetas, me pregunté si ella había transferido sus afectos juveniles a él. Sennia había decidido que se casaría con Ramsés cuando creciera, pero eso solo había sido una fantasía infantil, nacida de su gran afecto y gratitud. Ahora tenía trece años, la edad en la que la imaginación de una persona joven volcaba sus pensamientos en el género opuesto.

—Y también a mí —dijo Jumana, al otro lado de la mesa. Ella y Sennia sonrieron cordialmente. No siempre se habían llevado tan bien, pero ahora estaban unidas en su aversión común por Suzanne. La muchacha francesa había cometido el error fatal de tratar a Sennia como si tuviera seis años, preguntándole sobre sus muñecas y riéndose cuando Sennia le dijo que prefería los *ushebtis*.

Nadji había causado una mejor impresión. Saludó a Sennia como hizo con el resto de nosotros, con una venia y un apretón de manos, y luego se retiró a una esquina como era costumbre suya. Siempre que lanzaba un vistazo en su dirección veía que escuchaba y miraba, y su sonrisa afable me recordó la perspicaz observación del señor Robert Burns: «Un chico entre hombres tomando notas». No podía decirlo. ¿Era tan tímido como parecía o escondía algo? Según Cyrus, trabajaba con habilidad y eficacia. Incluso Emerson había sido incapaz de encontrar una falla en él.

Como se podría haber esperado, la conversación se centró en las

últimas noticias sobre la tumba de Tutankamón. Cada uno tenía un trocito de noticias o una conjetura.

—Tendrá que comenzar a permitir entrar a la gente —dijo Cyrus —. Ha habido muchas quejas de personas importantes de la localidad.

—¿Incluyéndolo? —preguntó Nefret.

Cyrus tosió cohibidamente.

—A decir verdad, escribí una agradable carta de felicitación a Carter. Esperaba una clase de respuesta, sino una invitación, pero no he tenido noticias de él. Maldito sea por no contestar...

—No te contengas —aconsejó Sethos—. Temo que hayas sido marcado con el mismo cepillo que el resto de nosotros. El resto de la sociedad de El Cairo y Luxor, si venimos al caso. Dicen que se comporta como si la tumba fuera pertenencia personal suya y de Carnarvon. Varias personas se han quejado y la prensa egipcia está furiosa.

—Está bajo considerable tensión —dijo Ramsés—. Conocemos por propia experiencia cuan irritante es que ociosos curiosos interrumpan tu trabajo.

—Creo que esto es más complejo —dije—. Vamos, Emerson, no te quejes, no estoy hablando como psicóloga, solo con sentido común... basado, debería añadir, en mi estudio profundo de la naturaleza humana. Después de todos estos años de ser desdeñado y tratado con condescendencia, Howard repentinamente está en una posición aventajada. Se le ha subido a la cabeza. No me sorprende. La gente que se mofó de sus orígenes humildes y se burló de sus modales burdos demanda ahora humildemente sus favores. Subconscientemente... er... es decir, lo que quiero decir, sin que él mismo sea consciente, Howard puede haberse ofendido incluso por nuestros intentos de asistirle.

—No tiene nada contra mí —protestó Cyrus—. Nunca me mofé de él y no soy ningún curioso ocioso.

—Pero eres un rival de lord Carnarvon como coleccionista —indicó Sethos—. Estaba verde de envidia cuando el año pasado adquiriste la figurilla de Tutankamón.

—Esa no es razón para negarme la entrada a la tumba —dijo Cyrus tercamente—. ¡Maldición!, daría cualquier cosa por echar una mirada. No estoy detrás de ninguno de los artículos, solo quiero

echar una mirada.

Suzanne, al otro lado de Bertie, había estado sentada en un silencio malhumorado mientras él y Sennia charlaban y reían. Debía estar sufriendo un gran dolor al estar enfundada en un vestido de seda que deletreaba la palabra dinero para mis expertos ojos, su rostro estaba pintado y su cabello confinado por una banda de plata. Ser suplantada en el favor de Bertie por una niña de trece años no le sentaba bien.

—Quizás pueda ser de ayuda —dijo de improviso.

Ella consiguió la atención de todo el mundo. La incredulidad fue la reacción común. Jumana puso los ojos en blanco y Emerson barbotó un «¿Usted?»

Suzanne sonrió con una sonrisita de gato.

—Mi abuelo... el padre de mi madre... es vecino de lord Carnarvon. Son viejos amigos. Tuve un telegrama de él la semana pasada, en la que decía que viene a pasar la Navidad conmigo. Y ver la tumba, por supuesto.

Katherine fue la primera en reponerse de su sorpresa.

—Nos complacería mucho que se quedara con nosotros.

—Oh, no, no, él nunca se tomaría esa libertad; he reservado habitaciones para él en Luxor. Ansía conocerlos a todos. He escrito mucho sobre ustedes, en especial, señor y señora Vandergelt, sobre su amabilidad hacía mí.

—¿Quién dem... quién es su abuelo? —exigió Emerson, expresando con su manera franca una pregunta que algunos de nosotros podría haber formulado con mayor cortesía.

—Sir William Portmanteau. ¿Quizás lo conozca, sir?

La pregunta estaba dirigida a Cyrus. Frunciendo el ceño pensativamente, él contestó:

—Tuve trato comercial con él hace algunos años, antes de que me retirara. Ferrocarriles y carbón, esos eran sus intereses. No fue armado caballero en ese entonces.

—Su Majestad le honró en recompensa por sus servicios a Inglaterra durante la guerra —dijo Suzanne con orgullo.

—Así es —dijo Cyrus—. Bien, mi querida, quizás pueda unírsenos para nuestra celebración de Navidad. — No quiso preguntarlo, pero no pudo contenerse—. Y si tiene influencia con lord Carnarvon...

—Estaría encantado de interceder en su nombre —dijo Suzanne.

—En verdad —exclamó Bertie—. Es muy amable, señorita Malraux.

—Por favor. —Dirigió su mirada desorbitada sobre él—. Le he pedido que me llame por mi nombre.

Jumana y Sennia intercambiaron miradas mordaces.

Emerson rara vez se enfurruña (prefiere métodos más directos para expresar sus sentimientos). Se habría ofendido si la oferta de Suzanne lo hubiera incluido, pero estaba igualmente resentido por no ser preguntado. En voz alta declaró que ya había escuchado suficiente sobre el mal... el magnífico Tutankamón, y comenzó a describir a David nuestro trabajo en el Valle Occidental.

—Quizás puedas echarle una mano a la señorita Malraux con sus pinturas de las escenas de la tumba de Ay —dijo, con una mirada malévola a la joven francesa—. Parece tener algunas dificultades.

—Es difícil trabajar en tales condiciones —dijo David, con una sonrisa amistosa para Suzanne.

—Pero hay pocos artistas con su talento —contestó Suzanne, bajando los ojos y sonrojándose con gracia—. Nunca podría decir que le igualo, señor Todros. Estaría humildemente agradecida por cualquier consejo.

—Mañana por la mañana —dijo Emerson—. A las seis.

Cuando Emerson habla, los dioses obedecen, en especial los meros mortales. Todos nos levantamos antes del alba y estábamos listos para salir a la hora que Emerson había decretado. Fuimos capaces de salir de la casa sin Sennia, quien estaba exhausta por su primera incursión en sociedad, seguida por una larga charla con Gargery, que quiso escuchar todos los detalles. Dormiría hasta tarde. Fátima declaró su intención de comenzar los preparativos paras las fiestas horneando, así que esperaba que eso mantuviera a los niños y a Sennia ocupados hasta que regresáramos. Tenía planes para el día.

La única que faltaba en el equipo de Cyrus era Suzanne.

—Le dije que podía recibir a su abuelo en la estación del tren —explicó Cyrus.

—¿Llega hoy? —pregunté con sorpresa—. Me pregunto por qué no mencionó hasta ayer por la noche que venía.

—No habrá querido que nos sintiéramos obligados a

entretenerlo, supongo —dijo Cyrus.

—¿A quién le importa eso? —cuestionó Emerson—. Estamos perdiendo el tiempo. David, quiero mostrarte las áreas que hemos investigado. Quizás puedas identificar algo que hayamos pasado por alto.

Se alejó raudo, con los demás siguiéndolo como patitos detrás de su madre.

Esperé hasta que las cestas del almuerzo fueran abiertas antes de anunciar mis planes. Podría decir que no causaron sorpresa alguna en Emerson. Sus protestas fueron poco entusiastas.

—No necesitas venir —dije, seleccionando un sándwich de pepino—. Pero David ni siquiera ha visto la famosa tumba. Mañana se habrá extendido la noticia de que se volverá a abrir y todo el mundo en Luxor estará allí.

—¿Puedo ir, señor? —preguntó Jumana.

—Claro —dijo Cyrus—. Yo mismo quisiera echarle un vistazo.

—Ah, continúen, atragántense —gritó Emerson—. De todos modos no me son de utilidad. Selim y yo podemos apañárnosla muy bien sin vosotros.

Selim, quien había esperado acompañarnos, pareció abatido. Le guiñé un ojo y una palmadita en el hombro.

Generalmente los turistas dejaban el Valle alrededor del mediodía, regresando a sus hoteles a través del río o a la casa de descanso de Cook cerca de Deir el Bahri. Esperé hasta la última hora de la tarde con la esperanza de evitar las muchedumbres. Nosotros mismos conformábamos una gran partida, ya que al final todos, con excepción de Emerson, habían declarado su intención de acompañarme, y malhumoradamente le dio permiso a Selim. Cabalgó con nosotros hasta el término del sendero del Valle Occidental y se alejó galopando con la nariz en alto. Sospeché que no iría lejos.

Kevin O'Connell estaba holgazaneando cerca de la entrada.

—La esperaba antes, señora —dijo, quitándose su salacot.

—Márchese, Kevin —dije automáticamente.

—¿Por qué? —Se puso a mi lado en el camino, saludando con la cabeza agradablemente a David, a mi otro lado—. Es una persona no grata en cualquier caso. Sea agradable, señora E. y le devolveré el favor. Carter tiene la mayor parte de la entrada limpia.

—¿Dónde está la señorita Minton?

—Revoloteando sobre la tumba —dijo Kevin, frunciendo el ceño —. Ha intentado acercarse a Carter dos veces, pero no tuvo más éxito que yo. Debo decir, que sus maneras dejan mucho que desear.

Algunas personas encuentran el Valle de los Reyes inhóspito y amenazador, sus monocromáticos acantilados beige no se ven interrumpidos por vegetación o agua. Aunque poseen una belleza inherente. Formados por el viento y tiempo, las paredes de los estrechos *wadis* han asumido formas fantásticas y las sombras exponen cambios sutiles de color, del suave lavanda al gris azulado, a medida que los rayos del sol se mueven. En mi opinión no era tan impresionantes como lo fue antes de que Howard Carter y sus sucesores arreglaran el lugar, aplanando los caminos, colocando luz eléctrica en las tumbas más populares y erigiendo muros alrededor de sus entradas. Era algo que debía hacerse, no solo para hacer el acceso más fácil a los turistas que proporcionaban ingresos a los habitantes locales, sino para impedir que el agua de lluvia descendiera por los acantilados hacia las tumbas. Las lluvias torrenciales en Luxor son raras, pero formidables; las he contemplado en varias oportunidades y sé cuan dañinas pueden ser. Pero aún así... el puro romanticismo de trepar sobre escombros caídos, de arrastrarte por estrechos pasadizos plagados de murciélagos con solo una titilante vela para iluminar el camino, estar entre los primeros que contemplen una cámara de entierro llena con los restos rotos de los tesoros que su inquilino había llevado a la tumba, y los restos del propio inquilino, un brazo roto, dedos extendidos como garras, una rostro cuyos parpados marchitos estaban entreabiertos, mostrando rendijas de blanco, que parecían parpadear ante la titilante llama...

¡Cuán afortunada había sido por experimentar tales placeres! Mi profundo suspiro hizo que David me mirara con curiosidad.

—¿Todo bien, tía Amelia?

—Recordaba los viejos días. —Dije como si estuviera soñando— ¿Sabías que a veces se insertaba cebollas bajo los párpados de la momia para darle un aspecto realista?

La imaginación comprensiva de David entendió la aparente irrelevancia. Se rio un poco y me hizo cogerle del brazo.

—Eso debe haber sido una vista maravillosa.

La escalera que llevaba a la entrada de la tumba yacía sobre un hoyo de aproximadamente seis metros bajo el nivel subterráneo. Más limpieza, pensé tristemente, observando el espacio limpio ante la escalera, el tosco cobertizo que había sido construido, el cableado eléctrico que serpenteaba a través del suelo. Se habían erigido varias tiendas de campaña, probablemente para el uso de los guardias; dudaba muchísimo de que lord Carnarvon o Howard se conformaran con esos alojamientos tan burdos. Justo encima y detrás del hoyo yacía la apertura rectangular a la tumba de Ramsés VI. Un bajo muro de contención de piedra sin mortero rodeaba el declive.

David y yo nos reunimos con el resto de nuestro grupo cerca a la entrada de la tumba. Las actividades de Howard no habían pasado inadvertidas, y algunos de los turistas más dedicados aún remolaban, inclinándose sobre el muro. Se podía decir que aclaraban los matices apagados del Valle, aunque no de una manera apropiada; algunas damas llevaban vestidos de azafrán y verde Nilo y los caballeros, trajes de franela llamativamente rayadas. Muchos sostenían cámaras. Mezclándose con ellos e invadiendo los caminos que proliferaban como una telaraña sobre las colinas de escombros a ambos lados del camino había representantes de los aldeanos locales que llevaban turbantes y *galabbiyas*. Margaret Minton, cerca del muro, levantó el brazo y saludó. No respondí el gesto.

El señor Callender, intentando ignorar las cámaras que hacían clic cada vez que aparecía, dirigía un grupo de trabajadores que llenaban cestas con los últimos escombros y se los llevaban.

—Así que ésta es la tumba —dijo David suavemente.

—No muy emocionante.

—Sabe que eso no es cierto —replicó David—. ¿Podemos acercarnos un poco más?

—Varios de tus primos lejanos están entre los guardias —dije, con una sonrisa significativa.

Su llegada había sido notada, y cuando se acercó a uno de los hombres los demás lo rodearon, abrazándolo y saludándolo. Escuchando sus gritos, Callender levantó la cabeza y exigió saber por qué habían dejado sus puestos.

—Permítame presentarle a mi sobrino político, el señor David Todros —dije, adelantándome—. Sin duda estará familiarizado con

su trabajo. ¿Dónde está Howard?

—Se ha ido por este día —dijo Callender—. Y yo estoy a punto de hacer lo mismo. Ehh... Todros. ¿Periodista?

—No, señor —contestó David.

—Un egiptólogo —dije, subrayando la palabra—. Y un artista de cierto renombre. Como habrá visto, estaba saludando a algunos de sus parientes.

—Sí. He oído hablar de él. Emparentado con vuestro antiguo *reis*, Abdullah, creo. —Habiendo establecido el estado de David como un «nativo», saludó con la cabeza bruscamente y luego gritó a los espectadores—: El Valle se cierra. Todos deben marcharse.

—Que grosero —dijo Nefret indignadamente. Callender le dirigió una mirada agobiada y se marchó por el camino que llevaba a la entrada, moviéndose enérgicamente para ser un hombre tan corpulento. Con la misma voz Nefret anunció—: Esa orden no se aplica a NOSOTROS.

Una vez que Callender estuvo fuera de vista, todos nos relajamos. Los trabajadores dejaron sus instrumentos y encendieron cigarrillos, y el *reis* Girigar comenzó a charlar con David. Algunos espectadores se fueron, los guardias sacaron las propinas de rigor de aquellos que quisieron quedarse y la señorita Minton se sentó en la pared y garabateó en su cuaderno, ignorando con ostentación tanto a Kevin como a Sethos. Salvo Cyrus, quien se puso a mirar ávidamente los peldaños cortados en la piedra, los demás perdieron el interés y vagaron por allí. Jumana se pegó a Nadji y lo condujo en dirección contraria.

—Tengo un ataque severo de *déjà vu* —le dije suavemente a Ramsés—. Hay demasiadas personas al acecho, y la tumba vuelve a ser accesible. ¿Por qué Carter no ha instalado la puerta?

—No es un procedimiento simple —contestó Ramsés con voz igualmente suave—. Deberá tener un marco, incrustarlo en la roca sólida. A pesar de todo...

Se calló, mirando con ceño a Kevin, quien escuchaba a escondidas desvergonzadamente.

—¿Espera problemas? —preguntó éste último con impaciencia.

—Márchese, Kevin —dije.

Ramsés empezó a pasear a lo largo del camino, sus ojos iban de un lado al otro. Me apresuré a alcanzarlo. No habíamos ido lejos

cuando el aire fue desgarrado por el sonido de un espeluznante estallido, no detrás de nosotros, cerca de la tumba de Tutankamón, sino más hacia delante, en la entrada a uno de los *wadis*. Una pálida nube de polvo se elevó hacia el cielo. Ramsés empezó a correr.

—Quédese atrás —gritó.

Naturalmente procedí a seguirlo, con el paso más rápido que pude. Cuando lo alcancé el polvo aún se estaba asentando. El sendero y la ladera junto a él mostraban un agujero desigual. Trozos de piedras ensuciaban el suelo. Trozos de piedra y...

Aparté la mirada.

—¿Quién? —Jadeé.

Ramsés giró algo con el pie. Dejó una mancha horrible en el polvo.

—Farhat ibn Simsah.

—¿Estás seguro?

—Sí. No mire, Madre.

Intenté no hacerlo, pero hay una terrible compulsión que atrae los ojos a las escenas de horror. Ramsés interpuso su cuerpo entre yo y los sangrientos restos desgarrados y me sostuvo cuando me tambaleé. Escuché voces y pasos corriendo, escuché a Ramsés gritándoles a los demás que se alejaran, luego fui alzada por un par de brazos que solo podían pertenecer a una persona.

—Oh, Emerson —sollocé—. Has venido. ¡Sabía que lo harías!

—Maldición —dijo Emerson. La fuerte emoción lo privó de un mayor discurso, pero sabía lo que habría dicho si hubiera sido capaz y el consuelo de su abrazo me recuperó.

—No estoy herida, Emerson. Vuelvo a estar bien. Puedes bajarme.

—No en esta vida —dijo Emerson y me alejó.

DEL MANUSCRITO H

Como Ramsés sabía que pasaría, Nefret insistió en revisar a Farhat, o lo que quedaba de él. Una mirada fue suficiente para satisfacer su conciencia médica de que nada podía hacer por el hombre. Ramsés estaba preparado mientras ella inspeccionaba el cuerpo arruinado, odiando lo que estaba haciendo, pero sabiendo que no podía habérselo impedido.

—Debe haberse inclinado sobre el... sea lo que fuera... cuando explotó —dijo, poniéndose de pie—. La explosión le dio de lleno en

el pecho y cabeza. ¿Dinamita?

—No lo creo. No debemos alterar nada antes que la policía llegue. —Tomó su brazo—. Apártate, cariño. Madre puede necesitarte.

El rostro de Nefret estaba más pálido que de costumbre, pero logró formar una sonrisa.

—Madre no. Beberá brandy y dirá que todos hagan lo mismo.

A la sombra del acantilado occidental el resto del grupo se reunía alrededor de su madre. Sentada en el muro junto a la entrada de la tumba de Ramsés III, hablaba y gesticulaba con la mano que sostenía la botella de brandy. Jumana agarraba a Bertie fuertemente del brazo. Tranquilizado en cuanto al bienestar de su esposa, Emerson se había plantado en medio del camino y contenía a los curiosos con gritos y algunos empujones.

—Nadie debe acercarse. Se ha llamado a la policía.

—¿Aziz? —preguntó Ramsés a su padre.

—¿No creerás que las autoridades británicas se preocuparían por la muerte de un nativo? —replicó su padre con patente sarcasmo.

—Creería que Howard Carter podría preocuparse por éste en particular.

El padre de Ramsés le dirigió una aguda mirada.

—¿Crees a pies puntillas en esas líneas, verdad? Bien, bien, lo discutiremos más tarde. O'Connell, quédese donde está.

Uno de los empujones más moderados de Emerson hizo que Kevin retrocediera tambaleante. Se le cayó el sombrero. Alguien rió y O'Connell perdió los papeles.

—Interfiere con la libertad de prensa, profesor —gritó.

—Muy cierto —dijo Margaret Minton, con su cuaderno en la mano. Era ella quien se había reído. Se escabulló de Emerson, evitó la mano extendida de Sethos y trotó hacia la escena del... ¿accidente? Sethos fue tras ella, pero se detuvo después de unos pasos y se quedó quieto con los brazos cruzados, con expresión indescifrable.

Kevin intentó apartar a Emerson, quien lo detuvo con una mano.

—Déjeme pasar —jadeó Kevin—. ¡Flagrante discriminación! ¡Señora Emerson, apelo a usted!

—Déjale ir, Emerson —fue su tranquila respuesta—. Como comprobará, no hay noticia en esto. Solo la muerte inoportuna de

un *fellah* local.

—¿No quiere echar un vistazo? —Ramsés preguntó a su tío.

—A diferencia de mí... a diferencia de la señorita Minton no me deleito con cadáveres sangrientos —dijo Sethos—. La descripción de Amelia me parece suficiente. ¿Alguien está vigilando la tumba? Parece que la mayoría de los guardias están aquí.

Margaret apareció, se le veía un poco verde, pero bastante compuesta.

—¿Cuál era su nombre? —exigió.

—¿Qué le importa? —contestó Sethos—. Solo era un nativo.

—¿Qué le pasó? —Margaret dirigió la pregunta a Ramsés.

Sonidos de arcadas los alcanzaron, y después de un momento Kevin apareció. Se estaba limpiando la boca con la manga, pero sus instintos periodísticos no estaban afectados.

—¿Qué le pasó? —gorjeó.

Emerson se dio la vuelta.

—Obviamente el desafortunado hombre encontró algún dispositivo explosivo y accidentalmente lo activó. Esto es todo. La policía está de camino. Ahora váyanse de aquí, todos.

Margaret se quedó enraizada al suelo hasta que Emerson avanzó sobre ella.

—Interfiere con la prensa, profesor —exclamó, retrocediendo.

—Malditamente cierto —dijo Emerson—. Váyase por su propia cuenta o prepárese a ser cargada. Los quiero a todos fuera del Valle de inmediato.

Su esposa se puso de pie.

—Testigos, Emerson. ¡Sospechosos! Debemos interrogar a todos los que estuvieron presentes.

—¿Ahora? —exclamó Emerson—. Espera un minuto, Peabody...

—Al menos toma todos sus nombres y direcciones. —Guardó la botella de brandy y sacó con entusiasmo papel y lápiz.

Este comentario limpió la escena con mayor eficacia que los gritos de Emerson. Ramsés estaba seguro que su madre había esperado eso; ya que una “concienzuda estudiante de la naturaleza humana” conocía que la mayoría de las personas prefiere no involucrarse con la policía. La mayoría de los espectadores se esfumaron. Maldiciendo, Emerson arrastró a unos intransigentes fuera de sus escondrijos y los persiguió a lo largo del camino hasta

la entrada. Cuando todos se fueron salvo su propio grupo, se dirigió a Girigar.

—¿Todo bien aquí?

—Sí, Padre de Maldiciones. —El *reis* estaba obviamente conmocionado—. ¿Cree que existe algún peligro para la tumba? ¿Envió aviso a Carter *Effendi*?

—No habrá peligro si tú y tus hombres cumplís con vuestro deber —dijo Emerson severamente—. Sí, hay que avisar a Carter. Envía a uno de tus hombres de inmediato.

—Me quedaré hasta que Aziz llegue —dijo Ramsés.

Su padre asintió.

—Muy bien. El resto de nosotros podemos irnos. Prescribo contundentes cantidades de whisky para todo el mundo, sobre todo para ti, Peabody.

—Algo que agradecer, aunque no sea necesario, querido. —Se acarició delicadamente la frente con un pañuelo doblado—. ¿No deberían los otros hermanos ibn Simsah ser informados del fallecimiento de Farhat?

—Sospecho que ya lo saben —dijo Emerson en tono grave—. Acompáñenme. Cyrus, Jumana, Bertie... ¿Nefret?

—También me quedo. —Nefret se acercó a Ramsés—. El señor Aziz querrá consultarme.

—Ah —dijo su suegra, lanzándole una mirada pensativa—. Cierto. *A bientot*[1], entonces, mis queridos.

A solas con su esposa (sin contar con *reis* Girigar y una docena de guardias), Ramsés dijo:

—No necesitas quedarte para protegerme, querida. Todo está bajo control.

—Sí, claro. ¿Fue un accidente?

—No creo que él fuera a explotar intencionalmente —dijo Ramsés.

—Aquí hay una agradable planicie. Bien podemos ponernos cómodos, a Aziz le tomará un rato llegar aquí.

La agradable planicie apenas estaba fuera de la vista de la tumba y los soldados. Ramsés rodeó con el brazo a su esposa, quien se acomodó en su abrazo.

—Al fin solos —murmuró ella—. No conseguimos muchas oportunidades de estas.

—Y en un ambiente tan romántico —dijo Ramsés sardónicamente—. Con un cadáver mutilado cerca.

Nefret giró el rostro hacia él. Al anochecer su pelo brillaba como platino.

—«Cada año otro cadáver», como Abdullah solía decir. No quiero sonar insensible, pero realmente te llegas a acostumbrar.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —dijo Ramsés.

Nefret se rio.

—¿A qué viene eso?

—No lo digo bastante a menudo. No muchas mujeres podrían adaptarse a la extraña vida que esta familia tiene... e incluso parecer disfrutarla.

—«Disfrutar» no es exactamente la palabra. No obstante, creo que podría vivir sin ella, si es que acabara. —Sonriendo, los contornos de su cara suavizados por las sombras, se parecía a la muchacha de la que se había enamorado en las cuevas de la Montaña Sagrada. Estrechó su abrazo y ella se apoyó contra él.

Ella tenía razón, demasiada razón. Tenían pocos momentos de tranquilad, sin las demandas de los niños o de sus padres. Alguien siempre estaba cerca o con ellos. Nunca parecía haber tiempo suficiente para decirle cuánto significaba para él. Su relación tenía sus altibajos, pero eso solo la hacía más preciosa. Nada es perfecto salvo los trabajos de Dios. Un viejo ebanista, conocido suyo, se lo había dicho una vez, y siempre dejaba un pequeño defecto en cada mueble.

De repente Ramsés tomó una decisión que había estado aplazando durante semanas. Le hablaría a Nefret sobre ello, pero no ahora, no cuando su cálido peso se presionaba contra su cuerpo y su suave respiración se elevaba y caía. Casi llegó a lamentarlo cuando un saludo de Girigar anunció la llegada de la policía.

Aziz dirigía un carro atestado. Sus hombres, inmaculados en sus uniformes blancos, hacían que los soldados en sus polvorientos y mal entallados trajes se vieran aún más lamentables. El área delante de la tumba de Tutankamón estaba radiantemente iluminada, una medida de seguridad que Ramsés solo podía aprobar. Estrechó la mano de Aziz, cuya barbudo rostro moreno contenía cierta satisfacción suprimida. Le habían dado el trabajo de custodiar la tumba al ejército, no a él. Ahora tenía la responsabilidad y pensaba

demostrar su superior eficiencia.

Nefret y Aziz se conocían bien, ella había asistido a la policía en numerosas ocasiones. Sentía un alto respeto por él y Ramsés siempre había sospechado que los sentimientos de Aziz hacia ella eran una bagatela más fuerte que la simple admiración. Siempre un caballero, se inclinó sobre la mano femenina antes de ir al grano.

—Dígame lo que escuchó y vio. Solo los hechos, por favor.

Ramsés había tenido tiempo para organizar sus pensamientos. Cuando terminó su breve informe, Aziz asintió con aprobación.

—Ahora muéstreme.

Los acantilados del estrecho *wadi* lateral cortaban la luz de las estrellas y de la luna creciente. Iluminado por la luz de antorchas, la escena de muerte parecía aún peor, un calidoscopio de imágenes espeluznantes.

Después de una rápida y exhaustiva revisión, Aziz se acarició la barba pulcramente recortada y dijo:

—Temo que será difícil tomar fotografías. Sin embargo, lo intentaremos.

Nefret soltó una pequeña exclamación de consternación.

—Lo siento, señor Aziz. Debería haberlo hecho antes.

—No pida perdón, señora. ¿Sin duda ha hecho un examen de los restos?

—Solo un examen superficial. No quise alterar la escena. Estaba más allá de cualquier ayuda, y no hay duda de qué lo mató. La explosión lo golpeó en el pecho y cara.

—Por tanto lo sostenía o se inclinaba sobre ello. Extraño, por no decir más —dijo Aziz con sequedad—. Esta gente sabe cómo usar la dinamita. No se quedaría junto a ella después de haber encendido la mecha.

—No fue dinamita —dijo Ramsés. Dirigió el brillo de su antorcha a un lado. Una chispa brilló—. Esto es vidrio. Parte de una pequeña botella de cristal. Y allí, y allí... Restos de un tubo.

—¿Un tubo? —exclamó Aziz—. ¿Una bomba? He oído de tales cosas...

—Una bomba muy primitiva —dijo Ramsés—. Y terriblemente fácil de hacer. Se empieza con una pieza de tubería de hierro con tuercas de tornillo. Dentro, hay un contenedor metálico lleno de ácido pícrico. Suspende una pequeña botella de vidrio de uno de los

extremos del tubo. Este contiene ácido nítrico y se cierra con un tapón suelto de algodón. El dispositivo es completamente inocuo mientras el tubo se mantiene derecho; pero cuando lo volteas, el ácido nítrico se filtra a través del algodón y se mezcla con el ácido pícrico y...

—Y lo hace detonar —terminó Aziz—. ¿Cómo sabe de este dispositivo?

Sonaba suspicaz, pero Aziz siempre lo hacía.

—Los explosivos no son uno de mis intereses principales —dijo Ramsés con sequedad—, pero hablé sobre ello hace unas semanas con Thomas Russell, el Comandante de la policía de El Cairo.

Los labios apretados de Aziz se relajaron. Thomas Russell Pasha, era admirado si no querido, por todo policía dedicado en Egipto. No era desgracia alguna para Aziz, aprender de Russell.

—¿Dónde escuchó Farhat de ello? —preguntó Nefret—. Dice que es fácil de hacer y los materiales no son difíciles de adquirir, ¿pero cómo un hombre como este, analfabeto y no informado, habrá sabido cómo reunirlos?

—Subestima la mente criminal, señora —dijo Aziz—. Estos bandidos se comunican entre sí, trasmitiéndose información de palabra o por el ejemplo, desde El Cairo a los pueblos más remotos. A diferencia de sus hermanos, que son tan cobardes como poco escrupulosos, Farhat era un criminal endurecido. Pero no uno muy inteligente. No prestó atención a la advertencia de cómo manejar el dispositivo o en su arrogancia no hizo caso. No representa pérdida alguna —terminó Aziz, limpiándose las manos ceremoniosamente.

—Excepto, quizás, para su madre —dijo Nefret.

La cara severa de Aziz se suavizó.

—Usted es madre, señora, y buena de corazón. No se apene. Puede dejarme esto a mí.

Era una despedida amablemente formulado. Mientras caminaban a lo largo del sendero hacia la entrada del Valle y sus caballos que los esperaban. Ramsés se preguntó por qué Aziz no había hecho la pregunta obvia. ¿Qué habría intentado hacer Farhat con su bomba casera?

—¿Así qué Carter nunca se molestó en venir? —preguntó Emerson, entregándole a Ramsés un whisky con soda.

—No mientras estuvimos allí. —Ramsés empujó a un lado al

Gran Gato de Ra y se reunió con su esposa en el sofá—. Sabía que la tumba estaba segura. Girigar y los demás se encargaban de ello y Aziz está allí con varios de sus hombres.

—Sabes, mi querido Emerson —dije, en respuesta a las quejas mudas de Emerson—. Tú habrías marchado de arriba a abajo frente a la tumba toda la noche. Sin embargo, no existe motivo para suponer que Farhat planeara usar su pequeña bomba casera en un asalto a la tumba. Un dispositivo muy útil, debo decir. Extraordinariamente fácil de construir...

—No metas ideas, Peabody. —Las quejas de Emerson tomaron forma.

—¿Por qué demonios querría hacer una bomba, Emerson?

—Solo Dios lo sabe —dijo Emerson con sentimiento.

La cuadrilla Vandergelt, como Cyrus los llamaba, había rehusado mi invitación al té. Incluso Jumana parecía trastornada y yo misma no me encontraba en un estado de ánimo apropiado para agasajar. Conseguimos que los niños se fueran a la cama y persuadimos a Sennia que pasara la tarde con Gargery, de modo que cuando Ramsés y Nefret llegaron fuimos capaces de hablar libremente.

—¿Qué pensaba hacer con eso? —preguntó Sethos.

—¿Quién? —Emerson salió de su ensimismamiento el cual, a juzgar su expresión, había causado algunos presentimientos.

Desplomándose en un sillón con las piernas estiradas y manos dobladas en su cintura, Sethos dijo:

—Farhat. ¿Qué es lo que intentaba explotar?

Había revisado mi teoría inicial después de escuchar la descripción de Ramsés de la bomba.

—A ti, quizás —dije—. Esa clase de dispositivo es más característico de revolucionarios que de ladrones de tumbas.

Sethos soltó un resoplido de escarnio, y Ramsés dijo:

—Farhat no era un revolucionario, ni, en mi opinión, le gustaría ser contratado por tales personas. Sin embargo, creo que alguien además de Farhat construyó esa bomba.

—Sir Malcolm estaba en el Valle hoy —dije—. Lo vi observar. Ha adquirido un nuevo *dragoman*. El otro tipo debe haber tenido suficiente de él.

—Siempre está en el Valle —dijo Emerson—. Solo quieres culparlo de algo, Peabody. ¿Qué bien le haría hacer estallar una

bomba en la entrada de la tumba de Tutankamón?

—Se arriesgaría a dañar a las antigüedades —admití.

—O a bloquear la entrada —dijo Ramsés—. Estoy de acuerdo con la suposición original de madre. Esto es un golpe político, no un robo.

—La comida está servida —dijo Fátima, desde la puerta.

Mientras pasábamos en fila, me cogió de la manga.

—¿Él está en peligro, *Sitt*? ¿La bomba estaba destinada para él?

—No lo sabemos, Fátima. Debemos confiar en Dios.

Su cara preocupada se animó.

—Sí, *Sitt*, es verdad. Alá no dejaría que el daño alcanzara a un hombre tan bueno. He puesto encantamientos en su cuarto.

Sethos podía haber escuchado por casualidad el intercambio. Era un fisgón consumado. Fátima sirvió el plato de sopa, y él dijo, casi casualmente:

—He estado reconsiderando el otro asunto. ¿Se os ha ocurrido que la desesperada persecución y los furiosos ataques realmente no son para tanto? Nadie ha sido asesinado o gravemente herido, excepto el viejo hombre santo, cuya muerte podría haber sido circunstancial. ¿Estamos de acuerdo, no es así, que Farhat... ehh... el accidente no tiene nada que ver con nosotros?

Había usado casi las mismas palabras que yo había usado cuando discutí el asunto con Ramsés hacia poco... con Sethos como el sospechoso.

—¿Entonces cuál es la razón de todo ello? —Pregunté.

Sethos terminó su sopa antes de contestar.

—No lo sé. Pero puede ser que nuestros temores de violencia sean infundados. Pongamos los casos uno tras otro. Ramsés y Emerson nunca estuvieron en peligro serio, el fuego fue fácilmente extinguido y existían otras formas de salir. El anciano podría haber fallecido de un agudo terror mientras era registrado. Abandonaron relativamente ileso a Nadji cuando se dieron cuenta que no era yo, y Gargery fue entregado indemne en la estación a tiempo para tomar el tren.

¡No quería preocupar a Fátima, ella parecía sentirse más preocupada por él que el resto de nosotros! pero sentí curiosidad por ver con qué otras explicaciones fáciles podía salir.

—Te dispararon y fuiste herido —indiqué—. Y alguien intentó

empujarte bajo un tren.

—Ah, eso fue hace tiempo. Un estallido inicial de entusiasmo, diría yo. El caso es que nadie más ha sido amenazado, y no creo que lo sean. Ciertamente no los niños. Cualquiera que los conozca un poco sabrá que arrasarían con todo Oriente Medio si alguno saliera herido.

Recorrió la mesa con la mirada, esperando una objeción. Nadie la ofreció. Oh, bien hecho, pensé. Es bueno en esta clase de cosas. Incluso Ramsés parecía impresionado por el argumento; los ojos azules de Nefret sonreían y David asintió lentamente, como si estuviera de acuerdo.

—Así pues —dijo Sethos prestamente—, la conclusión lógica sería que nuestros «amigos» saben que no hemos descifrado el mensaje, ya que habríamos actuado en consecuencia. Han decidido, correctamente, que no lo hemos podido descifrar o ya lo habríamos hecho.

—¿No estarás sugiriendo que bajemos nuestra guardia, verdad? —preguntó Emerson.

—En absoluto. Todo lo que estoy sugiriendo es que evitemos remover el problema y esperemos a que ellos hagan lo mismo. ¿Qué es esto? Oh, el famoso cordero relleno de Maaman. Gracias, Fátima. Espero que tus preocupaciones hayan disminuido.

—Oh, sí. Siempre y cuando lleve el encantamiento.

—¿Ropa? ¿Encantamiento? —preguntó Ramsés.

No había observado el delgado cordón de seda alrededor del cuello de Sethos. Sintiendo todos las miradas sobre él, sacó de debajo de su camisa un pequeño objeto. Era una *hegab* de plata, de la clase que por lo general usaban las mujeres, de forma cilíndrica y que contenía un pequeño pergamino con un encantamiento protector escrito o verso religioso.

—Muy bonito —dije. Emerson se mordió enérgicamente el labio inferior, reprimiendo el comentario grosero que habría herido los sentimientos de Fátima; y David dijo suavemente:

—Sí, Fátima. ¿Y qué pasa con nosotros?

—No estáis en peligro —dijo Fátima con perfecta calma y terminó de servir el cordero relleno.

Este estaba muy bien, pero mi apetito no era el mejor. ¿Sethos se sentía tan satisfecho de sí mismo que no podía darse cuenta que

su razonamiento lo señalaba a él directamente? Cada punto que había comentado podía aplicarse a él. Incluso podía haberse pegado un tiro a sí mismo. Si bien una vez me dijo que era violentamente adverso al dolor, la herida no era grave. Podría imaginarlo, cerrando con fuerza los ojos y con las manos temblorosas, mientras apuntaba y apretaba el gatillo.

Había pasado tiempo desde que soñé con Abdullah; cuando lo vi venir hacia mí desde el Valle de los Reyes, mirando de un lado al otro como si disfrutara de la vista, estaba lo suficientemente fastidiada para decir algo tonto.

—¿Dónde has estado?

—Aquí —dijo Abdullah, acariciando su sedosa barba negra.

No era un lugar tan malo para pasar la eternidad. Inhóspito como un paisaje lunar, la meseta rocosa se extendía detrás de él, pero el viento soplaba fresco desde el río y el valle tupido de abajo se extendía como una alfombra tejida, arena plateada cercada por campos verde esmeralda y centellante agua, estampado con pequeñas aldeas y las piedras caídas de los templos en ruina a lo largo de los cultivos. Siempre nos encontrábamos allí, donde a menudo habíamos estado juntos en vida.

—Humm —dije.

Abdullah se rio entre dientes.

—Como Emerson diría. ¿Alguna vez se ha preguntado, Sitt, por qué vengo a usted y no a él, quien era tan cercano a mí como un hermano?

—No.

No había necesidad de decir más. Estuvimos de pie en silencio durante un momento, mirándonos fijamente a los ojos.

—No quiero reprocharte nada —dije. —Pero necesito desesperadamente de consejo. Hemos tenido nuestra parte de problemas, el cielo lo sabe, pero nunca me he encontrado en tal estado de confusión. No sé en quién confiar o qué hacer.

—¿Quiere que YO le diga a USTED qué hacer? —preguntó Abdullah con exagerado asombro.

El momento había pasado. Eso estaba bien, tal intimidad espiritual no podía prolongarse mucho tiempo.

Me senté en el suelo y metí los pies debajo de mí, esperando que fuera capaz de levantarme sin torpeza. No deseaba más comentarios

de Abdullah que subrayaran mi edad y las dolencias.

—Se lo diré, entonces —dijo Abdullah, sentándose grácilmente cerca de mí—. Celebren su Navidad y hagan felices a los pequeños. Pero no le dé a Charla un arco y flechas.

—Como si fuera hacerlo. Pero...

—Tráigalos a visitar mi tumba durante el Día de Issa. Cada uno puede dejar una ofrenda —dijo Abdullah con suficiencia—. Un retrato mío por el pequeño artista, un brazalete de plata de Charla... se está volviendo muy apegada a las posesiones y de Sennia, uno de los bonitos lazos que lleva en su pelo. Y dinero para los pobres, a mi nombre.

Lo miré con sorprendida desaprobación.

—Tu santidad se te ha subido a la cabeza, Abdullah. ¿O intentas despistarme?

—Es importante complacer a los pequeños, *Sitt*, y también enseñarles caridad y amor. El santo Corán y vuestro propio Libro Santo nos dicen que debemos compartir nuestra fortuna con aquellos que no tienen.

Parecía tan santurrón, con los labios apretados y ojos en alto, que me sentí tentada de reírme. Había sido un hombre mundano, seguidor de los preceptos de su fe, pero no les había permitido, cómo diría yo, interferir con el disfrute de la vida. Quizás convertirse en un santo lo había iluminado.

—Es muy cierto, Abdullah, y veré que tus deseos se realicen. ¿Ahora qué tal si me das un consejo práctico?

—Se está metiendo en asuntos que no le conciernen, *Sitt*. Déjelos estar.

—Eso me suena familiar —dije con sequedad—. Quizás podrías ser más específico. ¿Qué asuntos me conciernen?

—Solo dos asuntos. La felicidad de los pequeños y la tumba del faraón.

—He tomado medidas para salvaguardar a los niños.

—Eso no es lo que quiero decir. Nadie amenaza a los niños. Ningún hombre en Egipto se atrevería a tocarlos por miedo a la ira del Padre de Maldiciones.

—Eso es lo que Selim dijo.

—Selim tiene razón... por una vez —dijo el padre de Selim—. Hágalos felices y guarde la tumba.

Se puso de pie con un solo movimiento. Viendo que estaba a punto de marcharse a su habitual modo abrupto, me apresuré a levantarme.

—¡Espera! La tumba de Tutankamón no es nuestra para que la protejamos, Abdullah. Es de lord Carnarvon.

Abdullah se dio la vuelta con un revoloteo de faldas blancas. Frunció el ceño y habló con vehemencia extraña.

—No es de él. Ni es vuestra. Pertenece a Egipto y al mundo. *Sitt*, por lo general no es tan lenta para entender. Guarde la tumba, no solo de los pequeños ladrones como los ibn Simsah, sino de los hombres codiciosos que se quedarían sus tesoros para sí mismos.

Capítulo 8

—Estaba hablando de Carter y Carnavon —expliqué.

Había descrito mi sueño con Abdullah a la familia cuando nos reunimos para desayunar. En un inicio mantuve en secreto mis sueños, pero ahora todo el mundo, incluso cada aldeano de Samaria, sabía sobre ellos y las expresiones de duda o escarnio ya no me molestaban. No es que recibiera muchas. Los gurnawis creían firmemente en el estatus de Abdullah como santo. Ramsés y Nefret eran neutrales, de mente abierta, debería decir. Emerson había aprendido a restringir sus dudas a solo cejas levantadas y quejas inarticuladas. En su mayoría.

—No solo ellos —dijo Ramsés, aceptando una escudilla de avena de Fátima—. El Museo Metropolitano conseguirá su parte, como han hecho en el pasado tales instituciones.

Nefret se rio entre dientes.

—¿Quién habría supuesto que el querido y viejo Abdullah tendría simpatías nacionalistas?

—Extrañamente similares a las creencias de Peabody —dijo Emerson.

—Decide, querido —dije agradablemente—. Mis visiones de Abdullah son reales o son el producto de mi inconsciente.

—No creo en el inconsciente —gruñó Emerson.

—Entonces ahí está tu respuesta —dije.

—Se nos ha terminado casi la mitad del tocino —dijo Fátima—. Y usaré lo que queda de pasas en mis horneados para las fiestas. ¿Pedirá más, *Sitt*?

—Haz una lista —dije—. La enviaré a El Cairo.

Su esfuerzo por cambiar de tema no tuvo éxito. Bajo mi soberbia estocada irrefutable, Emerson preguntó sarcásticamente:

—¿Por qué no pedir directamente a Fortnum y Mason? Allí es

donde Carnarvon consigue sus provisiones. Salmón enlatado, lengua y gallina de Guinea al curry, Por Dios.

—El gasto es injustificado, Emerson —contesté—. Regresando, si puedo, a mi conversación con Abdullah. Su otra recomendación consistió en que hiciéramos de esta una temporada alegre para los niños. Solo nos queda una semana para prepararnos y hay mucho que hacer. Debo hacer que David John comience el retrato. Abdullah lo solicitó expresamente.

—¿Cómo podrá pintar un retrato de un hombre que nunca conoció? —exigió Emerson.

—Tenemos fotografías —dije con paciencia—. Y David lo ayudará. ¿No es así, David?

—Por supuesto. Se está convirtiendo en un talentoso pequeño artista.

Casi habíamos terminado cuando Sennia llegó corriendo. Observé que llevaba uno de sus «trajes de trabajo», que se parecían a los míos y a los de Nefret, salvo que ella tenía una falda dividida en vez de pantalón.

—¿Por qué no me despertasteis? —exigió, deslizándose en la silla que Ramsés sostenía para ella—. Hoy iré con vosotros.

—Una muchacha en crecimiento necesita dormir —contesté—. ¿No ibas ayudar a Fátima a decorar la casa y hornear el pastel de Navidad?

—Los niños pueden hacerlo —dijo la señorita Sennia en voz alta —. Quiero ver la tumba de Tutankamón.

—No vamos allá —dijo Emerson, pero lo dijo menos enérgicamente que de costumbre. Habíamos recibido a Sennia en nuestra casa cuando apenas tenía dos años de edad y se había ganado un lugar permanente en el corazón de Emerson.

—Quizás deberíamos, Padre —dijo Nefret. Terminó un trozo de tostada y tomó otra—. Esperaba tener noticias del señor Aziz esta mañana, pero no he recibido mensaje alguno.

—Es un hombre de gran delicadeza —dije—. No hay duda que espera ofrecer sus servicios.

—¿Qué puede hacer? —demandó Emerson—. No había nada más del tipo salvo trozos de... eh...

—Escoria —dijo Sennia, atacando su avena con saludable apetito.

—Por Dios —gritó Emerson—. ¿Quién te dijo eso? ¿Fuiste tú, Fátima? Espero que no hayas compartido esa encantadora descripción con los gemelos.

—Dios Santo, menudo humor combativo tienes esta mañana, Emerson —dije—. Fátima nunca haría algo así. Supongo que fue Kareem o uno de los otros.

—Gracias, *Sitt Hakim* —dijo Fátima, lanzándole a Emerson una mirada de reproche. Con gran dignidad salió de la habitación... llevándose la cafetera con ella.

—Siempre se lleva la cafetera cuando se enoja conmigo —refunfuñó Emerson, mirando tristemente su taza vacía.

Fátima fue persuadida a aceptar sus disculpas y rellenar su taza. Entonces convencí a Emerson de que aceptara mi sugerencia de volver al Valle Oriental.

—Sennia merece una mirada —admitió—. De todos modos, debería asegurarme de que Carter instale hoy esa puerta suya. No se puede confiar en el tipo.

Eso era injusto para Howard, pero no lo expresé. Me estaba sintiendo menos inclinado en ser justa con él, considerando su trato hacia nosotros.

David declinó acompañarnos, explicando que le había prometido a Cyrus hacer unos esbozos de la tumba de Ay.

—La señorita Malraux estará fuera durante algunos días, entreteniendo a su abuelo, ya ven. No sería... es decir, yo no puedo....

—Sugerir que su trabajo no es lo suficientemente bueno —terminé, dándole una afectuosa palmadita en el hombro—. Esto es tan propio de ti, David, ser tan sensible por sus sentimientos.

—Bah —dijo Emerson, reclinando la silla—. La muchacha apenas si es competente. No puedo imaginar por qué la contrataste, Peabody.

—Fuiste tú quien la contrató, Emerson.

—Por tu recomendación.

Era probable que él ni siquiera se hubiera molestado en mirar su portafolio. A pesar de todo, la responsabilidad era mía, así que me sentí obligada a defenderme.

—Es difícil encontrar artistas excepcionales, Emerson. Howard, Davies y David, están siendo suplantados por fotógrafos. Dentro de

poco habrá fotografía en colores y luego...

—Pero aún no lo tenemos —dijo Emerson—. Y la fotografía nunca sustituirá los ojos entrenados de un observador humano como David. Hablando de esto, mi muchacho, si pudieras quedarte unos cuantos...

Sabiendo lo qué estaba a punto de pedir y decidida a impedírselo, interrogué a mi cuñado:

—¿Y qué pasa contigo?

Sethos se recostó en su silla con un suspiro de cansancio.

—Voy a ayudar a Fátima a preparar el pastel de Navidad.

No éramos los únicos que encontrábamos imposible alejarnos de la tumba de Tutankamón. Después de semanas de ser inaccesible, pronto se reabriría y comenzaría la retirada de las antigüedades. Esperanzados espectadores, cámara en mano, estaban en fila junto al muro. Esperaban ver la extracción de tesoros de oro y como estos eran transportados por el camino que llevaba a la tumba de Seti II, la cual había sido elegida para servir como laboratorio de conservación y almacén. Estaban condenados a la desilusión, al menos durante unos días. Si Howard seguía los procedimientos adecuados, los objetos serían fotografiados en situ y se haría un esbozo detallado de sus posiciones. El revoltijo de objetos en la primera estancia se parecía a un juego de palitos chinos; tendrían que ser desenredados con suma cautela, pieza por pieza, y muchos estarían en una frágil condición. El toque más leve podría dañarlos.

Mi corazón fue hacia mi querido Emerson, quien observaba la actividad en las cercanías de la tumba con una mirada de la más pura agonía.

—Tendrá que idear un sistema de registro —dijo, para sí mismo —. Cada fragmento, cada objeto, numerarlos, hacer bosquejos, fotografiar y listarlos. Él meterá la pata, Peabody, sé que lo hará.

—No contigo vigilando sobre su hombro —dije, tomando su brazo y apretándolo.

—Si tuviera una pizca de sentido consultaría con padre —dijo Nefret indignadamente.

—Ha tenido la sensatez de conseguir a los mejores ayudantes —dijo Ramsés, añadiendo, con una sonrisa sarcástica—, sin contarnos a nosotros mismos. Hall y Hauser son excelentes dibujantes y dicen que el señor Lucas ha ofrecido sus servicios.

—Me pregunto si el señor Lucas conoce la parafina —reflexioné.

—Considerando que es el jefe del departamento de química del gobierno y ha tenido considerable experiencia con antigüedades frágiles, creo que sí —mencionó Ramsés—. Pero, por supuesto, se lo mencionarás.

—Naturalmente —dije.

—Callender tiene la puerta de acero —dijo Ramsés, en una intento adicional de consolar a Emerson, quien contestó con un gruñido.

—No veo a Howard —comenté—. ¿No ha venido hoy?

—Allí está —dijo Nefret, señalando. —Debe haber estado examinando la escena del... accidente.

Su rostro mostraba un ceño fruncido, Howard se acercó a nosotros, apartando a varias personas que intentaron dirigirse a él. Estaba totalmente convencida de que también nos ignoraría; pero por lo contrario se detuvo, y después de un momento se quitó el sombrero.

—Entiendo que anoche estuvieron presentes cuando ocurrió el incidente —dijo, después del más ligero de los asentimientos.

—Correcto —dije.

—¿Uno de los ibn Simsahs, me dicen?

—Correcto.

—¿Y este hombre está aquí por su invitación? —Hizo gestos hacia el señor Aziz, quien lo había seguido a corta distancia.

—Está aquí porque ocurrió una muerte violenta y es el inspector en jefe de la policía de Luxor —dije, pinchando a mi marido para que se mantuviera tranquilo.

—Sí, claro. Bien, han retirado el cuerpo quitado y no veo razón para que se quede. Rechaza obedecer mis órdenes —continuó Howard, con un mirada dura hacia Aziz—. Quizás los escuche a ustedes.

—Maldito sea, Carter, no tiene autoridad para darle órdenes —estalló Emerson—. Si solo usara algo de tacto...

Pinché con más fuerza a Emerson y emitió un gruñido de dolor. Él estaba en lo cierto, pero que Emerson le diera alguien un sermón sobre tacto era, por no decir más, inapropiado.

—Hablaremos con el inspector —dije—. ¿Está seguro que no quiere que algunos de sus hombres permanezcan de guardia?

—No —dijo Howard prontamente. A regañadientes añadió—: Eh... gracias.

—Señor Carter —dijo una voz también familiar—. ¿Una pregunta, si me lo permite?

Howard prorrumpió en un gruñido reminiscente de Emerson en sus mejores momentos y procedió a descender por el agujero. Me giré hacia Kevin O'Connell.

—Póngase el sombrero —dije—. Su nariz se está pelando. ¿Sin suerte?

—No para mí ni para nadie de los míos —dijo el irreprimible O'Connell en su mejor (o peor) acento irlandés. Suspiró y se frotó la nariz con picazón—. Ni siquiera un oficial de la ley se ha dignado a decirme algo interesante. Tendré que recurrir a la maldición.

—¿De qué demonios está hablando? —Exigí, observando que Ramsés y Nefret conversaban con Aziz. El rostro del inspector estaba ligeramente sonrojado y gesticulaba enérgicamente.

—Ah, será una bonita historia —canturreó O'Connell—. Primero la muerte de la ave dorada de Carter, a manos de... eh... las mandíbulas... de una cobra real; ahora la muerte misteriosa de un nativo... su nombre no importa... en el día que la tumba vuelve a abrirse y los tesoros del faraón están a punto de ser trasladados de su último lugar de descanso por las manos impías de infieles extranjeros.

Esperé a que continuara, pero después de una mirada al sombrío semblante de Emerson y los desorbitados ojos oscuros de Sennia, decidió no mencionar maldiciones específicas contra personas específicas.

—Una sarta de tonterías —dije.

—Eso es lo que son esa clase de historias, señora E. Hechos incongruentes y mucha imaginación. Debería saberlo, he escrito varias de esas.

—Me gustan las historias sobre maldiciones —dijo Sennia, viéndose muy seria con su pulcro abrigo y falda—. Pero *son* absurdas, señor O'Connell.

—Márchese, Kevin —dije.

Naturalmente Kevin no hizo nada por el estilo. Permaneciendo a una distancia segura de Emerson, nos siguió al lugar donde Aziz y mis hijos charlaban.

—¿Ha estado aquí toda la noche? —Pregunté, observando que las mejillas de Aziz estaban oscuras por una barba incipiente. Como la mayoría de musulmanes tenía barba, pero siempre era meticuloso en el afeitado de las áreas que no eran parte de la misma.

—Tal como era mi deber, señora. El señor Carter me ha informado que yo y mis hombres ya no somos requeridos.

—Ni yo, al parecer —dijo Nefret agradablemente—. El señor Aziz ha trasladado al pobre Farhat al *zabtiyeh* y cree que no hay necesidad alguna de un examen adicional.

—La causa de la muerte es obvia hasta para un nativo ignorante como yo —dijo Aziz. Lamentando su tono irritable, inclinó la cabeza ante Nefret en una disculpa tácita—. Es una imagen desagradable, incluso para un médico de tanta experiencia como usted.

—¿Entonces lo sepultaran hoy? —interrogué—. Me pregunto si deberíamos asistir a las exequias.

Emerson refunfuñó, Ramsés enarcó sus cejas, e incluso el controlado semblante de Aziz expresó asombro.

—Quizás no —dije.

—La asistencia no será mucha —señalizó Aziz, con un poco de ironía—. Muchos lo aborrecen, ya que ha traído vergüenza a su familia. Yo mismo estaré presente por si se presentan sus hermanos granujas. Hasta ahora no he sido capaz de ponerles las manos encima.

—¿Cree que están implicados en su muerte? —preguntó Ramsés.

—Siempre están implicados en los malos tratos del Farhat. Quiero interrogarlos. Ahora si me perdonan, debo retirar mi indeseada presencia.

Convocó a sus hombres con una orden brusca y se los llevó.

—Dios querido —dije—. Howard parece estar decidido a ofender a todos los que pueda. Emerson, ¿por qué no muestras a Sennia la tumba y le cuentas lo que sucederá?

No se equivoque, querido Lector; los niños se sienten fascinados por acontecimientos horrorosos e imágenes repelentes. Nunca he conocido a un niño que no se deleite con las momias. Sin embargo, en mi opinión, la pequeña señorita Sennia ya había escuchado suficientes horrores; no tenía intención de permitirle ver lo que podría haber quedado de Farhat. Emerson indicó su acuerdo con mi

opinión y se llevó a Sennia a la tumba. Procedí a dirigirme, como había sido mi intención, a la escena del... accidente.

Después de todo, no había mucho que ver. Aziz había hecho un trabajo meticuloso al limpiar. Cada fragmento había sido removido, incluyendo los fragmentos rotos de vidrio. Solo quedaban algunas oscuras manchas de sangre.

—La ráfaga fue la que le mató —le dije a Nefret—. Si hubiera estado muerto antes del estallido, no habría tanta sangre.

—No si murió solo momentos antes —argumentó Nefret—. Abatido por una herida mortal.

—Cedo a tu experticia médica, por supuesto —dije—. Pero por motivos lógicos tal escenario es el más improbable. Habríamos escuchado el sonido de un disparo o una lucha. Y si entiendo la forma en que el maldito dispositivo funciona, este explotó justo después que alguna clase de ácido se mezclara con otro.

Observé inquisitivamente a Ramsés, quien ponderó la pregunta y luego dijo:

—Se necesitarían unos segundos para que el ácido nítrico penetrara el algodón. Esto comenzaría tan pronto como el tubo cayera al suelo. Dudo que un asesino se arriesgara a una caída.

—Por no mencionar la falta de motivo para una muerte cruel —dije—. Al menos no puedo pensar en uno.

—¿Descubro cierta nota de pena? —preguntó Ramsés gravemente.

Esta era solo una de sus pequeñas bromas.

—Preferiría un lindo y sencillo asesinato a nuestro estado actual de confusión —contesté, solo medio en broma.

Me había olvidado a Kevin, quien tenía la capacidad de un periodista entrenado de acercarse sigilosamente a una víctima distraída. Recordando su presencia por un débil sonido de trazos, me di la vuelta para verlo garabatear en su infernal cuaderno.

—No puede citarme, Kevin —dije severamente.

—Si así lo dice, señora E.

(Debería añadir, para ser justos con Kevin, que no lo hizo. Cuando su historia apareció, esta decía: «Se conoce que la señora Emerson prefiere el asesinato a otras formas de delito. También es conocida por ser una experta en antiguas maldiciones egipcias». Mi abogado me ha informado que ninguna acción puede ser

interpuesta).

DEL MANUSCRITO H

—Interpreto por la mirada aburrida del señor Carter que está fanfarroneando —declaró Nefret—. ¿Por qué le damos la satisfacción de desairarnos?

Ramsés estaba totalmente de acuerdo, aunque entendía mejor que la mayoría las dificultades a las que Carter se enfrentaba. Ellos habían necesitado más de un año para limpiar la tumba de Tetisheri y eso solo había sido una única habitación. Carter tenía al menos cuatro cámaras con las que lidiar, cada una completamente atestadas con objetos irremplazables, delicados —incluyendo, quizás, la momia del rey. Los ojos del mundo, sin mencionar los de Emerson, estarían fijos en él, listos para criticar cada movimiento. También sería acosado por visitantes, periodistas y dignatarios, algunos de ellos demasiado importantes para ser rechazados. Emerson había tratado con estas interrupciones exasperantes —las cuales también amenazaban la seguridad de las antigüedades— rechazando permitir la entrada a cualquiera. Carter no podía hacer eso. Debía seguir con buenos términos con su patrón y Carnarvon querría lucir «su» descubrimiento.

Aunque simpatizara con el ansia de su padre por ser responsable de la tarea más desafiante a la que cualquier egiptólogo se hubiera enfrentado, Ramsés estaba seguro que podían contar con que Carter hiciera un buen trabajo. Era un excavador responsable y había reunido un equipo de expertos sin tacha. Emerson y su familia habían sido deliberadamente relegados; no había nada que pudieran hacer. Observando el atareado trajín de hombres entrando y saliendo de la tumba, Ramsés sintió una puñalada de cólera... en nombre de su padre, se dijo.

—Bien podemos irnos —le dijo a Nefret.

Apartaron fácilmente a Sennia.

—No hay ningún suceso emocionante —se quejó—. Y tengo hambre.

—Temo que descuidé traer una cesta de picnic —dijo su madre, abanicándose con un periódico doblado.

Descuidar, mi pie, pensó Ramsés. No lo habría olvidado si hubiera tenido la intención de pasar allí todo el día.

Cuando se dirigieron hacia donde apacentaban los burros,

encontraron a otro miembro del personal del Museo Metropolitano: Harry Burton, un hombre delgado y apuesto que era incuestionablemente el mejor fotógrafo arqueológico en Egipto. Burton había trabajado con ellos antes, pero Emerson, esperando otro desplante, le habría pasado sin más que un asentimiento si Burton no se hubiera detenido, quitado el sombrero y extendido la mano.

—Veo que tampoco podían mantenerse lejos —dijo con una sonrisa amistosa—. Se supone que comienzo a trabajar mañana, pero no he podido resistirme a echar un vistazo.

—Tiene un considerable trabajo por delante —dijo Emerson.

—Por lo que hemos oído —añadió su esposa suavemente.

—Pienso en ello con mucha ilusión. Planeo tomar algunas fotografías en movimiento y quizás intentar con algunas nuevas películas de colores.

—Fascinante —dijo Nefret.

Su intento por mostrar entusiasmo no engañó a Burton. El aire general de reserva era palpable. Mirando de uno a otro, dijo:

—Espero poder ser favorecido un día con una invitación para el té.

—¿No ha sido advertido de mantenerse lejos de nosotros? —preguntó Emerson.

Como tan a menudo era el caso, los modales bruscos de Emerson atravesaron la incomodidad como una ráfaga de aire fresco. Las maneras formales de Burton se disolvieron con una sonrisa.

—Carter mencionó que Carnarvon siente alguna clase de rencor por su persona. Su señoría puede ser... eh... irrazonable en ocasiones.

—Si quiere arriesgarse a ser objeto de disgusto, siempre será bienvenido —dijo la madre de Ramsés, deshelándose.

—No es ningún riesgo, señora Emerson. Encontrar otro fotógrafo llevaría tiempo, y no puede comenzar a limpiar la cámara externa hasta que se hayan tomado fotografías de todos los objetos en situ.

—No podía encontrar otro de su calibre —dijo Nefret sinceramente—. Nunca he olvidado lo que hizo en esa estrecha cámara de las Esposas de Dios.

Burton colocó la mano sobre su corazón e hizo una reverencia.

—En cualquier caso, no permitiré que lord Carnarvon u Howard

Carter manejen mis asuntos sociales. Carter, es una especie de tipo vulgar —añadió, arrugando la aristocrática nariz—. Bien, no debo detenerlos. Espero volverlos a ver pronto. ¿Confío en que haya pastel de ciruela para el té?

Le guiñó a Sennia, quien le aseguró que se aseguraría que lo hubiera y se marchó por el camino.

—Qué hombre tan agradable —dijo Sennia.

—No es un mal tipo —concordó Emerson—. Pero Winlock dijo casi lo mismo, y no hemos visto un pelo de él.

—Hoy tampoco hemos visto un pelo de Margaret Minton —dijo su esposa—. Esto no es propio de ella. Espero que no se haya topado con problemas.

—Es más probable que este cazando otra historia —dijo Nefret —. Lo cual no es un pensamiento alentador.

Sethos tampoco había venido al Valle. Quizás, pensó Ramsés, estaba cometiendo una injusticia con su tío preguntándose si realmente había pasado la mañana batiendo pasteles.

El olor atractivo del azúcar y especias flotó por el aire hacia nuestras fosas nasales cuando nos acercábamos a la casa. Por una vez los niños no vinieron corriendo para saludarnos. Todos estaban en la cocina con Fátima; el calor y el nivel del ruido eran escandalosamente altos. Alguien —creía saber quién—, había dejado entrar al perro, y Fátima lo golpeaba con una cuchara grande de madera. Amira se encogía de miedo, pero por la forma en que seguía lamiendo sus chuletas no indicaba genuino arrepentimiento.

Aunque Fátima no compartiera nuestra fe, esta era su época favorita del año. Después de todo lord Issa era un profeta reverenciado y Fátima amaba hacer feliz a los demás. Era la reina admitida del horno, y Maaman le cedía el paso de buena gana.

—Buen Dios —dijo Emerson—. ¡Qué alboroto! ¿Estáis pasándolo bien, no es así, mis queridos?

Charla le rodeó la cintura, dejando huellas de harina en su camisa.

—Debes batir el pastel de Navidad —gritó—. Para la buena suerte.

—Yo ya lo he batido —dijo Sethos, viéndose como si la mantequilla no se le derritiera en la boca. Gargery se sentaba junto

a él en la mesa, aplastando pasas.

Había mucha harina en el suelo, la mesa y el perro; pero todos parecían estar pasándolo bien, por no decir nada del perro. Incluso Fátima se rio cuando escolté a Amira fuera de la habitación.

—Se comió todas las galletas que tenía enfriando sobre la mesa. Creo que se quemó la lengua.

Realizamos el obligatorio batido del pastel, incluso David, quien había regresado del Valle Occidental y vino a averiguar que estaba sucediendo.

—Espero que haya algo para el almuerzo —dijo Emerson, lamiendo la cuchara que había hundido en la masa.

—Ensalada —dijo Maaman—. He estado ayudando a Fátima.

—La serviré —dijo Kareem con impaciencia.

Esperé que Gargery se ofreciera, pero o él y Fátima habían llegado a un entendimiento o estaba disfrutando del pandemónium. Los niños siempre le reanimaban; se reía entre dientes como un delgado Papá Noel sin barba.

Fátima declinó la ayuda de Kareem a favor de una de sus asistentes de cocina, una joven mujer robusta llamada Badra, y nos ahuyentó de la cocina.

Su placer era contagioso. Mientras esperábamos que nos sirvieran el almuerzo en la galería, cada rostro mostraba una sonrisa y Emerson no habló, ni siquiera de pasada, de la maldita tumba.

—Es tiempo de volcar nuestra atención en la celebración de la temporada bendita —declaró, con una provocativa mirada hacia mí —. ¿Qué dices, Peabody?

Temporada bendita en efecto, pensé. Emerson consideraba a la Navidad un remanente de las celebraciones paganas del solsticio de invierno. Él mismo era algo pagano. Ante mi solicitud no había expresado sus opiniones a los niños y como ellos estaban presentes no le permití provocarme.

—Como has observado, Emerson, esos preparativos están en marcha —contesté.

—Necesitamos un árbol —dijo Emerson.

—Y regalos —sugirió Charla.

—Quizás deberíamos ir a Luxor y hacer algunas compras —dijo Emerson, con el aire de un hombre que acababa de hacer un gran

descubrimiento.

Un grito general de aprobación saludó la idea. Incluso Sennia olvidó su dignidad y batió las palmas.

El buen humor de Emerson solo decayó ligeramente cuando Gargery insistió en venir con nosotros. El anciano me había informado que había traído regalos con él; sin embargo, era su deber vigilar a la señorita Sennia, en particular en vista de lo que le había sucedido en El Cairo.

—Es una niña indefensa, señor y señora —dijo.

—¿Y crees que la puedes proteger? —preguntó Emerson—. ¿Si sientes tanto entusiasmo por cumplir con tu deber, por qué la dejaste ir al Valle sin ti?

—Esa era una situación completamente diferente, señor —dijo Gargery, cuadrando los delgados hombros.

—Ah, bah —dijo Emerson—. Muy bien, muy bien. —Después que Gargery se marchara sonriendo con satisfacción, añadió—: tendremos que mantener un ojo avizor sobre él.

A pesar de los presagios de Emerson (que habría descrito como «simple sentido común, Peabody») no tuvimos dificultad en seguir los pasos de Gargery. Emocionado y rejuvenecido, siguió el ritmo de Sennia, que nunca abandonaba su lado. El resto dividió fuerzas, pero había suficientes de nosotros para mantener a los gemelos a la vista y vigilar al resto. Acordamos encontrarnos en el Winter Palace para el té y me marché con el grupo que incluía a Charla, Ramsés y David.

Charla parecía inusitadamente decaída. Aferrando su pequeño monedero, examinó los artículos en venta en las tiendas a lo largo de la calle sin interés.

—Deseo conseguir un libro para David John —susurró—. Pero no hay nada que no haya leído.

Sonriendo, le di un pequeño abrazo.

—Él no está aquí. No necesitas susurrar.

—Hemos traído varios libros para él —dijo David—. Y espero que haya más en ese paquete que sus otros abuelos han enviado.

—Pero no serán mi regalo —dijo Charla, desconsolada—. Y no tengo suficiente dinero para comprar regalos bonitos para el abuelo, mamá, Sennia, Selim, Fátima, Kareem...

—Quizás tienes demasiados amigos —sugerí.

Charla no se sintió divertida. Sacudiendo la cabeza rizada, me puso en mi lugar.

—Siempre dices que una persona no puede tener demasiados amigos, abuela.

—Eso es verdad. —Lamenté mi pequeña broma, porque sabía que su angustia era genuina. A pesar de todas sus faltas tenía una almita hermosa.

—A tus amigos no les importan los regalos caros —dijo Ramsés suavemente—. ¿Por qué no escribes una bonita carta a todos ellos diciéndoles que los amas?

—Qué idea tan excelente —dije. La mantendría ocupada durante horas.

—No puedo dibujar o escribir muy bien —murmuró Charla—. No soy tan inteligente como David John.

Encontré los ojos de Ramsés y vi en ellos la misma sensación de remordimiento que me embargaba. ¿Por qué no me había dado cuenta que nuestras constantes regañinas (aunque a menudo merecidas) hacia Charla y nuestras alabanzas para con David John habían ocasionado que su hermana se sintiera menos amada que él? Como una estudiante de la psicología debería haber sabido que sus rabietas podían ser causadas en parte por la frustración y el resentimiento.

—Sí, lo eres —dije firmemente—. Tienes talentos diferentes, pero los tuyos son tan valiosos como los de él.

Ramsés repitió esta declaración, pero sin efecto visible en su inconsolable hija.

—Te diré algo —dijo David—. Supongo que tú y yo tendremos que juntar nuestras cabezas y pensar en algo. Entiendo que eres muy hábil con las tijeras. Quizás tu abuela tenga algunas viejas revistas de las que pueda prescindir. Recortaremos preciosas imágenes y haremos pequeños libros para todo el mundo.

—Todos te ayudaremos —dije, con una mirada de agradecimiento a David.

—No demasiado —dijo Charla, su rostro se iluminó—. O no será mi regalo.

Con la entusiasta asistencia de Charla adquirimos los materiales para los pequeños libros, papeles de colores, pinturas y cintas brillantes para atar las páginas, e hicimos una rápida visita a mi

amiga Marjorie Fisher para ver si tenía alguna vieja revista de la que pudiera desprenderse. Nos dio varias y prometió reunir más de las damas de Luxor. Su recompensa fue un enorme abrazo de Charla, el cual devolvió con interés.

Cuando alcanzamos el Winter Palace, Charla había vuelto a su viejo yo, no paraba de dar saltitos de la mano de su padre, especulando en voz alta sobre la variedad de dulces que podían estar disponibles. David y yo los seguimos, llevando las compras de Charla de modo que nadie sospechara que le pertenecían a ella. (Gracias a negociaciones privadas con los comerciantes, el exiguo contenido de su pequeño monedero había resultado adecuado).

—Gracias, David —dije en voz baja—. Estoy avergonzada de no haberme preocupado por alabar más a Charla. David John consigue la mayoría de los elogios.

—Soy un experto en andar en la cuerda floja con niños competitivos —dijo David con una risa—. Es aún más exigente que una excavación.

Los demás todavía no habían llegado, así que incautamos una mesa en la terraza y nos sentamos a esperarlos. Luxor estaba en su momento más festivo, ya que los hoteles en su ansia por complacer a sus huéspedes extranjeros mostraban decoraciones navideñas y los comerciantes coptos habían tomado la costumbre de celebrar la temporada con nacimientos, velas y espantosísimos íconos de santos. Es asombroso cómo, una vez que una idea se pone de moda, todo el mundo trata de emularla y exceder a sus vecinos, en cantidad aunque no calidad.

Siempre disfruto en observar a las personas, en particular cuando son inconscientes de ser observados. Como a la pareja de pie en los peldaños inferiores, ella vestía un traje a la moda de franela y él uno de la mejor sastrería de Bond Street, los rostros de ambos estaban extremadamente rojos, parecían estar discutiendo. ¿Estaba su matrimonio en peligro o solo estaban temporalmente de mal humor después de un largo día bajo el sol y polvo? Un digno y barbudo egipcio envuelto en finas túnicas y coronado con un turbante verde se reía y hablaba con la mujer vestida de negro que trotaba a su lado, ligeramente detrás de él. Pasaban carruajes tirados por el elegante trote de caballos; los conductores no usaban fustas, aunque algunos pasajeros les gritaban para que lo hicieran.

Nuestros esfuerzos por el bienestar de los animales habían tenido algunos resultados positivos. Un conductor me había comentado:

—Uno no sabe cuándo el Padre de Maldiciones o *Sitt Hakim* pueden estar mirando.

Después de un momento me excusé y entré en el hotel. Cuando pregunté en recepción por la señorita Minton, el dependiente me dijo que se había ido temprano esa mañana y todavía no había vuelto. No, no había dicho a donde iba o cuando estaría de regreso.

—¿Desea dejar un mensaje para la dama, señora Emerson? —preguntó.

—No, gracias. —Hice entrega al dependiente de una propina sustancial—. Me agradaría ser informada cuando vuelva. Y... eh... no necesita mencionárselo a la dama.

Cuando regresé, el resto de nuestro grupo ya había llegado. Después de un pequeño ajetreo arreglando mesas y sillas, pedimos el té y luego todos comenzamos a hablar, comparando las actividades del día y dejando caer indirectas veladas sobre sus compras. Incluso Gargery tenía unos paquetes, muy bien envueltos en papel de periódico. Estaba en buena forma, declarando que había ahuyentado al menos a un secuestrador potencial. Emerson le gritó que se calmara y le preguntó a Charla que había comprado para él.

Me encontré sentada junto a Sethos.

—¿Ningún secuestrador potencial, supongo? —Pregunté.

—Un miserable anciano que intentó vender a Sennia una *ushebti* falsa. Gargery habría luchado con él en el suelo si yo no hubiera intervenido. —Movió el azúcar de su té—. ¿Ella ya ha regresado?

Me había visto salir del hotel y llegado a la conclusión obvia.

—No —dije—. No estaba en el Valle, al menos no mientras estuvimos allí.

—Es lo que escuché.

—¿Dónde crees que fue?

—¿Cómo podría saberlo?

David John tiró de mi manga.

—Charla no quiere decirme lo que compró, abuela.

—La Navidad es época de secretos —dije.

* * *

Durante los siguientes días nos dedicamos a las alegrías de la

temporada. Abdullah había tenido razón; ¿qué importaban las distracciones mundanas como tumbas reales y oscuros conspiradores? En años futuros tomarían su lugar en la larga lista de aventuras en las que habíamos triunfado. Teníamos mucho por los que estar agradecidos.

Cuando expresé estos sentimientos a Emerson, solo dijo:

—Te la amabilidad de no repetírte, Peabody. Solo puedo soportar cierta cantidad de maldito optimismo.

Ya que los abetos escaseaban en Egipto (eran, de hecho, inexistentes), usamos un pino salado, llenando sus ligeras ramas con una profusión de ornamentos. En algunas familias, creo, el árbol no se decora hasta la Nochebuena. No seguimos esa costumbre, ya que los niños disfrutaban de colgar los adornos e iluminar el árbol.

—Hace que este sea un interludio emocionante —dijo Ramsés filosóficamente, después de haber extinguido una llamarada y prohibirle estrictamente a Charla encender las velas a menos que le diera permiso.

—Eso se aplica a ti también —dije, con una mirada severa a David John.

—Pero abuela, yo no lo hice...

—¿Pero lo sugeriste, no es así?

David John nunca mentía. Como su padre, por lo general empleaba la ambigüedad para evitar hacerlo. En este caso la pregunta directa solo admitía una respuesta veraz. Con ojos azules amplios y sinceros, asintió con la cabeza.

—Sí, abuela.

—¿Y le diste los cerillAs? —Sabía que Charla no podía haberlos birlado de la cocina sin ser vista. Fátima la vigilaba como un halcón, mientras que David John era menos sospechoso.

—Sí, abuela.

—¿Dónde está el resto?

David John hundió la mano en su bolsillo y extrajo un puñado de los cuestionables objetos, incluyendo varios clavos, un ratón muerto tiernamente envuelto en papel de seda, varias pinturas rotas y la caja de cerillas. Confisqué las cerillas, los clavos (por principios), y el ratón, y les propiné un severo sermón sobre los peligros del fuego. David John hundió la cabeza.

—No tenía que hacer lo que me dijo —dijo Charla, abrazando a

su hermano.

—Eso es verdad —dije—. Y espero que David John aprecie tu intento de defenderlo. Ambos sois culpables. Sin embargo, en vista de la época, esta vez lo dejaremos pasar con una advertencia, siempre que la falta no se repita.

—Gracias, abuela —dijo David John—. Te aseguro que no se repetirá. ¿Podemos darle al ratón un entierro apropiado?

—No en mis macizos de flores —dije, entregándole al difunto.

Ambos se marcharon, discutiendo alegremente los arreglos del entierro y Ramsés, quien había escuchado en atónito silencio, dijo:

—Madre, nunca deja de asombrarme. ¿Cómo lo supo?

—Psicología, querido.

Los adornos hechos a mano que David había confeccionado muchos años antes fueron ceremoniosamente colocados en su lugar, los niños se turnaban para colgar los pequeños animales de estaño y de cerámica. Cadenetas de papel rellenaban los espacios vacíos. Charla resultó ser una experta en fabricarlas, y la elogié en consecuencia. Pasaba la mayor parte de su tiempo con David, presumiblemente trabajando en sus pequeños libros. Muchas de las superficies de la casa estaban pegajosas con engrudo y Fátima tuvo que comprar más harina.

Sethos participó activamente en las actividades, codeándose con Fátima y ayudándola probando varios productos, a hacer cadenetas de papel e incluso prorrumpir en una canción de vez en cuando. Tenía una agradable voz de barítono, y, a diferencia de su hermano, podía llevar una melodía.

Naturalmente me pregunté qué estaría planeando. Por lo visto había decidido no hacer un Judas de sí mismo. Como me informó cuando le pregunté a bocajarro, había concluido que no había ninguna necesidad. Parecía que la devolución del documento había satisfecho a nuestros desconocidos adversarios; no había actividad alguna de su parte. Margaret había regresado indemne de dondequiera que hubiera estado y retomó su rutina en el Valle.

—¿Le preguntamos si desea pasar aquí la Navidad? —pregunté a Sethos, quien me ayudaba a escribir invitaciones.

—No veo razón para que lo hagas. Ni siquiera ha pedido disculpas por golpearte en la cabeza.

—Es demasiado triste pasar la Navidad a solas. La he perdonado,

tal como lo prescribe las Escrituras.

—Entonces eres muy tonta —dijo Sethos, dejando caer una mancha de tinta en el papel que escribía.

—A Kevin O'Connell, también —dije, consultando mi lista—. Supongo que vale la pena preguntárselo a Howard o alguno de las personas del Museo Metropolitano.

Sethos arrugó el papel estropeado y lo tiró en el cesto de basura.

—Según Daoud, tendrán su propia celebración en Metropolitan House. No nos invitarán.

—Sin embargo, los invitaré —dije, escribiendo afanosamente—. En espíritu del amor cristiano. Si deciden no corresponder, esa es su decisión.

Sethos manchó otra hoja de papel y la tiró.

El único miembro del «otro bando» que demostró amor cristiano (o simples y buenos modales) fue Harry Burton. Un día vino a tomar el té, como prometió, y había descrito sin reserva lo que los excavadores habían estado haciendo. Esto ocurrió justo a tiempo para evitar un ataque de mal temperamento de Emerson, cuyo placer por los preparativos navideños no tenía completo éxito en mantener su mente alejada de las actividades de Howard. Sabíamos, por Daoud, que habían permitido entrar en la tumba al profesor Breasted, junto con el señor Winlock y algunos otros; que el señor Burton había comenzado a fotografiar; y que Lucas había llegado de El Cairo. El señor Burton fue capaz y complaciente en proporcionar información más detallada.

—Hemos vaciado el KV55 para usarlo como cuarto oscuro —explicó a su absorto auditorio—. Algo más que conveniente, estando justo al lado del camino.

—Bastante —dijo Emerson—. ¿Confío en que, además de las fotografías, Carter haga bocetos detallados antes de remover algún objeto?

—Ha empezado a hacerlo. Es un buen dibujante, saben, y tiene a Hall y Hauser para ayudar. —Burton bebió a sorbos su té—. Espera quitar los primeros objetos poco después de la Navidad. Serán llevados a la tumba de Seti II, el cual servirá como lugar de conservación y almacén.

—Eso no es muy conveniente —dijo Emerson, quien buscaba algo que criticar.

—Está algo lejos, pero tiene varias ventajas, incluyendo una gran área abierta en el frente. A juzgar por lo que he visto hasta ahora, Lucas va a necesitar un poco de aire fresco; los productos químicos que usa para la conservación pueden ser penetrantes.

—Espero que sepa sobre la parafina —dije—. Sírvase otro pedazo de pastel de ciruela, señor Burton.

—¿La parafina siempre ha sido su pilar, verdad? —Burton aceptó el ofrecimiento con una sonrisa de gratitud para Sennia.

—No hay nada como ella —declaré—. Sobre todo para cuentas y trozos sueltos de incrustaciones.

Burton estaba listo para captar la indirecta.

—Hay mucho de eso. La mayoría de los arcones ceremoniales están repletos de toda clase de cosas, desde joyería a ropa. Sandalias, túnicas con cuentas, amontonados y atiborrados.

Nadie lo interrumpió cuando siguió con su descripción. Howard había designado números a cada objeto en la primera habitación, a la que había llamado la Antecámara. Éstos eran lo bastante grandes para verse en las fotografías, se pondrían en una lista y se describirían en el catálogo oficial de Howard. Los objetos serían retirados uno tras otro, trabajando desde el norte al sur. Los enormes sofás funerarios tendrían que ser desmontados, ya que eran demasiado grandes para pasar por el pasillo de la entrada; debían haber sido armados en el interior de la tumba, después de llevarlos pieza a pieza. Las partes del carruaje se dejarían para el final, presentaban un trabajo particularmente difícil, ya que eran todo un revoltijo, en las que trozos de oro e incrustaciones estaban precariamente unidos. Mientras tanto, el señor Lucas desempaquetaría los arcones ceremoniales. Yo sabía (¿quién mejor?), qué formidable tarea se le presentaba. Según el señor Burton (y nuestras propias observaciones, que por supuesto no mencioné), el contenido de los arcones no estaba en su orden original. Los ladrones de tumba no son conocidos por su pulcritud; trabajando con prisa, temiendo ser descubiertos, habían vaciado los arcones buscando oro, y cuando los sacerdotes entraron para poner las cosas en orden, habían actuado con la misma prisa, tirando los objetos dispersados en el recipiente más cercano y forzando la tapa.

Sethos escuchó con la misma expresión absorta que el resto de nosotros. Sabía que pensaba en su «restaurador», un miembro de su

organización criminal, que nos había asistido tan hábilmente con los objetos frágiles encontrados en la tumba de las Esposas de Dios antes de ser asesinado. Las personas que nos ayudan a menudo encuentran ese destino, pero el Signor Martinelli había tenido toda la culpa; se había permitido ser tentado por una mujer para la que había trazado planes de una naturaleza impropia.

El señor Lucas no tenía tal debilidad. Solo podía esperar que fuera igual de bueno en su trabajo. Es un triste hecho de la vida que las personas honestas a veces carecen de la experiencia de aquellos sin principios.

El señor Burton aceptó una tercera porción de pastel de ciruela antes que declarar que debía regresar a Metropolitan House.

—A propósito —añadió—. Breasted ha leído los cartuchos y ha confirmado que son los de Tutankamón.

—Releerlos, quiere decir —espetó Emerson.

—Ah —dijo Burton—. Me preguntaba sobre eso.

No dijo más, pero estrechó la mano de Ramsés con particular entusiasmo.

—Al menos una persona reconoce nuestras contribuciones —dije.

—Oh, espero que haya otros —dijo Sethos, con una sonrisa maliciosa—. Carter no trabaja y colabora bien con otros. Graben mis palabras, antes que termine tendrá a muchas personas furiosas con él, desde periodistas y el Departamento de Antigüedades hasta muchos de sus colegas.

Admitiré, en las páginas de este diario privado, que no fui lo suficientemente caritativa para esperar que Sethos estuviera equivocado. Estábamos entre lo pocos, los únicos, sin contar a Cyrus, quienes no habíamos recibido una invitación formal para ver la tumba. Los Breasted, incluyendo su hijo Charles, la señora Burton, y hasta uno de los hijos de Winlock se les había permitido deleitarse con la Antecámara. Era un pequeño consuelo saber que habíamos tenido una visita privada por nuestra cuenta, aunque no podíamos decírselo a nadie. Lo sentía por David, quien habría tenido una apreciación penetrante de los maravillosos artefactos. No podía imaginar cómo iba a realizar su trabajo para el *Illustrated London News*. Howard mantenía celosamente los derechos fotográficos y de reproducción. La lengua siempre viperina de los

cotilleos decía que Carnarvon tenía la intención de venderlos al mejor postor, pero yo no podía creer eso, incluso de un individuo que nos había tratado tan pobremente.

Cyrus sentía el desaire tan profundamente como nosotros. No habíamos visto mucho a los Vandergelt recientemente; estaban ocupados con sus propios preparativos para las fiestas, como nosotros habíamos estado con las nuestras. Era el escape para la tensión creciente de éstos por la que Cyrus había pasado una tarde, dos días antes de Navidad.

—Cat ha destrozado todo el lugar —explicó—, y el resto de ellos la ayudan y están confabulados con ella, hasta Nadji. A veces lamento que el bendito Salvador no hubiera sido encontrado en los juncos, como Moisés, en una fecha de nacimiento desconocida.

Emerson aulló una carcajada. Me abstuve de comentar nada, ya que los niños no estaban presentes.

—¿Cuántos invitados esperan? —Pregunté.

—Cat está a cargo de eso. La mitad de la ciudad de Luxor, por lo que entiendo, más cada turista con los que nos hayamos topado en la calle. ¿Ustedes amigos estarán allí, verdad?

—No nos lo perderíamos —dijo Sethos.

Cyrus asintió bruscamente en su dirección. Habíamos explicado a nuestro amigo que Sethos estaba en el proceso de entenderse con sus adversarios, y que no esperamos alguna dificultad adicional con ellos, pero claramente Cyrus tenía sus reservas.

—Y yo confío que ustedes, asistirán a nuestra reunión de Nochebuena —dije—. Katherine preguntó si podía traer al abuelo de Suzanne, y naturalmente dije que sí. ¿Cómo es?

—Es el viejo caballero más agradable que cualquiera querría conocer —contestó Cyrus algo ácidamente—. Ama todo y a todo el mundo. Incluso es cortés con Nadji.

—¿Incluso? —preguntó Ramsés.

—Bien, es un hombre de su generación y nación —dijo Cyrus poéticamente—. Y por lo que he oído, un verdadero tiburón en los negocios. Pero muestra su mejor comportamiento, solo resbala de vez en cuando, con un poco de generalización sobre el gran Imperio británico y su misión de civilizar al mundo.

—Será interesante ver cómo trata a Selim y Daoud —dijo Nefret, apretando los labios—. Si es grosero le mostraré la puerta.

Si esto le preocupaba a Emerson, se quedó sin comentario. Volvió a un tema más interesante.

—¿Interpreto entonces que no ha sido capaz de darle acceso a la tumba?

—No hasta ahora. Tenía una carta de Carnarvon, que debidamente reexpidió a Carter. No ha habido respuesta.

—Hay un modo que puede ser capaz de darte la entrada —dijo Emerson, masticando su pipa—. Arrástrate ante Carter y dile que has roto relaciones con nosotros.

Cyrus hizo una pausa en el acto de encender su puro.

—¡Como si yo fuera capaz de caer tan bajo! —gritó.

—Emerson solo hacía una pequeña broma, Cyrus —le aseguré—. Una no muy divertida.

—Hmmm, sí —murmuró Emerson.

—Bien, entonces. —Cyrus aplicó la cerilla y resopló—. No me importaría tanto —dijo, en un estallido de franqueza—: si Carnarvon no fuera a conseguir algunos objetos.

—Por no decir nada del Museo Metropolitano —dijo Ramsés—. No supondrán que el consejo dona los servicios de sus empleados por puro altruismo, verdad? Han llegado a un acuerdo con Carnarvon y Carter.

—Por lo menos, sir Malcolm no conseguirá nada —dije en un intento de consolar a Cyrus.

—No estaría tan seguro —dijo Emerson enigmáticamente—. Ha estado revoloteando alrededor de la tumba con una mirada cada vez más seria y hambrienta. Ayer se le cayó la peluca. Debía sentirse muy preocupado para olvidar pegarla. Cuando ese miserable sirviente se la devolvió, Sir Malcolm le dio una paliza.

Mi diversión ante la frustración de sir Malcolm fue atenuada por la indignación.

—Vergonzoso —dije—. Debo hablar con el sujeto. No debería tolerar semejante trato. ¿Cómo sabes eso, Emerson? No de Daoud, nos lo habría dicho a todos. Ah, querido... ¿has estado sobornando a ese niño, Azmi, para que te haga un informe? Lo vi ayer cerca de la cocina, pero supuse que había venido por algunas galletas de azúcar de Fátima. Alimenta a todo el mundo.

—¿Qué hay de malo en eso? —exigió Emerson.

—No tengo objeción a que le hagas un regalo a los niños, pero

no deberías animarlo a espiar y escuchar a escondidas.

—Es responsabilidad de Carter que yo haya empleado a Azmi —dijo Emerson virtuosamente—. Montague no se ha rendido. Puede hacer otro intento en la tumba.

—Ah —dije.

—No es que esté de su lado —dijo Cyrus—. Pero Carter ha tomado todas las precauciones posibles. Tiene tres grupos de guardias diferentes de servicio día y noche, cada uno hace un informe a una autoridad diferente por tanto no están tentados a colaborar. Él u otro miembro del personal guardan las llaves de las puertas.

Sethos dejó la cadeneta de papel en la que había estado trabajando y se aclaró la garganta de una manera intencionada.

—Supongo que crees que podrías conseguir a esas llaves —dijo Emerson.

—Puedo pensar en al menos tres métodos diferentes de hacerlo sin preparación —dijo Sethos con una mirada lejana—. Y dos formas de distraer a los guardias.

—Entonces es algo bueno que te hayas reformado —dije.

Parecía que Cyrus no estaba tan seguro de que eso fuera algo bueno.

Tenía que realizar varias diligencias privadas propias. No tenían nada que ver con nuestros preparativos para las fiestas, pero estaba segura de que no estropearía de las fiestas si no se lo contaba a nadie. Correr de un lado para otro en Luxor haciendo diferentes recados me proporcionó la excusa suficiente para mis ausencias ocasionales. No le mentía a Emerson sobre la razón para estas, ya que realmente hacía diferentes recados y visitaba a amigos en Luxor. No vi razón alguna para mencionar lo que hacía.

Lamentablemente fui vista saliendo del *zabtiyeh*, y la noticia le llegó debidamente a Emerson. Esperó hasta que estuvimos solos, preparándonos para la cama, antes de realizar su ataque.

—¿Ni siquiera en esta época del año puedes alejarte de los cadáveres? —exigió.

—No había ningún cadáver por el que tomar interés, Emerson.

—No puedo creer que haya un cadáver en el que no te tomes interés. ¿Para qué fuiste?

Decidí no mentir. Emerson acababa de volver del cuarto de

baño. Su pelo estaba ondulado sobre su frente y su admirable forma tenía un brillo leve de humedad.

—Prefiero no decírtelo, Emerson.

—¿Prefieres? ¿*Prefieres*? —Emerson inhaló profundamente. Sus músculos se hincharon. Así como las venas de su cuello. Esperé el estallido de ultraje que tenía todos los motivos de esperar.

Ay, mis expectativas no se realizaron. Emerson soltó su aliento. Colocó una pesada pero suave mano en mi hombro.

—Peabody, mi querida muchacha, casi te pierdo el año pasado. Desearía que me permitieras protegerte y mimarte. Desearía que no hicieras esta clase de cosas.

Yo deseaba que no hiciera *esa* clase de cosas. Cuando Emerson apela a usar la persuasión me hace sentir como si me aprovechara injustamente. Girándome para entrar en sus brazos extendidas, murmuré:

—Te doy mi palabra, querido, que no hice nada que requiriera ser protegida.

—Humm —dijo a Emerson... y ya no habló.

DE MANUSCRITO H

Los niños estaban acostumbrados a visitar la tumba de Abdullah. La madre de Ramsés había tenido razón (como de costumbre) cuando afirmó que no había nada mórbido en recordar a los muertos honorables. Los gemelos y Sennia habían escuchado las historias sobre su heroísmo y lealtad; para ellos él era una distante figura de leyenda, como Carlomagno y el rey Arturo. Esperaban esta visita en particular con placer, ya que iría toda la familia y se les permitiría hacer una ofrenda especial.

Vestidos con sus mejores ropas, partieron para el pequeño cementerio en el que la tumba de Abdullah era el rasgo más importante. Era una pequeña y hermosa estructura, diseñada por David, con elegantes columnas que sostenían su techo abovedado. El criado de la tumba interrumpió sus rezos y se adelantó para encontrarlos. Habiendo oído rumores sobres sus planes, habían aparecido varios aldeanos, no solo para honrar a su santo local, sino para disfrutar del espectáculo. Los Emerson podían ufanarse de hacer las cosas con estilo.

Daoud eclipsaba a todos los demás con un nuevo caftán y un turbante elaboradamente enrollado. Cyrus había traído a Jumana y

Nadji, y, para sorpresa de Ramsés, a Suzanne.

A través de la entrada abierta colgaban las habituales ofrendas, baratijas, cuentas y trozos de tela. Ramsés levantó a Charla para que así pudiera atar su presente: un pequeño libro, el cual había decidido que Abdullah preferiría sobre cualquier otra ofrenda que le pudieran hacer. David le indicó con sumo tacto que Abdullah no podía apreciar fotografías de señoras con vestidos cortos, por tanto las páginas contenían fotografías de la familia. David John fue el siguiente. En sentido estricto, su retrato violaba la ley contra las representaciones de la forma humana, y tenía un fuerte parecido a M. Lacau (salvo el turbante), pero los espectadores solo sonrieron con aprobación, como hicieron cuando Sennia añadió una cinta particularmente grande y vistosa. Después de que el criado hubiera dirigido los rezos apropiados, hicieron sus contribuciones para el fondo del mantenimiento de la tumba y su asistente, y se prepararon para marcharse.

Emerson exhaló un suspiro de alivio. Consideraba las ceremonias religiosas de todas clases una burda superstición, pero había aprendido a mantener sus opiniones para él cerca de los niños.

—Bien, ahora, esto está bien —dijo Cyrus, que había contribuido generosamente al fondo. Volvió a ponerse el sombrero—. Espero que a Abdullah le haya complacido.

Todos se habían acostumbrado a hablar de él como si todavía estuviera entre ellos. La madre de Ramsés era responsable de esto, por supuesto. Había seguido la ceremonia con una sonrisa, y de vez en cuando había asentido con la cabeza, su sonrisa ampliándose, como si escuchara palabras que nadie más podía oír.

—Ah, sí —dijo.

—Era un gran hombre —dijo Nadji seriamente—. He oído mucho sobre él.

—¿Sabías que salvó la vida de abuela sacrificando la propia? —preguntó David John—. Si no has escuchado la historia, te la contaré.

Nadji sonrió al pequeño muchacho.

—Me gustaría escucharla.

Emerson se alejó poco a poco. Decir que estaba celoso del cariño de su esposa por Abdullah habría sido absurdo, pero había algo...

El entusiasmo alcanzó su pico durante la mañana de la Nochebuena. Uno habría supuesto que después de tantos días de preparación ya no habría nada más que hacer, pero Charla había pensado en varios otros amigos que necesitarían pequeños libros y Fátima estaba convencida de no haber preparado suficiente comida para la fiesta. Chillidos y maldiciones provenían de la cocina, mezclados con los sollozos de Maaman, ya que Fátima en un ataque de histeria descargó su nerviosismo en los que la rodeaban. Cuando Kareem derramó un pote entero de café sobre la mesa de desayuno, Emerson saltó con un rugido.

—Me voy a... al Valle —anunció, restregando las manchas de su camisa y pantalón con una servilleta.

—Una idea excelente —dijo su esposa, intercambiando miradas con Nefret.

—Sí, marchaos, todos los hombres —dijo Nefret—. Ninguno de vosotros está para soportar esta clase de cosas.

—¿Eso me incluye a mí, señora? —preguntó Gargery, quien finalmente había sido persuadido de tomar las comidas con ellos, siempre y cuando no estuvieran presentes invitados.

—Sí —dijo Nefret.

—No —dijo Emerson.

Finalmente las mujeres consiguieron sacar a todos los hombres de la casa, salvo a Gargery. Emerson había indicado que tendría que montar un burro. Gargery no sentía cariño por los burros.

—Esa fue una idea excelente, padre —dijo Ramsés con hondo sentimiento, mientras salían montando de las cuadras.

—No sé por qué las mujeres arman tanto alboroto por las fiestas —se quejó Emerson.

—¿Dónde vamos? —preguntó Sethos. En un inicio se había resistido a venir, pero fue empujado fuera con el resto de ellos—. Hoy Cyrus no trabajará en el Valle Occidental.

—¿Importa? —David ajustó su salacot y aseguró la correa bajo su barbilla. Esa mañana había una fuerte brisa y el sol estaba velado por ligeras nubes.

Emerson masculló algo y Ramsés dijo:

—Dudo que también Carter trabaje.

—Me importa un bledo lo que él haga —dijo Emerson.

Así que debía ser el Valle Oriental. Era probable que Emerson

hubiera estado pensando en ello desde el principio. Se había mantenido alejado durante varios días y la curiosidad lo carcomía.

Montaron en fila india a fin de no obstruir el tráfico, el cual incluía aldeanos locales y turistas. Éstos últimos no eran tan considerados; sus carruajes alquilados no cedían el camino a nadie que no fueran los camellos, quienes no cedían el camino a nadie. Los jinetes en burro se extendían a través del camino y algunos de ellos se paraban a fotografiar cualquier cosa que se moviera: camellos, burdas carretas cargadas con productos, un hombre montando en un burro con su esposa caminando a su lado, mujeres balanceando sobre sus cabezas cántaros de agua.

Cuando fueron capaces de hacerlo, Emerson tomó la cabeza junto con David, y Ramsés montó al lado de su tío. Sethos no había hablado desde que dejaron la casa. Montaba con su facilidad habitual, pero su boca estaba apretada y su frente fruncida. Las gafas teñidas oscurecían sus ojos avellana.

—Ayer recibiste otro comunicado privado —dijo Ramsés.

—Soborné a Hassan para que no le contará a nadie —dijo Sethos.

—Le soborné para que me lo contara.

—Querido mío —dijo Sethos, con un espectáculo justo de indiferencia—. ¿No confías en mí?

—¿Debería?

Sethos metió la mano en el bolsillo de su pechera y sacó un periódico doblado, el cual entregó a Ramsés.

El mensaje era corto y puntual.

—Atentamente recibido. No hagan nada más.

—Inglés —dijo Ramsés.

Sethos estornudó y se limpió la nariz con un pañuelo.

—Brillante.

—No seas grosero —dijo Ramsés con ecuanimidad—. ¿Qué te ha puesto de un humor tan malo? Esperábamos una respuesta.

—Precisamente. —Otro estornudo más fuerte fue amortiguado por los pliegues de su pañuelo.

—¿Has cogido un resfriado?

—Así lo parece.

—Se lo podrías pasar a Margaret —sugirió Ramsés.

Su tío dirigió las gafas teñidas hacia él, y luego, de improviso, se

echó a reír.

—Qué idea tan encantadora. ¿Me estás sugiriendo que la abrace estrechamente y respire bruscamente sobre ella?

—Ella probablemente estará allí esta mañana.

—Lo sé. —Sethos suspiró y se frotó ligeramente la nariz—. Eres omnisciente, así que te has anticipado a que no tengo ganas de encontrarla. En cuanto al mensaje, me habría gustado algo más positivo. Algo en la línea de «cuenten con nosotros para saber comportarnos».

—¿O un simple «Feliz Navidad»?

La boca de su tío se movió con un rictus nervioso.

—Comprendo tu punto de vista. Haré todo lo posible para no derramar mi melancolía sobre las fiestas. Después de todo, no tenemos razón para asumir que nuestros desconocidos conocidos (quienes realmente escriben en un excelente inglés) deseen molestarnos. En cuanto a Margaret, por qué debería importarme ella? A ella no le importa nada... salvo su maldito periódico.

Ramsés se equivocó con Carter. Estaba en el trabajo, y también varios integrantes de su equipo. Con la nariz en alto, Emerson caminó a grandes pasos por delante de la tumba sin siquiera lanzarle una mirada de soslayo, pero Ramsés y los demás se reunieron con los espectadores, de los cuales había muchos. No había mucho que ver; la mayor parte de la actividad se estaba desarrollando en la cámara mortuoria, en lo profundo del subsuelo.

—Sí, dibujan cuadros y toman fotografías —dijo uno de los guardias, en respuesta a una pregunta de David. Apoyándose en su rifle, bostezó.

—No hay nada mucho que hacer —dijo Ramsés—. Es un trabajo aburrido.

—¿Aburrido? —El hombre se rascó la barba—. Hay tareas peores, Hermano de los Demonios. Tan pronto como los señores se van nos podemos acostar, hablar, fumar y echar un sueñecito. ¿Mañana son sus celebraciones, no es sí? Así que tendremos otro día de descanso.

—Posiblemente dos días —dijo David—. ¿No? El día siguiente de la Navidad los ingleses descansan y dan regalos a aquellos que los han servido bien —explicó David.

—Así me han dicho. Pero no creo que haya alguno para

nosotros.

—Creo que tiene razón —dijo Ramsés, cuando él y David se apartaron.

—Apenas se puede esperar que Carter recompense a toda esta multitud —dijo David.

Ciertamente había un gran número de guardias. Estaban alineados en la pared que rodeaba la tumba, llevaban una variedad de uniformes y sombreros. Ramsés reconoció el caqui de las tropas locales y los jefes de los hombres del Ministerio. Margaret y Kevin O'Connell no estaban cerca. Recorriendo con la mirada las cercanías, se dio cuenta que Sethos y su padre también faltaban.

—¿A dónde *ha* ido padre? —preguntó.

Obtuvo una respuesta inmediata, aunque no de David. Los sonidos de un fuerte altercado llegaron a sus oídos. Era seguro suponer que siempre que las voces se alzaran, Emerson fuera uno de ellos.

David y él se apresuraron hacia el lugar, el cual resultó ser el área delante de la remota tumba de Seti II. Estaba a alguna distancia, en el extremo lejano de un camino que se bifurcaba a la derecha de la ruta más transitada que llevaba a la tumba de Thutmosis III.

Solo la voz de su padre podría llegar desde tan lejos, pensó Ramsés. Por supuesto con la ayuda de los ecos.

El adversario de Emerson no era nadie más que sir Malcolm Page Henley de Montague. Sosteniendo su bastón como una espada de duelo, respondía a los gritos de Emerson cada vez que este hacía una pausa para tomar aliento.

«¡No tiene derecho!» y «¿Cómo se atreve?», formaban el estribillo de sus comentarios. Su rabia era tan grande que vencía su miedo a Emerson... y quizás contaba con las otras tres personas presentes para intervenir si Emerson recurriera a la violencia. En eso, pensó Ramsés, se engañaba a sí mismo. Margaret Minton a la derecha y O'Connell a la izquierda de la furiosa pareja tomaban notas afanosamente.

Al ver a Ramsés y David, el sirviente de Montague cayó de rodillas y juntó las manos.

—¡Hermano de los Demonios, ayuda a mi amo! ¡Todros *Effendi*, hable con el Padre de las Maldiciones!

Emerson se dio la vuelta.

—Ah, sois vosotros —dijo—. ¿Sabéis lo que este bastardo está haciendo?

—No —dijo Ramsés—. ¿Qué?

—Er... Humm. —Emerson frotó su barbilla.

—Tengo todo el derecho a estar aquí —dijo sir Malcolm de modo estridente.

Su apariencia había decaído desde que Ramsés lo vio por última vez. La barba de chivo y la peluca habían tomado un cariz grisáceo, y su pañuelo estaba arrugado. Era evidente que su último criado, un jovencito, bien plantado y ancho de espaldas, no estaba entrenado para los deberes de ayuda de cámara. Su túnica estaba raída y sus sandalias remendadas.

—Esta es la tumba que se usará como almacén y laboratorio —dijo Emerson—. ¡No me diga que su presencia en este lugar es una coincidencia!

—Por supuesto que no. —Sir Malcolm cepilló el polvo de su manga—. Al igual que la suya propia. Es curioso. ¿No hay ninguna ley contra eso, verdad?

En el silencio que siguió, Ramsés escuchó a O'Connell murmurar mientras seguía escribiendo.

—... presencia una coincidencia...

—Deje de tomar notas, O'Connell —dijo Ramsés—. No hay noticia en esto.

—Pero los lectores adoran escuchar los pequeños enfrentamientos del profesor Emerson —dijo Margaret inocentemente—. ¿No es así, O'Connell?

—En efecto, lo es. ¡Y el *Times* no tendrá esta exclusiva!

Tardíamente consciente de lo que había hecho y de lo que su esposa diría al respecto, Emerson intentó reparar su error. La sonrisa forzada que dirigió a sir Malcolm lo hizo parecer como si su mandíbula fuera a romperse.

—Solo una discusión amistosa entre... ehh... viejos conocidos —declaró—. ¿No es cierto... ehh... colega?

Montague no estaba más deseoso que Emerson de ser mencionado en las páginas del *Daily Yell* o en su competencia.

—Cierto, muy cierto... ehh... colega. ¿Seguiremos nuestra... ehh... discusión en otro momento, ehh?

Se fue corriendo, seguido por su criado, quien le lanzó a Ramsés una sonrisa zalamera. El rostro del sujeto le era familiar, pero Ramsés no podía recordar donde lo había visto.

—Lo siento —le dijo Ramsés a Margaret—. No habrá enfrentamiento. Ni una historia.

—No se puede hacer una historia de una amistosa discusión entre arqueólogos —añadió David—. Lo hacen todo el tiempo.

O'Connell pronunció una maldición irlandesa exagerada pero Margaret solo sonrió.

—¿Y qué ocurre con esta tumba? —preguntó—. ¿Qué hay tan interesante en ella?

Ya que no veía razón alguna para no contestar, Ramsés se lo explicó. El rostro de Margaret adoptó su mirada periodística.

—Así que cargaran los objetos a lo largo de este camino, ¿todo desde la tumba de Tut?

—Estarán custodiados en todo momento —dijo Ramsés.

—Ah, no planeaba robarlos —dijo Margaret—. Lo cual me recuerda... que hoy no he visto a mi... al señor Bissinghurst. ¿No ha venido con usted?

—No se siente bien —dijo Ramsés.

—Algo persistente, con aceite hirviente, espero. —Cerró su cuaderno con un chasquido y se alejó. Después de una mirada dudosa al semblante sombrío de Emerson, O'Connell la siguió.

—No digáis ni una palabra —ordenó Emerson.

—Ha salido de esta por los pelos —dijo Ramsés.

—Sí, pero lo hice, ¿verdad? —Emerson se tocó el hoyuelo de su barbilla—. Así que no hay necesidad de mencionárselo a Peabody.

—No, señor —dijeron Ramsés y David en coro.

Emerson no había terminado con la tumba de Seti II.

—Carter necesitará guardias aquí también. Y una puerta cerrada con llave.

Ramsés estaba ligeramente sorprendido de que Carter hubiera elegido esa tumba en particular para su zona de almacenamiento. El Seti II era uno de los faraones confusos, como su madre los llamaba, una serie de gobernantes de quien se sabía poco salvo su hábito de ascender violentamente al trono. La momia de Seti había sido encontrada en uno de los alijos reales; la propia tumba estaba hermosamente decorada, sobre todo en el pasillo de entrada.

Transportar entrando y sacando cajas no le haría mucho bien. La tumba había estado abierta desde la antigüedad, y Carter la había limpiado en 1902; Ramsés no pudo evitar preguntarse cuán cuidadoso había sido en su trabajo. No obstante, las ventajas del sitio estaban claras; en primer lugar, no había escaleras que sortear. La entrada estaba cortada directamente en la cara del acantilado, y el primero de los pasillos internos se inclinaba en un ángulo suave en vez de sumergirse abruptamente en el subsuelo.

Mientras Emerson rumiaba sobre las imágenes de Maat en el quicio de la entrada, David y Ramsés comenzaron regresar por el camino.

—Está bastante lejos —dijo David algo tristemente—. Quizás seré capaz de echar una mirada a algunos objetos mientras estén siendo transportados hacia acá.

Ramsés maldijo mentalmente a Carter y Carnarvon. Era de esperarse que también le dedicara algunas maldiciones a su padre; si Emerson no hubiera perdido los estribos no habrían sido expulsados de la tumba. Pero no era justo para David, o para Cyrus, venido el caso, ser considerados culpables por su asociación con Emerson.

Me pregunto, pensó, si hay algún modo en que yo pudiera...

De regreso a la tumba, se les unió Sethos.

—Vi a Margaret venir de esta dirección —dijo casualmente—. ¿Ha ocurrido algo?

—No realmente —dijo Ramsés—. ¿Dónde estabas?

—Estaba al acecho. —Sethos se sonó la nariz.

—¿Cogiste un resfriado, verdad? —preguntó Emerson.

—Algo persistente. Pero no espero hervir en aceite.

Así que había estado lo bastante cerca para escuchar la cita (de *El Mikado*, si Ramsés recordaba correctamente).

—¿Decidiste no enfrentarte a Margaret? —preguntó Ramsés. Suavemente añadió—: Cobarde.

Sethos fingió no escucharlo.

—¿Algo de interés en esa tumba? —le preguntó a Emerson.

—Nada que te llame la atención —dijo Emerson intencionadamente.

—Dentro de poco este sepulcro sin aliciente alguno contendrá muchas cosas que interesarán a un ladrón —contestó Sethos,

reconociendo la implicación con una ceja levantada—. Hablando como alguien con considerable experiencia, prefiero intentar robar ésta que la de Tutankamón. Miren esa linda y amplia entrada y la fácil cuesta de más allá. Los objetos estarán convenientemente embalados para el embarque. Reunir un contingente suficiente, robar y correr mientras algunos de tus compañeros retienen a los guardias y llevas los cajones directamente por esa cuesta hasta la cima de la montaña. Ninguna necesidad de transportar todo el botín hasta la entrada.

—Buen Dios —gritó Emerson.

—Solo una idea —dijo Sethos. Sepultó la cara en su pañuelo y soltó un sonoro estornudo.

Capítulo 9

Con Emerson fuera del camino avanzamos mejor, aunque si hubiera sido capaz de hacerlo hubiera encerrado a los gemelos y a Amira en la perrera de esta última y habría encerrado con llave a Gargery en su habitación. Egipto había reanimado al viejo bribón, siempre se había considerado como el hombre a cargo de la casa, y él y Fátima habían tenido varios roces sobre las viandas que se servirían. Estaba en su séptimo cielo rondando por la casa desde la cocina al salón, reajustando las decoraciones y ofreciendo consejos no deseados sobre cómo preparar diferentes platos. No obstante, a la hora en que los hombres regresaron exigiendo almorzar, las cosas iban de maravilla y yo me senté con ellos para una colación fría de ensaladas y sándwiches. Fueron singularmente reticentes a contar sus actividades, pero bajo interrogatorio Ramsés admitió que se habían encontrado con Kevin y Margaret.

—Ambos han aceptado mi invitación —dije—. ¿Mencionaron que vendrían?

—Hablamos de otros asuntos —dijo Ramsés y le dio un mordisco muy grande a su sándwich de pollo.

Él y David se llevaron a los gemelos (y a la perra) lejos de la casa y prometieron mantenerlos allí hasta que la fiesta comenzara oficialmente. Charla se había estado comportando sospechosamente bien (salvo por pegarse inadvertidamente a una silla), y esperaba una recaída. No puede esperarse la transformación de una niña de cinco años en una noche. Emerson se retiró a su estudio y Sethos a su habitación, con unas cuantas aspirinas y un suministro de pañuelos limpios.

A las seis en punto todo estaba listo, e inspeccioné la casa con un nivel de complacencia del que creo poder excusarme. Había logrado mantener a Fátima y Gargery lejos de las gargantas del otro

y había intimidado a Emerson para que se pusiera su mejor traje. La mesa del comedor mostraba mi mejor cristalería y mi porcelana de Limoges, el salón estaba adornado con follaje y cadenetas de papel, y el árbol brillaba con las velas.

—¡Que las festividades comiencen! —Grité.

—Humm —dijo Emerson.

Sethos se sonó la nariz.

Debíamos cenar a las ocho, pero habíamos pedido a algunos de nuestros amigos más cercanos que vinieran antes, con el fin de que vieran a los niños abrir sus regalos y atiborrarse con dulces. Ellos (los niños) estarían probablemente enfermos después, pero como siempre digo, los excesos ocasionales valen las consecuencias. Selim y Daoud estaban allí, pero Kadija se había excusado, ya que no disfrutaba de lo grandes grupos de extraños. A las seis y cuarto llegaron los Vandergelt y se me presentó a Sir William Portmanteau, el abuelo de Suzanne.

La descripción de Cyrus había sido exacta. Podría haber posado para un retrato de Papá Noel, con su nívea barba y brillantes ojos. La benevolencia de su expresión al observar a los niños supera toda descripción.

—Ningún placer iguala al tener en las rodillas a nuestros nietos —declaró—. ¿No es así, profesor Emerson?

—Muy cierto —dijo Emerson, sobre el chillido de placer de Charla. Una flecha voló sin fuerzas en su dirección y cayó a sus pies.

—Quién... —Comencé a preguntar. Pero creía saber la respuesta.

Ramsés le quitó el arco a su hija, explicándole que este solo era para usarse al aire libre, y Charla se abalanzó sobre otro paquete.

Sus regalos para los adultos también tuvieron que abrirse; para darle crédito a los gemelos, obtuvieron tanto placer en dar como en recibir, aunque quizás no del mismo modo. Los pequeños libros de Charla fueron un enorme éxito. Daoud se sintió absolutamente arrobado por los grabados de Stonehenge y el Palacio de Buckingham. Sir William se rio entre dientes por su colección de damas a la moda y admiró el dibujo de David John de un faraón conduciendo una cuadriga.

Antes de llevar a los niños a la cama, cantamos unos villancicos, acompañados por Sennia al piano. Nefret había declarado que

estaba fuera de práctica, pero yo estaba segura que lo había hecho, para darle a Sennia la oportunidad de mostrar su talento. La querida muchacha interpretó las sencillas melodías con bastante belleza; el orgullo con el que tocaba era hermoso de ver. Las dulces voces de sopranos de los niños mezcladas con las voces más profundas y entusiastas aunque desafinadas de Emerson no le restaron (mucho) mérito al efecto en general. Selim, Daoud y Nadji escucharon con sonrisas en sus caras, y Sethos estornudó a mitad del estribillo del «Buen Rey Vencesleo[2]». Sir William no participó; llevaba el compás con los dedos y se rio entre dientes. Comencé a entender por qué la alabanza de Cyrus del viejo caballero había contenido una nota ácida. Después de unos momentos las sonrisitas comenzaron a sonar mecánicas.

Charla insistió en dar a todos un beso de buenas noches. La sonrisa benévola de sir William se quebró brevemente cuando su mejilla, quedó untada con la menta que ella había estado chupando, pegoteándole la barba. Pero difícilmente alguien podría culparlo de esto. Hasta el momento se había comportado como un perfecto caballero, aceptando ser presentado a Selim y Daoud con corrección aunque sin entusiasmo. Difícilmente alguien podría culparlo de esto...

Una vez que los niños se marcharon, Fátima comenzó a recoger el papel rasgado y las cintas dispersas, y Emerson sirvió el whisky.

—Esto fue bien —declaró, con la complacencia de un individuo que había hecho muy poco para que las cosas fueran bien—. ¿Quién más vendrá, Peabody?

—No tantos como en otros años.

—Hmmm, sí —dijo Emerson—. No invitaste...

—Solo se lo pedí a aquellos que no tenían compromisos previos —dije, ya que no vi razón alguna para mencionar los nombres de los «amigos de Carter», tal como los llamaba Emerson.

—¿Y ese bas... ese sujeto Montague? Confió en que no...

—No, Emerson, no lo hice.

Sir William alzó la vista de su copa, DE la cual parecía disfrutar muchísimo.

—¿Están hablando de Page Henley de Montague?

—Sí —dije—. ¿Lo conoce?

—No bien. Servimos en varios comités juntos. El señor

Vandergelt le mencionó —añadió él, riéndose entre dientes—, con cierto nivel de desprecio.

Nuestros otros invitados comenzaron a llegar, Marjorie Fisher y la señorita Buchanan de Luxor, Rex Engelbach, y finalmente, Kevin y Margaret Minton. Llegaron juntos, lo cual me sorprendió hasta que capté la mirada irónica de Margaret. Ella no volvería a permitir ser tomada por sorpresa.

Llevaba lo que creí era su mejor vestido, del mismo marrón ceniza apagado que la mayoría de su vestimenta. Un pañuelo carmesí estaba atado flojamente alrededor de su cuello y un par de pequeños pendientes de oro era sus únicas concesiones a la moda. Comparada con las otras damas presentes, con sus satenes esmeraldas y sedas azules, parecía una institutriz. Incluso la señorita Buchanan, quien era notoria por su moderación en el vestir, había añadido una sarta de perlas y un peine de carey a su conjunto.

Logré tener intercambiar algunas palabras privadas con Margaret antes de ir a cenar.

—¿Se viste mal a propósito? —Pregunté—. En su juventud, si mal no recuerdo, se mantenía al corriente de lo último en moda.

Sus ojos brillaron terriblemente.

—En mi juventud... y en mi mediana edad... era una tonta. ¿Cuál es el objetivo de adornarse con el fin de competir con mujeres tontas y atraer a hombres estúpidos?

Yo vestía de escarlata, el color favorito de Emerson y llevaba los pendientes de diamante que él me había regalado. Sin descomponerme ni una pizca por su crítica implícita, sonreí y ajusté su pañuelo de modo que enmarcara su cara de modo más favorecedor.

Después de mucha persistencia estuve de acuerdo en que Gargery sirviera el vino, y le instruí en que se asegurara que fluyera libremente. El Lector podrá cuestionar mis motivos para hacerlo. El Lector tendría razón. *In vino veritas*, como diría el dicho.

Conseguí un poco más de *veritas* de lo que hubiera deseado. Margaret se volvió cada vez más mordaz a medida que la cena avanzaba, y ella y Kevin comenzaron a atacarse el uno al otro. Rex Engelbach y Emerson entablaron una fuerte discusión sobre Howard Carter, Emerson despotricó de Carter con afilada perversidad.

Jumana, muy bonita en un vestido amarillo pálido, se encargó de decirle a David que sus copias de las pinturas de la tumba de Ay eran las más finas que hubiera visto nunca. Suzanne se encargó de decirle a Jumana que debería encontrar un agradable marido egipcio. Y, durante uno de esos inoportunos momentos de calma en la conversación, que a veces ocurren incluso con nosotros, sir William preguntó a Ramsés si Sennia era su hija ilegítima.

No usó esa palabra. Las palabras que usó fueron «debajo de la manta», acompañado por un guiño y una sonrisita.

En un inicio el vulgar rumor se extendió cuando Ramsés tomó a la niña abandonada bajo su ala y procedimos a adoptarla. De hecho, ella era, tal como creo haber mencionado, el retoño de mi despreciable sobrino Percy y una prostituta egipcia; pero aquellos que son incapaces de entender la nobleza de carácter (me refiero a la de Ramsés) y del amor nunca creerían la verdadera historia. Me sentí apenada, pero no sorprendida al comprobar que la mentira aún estaba en circulación. La malicia a menudo es más fuerte que la verdad.

Los ojos de Sennia se llenaron de lágrimas. Sabía lo que él quería decir; había sido víctima de incluso insultos más dolorosos cuando empezó a asistir a la escuela en El Cairo. Emerson se ahogó en su vino y la zona alrededor de la boca de Ramsés se volvió blanca, tal como hacía cuando lo embargaba una violenta rabia.

—Ella es mi pequeña y querida hermana adoptada —dijo Ramsés, muy tranquilamente—. ¿Cyrus, te ha contado padre su teoría de que existe otra tumba real desconocida en el Valle?

No era la teoría de Emerson; era algo que Abdullah me había dicho. Cyrus, quien se había vuelto morado de indignación, captó su señal, y todo el mundo comenzó a hablar al unísono.

Pasamos el resto de la cena sin incidentes. Sethos se había excusado de la cena, afirmando que no deseaba imponer su resfriado a los otros invitados. Había alcanzado una etapa bastante desagradable, a juzgar por el número de veces que usó su pañuelo durante el inicio de la velada.

Con mi usual habilidad como anfitriona, mantuve la conversación centrada en la egiptología, sabiendo que Emerson no permitiría una palabra sobre ningún otro tema. En varias ocasiones tuve que contenerme cuando las personas especularon sobre los

espléndidos objetos en la cámara mortuoria, y un par de veces vi a Jumana estremecerse cuando alguien pisaba su pie para recordarle que se suponía que ella no los ha visto. Sin embargo, las historias se habían extendido, como suele ocurrir, y Rex Engelbach estaba listo y deseoso de hablar.

—El excesivo secretismo de Carter me parece injustificado —declaró—. Concedo, que no pueda admitir un gran número de personas por miedo a perjudicar los objetos, pero no hay razón para que no pueda describirlos o distribuir copias de las fotografías de Burton.

—Dicen que Carnarvon piensa vender las fotografías al mejor postor —dijo Cyrus.

Rex era demasiado sabio para permitirse cotillear, pero su mera presencia esa noche me indicó que no estaba en el mejor de los términos con Howard y su patrón. Su posición era difícil. En teoría tenía autoridad sobre todas las actividades arqueológicas en el Alto Egipto, incluyendo el Valle de los Reyes. Sin embargo, el control ejercido por el Departamento de Antigüedades sobre los excavadores y expediciones extranjeras siempre había sido permisivo, y Rex no tenía ni el poder, ni la inclinación para incitar problemas. No podía impedirle a Carnarvon monopolizar las fotografías, pero podía indicar su desaprobación describiendo sin titubear los objetos.

—Hay una silla... un trono, mejor dicho... que les quitaría el aliento. Cada centímetro de él está revestido con láminas de oro y con elementos decorativos incrustados. En el espaldar hay figuras en alto relieve de Tutankamón y su reina. Sus rostros y cuerpos están hechos del cristal rojizo, sus túnicas son de plata, sus pelucas y otros detalles de piedras semipreciosas...

David se inclinó hacia adelante, sus ojos brillaban. Incluso las fotografías, suponiendo que Howard pudiera ser persuadido a compartirlas, no capturaría los gloriosos colores y el destello del oro de tal tesoro como el trono.

Howard era egoísta e irrazonable. Viendo la cara absorta de David, decidí que de alguna forma lograría que entrara en esa tumba, por cualquier medio necesario.

El abuelo de Suzanne no había estropeado nuestra noche pero había echado una piedra en las tranquilas aguas de la buena

voluntad estacional. Cyrus se lo llevó temprano. El viejo desdichado no tenía idea de haberse comportado mal; nos deseó las buenas noches con perfecto aplomo. Soltando una risita.

Nuestros otros invitados, a excepción de Kevin y Margaret, no se quedaron mucho más. Tan pronto como se fueron, el resto de nosotros comenzó a insultar a sir William. Permití que Sennia se quedara pasada su habitual hora de acostarse, porque deseaba que escuchara lo que pensábamos de tales personas y sus ideas. Kevin describió a sir William con unos pintorescos insultos irlandeses y Daoud ofreció llevárselo y encarcelarlo durante unos días. Gargery, con el pelo blanco alborotado, declaró su intención de desafiar a sir William en una pelea a puñetazos. Esa noble oferta completó la sanación de Sennia, intentando no reírse (eso habría herido los sentimientos de su campeón), se llevó a Gargery a su habitación.

—Al menos el viejo bandido no ha entrado en la tumba —dijo Emerson con satisfacción—. Se habría jactado de ello si lo hubiera hecho.

—Aún no —dije. —¿Cuánto tiempo se quedará el viejo bandido?

—No me molesté en preguntar —dijo Emerson.

—Se va a El Cairo el Día de San Esteban —dijo Nefret—. No tendremos que volver a recibirlo.

—Nos lo encontraremos mañana en casa de Cyrus —dije. —Sin embargo, habrá suficientes personas presentes y deberíamos ser capaces de evitarlo.

Margaret había hablado muy poco. Se había retirado a un rincón tranquilo y escribía en su cuaderno. No me opuse, ya que no había ocurrido nada de interés periodístico (la intolerancia de sir William, lamentablemente, era bastante habitual). Supuse que hacía notas sobre los objetos que Rex había descrito.

—¿Cantarán más canciones ahora? —preguntó Daoud. Amaba toda clase de música y el piano lo fascinaba.

—Nefret parece cansada —dije—. Y Sennia se ha acostado. ¿No toca, no es así, Margaret?

—Toca muy bien —dijo una voz desde la entrada—. Pero está en contra de sus principios demostrar talentos femeninos.

La pluma de Margaret chirrió a través de la página, y yo dije:

—¿Cuánto tiempo has estado allí?

—Bastante tiempo. Estaba al acecho, ya ven —explicó Sethos—.

Quería ofrecerle unas palabras de ánimo a Sennia antes de que se acostara. ¿Bien, Margaret? ¿No querrás decepcionar a Daoud, verdad?

La mirada que ella dirigió de Sethos a Daoud hizo que éste se pusiera de pie.

—No importa —dijo Daoud rápidamente—. Ya me voy.

Y lo hizo, después de presurosos pero sentidas felicidades. Margaret cerró su cuaderno. El pañuelo carmesí colgaba flojamente alrededor de su cuello, como si se lo hubiera soltado.

—¿Está listo, O'Connell? —preguntó.

—Venga, no terminen la fiesta —exclamó Sethos—. Tomen otro whisky.

—Por mí bien —dijo Kevin.

Margaret aferró su abrigo.

—Gracias por una noche encantadora —espetó y salió con paso majestuoso del cuarto.

—¿No la escoltará de regreso al hotel? —Pregunté a Kevin. Él estaba de un humor apacible, como siempre lo estaba tras una buena cantidad de vino y unos whisky, y estaba disfrutando del aire de benevolencia. Sus pecas brillaban en su nariz pelada.

—No es necesario, no es necesario, señora E. El carruaje que alquilamos está esperando y no dudo que lo tomará, dejándome varado.

—Ya nos preocuparemos del transporte cuando llegue el momento —dijo Sethos, tomando la copa vacía de la mano de Kevin.

Me di la vuelta hacia mi hijo y descubrí que ya había dejado el cuarto. Regresó casi de inmediato para informar que Margaret, en efecto, había entrado en un carruaje que esperaba y se había ido antes que pudiera ofrecer sus servicios como escolta.

Nefret admitió que estaba cansada, algo quo no era sorpresa, después de semejante día, y Ramsés se marchó con ella. El resto de nosotros compartió lo que resultó ser un momento muy agradable. Emerson insistió en que cantáramos, e interpretamos «Aquí llegan los hambrientos peregrinos[3]» a cappella, en voz muy alta y muy desafinados. Kevin cantó varias canciones con su dulce voz de tenor, y Sethos lo acompañó en «El villancico del Cerezo»[4]. Saludamos el alba del día del nacimiento del Salvador con un coro

final y acompañamos a Kevin a la puerta. Rechazó la oferta de Emerson de llevarlo hasta el río en el automóvil, declarando que el aire fresco le haría bien. Se dio la vuelta, no *muy* inestablemente, seguido de nuestros repetidos deseos de «Feliz Navidad», porque justo en ese día de entre todos los demás habría sido grosero recordar las pasadas ofensas de Kevin.

No negaré que el whisky pueda haber influido en nuestro estado de ánimo.

Emerson rara vez se excede, pero en las raras ocasiones que lo hace es cuando se convierte en un perfecto oso a la mañana siguiente, demandando compasión y negando que hubiera tomado demasiado.

—Sethos me ha contagiado su maldito resfriado —insistió.

—No has estornudado ni una sola vez —repliqué—. Una ducha fría y un par de aspirinas te pondrán bien. Recomponte. Los niños nos acompañaran en el desayuno.

Despojado de una inmerecida compasión, Emerson siguió mis instrucciones, y cuando todos nos reunimos alrededor del árbol y los regalos restantes, casi era él mismo otra vez. Sethos también se nos unió, aunque se estremecía cada vez que uno de los niños soltaba un chillido.

—Veo que tu resfriado está mucho mejor —le dije—. ¿Cómo está tu cabeza?

—Fátima me dio una aspirina —dijo Sethos, presionando la mano contra su frente.

Durante las últimas semanas habíamos recibido varios paquetes de Inglaterra; eran éstos los que habíamos guardado para la mañana de Navidad, sabiendo que la mayoría de ellos serían para los gemelos. Todo el mundo salvo la querida Evelyn había desistido hace mucho con Emerson. Él conjuró una sonrisa cuando abrió su regalo de un hermoso par de guantes y los puso con cuidado a un lado. No tenía ninguno, ya que seguía perdiéndolos, y no creía que éstos duraran mucho tiempo.

A mi sugerencia los abuelos, tías, tíos y primos habían comprado libros para David John. Esperaba que lo mantuvieran entretenido durante un tiempo, ya que los libros de niños en inglés eran difíciles de conseguir en Luxor, pero noté que él ya tenía varios de ellos, y que algunos otros estaban muy debajo de su capacidad de lectura.

Sin embargo, como le dije a David John, debía expresar la apreciación apropiada y abstenerse de mencionar los libros duplicados.

Siempre insistía en que los gemelos escribieran cartas de agradecimiento inmediatamente después de recibir regalos. Eso era lo apropiado. Y les proporcionaba una razón para sentarse, a una mesa, en una silla y contener su hilaridad.

Todos disfrutamos de un pequeño descanso, el cual algunos de nosotros necesitábamos después de la hilaridad y el abundante desayuno tardío de Fátima. Entonces fue el momento de vestirse para la velada de Cyrus. Lamentablemente Emerson y Selim habían tenido éxito (así lo reclamaban) en conseguir que el automóvil funcionara adecuadamente. Por suerte había demasiados de nosotros para caber en él con comodidad. Nefret, Fátima y yo subimos al carruaje de Cyrus. No deseaba que el automóvil nos precediera, debido al polvo, o después de nosotros, debido a la posibilidad que Emerson y Selim hubieran sido demasiado optimistas con el aparato que conducían, así que finalmente logré persuadirlos para que montaran a caballo. Selim montaba magníficamente y él lo sabía, y Emerson fue persuadido cuando le permití vestir su traje de montar en vez de sus ropas de noche, que detesta. Nos siguieron, y debo decir que formaron una escolta imponente.

Estuvimos entre los últimos en llegar (gracias a la discusión en cuanto al automóvil). El magnífico salón de Cyrus estaba lleno de invitados, todos vestidos con sus mejores galas. Los austeros negros y blancos de los trajes de noche de los caballeros eran iluminados por los vestidos de las damas, en todos los tonos desde el verde Nilo al escarlata, y por las elegantes túnicas de los invitados egipcios. Sir William estaba de pie ante la mesa del buffet, con una copa de champán en la mano, charlando (y, no lo dudé, riéndose entre dientes) con un caballero al que yo no conocía. Probablemente un turista, Cyrus siempre incluía a varios de ellos en sus invitaciones.

—Te debo una disculpa, Amelia —dijo Cyrus, observando la dirección de mi mirada—. Anoche no tuve oportunidad de expresarlo suficientemente.

—¿Por qué debería pedir perdón, Cyrus? No fue su culpa.

—No han traído a Sennia.

—Pensé que era mejor que no viniera.

—La compensaré —dijo Cyrus fervorosamente—. Un presente de Navidad tardío, tal vez. ¿Qué le gustaría?

—Solo su afecto, querido Cyrus. Y ella sabe que lo tiene.

En ese momento se nos unió Emerson. Era uno de los pocos caballeros que no vestía traje de noche, pero la honestidad me obliga a confesar que lucía mejor aspecto en ropa menos formal. Mostraba una apuesta figura con botas, pantalones de montar y un abrigo de tweed bien entallado; los ojos de muchas de las damas se dirigían admirativamente hacia él.

—Me niego a ser cortés con ese bastardo de Portmanteau —anunció—. ¿Cuánto tiempo más debemos soportarlo?

—No necesitas gritar —le dije, dándole a Emerson un empujoncito—. Entiendo que se va mañana.

—No tenemos tanta suerte —dijo Cyrus—. Ha decidido quedarse unos días más. Pero no lo veremos mucho, se llevará a Suzanne a Abydos y Dendera. Creo que intenta persuadirla de volver a Inglaterra con él.

—No puede hacer eso —dije firmemente—. No sin consultarme. Yo... es... la contraté para toda la temporada.

—Ciertamente eso me dejaría en un buen lío —dijo Cyrus—. Nunca terminó los dibujos de los relieves de Ay. No es que fueran muy buenos. Supongo que David no...

—Excúsenme —dije—. Katherine me está haciendo señas. Debo mezclarme.

Cyrus siempre había sido un anfitrión excelente, y Katherine añadía esos pequeños toques de elegancia que solo una esposa puede otorgar. Las velas ardían en las elegantes arañas de luces de cristal y en los candelabros de pared, macetas de plantas proporcionaban rincones tranquilos, y había flores frescas en cada una de las pequeñas mesas diseminadas por todas partes. Varios amigos arqueólogos habían acudido, aunque ninguno del Metropolitan House. Deduje que habían rechazado la invitación de Cyrus, al igual que la mía. Los turistas de visita compensaron, en número al menos, su ausencia. Todos deseaban escuchar sobre Tutankamón, y mientras iba de grupo en grupo, ofrecí pequeños cuadros de descripciones y discretamente evité solicitudes de que yo les consiguiera una entrada a la tumba. El caballero con quien sir

William había estado dialogando era particularmente persistente. Era el jefe del consejo de alguna compañía u algo así, lo cual, según parecía creer, le otorgaba privilegios especiales.

Después de varias copas de champán decidí que era mejor comer algo. Me dirigí hacia la mesa del buffet, donde encontré a mi cuñado.

—Permíteme —dijo, quitándome el plato de la mano—. ¿Qué será? Foie gras, pavo, ostras en vinagre... Ah, por supuesto. ¿Sándwiches de pepino?

Habiendo indicado mis elecciones, permití que me llevara a una mesa.

—He estado charlando con Nadji —dijo—. Parece un poco abatido.

—Te estás volviendo un alma bastante amable —dije.

—Está es una muchedumbre aburrida. —Sethos se echó hacia atrás—. Demasiados millonarios y sus mujeres con ropas demasiadas elegantes.

No contesté, ya que mi boca estaba llena. Contemplando la brillante reunión, decidí que tenía razón. Me sentí contenta al ver que Ramsés y Nefret se habían hecho cargo de Emerson, quien tenía la inclinación, cuando no tenía supervisión, a comenzar discusiones. Nefret se veía absolutamente deslumbrante esa noche, su cara resplandecía y su cabello era una corona de oro.

—No he visto a Margaret —dije.

—Quizás anoche tuvo suficiente de nosotros.

—Pero se esperara que asista una periodista dedicada, con la esperanza de recoger algún rumor. —La rojiza cabeza de Kevin se movía entre la muchedumbre como un cometa, e identifiqué a varios otros invitados como periodistas. Siempre puedo identificarlo por sus bolsillos de abrigo abultados que indican la presencia de cuadernos, y por sus miradas depredadoras. Messieurs Bradstreet del *New York Times* y Bancroft del *Daily Mail* eran conocidos míos (aunque no por ninguna falta mía).

Un poco antes de la medianoche Emerson se me acercó.

—¿Podemos irnos? —preguntó.

—Si lo prefieres, querido.

—Realmente lo prefiero. Hay muchos malditos periodistas y no suficientes egiptólogos, y si no me voy pronto me obligaré a decirle

a sir William lo que pienso de él. ¿Viste el modo en que miró a Fátima, como si ella fuera una criada que no conociera su lugar?

La amenaza de Emerson no podía tomarse a la ligera. Lo tomé del brazo.

—Entonces vamos y di buenas noches a Cyrus y Katherine. Veré si los demás están listos para irse.

Fátima estaba más que lista. Era bastante tímida con compañía y solo había venido porque no quería ofender a Cyrus. Sethos, Nefret y Ramsés la habían cuidado bien. El último par decidió acompañarnos, así como David, pero Sethos declaró que se quedaría un rato más. Selim estaba pasando un momento espléndido, poniendo los ojos en blanco ante las damas deslumbrantes y dirigiéndose a ellas con un acento exagerado, por tanto lo deje con ello. Las damas parecían disfrutar de la representación.

Tan pronto como nos sentamos en el carruaje, Fátima cayó dormida, apoyándose contra el hombro de Nefret.

—Trabaja demasiado —dijo Nefret suavemente—. Deberíamos conseguir más ayuda para ella.

—Se la he ofrecido, Nefret, pero en vano. Le gusta estar al cargo.

—Al menos podríamos impedir que los gemelos la molestaran tanto. Sé que ella los adora, pero pueden ser muy extenuantes.

—Podrías hacerlo con algo de ayuda para ti —dije—. Es hora de que los niños comiencen su educación formal.

No hubo respuesta de Nefret. Sus ojos estaban cerrados y tenía la cabeza inclinada.

***

Pasamos el Día de San Esteban reponiéndonos de los días que lo habían precedido. Había un general, aunque no expresado, consenso de que ya que habíamos disfrutado demasiado de la época de fiestas, nos sentíamos aliviados de que esta hubiera terminado, y sin desastres peores que un árbol chamuscado.

—Nada grave hasta ahora —dije—. No puedo concebir, Emerson, qué impulso loco te incitó a regalarle a Charla un arco y flechas.

Emerson se había retirado a su estudio, adonde lo había seguido.

—¿No puede un hombre tener un poco de paz y calma para continuar con su trabajo desatendido? —exigió—. He perdido varios días... con mucho gusto y sin queja, Peabody... por tus

infames planes. Ahora déjame.

Recogió una pluma y comenzó a escribir con gran velocidad. Me senté en la esquina de su escritorio.

—Has escrito mal artefacto y estratificación —dije.

—¡Maldita sea! —Emerson recorrió con la mirada los alrededores buscando algún objeto al cual lanzar su pluma. Se la quite, para prevenir manchas de tinta adicionales en el mobiliario.

—Ya que fuiste tú quien le dio el objeto mortal a Charla, es tu responsabilidad ver que no sea mal empleado.

Emerson hundió los hombros y sus penetrantes ojos azules adoptaron una mirada torturada.

—No se lo puedo quitar. No puedo, Peabody.

—Lo sé. Sería cruel e impropio quitarle un regalo. Lo que propongo es que retengas la posesión del objeto y que solo le permitas usarlo bajo tu supervisión.

—¿Yo? —exigió Emerson, descuidando la gramática en su consternación—. No sé una maldita cosa sobre tiro con arco. Nefret es la única. Era muy buena en ello.

—¿Entonces por qué no se lo pides?

Quejándose pero admitiendo su responsabilidad, Emerson fue en busca de Nefret. La querida muchacha estuvo de acuerdo de inmediato con el plan (del que yo ya le había hablado antes), y fuimos al desierto detrás de la casa para establecer los blancos (las balas de heno del establo con objetivos pintados por David). Charla estuvo tan contenta al ser el objeto de nuestra atención que obedeció las instrucciones de su madre al pie de la letra e incluso consintió en dejar a David John tener su turno. Le dio dio no poca satisfacción, creo yo, cuando él resultó ser menos experto.

Por la tarde distribuimos las cajas de Navidad, la mayoría de las cuales contenían dinero. Algunos de los aldeanos se dejaron caer, ante la posibilidad de poder ser incluidos. Repartimos dulces a los niños y atrapé a Emerson entregando una propina al joven Azmi. Yo estaba en la terraza en ese momento, esperando el té.

—¿Por qué servicios lo estás recompensado? —Pregunté—. Te lo dije, Emerson, no debes animar a un niño a espiar y moverse furtivamente.

—El chaval aprende una lección útil —dijo Sethos, quien había sido un oyente divertido—. Puede ganar más sustento moviéndose

furtivamente y espiando que cargando garrafas de aguas.

Ya que no podía negarlo honestamente, así que resoplé y recogí el periódico que había dejado a un lado.

—¿Leyendo un periódico? —preguntó Sethos—. Dios, Amelia. ¿Qué pasa contigo?

—Una maldita pérdida de tiempo —dijo Emerson, sentándose y sacando su pipa—. ¿No está listo el té?

—Dentro de poco. Solo echaba un vistazo a la columna social. Espero que dentro de poco tiempo la mayoría de nuestros honorables sires y lores desciendan sobre Luxor.

—¿Hay alguna otra noticia? —preguntó Sethos.

—Revuelta en el Delta y el intento de asesinato del Ministro de Obras Públicas —dije, olvidando que acababa de echar un vistazo a la columna social.

Esperando impaciente su té, Emerson se puso de pie y entró en la casa para apurar a Fátima. Inclinándose hacia adelante, Sethos suavemente dijo:

—Todavía esperas un poco de acción dramática de... ¿ellos, verdad? No preocupes tu muy bonita cabeza con ello, querida. Nos han dejado en paz, tal como prometieron.

Arrojé el periódico a un lado.

—Algo le sucederá obligatoriamente a alguien, de lo contrario no habría razón alguna para el trato. Siento como si estuviera esperando a que una bomba fuera a estallar.

—Si lo hace, no te enteraras de ello en el periódico del día —dijo Sethos.

Él tenía razón sobre esto. Me enteré de ello a la mañana siguiente, de entre todas las personas, de Kevin O'Connell.

Habíamos regresado para trabajar en el Valle Occidental. Emerson estaba enardecido por una nueva teoría, que la tumba no decorada número 25 había estado destinada a Akhenaton. Nos lo contó a todos en el desayuno.

—Akhenaton no transfirió su residencia a Amarna hasta el año cinco de su reinado. Habría comenzado a excavar su tumba para entonces, en Tebas. ¿Dónde más que en el Valle Occidental, donde su padre está sepultado? Nunca se terminó porque él comenzó y completó, otra tumba en Amarna.

—Tiene sentido, padre —dijo Ramsés cortésmente—. Pero no

hay ninguna prueba.

—Voy a encontrarla —declaró Emerson, tirando su servilleta sobre la mesa—. El año pasado le di a la número 25 un examen superficial; esta vez tengo la intención de examinar cada superficie de pared y cada fragmento con una lupa.

—Buena suerte —dijo Sethos, aceptando otra taza de café de Fátima.

—¿No vienes? —preguntó Emerson.

—Ah, supongo que podría. Tan pronto como haya terminado este excelente café.

David le había prometido a Cyrus que seguiría copiando los relieves en la tumba de Ay, así que después de que Sethos terminó de holgazanear con su café nos dispusimos a montar a caballo. Pero ocurrió un incidente muy inoportuno. Un rugido cada vez más fuerte y una serie de alaridos hicieron que los caballos se sobresaltaran. Mirando hacia atrás, vi un automóvil subir detrás de nosotros a considerable velocidad, dispersando carretas y burros.

Logramos salir de su camino a tiempo, pero Emerson se hubiera visto en serios problemas si Ramsés no hubiera atrapado la brida de su caballo y tirado a un lado. El automóvil nos pasó en medio de una nube de polvo y guijarros. Al lado del chófer se sentaba Howard, agarrándose el sombrero. En la capota estaban Harry Burton, quien agitó alegremente la mano que no sostenía su sombrero hacia nosotros; el señor Lucas, el químico; y otro caballero al que reconocí como Arthur Mace, uno de los empleados del Museo Metropolitano que habían trabajado en Lisht en el Bajo Egipto. Demasiado preocupado en sostener su sombrero para reconocernos, aunque estaba segura que lo habría hecho de no ser así. Un hombre agradable, cortés, tenía mucha experiencia trabajando con materiales frágiles, y había estado totalmente de acuerdo conmigo en la utilidad superior de la parafina derretida. El Metropolitano ciertamente se había rendido ante esta.

El lenguaje de Emerson, realmente, no puede ser repetido. Se necesitó de toda mi elocuencia para impedirle galopar de regreso a la casa e ir a buscar a Howard en nuestro automóvil.

—Nunca lo alcanzarás —insistí.

—Lo hizo deliberadamente, con el fin de insultarme —rabió Emerson.

—Si él se comporta de manera tan infantil, tú no tienes que descender a su nivel.

—Bah —dijo Emerson, estrechando los ojos y endureciendo la mandíbula.

Me pregunté si podría quitar alguna parte de nuestro automóvil y esconderlo.

Después de quitarnos la arena que las ruedas del coche de Howard habían rociado sobre nosotros, continuamos nuestro camino. Incluso a esas tempranas horas el camino hacia el valle principal comenzaba a llenarse de turistas; después de girar hacia el Valle Occidental, cayó una bendita calma, salvo por el murmurar de Emerson. Como siempre, el Valle Occidental era cautivante. Un gran anfiteatro amurallado por acantilados esculpidos en formaciones fantásticas por el viento y el agua, un lugar muy silencioso, incomparable por su grandeza áspera. El sol se elevaba sobre los acantilados del Este cuando lo atravesamos a caballo, trayendo un rubor de oro pálido a la roca. Nosotros y nuestros caballos podríamos haber sido las únicas criaturas vivas en la tierra.

Nuestra área de trabajo se extendía a varios kilómetros desde la entrada. Cuando llegamos, encontramos que Cyrus y su equipo habían llegado allí justo antes que nosotros.

Agarrando el brazo de Cyrus en un apretón firme, Emerson se lanzó inmediatamente a una diatriba amarga, acusando a Howard de atreverse a conducir su propio automóvil en un camino público.

—Bien, ahora —dijo Cyrus, cuando Emerson se quedó sin aliento—. ¿Me imagino que no hay nada que podamos hacer sobre ello, no es así? ¿Comenzamos el trabajo?

—¿Qué? Ah. —Emerson se frotó la barbilla—. Quieres a David, supongo. El resto reuníos. Tengo un plan...

Con un guiño y un asentimiento hacia mí, David descendió a las profundidades tórridas de la tumba de Ay, acompañado por varios de los trabajadores que llevaban antorchas. Emerson dio una breve conferencia sobre la Tumba 25 e hizo que los hombres trabajaran limpiando la escalera. En una sola temporada la arena y escombros traídos por el viento la había rellenado parcialmente. Se me dio la tarea de tamizar los escombros que habíamos removido el año anterior.

Esta no es la más absorbente de las tareas, sobre todo cuando es

una repetición del trabajo que se ha hecho antes. Mi atención vagó, y en intervalos cada vez más frecuentes me levanté para estirar mis miembros contraídos. Así fue como fui la primera en ver al joven Azmi venir a toda velocidad a lo largo del difícil camino. Montaba un burro, al que azuzaba a correr por medio de gritos y, hasta que me abalancé hacia él, a golpes de un palo.

Él me habría esquivado si no hubiera tenido un burro decidido a detenerse. Sin duda este reconoció a una defensora. Agarré a Azmi por el cuello de su túnica.

—Sabes que no permitimos el maltrato a los animales —dije severamente—. Incluso si no te vemos, lo sabemos.

—Usted me vio —comentó Azmi. Rascándose el costado, capturó una pulga y la aplastó—. Pero no lo volveré a hacer, *Sitt Hakim*.

Intentó liberarse de mí. Mantuve mi agarré.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?

—Para hablar con el Padre de Maldiciones. Tengo noticias.

—Habla conmigo primero.

Nuestra discusión había llamado la atención. Sintiendo el drama potencial, los hombres comenzaron a acercarse y Emerson se apresuró a colocarse a mi lado.

—¿Qué pasa? —le preguntó al muchacho.

—La *Sitt* ordena que se lo cuente a ella primero —dijo Azmi, disfrutando de la atención.

—Ehh... cuéntanoslo a los dos —dijo Emerson, abandonando cualquier esperanza de una conversación privada con su informador juvenil. Debían haberle dicho a David que algo interesante estaba sucediendo, ya que emergió de la tumba y se unió al resto del auditorio.

El pequeño rostro moreno de Azmi se abrió en una sonrisa. Era demasiado joven para sufrir los problemas dentales que afectan a tantos egipcios; sus dientes brillaron tan blancos como perlas. Habló en un susurro chirriante.

—Sacaran los tesoros de la tumba. Hoy. Pronto. ¡Ahora!

—Decídete —dijo Ramsés.

—Eso no me importa —dijo Emerson. Esa fue una de sus mentiras menos convincentes. Impávido, Azmi extendió una delgada mano morena y después de una mirada de soslayo en mi dirección, Emerson dejó caer unas monedas en su palma.

—Márchate —gruñó—. Todos los demás volved al trabajo.

—Tonterías —dije—. Cómo así alguno de nosotros pudiera concentrarse en el trabajo. Sobre todo David, esta puede ser su mejor y única posibilidad de conseguir echar una mirada a los artefactos.

—Y mía —gritó Cyrus—. ¡Vámonos!

Vencimos las objeciones de Emerson, quien había contado con que lo hiciéramos y pronto estábamos en camino, seguidos por Azmi, quien extendía sus manos vacías y me sonreía abiertamente cada vez que miraba en su dirección. Era un chaval sumamente apuesto y no le podía culpar por no tener principios. Para los muy pobres, la moralidad es un lujo. Debía irle bien, si tenía los medios para alquilar un burro.

Ramsés cabalgó conmigo. Nefret, mucho mejor amazona que yo, iba a la cabeza con Cyrus y David.

—El señor Burton debe haber terminado las fotografías preliminares —dije—. Ciertamente Howard no movería nada hasta haber registrado todo el contenido de la cámara.

—Incluso padre admite, cuando no está enojado, que Carter es un excavador responsable —contestó Ramsés—. No dudo que haya seguido los procedimientos adecuados.

—Me pregunto qué objetos removerá primero.

—Lo hará en orden —dijo Ramsés—. De un extremo de la cámara al otro, dejando las piezas más grandes y difíciles para el final. No le envidio el trabajo.

Él puede que no, pero su padre sí que lo hacía. Sin embargo, viendo el lado bueno de las cosas (como siempre procuro hacer), quizás fuera lo mejor que la tarea no hubiera recaído en Emerson. Carter había reunido a un equipo incomparable en su habilidad. Era improbable que el Museo Metropolitano o cualquier otra institución hubieran sido tan complacientes con nosotros. Ellos contaban con una parte del tesoro, y Emerson nunca habría estado de acuerdo con eso. Además, Emerson habría arrastrado a cada miembro de la familia a la labor. El trabajo tomaría años, si lo juzgaba adecuadamente, y eso supondría un alto a la carrera independiente de David y a mis planes para Ramsés y Nefret.

Hay un rayo de luz detrás de cada nube, como siempre digo.

Las noticias de los planes de Howard se habían extendido, los

turistas pululaban y el área cerca de la tumba estaba plagada de periodistas. Estos últimos individuos no debían haber encontrado muy servicial a Howard, ya que descendieron sobre nosotros, sacando sus cuadernos y preguntando lo que sabíamos.

—No más que ustedes, imagino —contesté—. Solo que el señor Carter tiene la intención de comenzar a remover los primeros objetos hoy. Los llevarán a la tumba de Seti II, donde serán embalados para un envío eventual y, si es necesario, estabilizados por el señor Lucas y el señor Mace. Muchos están en mala condición.

Anotaron todo esto, como si hubieran sido las palabras del Profeta, y el señor Bradstreet pidió que me explicara.

—Es un tema complejo, pero lo haré lo más simple posible —contesté con la mejor de las intenciones—. Cuando el aire se introduce en una tumba hasta ahora sellada, todas las sustancias salvo el metal y la cerámica se ven afectados. El yeso puede rajarse y caer, la pintura puede desconcharse, las telas pueden pudrirse. A veces es necesario aplicar productos químicos o, como siempre he preferido, derretir parafina, para mantener juntas las piezas sueltas y conservar el diseño original.

—¿Qué demonios crees que haces? —susurró Emerson, directamente en mi oído izquierdo.

—¿Por qué no debería explicárselo a estos afables caballeros? —Pregunté—. Tienen todo el derecho a conocer los hechos. Esa no es la tumba de lord Carnarvon, ¡le pertenece a Egipto y al mundo!

Una hurra algo irónico saludó esta declaración y el señor Bradstreet dijo con una sonrisa:

—¿Ha cambiado de melodía, no es así señora Emerson? Es la primera vez que la he escuchado decir que la prensa tiene derecho a algo. ¿Debe ser frustrante, verdad?

—Si la prensa decide falsear mis comentarios, no es sorprendente que me disguste que me citen —dije con severidad.

Creo que estaba a punto de pedir perdón, cuando un alboroto y ajetreo alrededor de la entrada de la tumba atrajeron todas las miradas en esa dirección. Los caballeros de la prensa me abandonaron, empujando, forcejeando y apuntando sus cámaras. Una cuadrilla de soldados tomó posición como barrera. Entonces apareció Howard. Su sombrero estaba ladeado a un lado, su bigote

cuidadosamente cepillado; en una mano sostenía su bastón, en la otra una boquilla.

—¡Atrás! —gritó, blandiendo su bastón al estilo militar—. Apártense, todos.

Desde la entrada, trasladado en un bastidor de madera al cual estaba atado por estrechas cuerdas, surgió el primer objeto: un hermoso arcón pintado con escenas del rey en su cuadriga. Los espectadores prorrumpieron en gritos de placer; los clics de las cámaras traquetearon en señal de saludo. David, a mi lado, permaneció de pie hipnotizado y mudo.

—Ve al extremo del camino —dije, tomando su brazo—. Puedes conseguir una mejor vista desde allí.

Fuimos los primeros en movernos, otros espectadores siguieron en tropel a los portadores, intentando echar una mirada más cercana al hermoso objeto. Unos cuantos se atrevieron a extender la mano, intentando tocarla, y solo los soldados que rodeaban a los portadores evitaron que lo lograran.

David siguió la procesión en todo su trayecto hasta la tumba de almacenaje, con la mirada fija, tropezó y chocó con la gente. Sentí perfecta compasión por él. Nunca jamás se había visto algo como ese arcón.

Cuando volvió a reunirse conmigo estaba pálido por el entusiasmo.

—Su descripción no le hizo justicia —jadeó—. No podía. ¡Dios mío!, tía Amelia, ¡daría mi mano derecha porque me dejaran pintarlo!

—Sin la mano derecha no serías capaz —dije, ya que siempre creo que un pequeño toque de humor ayuda a las personas excitadas a calmarse. Esto tuvo el efecto deseado en David. Me tomó del brazo.

—Perdóneme, tía Amelia. No debería haberla dejado en medio de esta muchedumbre.

—Todo bien, querido muchacho —dije—. No tengo problemas en defenderme. Nunca los tengo. ¿Volvemos? Howard puede tener la intención de sacar algo más.

—No creo que quiera ver algo más —dijo David suavemente—. No hoy. No lo podría soportar.

—Entonces vámonos a casa, querido.

—¿Realmente lo entiende?

—Naturalmente. Tu alma de artista ha sido transportada. Requieres de paz y tranquilidad para contemplar la completa maravilla que has visto. Y —añadí—, quizás un whisky con soda.

La mayor parte de los espectadores habían regresado corriendo a la tumba, pero Kevin O'Connell nos estaba esperando.

—¿Cuál es la idea de dar toda esa información a mis rivales, señora E? —exigió.

—No sea tonto, Kevin —contesté—. No les dije nada que no fuera de conocimiento público. Además observé cómo lo anotaba todo. Me sorprendí al no ver a la señorita Minton.

—Hoy no ha aparecido —dijo Kevin, acomodándose a nuestro paso—. Ahora que pienso en ello, no la he vuelto a ver desde la noche de vuestra fiesta.

—Nunca deberíamos haber permitido que se fuera sola —exclamé.

Las preguntas, que realicé ni bien nos acomodamos, confirmaron la declaración de Kevin. Nadie había visto a la señorita Minton desde Nochebuena. El recepcionista de noche, despertado en su casa, declaró que no había regresado al Winter Palace esa noche. No le había dado importancia. Si una dama extranjera decidía dormir en otra parte, no era de su incumbencia.

Kevin volvió con nosotros a la casa y esperó a que llegaran los informes.

—Era mi responsabilidad —dijo con los ojos bajos. De repente tomó otro trago bastante largo de su whisky con soda y se animó—. Pero, señora E., no veo por qué debería suponer que algo le ha pasado. Minton siempre se marcha sola, con la esperanza de aventajarnos. Estaba perfectamente sobria cuando se fue de aquí y no estaba sola. ¿Qué dice el cochero?

—No hemos sido capaces de localizarlo —dijo Emerson. Él y yo caminábamos de un lado a otro del salón, evitándonos con la habilidad de una larga práctica.

Obviamente no podíamos explicarle a Kevin por qué no creíamos que Margaret se hubiera ido por voluntad propia. Ninguno de los barqueros recordaba haberla ayudado a cruzar el río, así que debía haber sido secuestrada mientras todavía estaba en la ribera oeste. El cochero también había desaparecido. Selim, quien conocía

a todo el mundo en este lado del río, había ido presto a la casa del sujeto, solo para descubrir que nunca había vuelto a casa.

Cuando crucé camino con Emerson, él dijo entre dientes:

—Deshazte de él, Peabody.

Kevin le oyó, como todos los demás en el salón. Colocando su vacío vaso en la mesa, se levantó con gran dignidad.

—Puedo entender una indirecta, Profesor.

—Nunca ha sido conocido por hacerlo antes —replicó Emerson.

Kevin se marchó, con la intención, supuse, de realizar sus propias pesquisas. Si Margaret estaba tras la pista de una historia interesante, Kevin no se quedaría a la zaga.

Nosotros sabíamos la verdad, por supuesto. David y Ramsés se habían marchado para buscar por la ribera y localizar a los pocos barqueros a los que no habíamos podido interrogar hasta el momento. Sethos estaba con ellos. Había sido el primero en proponer que buscáramos a Margaret.

—Por creer en las promesas de nuestros adversarios —dije amargamente—. Relajamos nuestra guardia y ahora han golpeado.

—O'Connell puede tener razón —refunfuñó Emerson—. Quizás esa noche se enteró algo por nosotros y fue a perseguir una exclusiva.

—Tonterías. No tiene nada con ella salvo la ropa que llevaba y un pequeño bolso de noche. La desaparición del cochero es muy significativa. Estaba de acuerdo con los secuestradores... o fue asesinado para impedirle hablar.

—Siéntese, madre —pidió Nefret, cuando Emerson y yo viramos bruscamente uno frente al otro—. Se está cansado. Si las personas que sospecha han raptado a Margaret, no le harán daño. Esto es solo su modo de asegurar que permanezcamos en silencio.

Se dirigió al aparador y sirvió una pizca de whisky. Yo tomé mi copa y me hundí en una silla.

—Permaneceríamos silenciosos en cualquier caso, ya que no sabemos lo que planean —dije—. Sin embargo, los vanos arrepentimientos y las conjeturas vagas son inútiles en estos momentos. Permanezcamos tranquilos y consideremos lo que realmente sabemos.

—No mucho —dijo Emerson.

—En primer lugar, ahora podemos estar seguros que nuestros

adversarios son conscientes de la verdadera identidad de Sethos. De no haber sabido que Margaret era su esposa, no se la habrían llevado.

—Él estaba considerablemente angustiado —dijo Nefret—. Había lágrimas en sus ojos. —Sus propios ojos se había suavizado con la compasión, azules como turquesas.

—Lástima que no haya demostrado sus sentimientos por ella antes de que fuera demasiado tarde —dijo Emerson.

—Vamos a esperar y rezar que no sea demasiado tarde —dije.

David y Ramsés regresaron e informaron que no habían descubierto ningún rastro de Margaret o el cochero. Esas eran buenas noticias, en un sentido negativo; había sido acechada por imágenes de un cuerpo flácido bañado por las aguas de la ribera. El carruaje, que había sido alquilado a una empresa localizada en Luxor, fue encontrado abandonado a alguna distancia de la estación del ferry.

—Parece que hemos llegado a un callejón sin salida —dije—. ¿Dónde está Sethos?

—Se marchó solo, diciendo que tenía una idea que pensaba perseguir. —Ramsés rehusó el ofrecimiento de su padre de whisky, diciendo que esperaría el té—. Se me ocurrió que podría tener la intención de ofrecer un intercambio de rehenes. Él mismo por Margaret.

—Es lo menos que puede hacer —gruñó Emerson—. Buen Dios, cualquier hombre cuya esposa sufriera ese infortunio haría lo mismo.

—Él sabe cómo comunicarse con ellos —dije—. Asumiendo, que todavía pueda llegar a ellos a través de la dirección que una vez tuvo. Oh querido. No puedo ver cómo un intercambio nos deje en mejor situación.

Ramsés posó una mano confortante sobre mi hombro.

—No creo que haya motivo alguno para la preocupación, madre. Ella será liberada tan pronto como los raptores ya no la necesiten.

El paso del tiempo y un sorbo o dos de whisky habían restaurado mi poder de razonamiento a su normal eficacia.

—¿Este acontecimiento sugiere, quizás, que el momento se acerca? —Pregunté.

—Me lo preguntaba —admitió Ramsés—. Pero si ese es el caso,

no hay ni una maldita cosa que podamos hacer al respecto.

Puse un dedo en señal de advertencia sobre mis labios.

—Escucho venir a los niños. David, querido, pareces muy agobiado, y no has tenido oportunidad de meditar sobre las maravillas del arcón pintado. Si deseas retirarte, estoy segura de que Fátima te llevará una taza de té y una galleta.

—Esperaré hasta que tengamos noticias de Sethos, si no le importa —dijo David—. Realmente no me puedo concentrar en la estética en este momento. No se preocupe, tía Amelia, estoy seguro que no hay razón alguna para temer por su seguridad.

Si alguien más me dice eso maldeciré, pensé. ¿Cómo podría saberlo él? ¿Cómo podría alguno de nosotros saberlo?

Los niños y el perro llegaron como un vendaval. Sacamos al perro, y Fátima sirvió el té. Había preparado varios manjares, como siempre hacía cuando creía que necesitábamos consuelo. Como había prometido que haría, envié una nota a Cyrus, informándole que aún no teníamos noticias. Después de eso no había nada más que hacer, salvo esperar.

La charla de los queridos niños demostró ser una distracción temporal. Como había esperado, varios días de virtud excesiva les había cobrado peaje; Charla tiró el tablero de ajedrez que David John había colocado con la esperanza de encontrar un oponente, y David John le dio un puntapié. Cayeron el uno sobre el otro. El perro comenzó a aullar. Intentaba separar a los combatientes cuando hubo un golpeteo en la puerta.

—¿Es seguro entrar? —preguntó Sethos.

—Sujeta a la perra —jadeé, agarrando a Charla firmemente.

—Ella ya me sujeta a mí —dijo Sethos—. ¿Cuál es el problema?

Charla dejó de luchar tan pronto como conseguí rodearla con los brazos; para darle crédito, nunca daba puntapiés o mordía a alguien de la familia que no fuera su hermano. David John, que sollozaba con rabia y/o remordimiento, se había hundido en los brazos de su padre. El perro dejó de aullar y comenzó a gemir. Nunca mordía a nadie tampoco; solo había detenido Sethos del brazo, dejando una gran mancha fangosa en su manga.

Los niños fueron enviados a la cama y la perra reprendida.

—¿Alguna noticia? —pregunté a Sethos.

—No. Gracias, Fátima, no creo me apetezca beber té. Puedo...

—Sí, sí —dijo Emerson—. Sírvete tú mismo. Y a Peabody, si quiere otro.

—Creo que sí, ahora que lo mencionas.

—Pareces preocupada —dijo Sethos, entregándome un vaso a rebosar—. No sabía que estabas tan apegada a Margaret. Te trató muy pobremente, después de todo.

—¿Cómo la puedo culpar por su comportamiento si yo podría haber hecho lo mismo en circunstancias similares? Por supuesto que le tengo cariño a la maldita mujer.

—Te aseguro, Amelia —dijo Sethos seriamente—, esto no es motivo de preocupación.

—¡Diablos y centellas! —Grité.

Un jadeo combinado atravesó el aire, y Fátima dejó caer una taza.

—¡Peabody! —dijo Emerson con sorprendida conmoción.

—Perdonadme. —Tomé un reconstituyente trago de whisky e inhalé un largo y calmante aliento—. Fátima, deje de retorcerte las manos, fue culpa mía. Pero estoy cansada de esas reiteradas y vanas palabras de tranquilidad. ¿Cómo diablos... excúsadme... sabéis que no hay motivo para preocuparse? ¿Por qué no estás tú preocupado?

—¿Qué te hace suponer que no lo estoy? —preguntó Sethos. Se hundió pesadamente en una silla, y ahora que lo miraba bien observé que su aspecto sugería cierto nivel de distracción. Pelo despeinado por el viento, bigote caído, ropa arrugada, era la imagen de un cónyuge afectado.

—Intentaba tranquilizarte —dijo, con los ojos bajos—. Aún no tenemos pruebas de que Margaret esté en manos de mis enemigos. Aun si lo está, no tienen razón para causarle daño.

—Tu confianza en su buena voluntad no ha sido confirmada por sus acciones —exclamé—. Han roto su promesa de dejarnos en paz.

—Quizás sospechan que nosotros hemos roto nuestra promesa —dijo Sethos.

—¿Lo has hecho?

—No.

Con el rostro mostrando compasión, Fátima empujó un plato de galletas de azúcar ante él. Las galletas de azúcar realmente no van bien con el whisky, pero él tomó una.

—Vamos a discutir esto con sensatez —dijo Emerson, sacando su

pipa—. Tú... —hizo gestos hacia su hermano—, dices que no has hecho nada para ocasionar semejante reacción. ¿Pero y alguien más?

—Sigues una pista errada, Padre —señaló Ramsés. Emerson parpadeó ante su inusitada falta de tacto, y Ramsés dijo—: Perdóneme. Pero mírelo de esta forma. ¿En el caso que hubiéramos recibido una revelación repentina, qué Dios sabe no tenemos, qué habríamos hecho con ella?

—Informar a las autoridades —dije.

—¿Cómo? —Él no esperó una respuesta—. ¿Por telégrafo o en persona, no es eso cierto? Lo más probable esto último. Los telegramas pueden perderse debido al desorden burocrático o ser interceptados. No, habríamos ido directamente a El Cairo, a Thomas Russell o el alto comisionado. Saben que eso no ha sucedido. Todavía estamos bajo vigilancia. Siempre lo hemos estado. Por todo lo que sabemos, alguien cerca de nosotros pasa información sobre nuestras actividades.

Era un indiscutible y convincente resumen. Mientras lo digeríamos, Sethos levantó un rostro ojeroso.

—¿Me estás acusando de traicionar a mi propia esposa?

—Él no ha querido decir eso —dije—. Extraños en nuestro medio... ¿Nadji o Suzanne? ¿Pero cuál?

DEL MANUSCRITO H

Nefret se sentó ante su tocador cepillándose el cabello. El vestido que pensaba llevar estaba sobre la cama. Era uno de los favoritos de Ramsés, uno azul pálido rociado de pequeñas flores blancas y hojas verdes, pero para él ella era aún más hermosa con su combinación de seda que se adhería a sus hombros blancos y los pequeños pies desnudos.

—Te ves absolutamente maravillosa estos días —dijo él, capturando un bucle extraviado y girándolo alrededor de su dedo—. Me gusta este vestido. ¿Cuál es la ocasión?

—Tenía ganas de animarme. Y Madre.

—Las mujeres tienen suerte. Los hombres no tenemos formas tan fáciles de animarnos.

—Es tu propia culpa seguir la moda tan de puntillas. ¿Irás y le dirás a David que es hora de cenar, verdad? Ha estado pensativo durante horas.

No hubo respuesta a la llamada de Ramsés. Después de un segundo golpe mucho más fuerte, abrió la puerta. El cuarto estaba vacío. Una bloc de dibujo estaba abierto en el escritorio; David había comenzado un esbozo del arcón pintado. Incompleto como estaba, tenía el sello inimitable de David.

Mientras Ramsés lo admiraba, el sirviente entró con una tanda de toallas limpias.

—¿Dónde está el señor David? —preguntó Ramsés.

—No lo sé. Me dijo que le diera esto —señaló, mientras le entregaba una hoja de papel doblada.

Ramsés leyó el breve mensaje y juró por lo bajo.

—¿Cuándo se fue?

—Ahora mismo, Hermano de los Demonios.

Ramsés se apresuró a regresar a su habitación.

—Que... —comenzó a decir Nefret, con los ojos muy abiertos.

—Lea esto. —Y le entregó la nota.

Ella la leyó en voz alta.

—Me voy a dar un paseo. «Me voy a dar un paseo. No será largo. No te preocupes». ¿Qué quiere decir, con que no te preocupes? No es propio de David marcharse de esta forma.

—No, no lo es. Voy tras él. —Se abrochó el cinturón que sostenía su cuchillo.

—¡Solo no! —Nefret se puso de pie y fue a él.

—Debo irme de inmediato. Me lleva varios minutos de ventaja.

—Voy contigo.

—No. —La tomó por los hombros—. No esta vez. Querida, solo voy a alcanzarle y recordarle que este no es un buen momento para deambular en la oscuridad.

Él estuvo sobre el alféizar y salía por la ventana antes que ella pudiera replicar. Tuvo un último vistazo de su ansioso rostro y labios separados antes de rodear la esquina de la casa.

Ramsés se deslizó hacia el establo y encontró a Jamad dormido y a todos los caballos en sus pesebres. Así que David iba a pie. Estaba a menos de cinco minutos de David, y si había ido hacia Gurneh o los acantilados occidentales, ya estaría fuera de alcance. Si se había dirigido hacia la ribera, con la intención de cruzar a Luxor, todavía tenía una oportunidad de alcanzarle. Comenzó a correr por el camino.

Había pensado en varias explicaciones inocentes al comportamiento de David, incluso la única que él le había dado. Era comprensible que pudiera sentir la necesidad de estar solo, la familia en conjunto o individualmente podía ser agotadora.

Sus agudos ojos divisaron una forma avanzando por el camino a alguna distancia delante. No necesitó ver la cara del hombre para identificarle. Desde su herida de guerra, David cojeaba cuando se movía demasiado rápido.

Cualesquiera fuera la acertada de las explicaciones inocentes. Ramsés se dijo que David debía tener una buena razón para marcharse de esta forma, pero decidió no detenerlo. Lo principal era mantenerlo a la vista. Pasear por las calles de Luxor de noche, fuera el que fuera el motivo, invitaba a los problemas.

Ramsés redujo la velocidad de su paso e intentó imaginarse su siguiente movimiento. Hasta ahora David no le había visto, pero si tomaba un bote sería tan visible como una caravana de camellos. No había mucho tráfico en el río a esta hora. La mayoría de los turistas se habían retirado a sus hoteles.

Al amparo de las sombras de una de las barcazas se detuvo en la orilla, miró a David negociar con un barquero y subir a bordo. En vez de tomar asiento, se dispuso a mirar el camino que quedaba atrás. Ramsés se vio obligado a tomar el único camino viable. Se deslizó en el agua. Unas largas brazadas lo llevaron hasta el lado del bote que empezaba a tomar su curso.

No era la forma más cómoda de cruzar el río. Su cabeza estaba bajo el agua durante buen tiempo y la ropa mojada se le adhería al cuerpo. De vez en cuando escuchaba al barquero jurar. El individuo había notado que el bote no contestaba tan fácilmente como de costumbre, pero no se le ocurrió que tuviera un pasajero extra.

Cuando alcanzaron la otra orilla, David saltó sin esperar la plancha de acceso. Chapoteó a través del agua poco profunda hacia la orilla. Ramsés esperó a que trepara antes de salir del agua y sacarse el cabello mojado de los ojos. Y se encontró con la mirada estupefacta del barquero. Su boca abierta.

—Tranquilo —susurró Ramsés—. No hables. Te debo unas monedas, Ali Ibrahim. Mañana.

La palabra de un Emerson era buena a todo lo largo del río. El hombre asintió con la cabeza en silencio. Ramsés escurrió el agua

de los dobladillos de sus pantalones y subió por la escalera a la calle.

Aunque el viaje para Ramsés había sido desagradable, había convencido a David que no le seguían. Ramsés atrajo muchas miradas curiosas mientras goteaba y chapoteaba a lo largo del pavimento, pero David no miró hacia atrás. Se movía como un hombre que sabía exactamente a donde iba, hasta que dejó atrás el Winter Palace y alcanzó una parte más tranquila del camino. Entonces se detuvo y miró alrededor.

Solo había unas casas cerca, en el lado norte del camino. Ramsés se dejó caer al suelo cuando David se detuvo, ya que no había ningún otro lugar donde ocultarse. Sintió como el agua en su ropa se mezclaba con el polvo.

David fue a la puerta de una de las casas, una estructura bastante imponente de varias plantas, con un tramo de escaleras que llevaba a un par de columnas esculpidas que bordeaban la entrada. Ramsés saltó. El barro goteaba. Al diablo, pensó. Voy a enfrentarme a él, preguntarle que cree que está haciendo.

Llegó a lo alto de las escaleras. Unos brazos rodearon su cuerpo como abrazaderas. Se retorció, liberando un brazo y golpeando con él. Su puño chocó contra una superficie tan dura como la piedra y otros brazos lo agarraron. Alguien soltó una serie de obscenos epítetos árabes, y alguien más ofreció una grosera sugerencia en la misma lengua. Un par de manos se cerraron alrededor de su garganta. De pronto una voz gritó una orden perentoria.

—¡Alto!

Reconoció la voz. Esto, tanto como la llave sobre su garganta, fue lo que terminó con su resistencia. Las manos invisibles lo empujaron hacia la casa y cerraron de golpe la puerta. El interior estaba oscuro, pero distinguió paredes curvadas y el brillo del reflejo de lo que debía ser un espejo antes que le vendaran los ojos con prisa. Medio a rastras y a empujones, lo llevaron a un cuarto interior y lo empujaron dentro. Tumbado en el suelo, oyó un coloquio murmurado fuera de la puerta cerrada.

No le habían atado las manos. Se quitó la venda de los ojos, un trapo asqueroso que olía a sudor, y descubrió que las manos que lo habían tanteando le habían liberado de su cuchillo. Se abrió la puerta. Entró un hombre portando una lámpara, que dejó sobre una

mesa. El cuarto era pequeño y escasamente amueblado, con un sofá bajo, unas sillas y mesas. Solo había una ventana, pequeña y alta en la pared.

—¿Estás herido? —preguntó David ansiosamente.

Ramsés se puso lentamente de pie. Estaba embarrado desde la altura del pecho hasta los pies y la garganta estaba lastimada. Su brazo se movió sin voluntad consciente, entregando un duro golpe, dirigido a la cara de David. David se tambaleó hacia atrás, con la mano sobre la boca. La sangre goteó entre sus dedos.

—Fuiste tú —dijo Ramsés—. Desde el principio, fuiste tú.

Capítulo 10

Estábamos en la sala esperando que fuera anunciada la cena la cena cuando Nefret entró.

—¿Dónde están David y Ramsés? —pregunté—. La cena está casi lista.

—Salieron —Nefret se apartó un mechón suelto de cabello de la cara.

Supongo que todos estábamos un poco al límite... o quizás algo en su voz hizo que Sethos levantara la vista con el ceño fruncido y Emerson se pusiera de pie.

—¿A esta hora? -pregunté—. ¿Qué ha pasado?

Nefret sacó un trozo de papel doblado de su canesú y me lo tendió.

—Nada -dijo ella—. Al menos... yo no lo se. Madre, no pude detenerlo, se movió demasiado rápido. Fuera de la ventana echó a correr. No había terminado de vestirme...

—Cálmate querida —dije tendiéndole la nota a Emerson—. Presumo que "él" se refiere a Ramsés, ¿David ya había partido?

—Sí.

—Dice que sale para pasear —dijo Emerson—. Fuera de lo normal, pero no alarmante. Nefret, cariño, siéntate y déjame traerte un vaso de... de algo.

Sethos, el último en leer el mensaje, empezó a hablar y luego cerró la boca. Observándolo, dije:

—Emerson tiene razón, Nefret. La agitación es mala para ti, y estoy segura de que no tienes razones para preocuparte.

Por un momento pensé que Nefret renegaría, como habría hecho yo de escuchar esa frase. Rechazando con la mano el vaso que Emerson le ofrecía, respiró profundamente y dijo:

—Preferiría un jerez, si no le importa, padre.

—Oh —dijo Emerson—. Por supuesto.

Me entregó el whisky y le sirvió lo que ella le había solicitado.

—¿Por casualidad has visto que camino tomaba Ramsés? —le pregunte con resuelta despreocupación.

—En realidad no —Trataba de mantener la compostura con todas sus fuerzas, pero después de un sorbo de jerez estalló—. ¿Por qué David se iría a hurtadillas sin decirnos una palabra? Debe saber que nos preocuparíamos por él. Ramsés dijo que solo quería encontrar a David y traerlo de vuelta, pero se llevó su cuchillo, y no me esperó ni os pidió que le ayudarais en la búsqueda, y esos demonios se han llevado a Margaret y están ahí fuera, observándonos y... ¿y me dices que no tengo razón para preocuparme?

—Yo los buscaré —exclamó Emerson.

—¿Dónde? —Exigió Nefret—. Ahora pueden estar en cualquier lugar desde Gurnewh hasta el rio. ¡Infiernos y maldiciones! Debería haber seguido a Ramsés, ¡con los pies descalzos y medio desnudo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Nefret, no —Sethos se levantó de su silla y fue hacia ella—. Créeme, no hay razón... Está bien, está bien. No lo diré. No sé que le ha pasado a Ramsés y a David, pero estoy seguro de que volverán pronto. Margaret...—dudó.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Nefret. Es una de esas mujeres que puede llorar maravillosamente, sin que su rostro se deforme o sus ojos enrojezcan. Levantó aquellos ojos, rebosantes y azules, hacia Sethos.

—Oh demonios —dijo él—. Margaret no ha desaparecido. Sé exactamente donde está, y te aseguro que está ilesa. Furiosa pero ilesa.

Un silencio estupefacto siguió a esta declaración. Emerson fue el primero en recobrarse, y su respuesta fue típica de Emerson... un fuerte puñetazo que derribó a Sethos al suelo.

—Así que —dijo Emerson con una voz que parecía el rugido de un león—. Eras tú. Todo el tiempo eras tú.

DEL MANUSCRITO H

—No—dijo David con la voz borrosa por la sangre que le goteaba de la nariz. Se pasó la manga por ella—. No, no todo el tiempo, Ramsés.

—Siento no poder ofrecerte un pañuelo. El mío es un tanto insalubre.

La nariz sangrante de David había hecho desaparecer de alguna forma el ultraje de su interior, pero la voz le temblaba.

David hurgó en su bolsillo y encontró el suyo.

—No te culpo por estar enfadado conmigo. Si me escucharas...

—Te escucharé. No tengo mucha elección ¿no? Abrirme paso peleando no parece una opción sensata.

—Estás hecho un desastre. Siéntate ¿por qué no lo haces?

Fue hasta la puerta y habló con alguien de fuera. La puerta se abrió unos pocos centímetros y una mano empujó dentro un recipiente de barro. Consciente ahora de los músculos doloridos y puntos sensibles que pronto serían moratones, Ramsés se dejó caer sobre el estrecho catre y aceptó un vaso de agua. David se sentó sobre el suelo, las piernas cruzadas, y le ofreció a Ramsés un cigarrillo. Estuvo tentado de rechazar lo que era obviamente una ofrenda de paz, pero habría sido una chiquillería. La incredulidad había reemplazado a la ira; David parecía exactamente como siempre, los rasgos bien definidos preocupados, los suaves ojos marrones inquietos. Su mejor amigo, el hombre en que confiaba sobre todos los demás...

—¿Bien? —dijo después de que David le encendiera el cigarrillo.

—Te lo contaré todo.

—Eso estaría bien.

David parpadeó.

—Casi prefiero que me golpees a que uses ese tono de voz. No es lo que piensas Ramsés. No sabía nada de este asunto hasta que llegué a El Cairo. Me dijiste un poco, pero no tuvimos tiempo de hablarlo largo y tendido; siempre había alguien alrededor. Y tu estabas siempre alrededor, no me dejaste solo ni por un minuto. Como descubrí más tarde, otras personas estaban esperando una oportunidad para hablar conmigo en privado, antes de que dejara El Cairo. Te preguntaste por que se molestaron en llevarse a Gargery. Esperaban que nos separáramos para buscarlo... lo que hicimos. Tan pronto como estuviste fuera de la vista, uno de ellos se me acercó. ¿Recuerdas al hombre que conoces como Bashir?

—¿Uno del grupo de radicales donde nos infiltramos durante la guerra? Creía que había sido atrapado con los otros revolucionarios.

—Lo fue. Ese era su nombre de Guerra; su nombre real es Mohammed Fehmi, y proviene de una familia acomodada. Después de la guerra, cuando hubo cumplido su condena lo dejaron salir, gracias en buena parte a la influencia de su padre. Para acortar la historia, lo que él tuvo que hacer dado que no teníamos mucho tiempo, me dijo llanamente que él y su partido estaban planeando un golpe de estado. Un golpe de estado sin sangre. Estaban hartos de Fuad y sus arteros planes; querían reemplazarlo con alguien que simpatizara con sus aspiraciones y que cumpliera la constitución.

Ramsés curvó los labios expresivamente.

—Sé lo que estás pensado —dijo David—, pero yo no tenía razones para no creerlo, Ramsés. Insistió en que no harian daño a nadie, que no querían hacer daño a nadie. Acordé guardar silencio, al menos durante un tiempo. En ese punto no me había llegado la historia completa por tu parte.

—La tuviste cuando hablamos aquella noche.

David asintió.

—Lo que me dijiste me confirmó las reclamaciones de Bashir. Admitió con sinceridad que unos pocos de su gente se habían embravecido después de que Sethos robara sus preciosos documentos, y se había vuelto un poco loco intentando recuperarlos. Desde entonces se habían encerrado ellos mismos para mantener una estrecha vigilancia sobre ti y la familia. Quería decírtelo, Ramsés. De verdad. Pero... Bueno. No soy tan ingenuo como piensas. Bashir le había ofrecido al estúpido asno un sabroso puñado de zanahorias, pero podría estar escondiendo un palo detrás de la espalda. Necesitaba saber más sobre sus intenciones, y la mejor forma de hacerlo era seguir en buenos términos con él... dejarles creer que estaba con ellos incondicionalmente.

Lo estas, pensó Ramsés, dándose cuenta de que David estaba evitando sus ojos... con ellos, si no incondicionalmente. Creíste a Bashir porque querías crees en un golpe incruento que cumpliría tus más profundas esperanzas para tu país, apoyo de una causa en la que has creído y por la que has luchado toda tu vida.

Sin embargo no sería incruento. Los golpes de estado raramente lo son. Siempre hay unos pocos que se unen por el enfermizo placer de la violencia.

Ramsés sabía lo que era estar dividido entre lealtades opuestas.

Había tenido que engañar a su familia, incluso a Nefret, cuando estuvo trabajando de incognito durante la Gran Guerra. Había odiado la decepción, a sus superiores y a él mismo, como David debía estar haciendo ahora.

—Entonces, ¿qué has decidido?—preguntó.

Sensible a cada matiz de la voz y la expresión de su amigo, David reaccionó al tono más suave de Ramsés con una mirada directa y una sonrisa tentativa.

—Anoche decidí, cuando me enteré de lo de Margaret, que podría haber sido más ingenuo de lo que pensaba. Bashir me había dado su palabra de que no tomarían medidas. Así que vine a pedirle una explicación. Me habían dado la dirección por si acaso necesitaba contactar con ellos.

—¿Qué han hecho con Margaret?

—Niegan tenerla.

—¿Los crees?

—No sé qué creer —David se pasó la mano por la cara—. Excepto que puedo haber cometido el mayor error de mi vida. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Supongo que tus colegas no querrán soltarme con sus más profundas disculpas?

—Informarías de esto ¿no? Advertirías a las autoridades.

No le mentiría a David. ¿Qué sentido tendría?

—Si —dijo.

—Sabía que dirías eso. Te sacaré de aquí, Ramsés, lo juro. Nunca quise que pasara esto.

—Lo sé. Nunca más que ahora. Yo mismo he hecho el loco unas cuantas veces. Quizás tú hagas mejor hablando con los muchachos y descubriendo que tienen en mente... para ambos.

—No tienen razón para no confiar en mí —dijo David en voz baja—. Protesté a que te maltrataran, pero no utilizarían eso contra mí. No he tenido oportunidad de hacer muchas preguntas —sonrió con ironía y se puso de pie—. Menos mal. Podría haber dicho las palabras equivocadas. Informaré tan pronto como pueda.

Estaba fuera de la puerta antes de que Ramsés pudiera responder. No había necesidad de una respuesta, un apretón de manos o cualquier otro reconocimiento; se conocían el uno al otro demasiado tiempo y demasiado bien. David no se había perdonado,

pero había puesto la culpabilidad a un lado hasta que pudiera compensar su error.

Había dejado el paquete de cigarrillos y la jarra de agua. Ramsés se sirvió otro trago, se enjuagó manos y cara e inspeccionó su prisión. No había sido diseñada como tal, sin embargo solo había una puerta, y la única ventana tenía barrotes... una precaución habitual contra los ladrones. Alguien la había ocupado recientemente, y poco tiempo, a juzgar por la escasez de pertenencias personales que quedaban alrededor.

Lo que no le decía mucho. Sin embargo, una cosa era segura. No podían permitirse soltarle. Sabia donde estaba su cuartel general. David y él tendrían que encontrar una vía de escape. Si no podían ser más listos que unos pocos matones ordinarios no se merecían la reputación que se habían ganado, pero también tenían que sacar a Margaret, suponiendo que estuviera aquí y no en otra de sus guaridas. Y el tiempo estaba pasando. Frotó el barro seco de la esfera de su reloj y descubrió, como había esperado, que no había sobrevivido a su viaje acuático. Las manecillas inmóviles lo acusaban. Nefret se preocuparía. Él le provocaba mucha preocupación.

Alguien lo habría acusado de ingenuidad por creer que David cambiaría su corazón. Estarían equivocados. David no podría haberlo engañado, incluso si quisiera hacerlo. Le conocía demasiado bien.

—Nosotros— había dicho David—. ¿Qué vamos a hacer?

Habían sido tres aventureros juntos: David, Nefret y él, jóvenes, estúpidos y temerarios. Aunque chica, Nefret había sido tan temeraria como ellos; también le había dado unos cuantos malos momentos. Recordaba la vez que ella les había chantajeado para que la llevaran con ellos cuando fueron a una de las peores partes de El Cairo en persecución de un valioso manuscrito. Apenas habían salido indemnes de aquello... con el manuscrito. David habría acabado con la garganta cortada aquella noche si Nefret no hubiera actuado, decisiva e instantáneamente, mientras él se quedaba congelado. Aquel lazo nunca se había roto.

Cuando David volvió, Ramsés estaba paseando arriba y abajo por la pequeña habitación. Antes de que pudiera hablar, David dijo en voz alta.

—Te ha traído algo de comer. Siéntate y mantén las manos a la vista. Si nos das problemas tendremos que atarte.

—No crearé problemas —Ramsés fue hasta la cama y se sentó.

La puerta, que había sido ligeramente entreabierta, se cerró. David le tendió un plato. Ramsés estudió su cena sin entusiasmo. Fuul, el plato popular consistente en pura de alubias y un pedazo de pan. No le habían proporcionado utensilios. No obstante estaba acostumbrado a comer al estilo árabe, así que hundió los dedos en el plato y se obligó a tragar.

—Te dejaran ir en unos pocos días—dijo David, sentándose cerca de él—. Ileso. Lo puse como condición de mi cooperación. Una vez hayan llevado a cabo su golpe, no tendrán necesidad de retenerte.

Bajó la voz gradualmente mientras hablaba. Ramsés captó la indirecta.

—¿Cuantos días?—preguntó en voz baja.

—Dos, tres a lo sumo. Margaret no está aquí. Cuando insistí, me dejaron revisar la casa.

—Deben estar reteniéndola en algún otro lugar. Si pudiéramos tomar a uno de ellos como prisionero, podríamos persuadirle de que nos dijera dónde.

A pesar de la urgente necesidad de volver con su esposa, los ánimos de Ramsés se levantaron. Tener a David de su lado era tan bueno como un ejército... mejor, en un sentido. David era su contrapeso, el miembro sensato del grupo, como procedió a demostrar.

—A riesgo de sonar insensible, no podemos preocuparnos ahora por Margaret. Ya será bastante difícil para nosotros salir de aquí, sin heroicidades adicionales. Toma. Encontré tu cuchillo.

Algo presionó contra su costado y cambió ligeramente de posición, de forma que fuera deslizado bajo su pierna. No había localizado ninguna mirilla en las paredes, pero la cerradura era grande y anticuada.

—Tendremos que esperar hasta que la mayoría se vayan a la cama—continuó David— Habrá dos hombres de guardia. Bashir ya se ha ido. Estuve de acuerdo en quedarme aquí. De hecho, rehusé irme cuando dijeron que podía. Una oferta poco sincera ¿verdad?

—Una prueba, quizás.

—Eso creo. La puertas tiene barrotes y también está bloqueada, y no son lo bastante descuidados como para confiarme la llave. Tendré que forzar el cerrojo. Si no, tendrás que tirar la puerta abajo.

—Apenas puedo esperar—Ramsés se frotó el hombro dolorido—. ¿Qué hora es?

—Casi las once. En una hora más los muchachos deberían estar arropados.

Ramsés gruñó.

—Maldita sea. Nefret debe estar poniéndose más frenética a cada minuto.

—Por no decir nada de los mayores —dijo David—. Quizás tía Amelia aparezca, sombrilla en mano.

—No intentes animarme —murmuró Ramsés. Tomó otro bocado de la desagradable comida. Estaba tan fría como insípida—. No hay forma de que puedan rastrearnos. Me aseguré, listo de mi, de que nadie me siguiera.

—Es mejor que salga y haga una convincente representación de colaboración —David levantó la mano—. Me dijeron que no dejara el plato.

—¿Temen que lo rompa y utilice los trozos para abrir un agujero en la puerta? Toma, te puedes quedar el resto.

Davis tomó el plato y salió sin hablar de nuevo. Trabajarían juntos, y lucharían juntos si era necesario, como la bien engrasada maquinaria que habían llegado a ser.

La llave giró con un click. No quedaba nada más que hacer salvo esperar.

***

Emerson se cernió sobre su hermano con los puños apretados y el ceño tormentoso.

—Recuerda el código —dijo Sethos. Se había quedado tumbado con prudencia—. No debes golpear a un hombre cuando está caído.

—¿Entonces levántate!

—Creo que no, si no te importa.

La puerta se abrió y Fatima asomó la cabeza.

—La cena está...—mirando a Sethos tumbado en el suelo, se interrumpió y corrió hacia él—¿Está enfermo otra vez

—No, lo golpeé —dijo Emerson entre los apretados dientes—. Y

lo haré de nuevo si parpadea siquiera.

—No parpadeará —gritó Fatima—. No lo golpee otra vez.

—No, lo queremos consciente para que pueda responder —dije yo.

Manteniendo un ojo sobre Emerson, Sethos se sentó, frotándose el mentón.

—No necesitas interrogarme, Amelia —dijo con poca claridad—. Estoy preparado para hablar libremente, tan pronto como mis heridas lo permitan. Dicen que el whisky es bueno para una mandíbula dolorida.

Emerson resopló.

—Dáselo —dijo con impaciencia—. Y déjame añadir, Sethos, que la frivolidad está definitivamente fuera de lugar. ¿Que has hecho con Margaret?

Por supuesto, Lector, yo ya había sumado dos y dos. La noche de la fiesta, Sethos se había desviado para enfurecer a Margaret e inducir a Kevin a que se quedara. No había pensado en aquello en aquel momento, no podía culparme. La retrospectiva era siempre más útil que la observación. Y había otra cosa que no había notado en aquel momento.

—¡Daoud! —grité—. ¿Está Daoud envuelto en esto?

Fatima, que le había proporcionado whisky a Sethos al instante, dejó escapar un pequeño quejido de protesta.

—Estaba listo y deseoso —dijo Sethos— ¿No le dijiste que desearías poder secuestrar a Margaret otra vez?

—¡Peabody! —exclamó Emerson—. ¿Lo hiciste?

—Maldita sea —dije—. Dije algo de ese tipo. Pero era... era una expresión de lamento, no una orden.

—No deberías esperar que Daoud hiciera tales distinciones —dijo Sethos—. "¿Quién me liberaría de esta turbulento sacerdote? Era bastante bueno para los secuaces de Eduardo II".

—¿Qué tiene que ver el maldito Eduardo II con esto? —exigió Emerson—. ¡Y deja de sonreír.

—Te pido perdón —la sonrisa burlona de Sethos se desvaneció en el limbo de las sonrisas perdidas—. Daoud abrigaba algunas dudas. Debes haber notado que se ha mantenido fuera de tu camino en los últimos días. No deberías culparlo, pensó que estaba haciendo lo que tu deseabas.

—No *le* culpo —dije—. Ni al conductor quien, sin duda, obedecía las ordenes de Daoud de permanecer oculto. ¿Dónde la llevaron? No está en su casa, Kadija me lo hubiera hecho saber.

—Nosotros decidimos, Daoud y yo, que no podíamos arriesgarnos a eso —dijo Sethos—. Margaret vive en este momento con uno de los innumerables parientes de Daoud. Él está más sordo que una tapia, y su esposa es una mujer muy vieja y agria que rara vez se junta con alguna otra mujer de la aldea. No obstante, se le ha pagado bien para cuidar de Margaret así que creo que mi querida esposa tiene todas las comodidades posibles.

—¿No lo sabes? —pregunté horrorizada—. ¿No la has visto?

—Bueno, como verás yo tenía un plan —explicó Sethos, reclinándose cómodamente contra la pared—. Se me ocurrió que Margaret podría necesitar ser galanteada de nuevo. Aunque ella nunca lo admitiría, tienen inclinación por todo lo romántico. Después que tu señalaras que podría resentirse razonablemente por mi fracaso en hacer algo gallardo, tal como haberla rescatado...

—¿Me estás responsabilizando de esto? —exigí.

—No del todo, querida Amelia. Tú hiciste una sugerencia sensata, la cual yo seguí debidamente. Pensé representar un arriesgado rescate, espada en mano, suponiendo que pudiera echar mano a una, y rescatarla de sus captores.

—¡Santo Dios! —exclamó Emerson—. ¿Estás diciéndonos que el secuestro de Margaret no tienen nada que ver con... con los otros asuntos?

—Correcto —dijo Sethos—. Tenía que decíroslo, para tranquilizar los pensamientos de Nefret. Es posible que David se enterara de mi impulsivo gesto y saliera, como un caballero antiguo, para liberar a la princesa cautiva.

—Es posible —dijo Nefret esperanzada—. David tiene parientes en Gurneh, y todos ellos lo quieren y confían en él.

—Iré y lo encontraré —dijo Emerson, poniéndose en pie de un salto.

—Y liberad a la pobre Margaret —dijo Nefret, con una indignada mirada hacia Sethos.

—La cena está servida —dijo Fatima.

Me sujeté la cabeza con las manos, porque parecía como si estuviera ardiendo por la confusión y las conjeturas.

—Espera Emerson —dije—. Debemos discutir esto.

—La cena está servida — insistió Fatima—. ¿Qué debo decirle a Maaman?

Era necesario que alguien mantuviera la calma. Todos estaban por salir corriendo en una búsqueda hipotética, mientras Maaman lloraba sobre la sopa y Sethos... no había terminado con Sethos.

—También podemos cenar —dije—. No, escúchame Nefret. Ramsés y David ya pueden estar de vuelta a casa. Una acción prematura solo confundirá la situación.

Como de costumbre, la mía fue la última palabra. Nos acomodamos y Fatima sirvió la sopa. Nefret tomó una cucharada y bajó su cuchara.

—¿No está buena? —preguntó Fatima.

—Está bien. Solo que no tengo hambre —Nefret encontró mi mirada inquisitoria y sonrió débilmente—. No madre, no tengo una de mis premoniciones. Si la tuviera, no estaría aquí sentada. No está en peligro inminente. Solo quiero verlo. Para estar segura.

—Lo entiendo querida —dije con comprensión—. Y pronto entraremos en acción. Primero, sin embargo, unos pocos asuntos requieren ser aclarados.

Esperé hasta que Fatima se llevó los platos de sopa y sirvió el pescado. El retraso era con la intención de que ella saliera de la habitación. Pero tuvo otro efecto, el cual yo había deseado, por supuesto. Sethos parecía haber perdido el apetito. Miraba fijamente su pescado, el cual le devolvía la mirada con sus vacíos ojos blancos, hasta que me dirigí a él.

—Nos has desviado del camino, con tu acostumbrada habilidad, con tu prolija historia sobre Margaret. No dudo que sea verdad. Nunca mientes cuando puedes ser fácilmente pillado. Sin embargo, esa no es toda la verdad ¿no? Todo lo demás que nos has dicho, desde el principio, era un invento. Solo hay una forma lógica de considerar todos nuestros contratiempos. Tú los arreglaste. Haz el favor de no desperdiciar mi tiempo negándolo. Fuiste tú, todo el tiempo.

—Lo que pensaba— gruñó Emerson—. Por el Todopoderoso ¡lo sabía!

No fue su negro ceño sino la decepción y la aflicción del rostro de Nefret lo que rompió las defensas de Sethos.

—Está bien —dijo con un suspiro—. Hablaré. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Empieza por el principio —le ordené—. Y sigue hasta que llegues al final.

—El famoso mensaje es un fraude. Un galimatías. El hombre a quien supuestamente se lo robé está a nuestro servicio. También está al servicio de la oposición, y por todo lo que sé, al servicio de otra docena de personas. Si os preguntasteis como encontraron mi pista tan pronto, como debéis haber hecho, así es como lo hicieron. Él se lo dijo. Y me delató, como se le había ordenado que hiciera.

»Nuestra gente también estaba en el asunto. Todo el mundo seguía a todo el mundo. El así llamado atentado contra mi vida en la estación de ferrocarril estaba preparado. Mi desafortunado colega se rompió una pierna cuando lo tiré de la plataforma, pero el tren ya había parado, y lo sacaron vivo. Desde ese momento, la única gente que iba tras de mí, y de vosotros, era la oposición. Los enredé, como se me había ordenado. La razón, como Amelia indudablemente ha deducido, era descubrir quienes eran... no los matones a sueldo, sino los que estaban manejando los hilos. Antes o después, si sus subordinados fallaban, uno o más se verían forzados a tomar parte. Eso fue lo que razonamos, en cualquier caso.

»Supongo que era inevitable que recayera con la malaria, después de todo ese ajetreo. No tenía intención de ponerme en vuestras manos, pero no tuve mucha elección; y había evidencias de que irían tras vosotros de todas formas. De algún modo era nuestra ventaja, porque eso enfocaba la caza. Mis nuevas instrucciones eran quedarme quieto y esperar.

Se detuvo para beber un trago de agua.

—Precioso —resopló Emerson—. Mientras tú estabas quieto, ellos iban tras nosotros y el pobre y viejo Gargery.

—Eso no era parte del plan —insistió Sethos— No sé porque se lo llevaron, pero no fue herido. Si lo piensas, tendrás que admitir que nadie de la familia ha sido herido... solo individuos como el hombre santo a quien tomaron por mí.

Miró subrepticiamente su reloj, y lo vi fruncir el ceño.

—Como dije, el mensaje es falso. Sabemos lo que están planeando, y se han dado los pasos necesarios para evitarlo. La única razón por la que hemos esperado era que esperábamos echar

un lazo sobre los dirigentes antes de actuar.

—¿Qué están planeando? —pregunté.

Sethos dudó, pero solo brevemente.

—También puedo decírtelo, ya que he descubierto todo el pastel. Están tras Feisal de Iraq. Será depuesto y reemplazado por Sayid Talib, que quiere una república... o eso proclama en cualquier caso, y el final del Mandato Británico. El Comisionado Británico será expulsado, y también tu amiga la señorita Bell. Ella está bajo la ilusión de que todos los iraquís la adoran, pero muchos se resienten de la influencia de una mujer, una extranjera, y una hereje sobre su rey. Tampoco quieren mucho a Feisal, y la querida dama es parcialmente responsable del desprecio que sienten por él. Cada vez que desfila hacia el palacio como si le perteneciera, el prestigio de él disminuye.

Bebió de nuevo, a grandes tragos.

—De manera que ya lo tenéis —dijo—. El complot, todo el complot y nada más que el complot.

DEL MANUSCRITO H

Esperar era una mierda. Caminó por la habitación arriba y abajo, trabajando metódicamente algunas de las contracturas de los doloridos músculos y luchando contra el deseo inútil y sin sentido de hacer algo ya, en este momento, que lo llevara de vuelta con su esposa. Juraría que habían pasado al menos tres horas antes de que por fin escuchara un sonido chirriante. Se precipitó hacia la puerta.

—¿David? —respiró en el ojo de la cerradura.

—Sí.

—¿Cómo va?

—Dame unos minutos.

Forzar cerraduras era una de las útiles habilidades que habían aprendido durante la guerra. Sin embargo, David no tenía las herramientas necesarias y el proceso no era tan fácil como las novelas sensacionalistas sugerían. Ramsés sacó su cuchillo del colchón, lo deslizó en la funda y volvió a la puerta. Siguieron unos chirridos y chasquidos hasta que no pudo aguantar más.

—La forzaré—susurró—. Apártate.

—Solo han pasado sesenta segundos—dijo David con calma—. Controla tu impetuosidad. Esa es siempre tu peor falta. Creo... hecho.

La puerta se abrió, y por primera vez vio el pasillo por el que había sido empujado. Las telarañas colgaban del techo y había una gruesa capa de polvo sobre el suelo, marcado por huellas. El cuerpo de un hombre vestido con una descolorida *galabiyya* yacía en el suelo.

—Tuve que ponerlo fuera de juego—dijo David en voz baja—. Ni siquiera lo pienses, Ramsés, no vamos a quedarnos más tiempo del que necesitemos. Hay otro en la puerta delantera. Por aquí.

David estaba leyéndole la mente, como siempre. Y tenía razón, como siempre.

Esta parte de la casa eran los alojamientos de los sirvientes. Una puerta en la parte más alejada del pasillo se abría al salón, el cual era del estilo europeo del último siglo. Tiras quebradizas de bajorrelieves enmarcaban espejos polvorientos y desvaídos restos de paneles pintados. Enyesados caídos crujían bajo sus pies. La luz de la luna se filtraba a través de grietas en las contraventanas.

—¿Qué hay en las otras puertas? —susurró Ramsés.

—Con cadenas, cerrojos, barrotes y barricadas. Confía en mí, esta es nuestra mejor oportunidad.

Se detuvo delante de un par de puertas dobles ornamentadas.

—Déjame ir delante—susurró, y abrió una de ellas. Las bisagras oxidadas dejaron escapar un gemido. David se deslizó por el hueco. Ramsés se adelantó y miró al vestíbulo de entrada. Una escalera curva subía hasta el primer piso. Una lámpara ardía baja. El hombre situado ante la puerta principal vestía ropas europeas: pantalones, camisa y botas. Había estado dormido, pero la bisagra chirriante lo había espabilado. Sus ojos brillaban a la luz de la lámpara.

Esta era la parte más delicada de todo el asunto. Al reconocer a David, el compañero no lanzaría un grito pero con seguridad diría algo, al menos un "¿que demonios haces aquí?" y David solo tenía unos pocos segundos para silenciarlo, y no podía arriesgarse al sonido de un forcejeo. Ramsés permaneció sereno, la mano sobre el cuchillo, listo para moverse tan pronto como lo hiciera David.

David saltó, lanzando al guardia contra el suelo. Rodaron de un sitio para otro, el guardia intentando liberarse, David intentando mantener la mano sobre la boca de su compañero. Ramsés de pie sobre ellos, esperando su oportunidad. Los cuerpos enredados se retorcían y giraban. Le preocupaba herir al hombre equivocado.

Entonces el guarda consiguió liberar un brazo y golpeó. David dejó escapar un gruñido de dolor y cayó sobre la espalda, con el otro hombre a horcajadas sobre él.

—¿A que estas esperando?— jadeó David.

La espalda del guarda era un blanco vulnerable y tentador, pero Ramsés no podía obligarse a matar, ni siquiera entonces. Bajó la empuñadura de su cuchillo sobre la negra cabeza descubierta. Era lo bastante pesado para aturdir al tipo, y Ramsés acabó el trabajo con una serie de golpes metódicos y fuertes. Doblado y respirando de forma irregular, David soltó la cadena, la cual traqueteó mientras caía suelta, y pasó los cerrojos. Una voz desde lo alto de la escalera gritó, exigiendo saber qué pasaba.

La puerta no se abrió. La llave no estaba en la cerradura. Ramsés giró al hombre inconsciente sobre la espalda y empezó a registrarle los bolsillos. Entonces vio la llave, colgando de un cordón alrededor del cuello del tipo. Un fuerte tirón rompió el cordón. Forzó la llave en la cerradura y la giró.

Sonaron pasos en la escalera. David se arrojó sobre la puerta abierta y ambos salieron de golpe. El tiempo de la precaución había pasado, la rapidez era ahora su única esperanza. La persecución estaba en marcha. David tropezó y Ramsés lo sujetó por la cintura, empujándolo hacia delante. Alcanzaron por la calle y giraron a la derecha.

No había nadie a la vista, ni siquiera una carretilla detrás de la que pudieran esconderse. Detrás de ellos sonaban pasos pesados. Delante, demasiado lejos por delante, Ramsés vio las luces del Winter Palace. Jadeando y apoyándose el uno en el otro, corrieron.

El primer punto a tratar, decidí, era encontrar a Margaret. De hecho, era lo único que podíamos hacer, dado que no teníamos ni idea de que había pasado con los chicos (como siempre pensaría en ellos). No habían vuelto cuando estuvimos listos para salir; di instrucciones a Fatima de que si y cuando o hicieran, les dijera donde habíamos ido y les ordenara permanecer en la casa.

Nefret se había cambiado su ligero vestido y zapatillas de noche y yo me había puesto pantalones y abrigo... y, por supuesto, mi cinturón de herramientas y la sombrilla. No había forma de saber con que nos podríamos encontrar. Cuando llegamos al establo, Emerson había visto que los caballos estaban ensillados y listos.

Era una hora tardía, la aldea de Gurneh estaba oscura y dormida. La casa que buscábamos no mostraba signos de vida. Emerson se aseguró que estábamos en el lugar correcto; la había identificado por la descripción que hizo Sethos del propietario.

Desmontamos y Sethos habló por primera vez desde que había acabado su historia.

—¿Supongo que no me dejareis ir primero? Podría agarrar a Margaret en brazos y...

Emerson lo llamo por un mal nombre y yo hablé con frialdad.

—Tu descaro sobrepasa todos los límites. Adelante Emerson, despierta a la pobre y anciana alma.

No fue el anciano quien acudió a la puerta, sino su esposa, y su recibimiento estuvo de acuerdo con su reputación. Blandiendo un bastón, empezó a gritar y maldecir. Ni siquiera ver a Emerson la desalentó.

—No somos ladrones —bramó él—. No queremos herirte ¡Maldita sea! Estate quieta mujer, y haz caso al Padre de las Maldiciones.

Le arrancó el bastón de la mano y lo sujetó fuera de su alcance. Ella empezó a luchar y gritar hasta que yo di un paso adelante, sombrilla en mano.

—Estate quieta —le dije con severidad—. O usaré mi magia para convertirte en una cabra.

La gente cree las cosas más absurdas. Mi sombrilla era conocida y temida por algunos de los egipcios más supersticiosos. Afortunadamente la vieja dama era uno de ellos.

Nos guió, sin más violencia, hasta la habitación donde Margaret estaba confinada. O no había estado durmiendo o la disputa la había despertado; estaba de pie, blandiendo una jarra que debía haber contenido algún tipo de bebida. Yo había considerado apropiado ser la primera persona que entrara. Por un momento pensé que me lanzaría la jarra.

Se lo pensó mejor cuando contempló a Emerson, apareciendo detrás de mí. Las palabras nunca le habían faltado a Margaret y no lo hicieron ahora.

—¡Así que habéis decidido mostrar vuestras caras por fin! —Exclamó—. Esta vez ha ido demasiado lejos señora Emerson. Proclamaré su perfidia en la primera página de cada periódico del

mundo.

—Buena idea —dije apreciativamente—. No obstante en este caso su acusación es injustificada. Póngase cómoda y podremos...

—Madre —interrumpió Nefret. Su voz era perentoria, incluso podría decir que critica—. Ramsés y David no están aquí, eso es evidente.

—Seré tan expeditiva como sea posible —le prometí.

Margaret soltó la jarra y cruzó los brazos, Vestía el vestido, ahora arrugado y manchado de sudor, que había llevado en nuestra fiesta. Era un acto de desafío; algunas otras prendas estaban colgadas de ganchos o cubrían las sillas. Verlas me hizo parpadear, eran la clase de cosas que se encuentra en los bazares, diseñadas para turistas... bordadas con abalorios y cubiertas de hilos de plata y oro. Sethos podría haberlas proporcionado, pero sin duda Margaret las había tomado como otro de mis comentarios sobre su atuendo falto de atractivo, y por consiguiente le habían molestado.

Un rápido vistazo a la habitación me aseguró que la anciana se había ganado su dinero. La habitación estaba limpia y adecuada, si no lujosamente, amueblada. Había un canasto de higos y uvas sobre la mesa, y artículos para lavarse.

—No fui yo quien dio la orden de tu secuestro —empecé.

—El conductor del carruaje tenía orden de detenerse en el camino —dijo Margaret con los ojos ardientes—. Cuando lo hizo, Daoud trepó y me agarró. ¿A quién más obedecería salvo a ti? No me mientas.

—Nunca miento —a menos, añadí mentalmente, que sea absolutamente necesario—. Daoud hizo lo que creía que yo aprobaría, pero fue manipulado por otra persona.

Me separé de la puerta. Hubo una pequeña lucha fuera, luego Emerson apareció, sujetando a su hermano por el cuello. Lo empujó dentro de la habitación.

—Aquí está el instigador —dijo.

Margaret lo miró fijamente.

—¿Tú? —exclamó.

Viendo que no había salida (Emerson bloqueaba la puerta) Sethos sonrió congraciador.

—Mis intenciones... —empezó.

—¡Malditas sean tus intenciones! —gritó Margaret—. Por favor,

no repitas ese cuento fantástico de ser perseguido por enemigos. No lo creí cuando Amelia me lo contó, y no lo creo ahora. ¡No me secuestraste para mantenerme a salvo!

Por una vez le falló su labia. Mirando de él a Margaret, dije:

—Había planeado un rescate audaz, Margaret.

La cara de Margaret era digna de estudio.

—¿Rescate? ¿De un hombre decrepito y su octogenaria esposa?

—Oh, lo habría arreglado más dramático —dijo Sethos, animándose. Los signos eran alentadores, ella no le había lanzado nada ni insultado por mil nombres.

Ninguno de ellos parecía saber que decir a continuación.

—Recoge tus cosas, Margaret —le ordené.

Ella recogió su bolso de noche, lanzó una mirada desdeñosa a las ropas bordadas, y salió a zancadas de la habitación sin mirar a Sethos.

Los asuntos progresaban bien en aquel frente. Solo deseaba poder manejar tan fácilmente los otros.

DEL MANUSCRITO H

A salvo rodeados por luces brillantes y montones de gente, Ramsés se derrumbó sobre los escalones del hotel y luchó por respirar. Al fin se las arregló para decir unas pocas palabras.

—¿Estás bien?

David asintió.

—¿Y tú?

—Sí. Me pregunto... por qué... no nos han disparado.

—No lo sé —David se secó la sudorosa cara con la manga—. ¿Quieres beber algo?

—No tenemos tiempo —Ramsés se puso en pie—. Tenemos que informar a la policía.

—Creía que estabas ansioso por volver con Nefret.

—Lo estoy, pero iremos...

—Adelante —terminó David—. No se puede evitar. Para cuando lleguemos al *zabtiyeh* y convenzamos al hombre al cargo de que tenemos una reclamación legitima y reunamos suficientes hombre, ellos se habrán largado.

Su razonamiento era irrefutable. La policía no tendría ninguna prisa para actuar; podrían insistir en recibir autorización de Aziz, quien tendría que ser sacado de la cama. A la banda no le llevaría

tanto tiempo reunir sus ligeras pertenecías y escapar.

—¿Qué hora es? —Preguntó Ramsés.

—Las doce y media. Vamos.

No mucha gente cruzaba el rio a aquella hora, pero había varios barqueros, esperando seducir a los turistas para navegar a la luz de la luna o recoger a los residentes del lado oeste que volvían tarde. Se dirigieron a Ramsés y David, peleando sobre quien tenía derecho a esta tarifa; pero el primero en alcanzarlos, empujando los frágiles cuerpos a un lado, fue el hijo de Daoud, Sabir. Aplastó a David en un abrazo aplastante.

—¡Estás aquí, estás seguro *alhamdullilah*!

David se liberó riéndose y Sabir cayó sobre Ramsés. Este fue consciente de los moratones que no había notado hasta entonces. Aunque Sabir no era tan alto como su padre, tenía la estructura alta de Daoud, y los brazos endurecidos de manejar los remos y las velas.

—Sí, Dios sea alabado —dijo, una vez se hubo separado del cariñoso abrazo de Sabir— ¿Nos estabas buscando?

—Sí, si, me enviaron a esperar. Vamos rápido. Nur Misur llora y el Padre de las Tormentas jura, y la *Sitt Hakim* está metiendo balas en su pistola y...

—Odio pensar que más —dijo Ramsés—. Entonces debemos darnos prisa.

La de Sabir era una de las pocas embarcaciones que llevaba un motor fueraborda. Cruzaron en un tiempo record, y encontraron a Selim esperándolos con caballos. Los había visto aproximarse, y sus gritos habían atraído a los otros hombres. Tuvieron que soportar más abrazos cariñosos y gritos de gracias a Allah... con los que Ramsés tendía a estar de acuerdo. Llamarlo Dios, llamarlo suerte o llamarlo destino, estaba perfectamente dispuesto a darle las gracias a algo.

—¿Cómo supiste que tenias que esperarnos? —le preguntó a Selim mientras Risha hociqueaba su hombro.

—No lo sabía. Esperábamos —dijo Selim con sencillez—. Cuando la familia descubrió que no habíais ido a Gurneh, nos enviaron a Sabir y a mí y yo pregunté los barqueros si alguno os había llevado al otro lado. Hemos estado esperando.

Selim, que amaba el drama, quería organizar una procesión y

fue persuadido con alguna dificultad de hacer que el desfile los siguiera en lugar de precederlos. Antorchas llameando, voces elevándose en canciones y agradecimientos, todo el lote se extendía tras ellos. David montaba con Selim, a medio galope, pero Ramsés dejó suelta a Risha. Ahora que casi estaba allí, apenas podía esperar a verla.

La casa estaba iluminada de un extremo al otro.

Ella apareció corriendo para encontrarse con él, levantando los brazos. Detuvo a Risha y la encontró a mitad camino.

—Ahora cuéntanos —urgió Selim—. Cuéntanos tu aventura.
Nadie pensaba siquiera en irse a la cama. El retorno de los perdidos había revivido todos los espíritus, incluso el de Daoud. Nos habíamos detenido en su casa en el camino de vuelta de Gurneh, para decirle que lo sabíamos todo el respecto y que no lo culpábamos.

Kadija no fue tan compasiva

—Así que por eso es por lo que fingías estar enfermo. Daoud, gran idiota...

Cuando escuchó que los chicos habían desaparecido, dejó de regañar a Daoud y dijo que iría con él a la casa. Esperando contra toda esperanza que los viajeros hubieran retornado, los dejamos unirse con, esperaba, un bote del famoso ungüento verde de Kadija.

Tras descubrir que nuestras esperanzas no habían sido cumplidas, y una vez tomadas medidas, envíe a Daoud y a Selim a reunir a nuestra gente y comenzar a preguntar. Fue Sabir quien localizó al barquero que había cruzado a los chicos, añadió que el Hermano de los Demonios no había pagado su pasaje, y que le debía el dinero.

—¿Qué estáis esperando? —exigió Emerson, después que Sabir informara de esto—. Están en alguna parte en Luxor, yo...

—¿Buscaras en toda la población, casa por casa? —interrumpí —. El barquero los perdió de vista después de que subieran por el embarcadero.

Mis argumentos racionales no habían afectado a Emerson, que estaba recorriendo enfurecido la baranda arriba y abajo, golpeando las mesas y molestando al gato. Fue Nefret, quizás la única que podía haberlo hecho, quien lo disuadió.

—No queremos perderlo también a usted, padre. Deles un poco

más de tiempo.

No habría estado tan calmada si le hubiera sobrevenido una de sus premoniciones. Nunca olvidaría a la frenética niña que había suplicado nuestra confianza y ayuda cuando Ramsés estaba en las manos de su peor enemigo. Ella fue la primera en sentir que llegaban. Corrió hacia la puerta y unos pocos momentos más tarde escuchamos los gritos y vimos las antorchas centelleantes. Es imposible describir nuestros sentimientos, pero el Lector sensible no tendrá dificultad en imaginárselos.

DEL MANUSCRITO H

David estaba sufriendo la reacción que Ramsés había temido. Los amorosos abrazos y exclamaciones de alivio habían sido como hurgar sobre una herida sangrante. Labios apretados y ceño fruncido, se miró fijamente los brazos cruzados y no respondió a Selim. Se lo dejaba a Ramsés.

El pandemónium que siguió a su llegada no le había dado a Ramsés la oportunidad de planear que decir. Fatima había estado corriendo arriba y abajo con platos de comida. Kadija los untó a ambos con su famoso ungüento verde, y todos hablaban hasta quedarse sin aliento. Rodeaba con el brazo a su mujer, saboreando la seguridad y su presencia, Ramsés pospuso su explicación para preguntar sobre Margaret. Verla sentada tranquilamente en una esquina fue un peso menos en su conciencia.

—Parece —dijo su madre— que su desaparición no tienen nada que ver con el... los otros asuntos. Cierto individuo se atrevió a llevársela, por razones de su incumbencia. Nunca estuvo en peligro. Baste con eso por ahora. Estamos ansiosos por escuchar vuestra historia.

Sethos, sentado a alguna distancia de su esposa, tenía los ojos perdidos en el espacio con una mirada de inocencia que no engañó a Ramsés ni por un momento. Bastardo, pensó. Si no hubiera sido por ti...

La historia no podía retrasarse más tiempo. Esperaba pasar la primera parte tan rápido como fuera posible, con tan pocos detalles como fuera posible.

—No hace mucho los conspiradores se pusieron en contacto con David, quien con inteligencia pretendió simpatizar con su causa.

—No, Ramsés —David levanto la cabeza abatida—. No tienes

que buscar excusas por mí. Cooperé voluntariamente con ellos. No se lo dije a Ramsés ni a nadie más. Traicioné vuestra confianza.

Una sorprendida conmoción atravesó a los que escuchaban. Ramsés dijo rápidamente:

—Ellos le dieron su palabra de que no tomarían medidas contra la familia y nuestros amigos. La desaparición de Margaret le hizo pensar que no podía confiar en su palabra. Esta noche ha ido a Luxor para exigir una explicación. Lo seguí, y fui lo bastante loco para dejarme capturar. Todavía estaría prisionero si no fuera por David. Arriesgó su vida para sacarme.

Como Ramsés podría haber esperado, su madre fue la primera en romper al asombrado silencio. Levantándose, fue hasta David y puso los brazos sobre sus hombros encorvados.

—Como ha hecho innumerables veces antes. Creo que lo entiendo, David. No te lo reproches. No eres la única persona presente que ha cometido un error de juicio. Errar es humano, perdonar...

—Por el amor de Dios, Peabody, ahórranos la poesía —exclamó Emerson—. Eh.. David, hijo mío, ¿te apetece un vaso de whiskey con soda?

Con los ojos húmedos, David aceptó el vaso que Emerson le metió en la mano.

—Señor —empezó.

—Ni lo pienses —dijo Emerson precipitadamente—. Ahora vamos a oír los detalles ¿eh? Parece como si hubierais estado en una pelea.

—Fue un poco peliagudo a veces —dijo Ramsés. Su padre solo podía aguantar un poco de sentimentalismo—. David tuvo que forzar la cerradura de la habitación donde estaba confinado, y golpear al guardia de fuera de la puerta... todo ello sin hacer ruido que pudiera despertar al resto de los hombres. Tuvimos otro encuentro en la puerta principal, donde había otro hombre haciendo guardia. Tomó a David por uno de sus propios compañeros el tiempo suficiente para que David le golpeara y le tumbara. Entre los dos lo pusimos fuera de combate, pero armamos montón de jaleo y para cuando atravesamos la puerta, el resto de ellos estaban persiguiéndonos. No creo que nunca haya corrido tan rápido en mi vida. Cuando alcanzamos el Winter Palace supimos

que lo habíamos conseguido. Sabir estaba buscándonos y... ya sabéis el resto.

Su padre se inclinó hacia delante.

—¿El lugar está cerca del Winter Palace? ¿Exactamente dónde?

Ramsés se explicó.

—Deberíamos haber ido directamente a la policía, supongo, pero...

—No te preocupes por eso —dijo Emerson, una vez más a cargo —. Los pájaros habrían volado. Pero mejor lo hacemos ahora.

—Se tardará horas —dijo su esposa—. Puede esperar hasta la mañana y lo mismo puede todo lo demás.

Como Ramsés, ella había visto que David estaba al borde del colapso por el esfuerzo tanto emocional como por el físico. Lo tomó firmemente del brazo.

—Vamos, querido muchacho. Un buen vaso de leche te enviara directamente a dormir.

Habría "una pizca de láudano" en la leche, pensó Ramsés. Nefret no le ofreció leche, pero rehusó dejarle ir a la cama hasta que se hubiera librado del ungüento verde de Kadija. Era terapéutico sin duda, pero los restos eran difíciles de eliminar.

A la mañana siguiente nos sentíamos como supervivientes de un naufragio que habían resistido largas horas de desesperación antes de descubrir, contra toda probabilidad, que todos ellos habían sobrevivido. Había dado gracias, arrodillándome en la cama, mientras Emerson se mantenía aparte, murmurando. Ahora era el momento de volver al trabajo. Sacando un papel de mi bolsillo, dije:

—He hecho una de mis pequeñas listas.

Las sonrisas inundaron todas las caras, incluyendo la de David, que todavía estaba inclinado al abatimiento.

—Bien, Peabody —dijo Emerson de buen humor—. ¿Cuál es el primer punto a considerar?

—Informar al inspector Aziz y requerirle que busque los edificios sospechosos.

—Maldito si hacemos eso —dijo Emerson, dando un gran golpe a su huevo cocido—. Tengo la intención de inspeccionar los malditos edificios yo mismo. Puedes acompañarme si quieres.

Naturalmente yo tenía la intención de hacerlo. El ojo de una mujer, como siempre digo, es más penetrante que el de un hombre.

—Después de todo —continué—. Necesitamos un consejo de guerra.

Alentado por Fatima, David había empezado a desayunar. Ahora bajó su tenedor.

—No os he dicho lo que descubrí sobre la conspiración, tia Amelia. No me diste tiempo anoche.

Levanté un dedo admonitorio.

—Cada cosa en su orden, David. "Una deliberación tranquila desatará cada nudo", al menos espero que sea así.

Ramsés y Nefret estaban sentados uno al lado del otro, las manos unidas bajo la mesa.

—Yo también voy a Luxor —anunció Nefret en un tono que no admitía discusiones. Ella no iba a dejarlo fuera de su vista.

Margaret lucia uno de mis vestidos de día, un bonito vestidito del color agua de Nilo, cuya elegante puntilla y corte hábil le sentaban bien. Después que se quitara su horrible vestido le dije a Fatima que lo cortara en trapos.

—¿Puedo ir al hotel? —preguntó dócilmente.

—No —dije—. Recogeremos tus cosas y las traeremos con nosotros. Quiero que asistas a nuestro consejo de guerra. Tú —continué, fijando en Sethos una mirada severa— vendrás con nosotros. Y volverás con nosotros.

—Si Amelia —dijo Sethos sumiso.

Normalmente su rápida aquiescencia y la de Margaret hubieran encendido mi más alta sospecha. Creía que ambos harían lo que les había dicho, pero prefería mantener un ojo sobre mi cuñado. Solo por si acaso.

No tuvimos dificultad en encontrar la casa sospechosa, o maldita. Era una más de un montón de caras villas que habían sido construidas durante la extravagancia del periodo prebélico. A pesar de la pérdida de tiempo, envié un mensaje al inspector Aziz, requiriéndole que se encontrara con nosotros allí. Éramos una fuerza considerable por nosotros mismos, incluso suponiendo que encontráramos oposición. No parecía probable que la encontráramos. Como muchas otras, esta casa tenía un aspecto abandonado, como si hubiera estado desocupada mucho tiempo. Los lechos de flores estaban llenos de hierbajos y descuidados, las contraventanas rotas.

Emerson subió los escalones y pateó la abierta puerta. Un fuerte olor a moho y putrefacción nos recibió... pero eso fue todo. Una rápida búsqueda me dejó claro que los pájaros habían volado, dejando detrás comida putrefacta, unas pocas prendas descartadas y algunas otras evidencias de su desinterés por una higiene básica. Habiéndonos asegurado que no había peligro de una emboscada, dividimos fuerzas para una búsqueda más detallada, examinando cada recorte de papel y pieza de ropa. Estábamos ocupados en esto cuando llegó el inspector Aziz. Su saludo a gritos nos llevó al vestíbulo de entrada, donde permanecía con los brazos cruzados y una expresión critica.

—Su mensaje no era muy informativo, señora Emerson —dijo con dureza—. ¿Por qué han irrumpido en esta casa?

—No somos culpables de allanamiento y violación de domicilio, solo de violación —dijo Emerson—. La puerta no estaba cerrada.

—No bromees, Emerson —dije.

Le expliqué que Ramsés y David habían venido buscando a Margaret, y seguí contándole el resto. Mientras escuchaba, la expresión de Aziz cambió desde la severidad hasta la lúgubre resignación.

—He llegado a acostumbrarme a sus hábitos, señora Emerson, así que acepto el hecho de que no conseguiré más de usted. Deberían haber informado inmediatamente.

—Eso habría supuesto sacarle de la cama en mitad de la noche, inspector. Y para nada. Los sinvergüenzas echaron a correr tan pronto como Ramsés y David consiguieron escapar.

—¿Quiénes eran? —exigió Aziz.

—Eso es lo que estábamos intentando determinar. ¿Sabe usted a quien pertenece esta casa?

—No, pero lo descubriré. ¿Es él responsable de esto?

—Lo dudo —dijo Ramsés—. La casa estaba vacía, así que simplemente entraron.

Dejamos a Aziz llevando a cabo su propia búsqueda. Era un hombre concienzudo, un buen hombre; lamentaba haberlo engañado, pero era absolutamente necesario.

Paramos en el hotel el tiempo suficiente para recoger una maleta para Margaret. Los hombres me dejaron esto para mi, excepto los papeles y notas de Margaret, los cuales reunió Emerson en un

montón. Tenía la intención de echarles un vistazo antes de pasárselos.

Cuando llegamos a la casa encontramos a Sennia y Gargery en la terraza. Ambos estaban erizados por la indignación. Sennia corrió hacia Ramsés y le lanzó los brazos alrededor.

—¡Fatima me lo ha contado! ¿Por qué no me lo dijisteis dijo antes? Yo hubiera ido y te hubiera encontrado.

—Eso es muy bonito de tu parte —dijo Ramsés, abrazándola—. Pero no podrías haber ayudado, Sennia. Nadie sabía dónde estábamos.

—Hubiera llevado al Gran Gato de Ra para seguir tu olor —dijo Sennia.

Miré al gato, que estaba despatarrado a lo largo del sofá y sonaba dormido. Estaba ocupando tanto espacio como podía, su cola extendida y sus gordas patas estiradas. La convicción de Sennia, que algún día probaría ser la salvación de Ramsés, no parecía muy probable que se cumpliera.

—Fatima no debería haberte preocupado —dijo David, que ahora era él quien estaba siendo abrazado.

—Alguien más se lo habría dicho si no lo hubiera hecho Fatima —dije—. Como ves, Sennia, todo ha salido bien.

Antes de reunirnos para nuestro consejo de guerra recordé otra tarea que había pasado por alto. Escribí una rápida nota a Cyrus, informándole del retorno de Margaret sana y salva. Luego invité a todo el mundo a reunirse conmigo en el salón, donde Kareem había situado las sillas frente a la larga mesa que tenía intención de utilizar como escritorio. Sentándome detrás de ella, organicé mis papeles y abrí la reunión.

En beneficio de Selim y Daoud que no habían estado presentes, primero describí los resultados de la búsqueda en la casa.

—Esperaba que los sinvergüenzas hubieran pasado algo por alto que nos diera una pista sobre su actual paradero —continué—. Desafortunadamente aquellos pocos trozos eran todos restos, y no contenían información que ayudara. No obstante, estamos de alguna forma más cerca. Conocemos la naturaleza de la conspiración... derrocar al rey Feisal y el final del protectorado...

David tuvo la inusual descortesía de interrumpirme. Con los ojos muy abiertos, el exclamó:

—¿Feisal? Es Fuad quien va a ser forzado a abdicar. Zaghul será hecho...

—¿Qué? —grité—. Eso no es...

—Sabía que alguien estaba mintiendo —gruñó Emerson— Por todos los cielos..

—¡Yo no! —juró Sethos— ¡He jurado...!

—¡Basta! —dije, levantando mi voz para ser escuchada por encima del alboroto general—. Todos, callaos. Ciertamente alguien nos ha engañado, pero no vamos a saltar a conclusiones. Podrían haber sido los informantes de David.

—¿Por qué me mentiría Bashir? —reclamó David—. No le importa un comino Iraq o Feisal, está dedicado a la causa del nacionalismo egipcio.

—Seria un condenado loco si cree que puede llevar a cabo tal proyecto —dijo Sethos vehementemente.

—Tiene razón. —Dijo Margaret.

Era la última persona que hubiera esperado que saliera en su defensa. Sethos la miró con la boca abierta por la sorpresa. Ligeramente ruborizada, ella siguió:

—Es mucho más probable que el objetivo sea Iraq. La situación política es inestable, y las apuestas son más altas. El petróleo es una mercancía valiosa.

—Gracias —dijo Sethos, recobrándose—. Admito que no tengo una reputación intachable para la veracidad, pero Margaret, con su acostumbrada agudeza, da apoyo a mi historia. ¿Qué ganaría yo mintiendo?

—No puedo pensar en nada así de entrada —admití.

—Eso no prueba una maldita cosa —dijo Emerson, con una mirada crítica a su hermano—. Tus razones siempre pasan los límites del raciocinio lógico. Sin embargo... inocente hasta que se pruebe la culpabilidad.

Consulté mi lista y luego la tiré.

—Buen Dios —dije—. En lugar de avanzar, tenemos una mayor confusión. Lo único positivo que sale de esto es que nuestros adversarios no han roto su palabra. El secuestro de Margaret no fue llevada a cabo por ellos, y Ramsés y David... eh...

—Se llevaron su merecido —dijo Ramsés—. Abalanzarse donde los ángeles temen caminar. Sin embargo no sé si podemos contar

con su paciencia en lo sucesivo.

—Un punto a tomar en consideración —acordé—. Sería de ayuda si pudiéramos estar seguros de quienes son.

Nos contemplamos unos a otros con una salvaje suposición, como Cortés había hecho en una cumbre en Darien. Pero aquellas eran aguas más salvajes que el ancho Pacifico.

—Quizás —dijo Daoud vacilante— hay varios de ellos.

—Bien por ti, Daoud —dijo Sethos—. No he dudado ni por un momento de la palabra de David, pero ese grupo no puede tener nada que hacer con el mío o se me habría dicho algo.

—¿Dos conspiraciones separadas? —exclamó Ramsés—. Eso es mucho, incluso para nosotros.

—Vamos a aceptarlo, para empezar —cogí una hoja de papel en blanco y la encabecé—. Cosas que hacer.

—Bashir —dije—. Es el único cuyo nombre conocemos. Debemos buscarlo.

—No creo que él sea peligroso —dijo Ramsés—. Siempre ha sido del tipo inútil, un seguidor más que un líder. Sus hombres ni siquiera nos dispararon. Al mismo tiempo, creo que las autoridades deberían ser advertidas sobre él.

—Sir Thomas Russell es la persona adecuada —dije, escribiendo —. Podemos dejar tranquilamente el asunto en sus eficientes manos. ¿Cuánto tiempo tenemos, David?

—Me dijeron que retendrían a Ramsés dos o tres días. Asumí que también era mentira; el tiempo podría haber sido alargado, día a día. Pero ahora... —se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Podrían haber adelantado su programa —estuve de acuerdo—. No nos atrevamos a retrasarlo. Alguien debe volver a El Cairo otra vez. Yo soy la obvia...

—Tú no —dijeron varios al mismo tiempo.

—Y tampoco David —dijo Ramsés. Le sonrió a su amigo—Está deseando hacer una confesión completa, pero no voy a permitírselo. Lo mantendremos fuera de esto si podemos. Yo soy la elección obvia, madre. Russell confía en mí.

—Muy bien —dije—. Ahora, respecto a los otros conspiradores...

Fatima entró corriendo.

—El señor Vandergelt está aquí —anunció—. Y...

Fue rudamente empujada a un lado por Sir William Portmanteau. Papa Noel se había ido, cabello y barba hirsutos, ojos desorbitados, cara lívida, me recordó irresistiblemente los dibujos del enfurecido Rey Nome de los encantadores libros del Señor Baum sobre Oz.

—¿Dónde está? —exigió—. ¿Qué han hecho con ella? Ustedes y sus secuaces nativos... —Se dirigió hacia Daoud que retrocedía alarmado. En su estimación Sir William se había vuelto loco, y los locos, como todo el mundo sabe, no podían ser agredidos porque estaban protegidos por Dios.

—Mis disculpas, Amelia —dijo Cyrus, intentando contener a su huésped—. No pude detenerlo. Está fuera de si.

—Ya veo. ¡Siéntese y estese quieto sir William!

No grité, empleé el tono de voz que había aprendido a utilizar con las personas recalcitrantes. Sir William por supuesto hizo lo que le ordené. De cualquier modo, estaba seriamente falto de aliento.

—Supongo que se está refiriendo a Suzanne —continué—. No me diga que ha desaparecido.

Emerson gruñó.

—No, no nos lo diga. ¡Otra no!

El gentil toque de Nefret y la firmeza profesional consiguieron calmar a sir William. Ella permaneció junto a él, los dedos en su pulso, mientras Cyrus se explicaba.

Suzanne había vuelto de Abydos la tarde anterior para reunirse con su abuelo. Nadie la había molestado aquella mañana, ya que ella había parecido muy cansada. Cuando una de las doncellas se aventuró finalmente a entrar en su habitación no encontró signos de su ocupante. No despertó alarma al principio, algún tiempo después de una búsqueda por la casa y los terrenos determinó que la chica no estaba allí.

—Y no es la única —dijo Cyrus—. Nadji también se ha ido.

El nombre sacó a sir William de su estado de reposo. Apartando las manos de Nefert, gritó apasionadamente.

—¡Él se la ha llevado contra su voluntad!

—¿Por qué? —preguntó Emerson perplejo.

—¡Por un rescate! O por —gruñó sir William—, por... por una razón que no me atrevo a considerar. ¡Usted sabe como son esta gente! Codiciando a las mujeres blancas...

—¡Tonterías! —gritó Emerson, su cara casi tan roja como la de sir William—. Viejo mal pensado...

—Emerson —le dije—. No necesitamos dos hombres enfadados gritándose el uno al otro.

—Ella nunca me hubiera dejado espontáneamente, sin siquiera una nota de explicación —insistió sir William—. Íbamos a volver a Inglaterra juntos, ella y yo.

Nefret lo empujó de vuelta a la silla de la que estaba luchando por levantarse.

—Tendrá un ataque al corazón si sigue de esta manera —le dijo con firmeza—. Eso no ayudará a Suzanne, ¿verdad?

Nunca había dudado de que sir William se preocupaba profundamente por su nieta. No decía mucho en su favor, en realidad, dado que consideraba a su nieta como una parte de si mismo, su propiedad, por así decirlo, y él no tenía más interés que él mismo y sus propiedades. La solicitud de Nefret tuvo el efecto de calmarlo, y un sorbo o dos de brandy, proporcionado por Emerson, fue también de ayuda. Dirigido por mí, Cyrus fue capaz de continuar su explicación.

—Cat revisó su habitación y determinó que ella había empaquetado una maleta... artículos de tocador, joyas y algunas ropas. Como dejo la casa y los terrenos sin ser vista, no lo sabemos. El portero no la ha visto.

—¿Qué pasa con Nadji? —pregunté.

—Lo mismo—dijo Cyrus, lanzando una mirada a sir William—. Ropas y pertenencias personales, nadie lo vio salir. Revisamos por todas partes, preguntamos a los barqueros y a la gente local; luego a sir William se le metió en la cabeza que ellos, ella, podrían haber venido con vosotros.

La solución estaba clara. No la propuse dado que habría inflamado aún más a sir William.

—Llévatelo de vuelta al Castillo y mantenlo allí—le dije a Cyrus —. Solo está por medio. Investigaremos e informaremos inmediatamente si averiguamos algo.

Después de que se fueran, Daoud dijo con tono de urgencia:

—Sitt Hakim, yo no lo hice.

—Lo sé Daoud, la explicación es...

—Obvia -interrumpió Sethos. Sus ojos brillaban como plata—.

Preguntamos quien entre nosotros podría estar informando a nuestros adversarios. Esos dos son los únicos extraños. Siempre he tenido mis dudas sobre la joven; es francesa, y Francia tiene intereses en Siria.

—No puedo creer que esa frívola chica sea un agente de la Inteligencia Francesa —exclamó Nefret.

—El Servicio de Inteligencia adora utilizar jóvenes bonitas —dijo Sethos enigmáticamente.

—No debe ser una artista, eso seguro —murmuró Emerson—. Su portafolio impresionó a Peabody, pero alguien más pudo haber hecho los dibujos por ella.

—Alguien podría hacer un igualmente irrefutable caso contra Nadji —dijo David—. Es un egipcio y un intelectual, justo la clase que es atraída por la causa nacionalista. Podría haber arreglado el ataque contra sí mismo para desviar las sospechas.

—Ambos se quitaron de en medio anoche —añadió Ramsés—. Poco después de que David y yo escapáramos. ¿Coincidencia?

Emerson se tiró del pelo.

—¡No pueden estar trabajando juntos!

—¿Por qué no? —preguntó Ramsés—. Suzanne no puede haber salido del Castillo de forma inadvertida sin ayuda. No es perceptiblemente atlética, y de acuerdo con Katherine, estaba cargada con una maleta. Un hombre joven y fuerte pudo alzarla sobre el muro y ayudarla a bajar.

Sethos asintió pensativamente.

—Hay varios sitios alrededor del perímetro donde la pared puede ser escalada por un hombre ágil.

—Tú debes saberlo —gruñó Emerson.

—Tranquilo —dijo Sethos agradablemente—. Pero el hecho de que presumiblemente se fueron juntos refuerza mi hipótesis. Ellos son y han estado trabajando como un equipo. Te dije que diferentes grupos están envueltos en el complot.

—Nos dijiste un buen montón de cosas—dije. Aquella sonrisa altanera suya era extremadamente exasperante—. ¿Estás seguro de no haber omitido alguna información que pudiera prevenir futuros y próximos desastres? Si hubieras admitido haber secuestrado a Margaret, David no hubiera ido a Luxor y Ramsés no le hubiera seguido. Gracias a la merced de Dios y a sus propias habilidades

escaparon ilesos. ¡No gracias a ti!

—Me lo merezco, supongo —admitió Sethos—. Pero se justa, Amelia, cómo hubiera sabido que David estaba mezclado por sí mismo en un complot si hubiera actuado de forma diferente.

—Eso es lo que dices —remarcó Emerson, frunciendo el ceño a su hermano—. ¿Tienes algo que añadir?

—No -dijo Sethos, con aspecto de sinceridad—.Te doy mi palabra.

Capítulo 11

DEL MANUSCRITO H

Había sabido que Nefret insistiría en ir con él a El Cairo. No discutió. Conocía esa mirada.

Sethos trató de disuadirlos.

—Estás perdiendo el tiempo, Ramsés. El grupo de Bashir no puede llevar esto adelante. No me sorprendería que Russell ya conozca sus planes. Es un asunto para el CID y él mantiene una estrecha vigilancia sobre los disidentes locales.

—No podemos dar nada por sentado —dijo Nefret—. ¿No sería mejor informar al señor Smith de las últimas novedades?

—Te lo dije, sabemos todo al respecto.

—¿Incluyendo el pretendido papel de Suzanne y Nadji? —preguntó Ramsés.

El más leve parpadeo en sus ojos claros fue el único signo de incertidumbre.

—No han salido de Luxor —dijo Sethos—. Tampoco lo harán. Selim está vigilando la estación del ferrocarril y Sabir está en contacto con los barqueros. Los encontraremos. Ese es mi trabajo, y es bastante más importante que la detención de algunos débiles revolucionarios. Sin embargo -añadió—, es posible que quieras hablar con el Sr. Smith. Cuéntale que estoy cerca de cumplir nuestro objetivo original.

—Smith y tú podéis seguir sin mí -dijo Ramsés con brusquedad.

—Dios mío, qué actitud tan negativa. —Después de un momento Sethos dijo, sin ningún rastro de humor—, mantén tus ojos abiertos. Si son conscientes de tu llegada, pueden tratar de detenerte para evitar que hables con Russell. Es improbable que puedan tener éxito, pero aún así...

—No te preocupes —dijo Nefret, tomando el brazo de Ramsés—.

Yo estaré allí para protegerle.

Llegaron a la estación con tiempo de sobra. Daoud fue a despedirlos, como era su costumbre, y los tres se unieron a Selim para una revisión final de los pasajeros de marchaban. Ninguno coincidía con el aspecto de la pareja desaparecida.

Sentado frente a su esposa en el coche comedor en una mesa para dos, Ramsés sintió una sensación de irrealidad. El movimiento del tren no le restaba nada a la agradable y suave luz ambiente, la ropa blanca sobre la mesa, el servicio diligente. No podía recordar la última vez que habían cenado solos, los dos, sin una cara familiar a la vista y sin posibilidad de ver una hasta que llegaran a El Cairo. Casi doce horas sin responsabilidades y sin interrupciones, la perspectiva era deslumbrante.

Como solía hacer, Nefret le leyó la mente.

—Me siento como si estuviéramos fugándonos -dijo.

—Yo también. Es maravilloso.

Tomó la mano que le tendió y se la llevó a los labios, indiferente al camarero.

—Te he hecho pasar malos ratos, Nefret. ¿Por qué me aguantas?

—En general, tus virtudes compensan tus vicios -respondió, con esa encantadora sonrisa—. Y yo también te he dado malos momentos. ¿Te acuerdas de la vez que os convencí a ti y a David de dejarme ir tras el Libro de los Muertos con vosotros?

—Estuve pensando en eso anoche, en realidad. Y, en el momento que entraste en una habitación con un asesino y dejaste que te tomara como rehén.

—¿Estabas haciendo una lista de mis malas acciones?

—El equilibrio contra la mía. -Le soltó la mano y el camarero nos ofreció los menús.

—Entonces....

Algunas personas podrían considerar las reminiscencias de la muerte cercana y las catástrofes temas no aptos para una conversación durante la cena, pero todo había pasado hacía mucho tiempo, las locuras y debilidades de su juventud. Incluso podrían hablar de los años más difíciles, cuando la terquedad y la incomprensión mutua les habían mantenido separados. A Nefret le había costado mucho tiempo dejar de culparse a sí misma por ello. La culpa, como a menudo comentaba su madre, es una emoción

derrochadora; perdónate a ti misma y pasa a algo mejor. Como era el caso con la mayoría de los aforismos de su madre, querías jurar cuando ella pronunciaba esas palabras banales con esa seguridad tan suave, pero tenían un modo de hundirse en ti.

No volvió a pensar en ellos esa noche, ni, a juzgar por su comportamiento, Nefret. En un momento Ramsés se oyó murmurar, "cosas maravillosas", como Howard Carter había hecho bajo circunstancias muy diferentes. La risa de Nefret fue el sonido más dulce que había oído durante años.

Ninguno de los dos se despertó hasta que el tren se detuvo en El Cairo.

—De vuelta al mundo real —dijo Ramsés.

—Maldita sea —saludó Nefret con una sonrisa—. Vamos a acabar de una vez. ¿Directamente a la oficina de Russell?

Ramsés consultó su reloj.

—Todavía es temprano. Tardará en llegar. Podemos tomar un buen desayuno.

Lo tomaron en la terraza del Shepheard. No era el lugar favorito de Ramsés en El Cairo, pero ir allí se había convertido en un hábito, y siempre podían contar con conseguir una habitación si tuvieran que quedarse. La luz del sol era tamizada por el inevitable y omnipresente polvo levantado por las pezuñas de los animales, los pies de los seres humanos y las ruedas de los vehículos. Al otro lado, los verdes jardines del Ezbekieh eran recordatorios de otras aventuras juveniles. Apenas había una parte de El Cairo, que estuviera libre de tales recuerdos, pero éste era uno de los favoritos de Nefret.

—¿Te acuerdas...? —empezó a decir.

—Sí, y preferiría no recordarlo.

Ella continuó sin piedad.

—¿Esa chica horrible que te atrajo a los jardines por la noche? Nunca admitiste si te besó antes de desmayarse y que tuvieras que llevarla en brazos.

—Yo solo tenía dieciséis años —protestó Ramsés.

—¿Lo hizo?

—Sí. -Sonrió—. Fue un bonito beso, también. O lo habría sido, si no nos hubiera interrumpido un presunto asesino.

—Ellos siguen apareciendo —dijo Nefret, riendo.

—Lo disfrutaste, ¿verdad? Los disfrutaste todos.

—Bueno, no todos. Los recuerdos son mejores que la realidad. Pero... hay algo en El Cairo.

Se quedaron sentados en silencio un rato, rememorando en... El Cairo.

—Ya debería estar allí —dijo Ramsés, levantándose—. Termina tu café. Le llamaré por teléfono.

Volvió para informar que Russell no había llegado aún, pero se le esperaba en breve.

—Me verá.

—Eso espero —dijo Nefret—. Vamos a caminar, ¿de acuerdo? No está lejos, rodeando los jardines y hacia abajo por la Sharia Mohammed Ali.

—¿Estás segura?

Ella deslizó su brazo en el suyo.

—Si vemos a Bashir, le abofetearé.

—Para ahora está muy muy lejos —dijo Ramsés—. Nunca fue del material del que están hechos los héroes.

Casi habían llegado al Bab el Khalk y el edificio de administración, cuando un hombre que pasaba empujó a Nefret. Ramsés se volvió hacia él con una fuerte reprimenda, y vio entre el turbante y la barba excesivamente grande, un par de ojos asustados. Bashir le agarró del brazo.

—Huye -dijo con voz entrecortada—. Están vigilando para ver si vienes aquí. Corre...

Ramsés oyó el chasquido de un rifle. Se arrojó sobre Nefret, empujándola detrás de un carro lleno de caña de azúcar. Otro disparo roció fragmentos verdes por la calle. Los peatones se dispersaron, gritando. En medio de la acera Bashir estaba tendido en un charco de sangre.

Los niños siempre saben cuando algo está mal, no importa lo normal que traten de comportarse los adultos que los rodean. Charla armó un escándalo cuando se enteró de que sus padres se habían ido sin una palabra de despedida. Mi sermón no tuvo ningún efecto, fue, lo admito, un poco a medias, ya que mi mente estaba en otras cosas. Se requirió el esfuerzo conjunto de David, Emerson y Sennia para consolarla. Una cierta cantidad de sobornos también fue necesario, un puñado de dulces, una visita a la cuadra, y un

juego estruendoso de pilla-pilla, con todos ellos participando.

David John sintió su ausencia tan profundamente como su hermana, y a veces deseaba que expresara sus dudas tan abiertamente como ella. Las rabietas eran violentas, pero terminaban pronto, mientras que David John tenía tendencia a cavilar. Después de acomodar a Charla fui a buscarlo.

No estaba en su sala de juegos con Elia ni en la cocina con Fátima. No estaba con Amira. Cuando lo localicé en el salón, estaba acurrucado en una silla con un libro en la mano.

—¿Uno de tus regalos de Navidad? —pregunté.

—No —dijo David John—. No es uno de mis regalos de Navidad. Me he leído todos.

No fue hasta que lo levantó que vi la portada del volumen. La escena mostraba a una mujer vestida muy ligeramente estrechada con fuerza en los brazos de una persona de sexo masculino que llevaba ropas beduinas.

—Por Dios -grité—. Te he dicho una y otra vez, David John, no debes coger libros de los estantes.

—No estaba en el estante, abuela. Lo encontré sobre la mesa, y como no tenía nada más que leer...

El libro era el romance popular que había prestado a Margaret. Había estado sobre la mesa, nunca había regresado a guardarlo.

Reprimí el impulso de arrebatárselo al niño. No me había desobedecido literalmente.

—¿Te parece interesante? —Pregunté, observando con pesar que había leído más de la mitad de la maldita cosa.

—Absolutamente —dijo David John—. Sin embargo, hay algunas partes que no entiendo. Tal vez, abuela, podrías explicarme lo que significa cuando la señora dice...

—No -respondí rápidamente—. Me temo que no puedo permitir que termines el libro, David John. No debí haberlo dejado ahí.

—Pero la señora está en gran peligro -protestó David John—. Quiero saber cómo termina el libro.

—Tiene un final feliz. -Le quité el libro de las manos.

—¿Alguien viene a rescatarla del cruel jeque?

—Eh... sí. —En este caso, la prevaricación era absolutamente necesaria. Trata de explicar que el jeque no era realmente malo solo porque él había... y que a la señora angustiada en realidad no le

importaba que...

Fuera de cuestión.

—¿Por qué no escribes un final para la historia? —Le sugerí.

—Hmmm. —David John lo consideró, sus ojos azules pensativos —. No he intentado la ficción todavía. Sería un reto.

—Un reto de hecho. Estoy segura de que vas a estar a la altura. Mientras estás haciendo eso trataré de encontrarte algo más para leer.

Conseguí que se instalara, con lápices recién afilados y una pila de papel, y luego me fui a mi estudio para poner el libro a salvo. Antes de hacerlo, hojeé las páginas del comienzo, esperando que el contenido no fuera tan malo como lo recordaba.

Podría haber sido peor. Hubo una buena cantidad de jadeos, ojos ardientes y miradas apasionadas, pero, gracias a Dios, nada de referencias anatómicas. David John no podría haber leído mucho. Tuve que admitir que la maldita cosa tenía una cierta fascinación para el vulgo, de los cuales hay un gran número. No era de extrañar que hubiera sido el libro más popular del año.

Un libro que podría encontrarse en cualquier librería.

No, pensé. Ridículo.

No haría ningún daño intentarlo.

Yo había hecho mi propia copia del mensaje misterio. Sacándolo del cajón del escritorio, me puse a trabajar.

—Ahí estás —dijo Emerson—. Te he estado buscando...

Me sobresalté y dejé escapar un grito.

—¡No te acerques furtivamente de esa manera!

—No lo hacía —dijo Emerson, indignado—. Estaba buscando...

—Mira esto, entonces. -Empujé el papel en el que había estado escribiendo hacia él.

Emerson frunció la noble frente mientras leía. Parecía tan desaliñado como siempre, el pelo de punta, con la camisa colgando fuera de sus pantalones. Una hora con Charla podía tener ese efecto.

—¿Qué es esta tontería? —preguntó.

—No es una tontería. Es el mensaje misterio. ¡He resuelto la clave!

—"En el primer día del primer mes el Toro morirá. El Juez morirá. El Águila..." ¿Morirá?

—Aun no he terminado. —Haciendo referencia de nuevo a los

números originales, empecé a pasar las páginas de *La pasión del desierto*.

—Sí -dije—. Morirá.

Emerson no era fácil de convencer. Tuvo que comprobar las primeras palabras por sí mismo antes de admitir que estaba tras la única pista posible.

—¿Entiendes lo que significa esto? —Pregunté, mientras Emerson contemplaba la cubierta escandalosa de *La pasión del desierto* con las cejas levantadas—. Nos equivocamos, todos estábamos equivocados sobre la naturaleza de la conspiración. Planean asesinar. El asesinato a sangre fría de tres personas.

—El Toro —murmuró Emerson—. Oh, por Dios, ¡Lord Allenby! Es conocido como el Toro por enemigos y partidarios por igual. Hay docenas de jueces...

—El juez debe ser el rey Fuad. Su nombre se deriva de la palabra árabe.

—Sí, sí. —Emerson se tocó el hoyuelo de la barbilla—. Debería haberlo visto. Estoy teniendo problemas para aceptar esto, Peabody. Espera. El águila es uno de los símbolos hachemita. ¿Feisal de Irak?

—Supongo que sí.

—Al parecer —dijo Emerson—, estos seudónimos absurdos fueron acordados de antemano, dejando solo el momento del ataque, que se determinará en el mensaje final. Vamos a tener una charla con mi hermano.

Encontramos a Sethos en la terraza, esperando a Fatima y siendo adulado por el Gran Gato de Ra. El gato se había encariñado de manera inexplicable con él. Debería haberlo tomado como una mala señal.

—Esa niña —declaró Sethos, frotando su espalda—, es el adversario más formidable que jamás he encontrado. Su idea de pillar a alguien es correr de cabeza hacia él. Margaret se ofreció noblemente a hacerse cargo de ella después de que...

—El mensaje no es una falsificación, ni un galimatías —dije, porque en mi opinión el tiempo era esencial—. Lo he descifrado.

Le entregué el papel. Mientras leía, sus ojos se estrecharon hasta convertirse en rendijas.

—No lo creo —dijo rotundamente.

—¿Está acusando a Peabody de inventarse esto? —preguntó

Emerson.

—No. Ella no lo haría... —Se interrumpió, mordiéndose el labio.

—Oh, sí, lo haría, si tuviera una buena razón para hacerlo.

—Gracias, querido -respondí, muy satisfecha.

—Pero no lo ha hecho -continuó Emerson—. He comprobado sus deducciones, no —se apresuró a añadir—, es que fuera necesario. No puede haber ninguna duda al respecto. Mentiste... de nuevo.

Margaret apareció en la puerta de la terraza. Tenía un aspecto desaliñado y despeinado, pero había color en sus mejillas y estaba sonriendo. La sonrisa no duró mucho.

—¿Mentir? —repitió, mirando de Emerson a Sethos—. ¿Sobre que ha mentido todo este tiempo?

—No fue una mentira —dijo Sethos con vehemencia—. La historia que os conté era verdad. Debe haber algún error.

—No hay error —dijo Emerson, los brazos cruzados y el ceño fruncido—. Sabías desde el principio que el mensaje no era un galimatías. Sabías que tres vidas estaban en peligro.

—De forma inminente -añadí—. Hoy es el veintinueve de diciembre. El primer día del primer mes debe hacer referencia al primer día del nuevo año. Tenemos menos de tres días para advertir a las víctimas. Hasta mañana no llegaremos a El Cairo en tren, incluso tardaremos más por otros medios de transporte. No podemos arriesgarnos a enviar un telegrama. ¿Qué podríamos decir que fuera lo suficientemente poderoso como para atraer atención inmediata, pero sin advertir a los asesinos, en caso de ser interceptado por uno de ellos?

—¿Qué es todo esto? —exigió Margaret.

Sethos había intentado hablar varias veces. Era extraño verlo acariciar de manera automática el gato ronroneante, mientras su rostro habitualmente impasible expresaba una serie de emociones encontradas. Ahora estalló:

—Nefret. Nefret y Ramsés. Les advertí que tuvieran cuidado con Bashir y su grupo, pero si esto es cierto, las consecuencias podrían ser mortales, ya que no es solo a él a quien tienen que temer. Debemos advertirles.

—Un avión -grité—. Requisaste uno antes.

—Ninguna posibilidad —murmuró Sethos—. Podría ser capaz de llevarlo a cabo, pero tendría que ir en persona.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo Emerson—. Peabody, envía por Daoud.

Sethos no veía con buenos ojos estar encerrado. Continuó protestando mientras Daoud le llevaba a su habitación, con instrucciones de no dejarlo solo ni un momento. Se encontraba en un estado de considerable agitación.

—O el hombre es un consumado actor -dijo Emerson.

—Está muy encariñado con Nefret —dije. Echando un vistazo a Margaret, que había sido un testigo silencioso durante todo el proceso, añadí—: De modo platónico, por supuesto. Como un tío cariñoso.

—No he preguntado de qué se trata todo esto —comenzó Margaret.

—Sí, lo has hecho. Dos veces. No puedo explicarlo, aunque estuviera segura de poder confiar en ti para que te abstuvieras de la especulación periodística. Espero que no nos veamos obligados a encerrarte también.

—No tengo lo suficiente para continuar —admitió Margaret—. Solo dime una cosa. Siguió insistiendo en que te había contado lo que "ellos" le habían dicho. Tengo una buena idea de quienes son "ellos". ¿Podría haber dicho la verdad?

Le importaba. No había sacado su cuaderno y seguía retorciéndose las manos.

—Eso es lo que intentamos averiguar —le dije.

DEL MANUSCRITO H

—Arriesgó su vida para avisarnos —dijo Ramsés—. Y yo le llamé cobarde.

Sentado detrás de su escritorio, Russell hizo un gesto a un ayudante.

—Café -ordenó—. ¿A menos que prefiera tomar algo más fuerte?

Ramsés negó con la cabeza. Nefret le limpió un arañazo que sangraba en una mejilla.

—Algo alcohólico —dijo con calma—. Para desinfectar esto. Las calles de El Cairo están sucias.

La policía había llegado con encomiable rapidez. Los hombres de Russell estaban entrenados para responder con rapidez a los sonidos de los disparos, sobre todo tan cerca de su cuartel general. Sin embargo, no habían encontrado al tirador. Él había abandonado

el fusil en el callejón desde el que había disparado y se había fundido con la multitud.

Russell no era el tipo de hombre que perdiera el tiempo en sentimentalismos.

—Vamos a repasarlo todo de nuevo. ¿Me está diciendo que hay dos conspiraciones diferentes, una en Egipto y otra en Irak? ¿Que ambos tienen como objetivo el derrocamiento incruento de los gobiernos? Entonces, ¿quién mató a Bashir? ¿Uno de sus lugartenientes, que no estaba de acuerdo con su ideas pacifistas?

Ramsés no podía culparlo por la nota de cinismo.

—Alguien que no estaba de acuerdo con él -dijo—. Vehementemente. Su intención era impedirnos exponer el complot.

—¿Por qué demonios debería molestarse? —preguntó Russell—. ¿No es un complot demasiado grande, no? Y no tiene más posibilidad que la de una bola de nieve en el infierno... —Se pasó la mano por la barbilla—. Perdone, señora Emerson.

—Usted ha expresado mis sentimientos exactamente —dijo Nefret—. El asesinato de Bashir pone toda la historia en duda.

—Usted dice que lo escuchó de Todros.

La voz de Russell era estudiadamente evasiva. Él nunca había superado sus sospechas sobre David. Ramsés dijo:

—Como le dije, el señor Todros fingió estar en sintonía con Bashir con el fin de ganarse su confianza. No dudo de su sinceridad o su exactitud. El complot contra Feisal vino de otra fuente por completo. Confieso que no puedo explicar este desarrollo. Sin embargo, hay alguien que puede ser capaz de arrojar luz sobre la situación.

—Oh, Señor. —El bigote de Russell cayó—. No ese bast... él no. Esa gente de la inteligencia cree que están por encima de la ley. No querrá hablar conmigo.

—Hablará conmigo —Ramsés se levantó—. Vamos, Nefret.

—Les proporcionaré una escolta —dijo Russell—. Y sugiero que salgan de El Cairo tan pronto como sea posible.

Tratar con Emerson era casi tan difícil como tratar con Sethos. De haber poseído un avión o un caballo alado, habría partido de inmediato. No había nada que pudiéramos hacer, sino esperar al expreso de la noche. Los trenes anteriores eran locales, que no llegaban a El Cairo tan pronto.

No señalé lo obvio, ya que él sabía tan bien como yo que Ramsés y Nefret habían llegado esa mañana a El Cairo. Si les iban a atacar, ya podría haber ocurrido.

Habían prometido telegrafiar después de hablar con Thomas Russell. Envié a Hassan a la oficina de telégrafos para asegurarse de que el mensaje se enviará en el momento en que llegara. El día transcurrió sin novedades, y el control de Emerson finalmente sucumbió.

—No creo que pueda hacer frente al té con los niños —murmuró.

—Debes hacerlo. No deben sospechar que algo anda mal. No podemos irnos hasta dentro de varias horas. Ve y lávate.

—Maldita sea si lo haré.

Yo no tenía corazón para insistir. Él se había plantado ante la puerta de la terraza desde donde se podía ver el camino que llevaba al río.

Fui a ver Sethos. Tuve que despertar a Daoud, que dormía en el umbral, según explicó, su prisionero no se sentía inclinado a la conversación, por lo que se había aburrido. Sethos estaba sentado en el borde de la cama, con la mirada fija en sus manos juntas. Levantó la mirada con una cara demacrada.

—¿Alguna noticia?

—Te informaré en cuando la tengamos. Si no... Emerson y yo salimos para El Cairo en breve.

—Dejadme ir con vosotros.

—Emerson nunca lo permitiría, y debo decir que comparto sus dudas.

—Puedo disiparlas si me permites tener unas palabras con Smith. ¡Por favor, Amelia!

—Tendré unas palabras que decir a...

Sethos se levantó de un salto.

—¿Esa es la voz de Emerson?

No había duda de ello. Corrí a la terraza como si tuviera alas en los pies. Emerson había desgarrado un telegrama y lo agitaba como si fuera una bandera.

—Está bien, Peabody. Están bien. ¡Regresan a casa!

—Alabado sea Dios —exclamó Daoud.

Sethos le arrebató el telegrama antes de que yo pudiera hacerlo.

Fue lo suficientemente considerado como para leerlo en voz alta.

—Todo está bien. Estancia en Luxor. Tomar tren noche.

—El estilo telegráfico de Ramsés está empezando a parecerse a los de Emerson —dije, demasiado aliviada para regañar a Sethos—. Solo nueve palabras.

—Diez —dijo Sethos—. Añadió "Cariño".

No hace falta decir que a la siguiente mañana estábamos todos en la estación esperando al tren, todos excepto Sethos.

—Ramsés puede haber obtenido información o no que puede limpiar a Sethos de engañarnos deliberadamente o no -fue el comentario de Emerson—. Estará confinado hasta que lo sepamos, de un modo y otro.

Como esperábamos, Ramsés y Nefret estaban en el tren. Después de que los primeros gritos de bienvenida y los abrazos terminaran, Ramsés izó a Charla sobre su hombro y yo le dije a Nefret:

—¿Cómo conseguiste ese corte en la mejilla? ¿Tienes alguna otra herida? ¿Y Ramsés?

—No, madre. -Me rodeó con el brazo—. Se lo explicaré más tarde. Si alguna vez hubo un momento para un consejo de guerra, es este. Tenemos mucho que contar.

—Y nosotros —empecé a decir—, Dios mío. ¿Quién es ese?

De hecho, yo sabía perfectamente quién era. Nariz puntiaguda, ojos entrecerrados, boca fina... Nada menos que Bracegirdle-Boisdragon, alias el Sr. Smith.

Los finos labios se estiraron en el mejor intento de Smith de una sonrisa. Quitándose el sombrero, dijo:

—Buenos días, señora Emerson.

—Al diablo con buenos días —exclamó Emerson—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Ha venido con nosotros —dijo Ramsés—. Ante mi insistencia.

—He venido —dijo Smith—, porque les debo una explicación.

—Maldita sea —dijo Emerson.

—Maldita sea —gritó Charla.

—¡Emerson, por favor! —dije.

Anticipándome a la necesidad de un consejo de guerra, había instruido Fátima para que moviera los muebles a la sala correspondiente. Cuando el Sr. Smith vio mis arreglos, murmuró:

—Muy eficiente, señora Emerson. ¿Dónde debo sentarme?

Indiqué una silla. Los otros tomaron sus lugares. Smith estudió las caras con educado interés.

—¿Puedo entender que todos los presentes tienen derecho a estar aquí? —preguntó, mirando fijamente a Margaret.

—Así es —respondí, en un tono que no permitía discusión—. Hay un testigo más que tiene que venir. Daoud, ¿quieres traerlo?

Sethos entró con la cabeza en alto y sus facciones impasibles. Tenía el aire de un criminal acusado esperando una dura sentencia. La visión de su jefe provocó una exclamación de sorpresa.

—¿Tú, aquí?

—No tartamudees -dije—. Señor Smith, lo primero del orden del día se refiere a nuestro mutuo amigo aquí presente. Nos dijo que el llamado mensaje secreto no era más que una cadena de números sin sentido. Eso fue una mentira. Ayer descifré el código y leí el mensaje.

—Madre, no... —exclamó Ramsés—. Es decir, ¿cómo?

—Encontré el libro adecuado —le dije, tosiendo—. Por pura casualidad. Discutiremos eso en otro momento. Lo que quiero saber del señor Smith es ¿quien engañó a quién?

—Ah, ya veo —dijo Smith—. La veracidad de nuestro amigo está en cuestión. No tenía porque contarles tanto, pero ya que lo hizo, bien puedo limpiarle. Les contó lo que él creía que era la verdad.

La forma rígida de Margaret se relajó y dejó escapar un largo suspiro. Sethos la miró y luego desvió la mirada.

—Gracias —dijo irónicamente—. Ahora, señor, tal vez explique *¿por qué me mintió*?

—Conoces las reglas —dijo Smith—. Se te dijo lo que necesitabas saber. Nada más.

—Al diablo con sus malditas reglas —gruñó Emerson—. Necesito saberlo todo, quien estaba conspirando contra quién, por qué y para qué. Y si menciona la maldita Ley de Secretos Oficiales puedo perder la paciencia.

—Dios no lo quiera —dijo Smith piadosamente—. Muy bien. Estoy dispuesto a romper ciertas reglas con el fin de tranquilizar sus mentes... y evitar que provoquen problemas.

—Proceda —dije, tomando la pluma. Smith empezó a protestar, pero sabiamente decidió no hacerlo.

—Solo había una conspiración -comenzó—. El grupo de Bashir y

los descontentos en Irak eran parte del mismo complot, aunque ninguno de los grupos estaba al tanto del otro, o del objetivo real de la gente detrás del asunto. En ambos se habían infiltrados los hombres que pretendían utilizarlos para obtener sus fines... asesinos profesionales, entrenados en técnicas de asesinato. Siendo como era un pobre tonto, Bashir no quería hacerle daño a nadie. Estas personas y sus golpes de Estado sin derramamiento de sangre... en serio, no debieron ser soltados sin acompañante.

»Cuando Ramsés y su esposa decidieron de repente ir a El Cairo, los asesinos se alarmaron. Sabían que el mensaje no era un fraude y temían que estuvieran a punto de exponer la verdadera conspiración. Les estuvieron siguiendo desde el momento en que llegaron y ustedes no hicieron ningún esfuerzo por eludir la persecución. ¡Desayunando a la vista del mundo en la terraza del Shepheard! De una manera u otra, nunca sabremos cómo, Bashir se enteró de sus intenciones y trató de advertirles. Fue un mártir, si le gusta —concluyó Smith, con un movimiento de cabeza a Ramsés.

Pagamos a Bashir el tributo de un momento de respetuoso silencio. Se había arrepentido de sus errores de juicio y posiblemente salvado la vida de Ramsés y Nefret. Entonces Emerson dijo:

—Tres asesinatos. ¿Por qué?

—¿No es *cui bono* la regla de la investigación criminal? —Preguntó Smith—. ¿Quién se beneficia? Pregúntense qué hubiera pasado se hubieran cometido esos crímenes.

Su aire de superioridad era irritante. A Ramsés, quien le disgustaba mucho, dijo:

—Egipto e Irak se habrían disuelto en el caos. Gran Bretaña se vería obligada a intervenir. Posiblemente una intervención militar en toda regla y el restablecimiento de un mandato formal.

—Muy bien —dijo Smith, con un gesto amable—. ¿Y quién se habría beneficiado de eso?

—Los patrioteros y los imperialistas de Gran Bretaña -sugerí—. Siempre ha habido una mayoría vociferante que cree que las potencias europeas tienen el derecho, sino el deber, de gobernar a los que consideran como sus inferiores.

—¿Y quién más?

Fue, sorprendentemente Sethos, quien perdió los estribos.

—Los patrioteros no son la causa, son los medios utilizados por los verdaderos instigadores. Detrás de ellos están las personas que esperan hacer dinero con el control británico. Petróleo en Irak, algodón y productos alimenticios en Egipto. Y mano de obra barata en los dos países..., Los financieros, los líderes de la industria. El oscuro grupo del que hablé. En las sombras porque nunca rinden cuentas. Al final todo se reduce a dinero. Eso es lo único que importa; son indiferentes a las vidas que afectan y las muertes de las que son responsables en última instancia.

Smith pareció algo incómodo. Sethos se había anticipado su discurso y entregado a ello con una pasión que nunca podría haber igualado.

—En esencia, ese es el caso —dijo, apoyando su larga barbilla sobre sus manos cruzadas.

—Entonces, esas personas nunca serán llevadas ante la justicia —dije.

—Nunca, ni siquiera identificadas. Ellos no dan órdenes directas, deliberan y mantienen reuniones en comités y sueltan indirectas veladas.

—"¿Quién me librará de ese sacerdote turbulento?" —Murmuré.

—Ni siquiera tan directo como eso, señora Emerson —dijo Smith —. Pero el mensaje es claro a sus subordinados, por lo que se reduce la cadena de mando, hasta que alcanza a los individuos que dirigen las operaciones reales. Aun suponiendo que pudiéramos rastrear los instigadores iniciales, no podríamos hacerlos responsables. Expresarían horror y consternación y negarían haber insinuado tal cosa.

—Es un cuadro condenadamente deprimente —dijo Emerson, masticando la pipa.

—Así me lo parece —respondió Smith, y vi un rastro de emoción parpadear sobre esa cara tan parecida a una máscara—. Lo único que podemos hacer es anticiparnos, si es posible, a los resultados mortales y tal vez identificar a algunos de los delincuentes menores. Por lo menos tenemos una línea en dos de ellos. Malraux y Farid.

—Lo siento mucho —dije, con un aire un tanto hipócrita de pesar—. Pero me temo que no. Suzanne y Nadji no tienen nada que ver con esto.

—Entonces, ¿por qué huyeron? —preguntó Emerson—.

Huyeron... Oh, no. No. —Se llevó la mano a la frente—. No me digas que este es otro de tus... tus...

—Precisamente —le dije—. Huyeron para casarse. Suzanne hizo todo lo posible para ganarse a su abuelo sin llegar a pedir su permiso. Tenía miedo de correr el riesgo, pero esperaba que al estar con Nadji y otros dignos egipcios, al ver nuestras relaciones entrañables con ellos, suavizaría sus prejuicios. Fue, como podría haberle dicho, una esperanza vana. Cuando insistió en que regresara a Inglaterra con él, ella sintió que no tenía otra opción que huir con su amante.

Ramsés cerró la boca, tragó enérgicamente, y dijo con una voz muy suave:

—¿Le importaría explicar, madre, cómo llegó a esa notable deducción? ¿Va a reclamar que supo todo el tiempo que los dos estaban enamorados?

—Como tu padre ha indicado, disfruto de una cierta reputación para la resolución de asuntos románticos —respondí con modestia —. La completa indiferencia que esos dos se mostraban el uno al otro fue altamente significativa. Hicieron considerables esfuerzos para asegurarse de que contrataríamos a ambos: Nadji por su incuestionable competencia, y Suzanne por esa cartera que él le había preparado ¿Quién más habría conspirado en ese engaño? Podrías haber encontrado tu artista en Nadji, Cyrus.

—Bien —dijo Cyrus, mirando.

—Entonces, ¿dónde están? —Preguntó Nefret—. ¿Por qué no hemos sido capaces de encontrar ni un rastro de ellos?

—Supongo que se han ido con uno de los amigos de Nadji en la orilla occidental -dije—. ¿Creíste que no tenía ninguno? Pero tenía la costumbre de visitar un determinado café de Luxor. Hizo conocidos allí.

Emerson, que estaba familiarizado con mis métodos, ocultó una sonrisa detrás de su gran mano, con el pretexto de juguetear con su pipa. Smith, que debería haber estado familiarizado con ellos, me miró de reojo.

—Perdóneme, señora Emerson, pero todo esto es retrospectiva. Y sin verificar.

No pude evitar sentir un poco de lástima por él. Lo había intentado con tanta fuerza y quería castigar a alguien. Sin embargo,

la verdad debe salir, sin importar las consecuencias. Y me molestaba su implicación.

—No debería ser difícil de verificar -respondí—. Los habituales del café en cuestión hablarán libremente si les aseguramos que solo queremos ayudar a los amantes. Creo que Ramsés debería llevar a cabo esa misión. La palabra del Hermano de los Demonios es tan buena como la del juramento de otro hombre.

—Uno de los aforismos de Daoud —explicó Emerson a Smith.

—Gracias —dijo Smith, mostrando los dientes—. No objetarán, espero, si me quedo en Luxor hasta que sean detenidos.

—Haga lo que quiera -dije—. Sin embargo, me parece que sería más útil en El Cairo o Bagdad. ¿Puede estar absolutamente seguro de que sus hombres están en condiciones de impedir los asesinatos?

—Yo no contaría con ello -respondió Sethos—. Digamos que ha habido, una cierta confusión de las comunicaciones en los diversos niveles.

Smith no pasó por alto la acusación implícita.

—Entonces será mejor que vayas tu mismo. El vuelo a Bagdad...

—No. He hecho mi último trabajo para el Departamento.

—Vamos —exclamó Smith—. Entiendo qué puedas sentir un cierto grado de... eh... resentimiento, pero eres un veterano, sabes que era necesario.

—Demasiado viejo —dijo Sethos en voz baja—. Estoy presentando mi renuncia, a partir de ahora, en presencia de estos testigos. —Se volvió hacia Margaret, que escuchaba con los labios entreabiertos—. He dicho esto antes, pero esta vez lo digo en serio. Amelia no me dejará librarme esta vez.

Margaret se levantó y salió corriendo de la habitación.

—Disculpadme —dijo Sethos y la siguió.

Por regla general yo nunca me inmiscuyo en los momentos íntimos, pero quería asegurarme de poder comprobar este pequeño punto de mi lista. Echando un vistazo por la puerta, vi que estaban encerrados en un estrecho abrazo.

Me alejé de puntillas.

—Creo que eso lo cubre todo —dijo el Sr. Smith. Parecía más que listo para irse.

—Si no fueron Suzanne y Nadji quienes nos espiaban e informaban acerca de nuestras actividades, ¿quién era? —Preguntó

Nefret—. Nos hemos quedado sin sospechosos, madre.

—Ese pobre muchacho, por supuesto. Azmi.

—¿Qué? —Gritó Emerson.

—Te lo dije, Emerson, no deberías haberle enseñado a espiar y colarse. Observando que tenía tu confianza, "ellos" se le acercaron y le ofrecieron dinero para que les informaran. Uno no puede culparle realmente, ya que no sospechaba que hubiera ningún peligro. Me encargaré de él. Es un niño inteligente, y puede que no sea demasiado tarde para inculcarle cierta sensibilidad moral.

—Si alguien puede hacerlo, es usted —dijo el Sr. Smith—. Buenos días, señora Emerson.

Creo que lo dijo como un cumplido.

—Bueno, Peabody —dijo Emerson—, parece que no estás a punto de añadir otra cabellera a tu cinturón.

Tendido en la cama, con las manos bajo la cabeza, me observaba peinarme las cien veces de costumbre. Había sido un día largo, pero no descuidaba esas cosas.

—Esa es una metáfora muy fea, Emerson.

—¿Otra muesca en tu arma? —sugirió Emerson—. ¿Otro villano bajo custodia?

Nadji y Suzanne habían sido encontrados, justo donde yo había dicho que estarían, en la casa de uno de los jóvenes clientes de la cafetería. Habían pasado por una ceremonia de matrimonio realizada por el imán local. Para estar en el lado seguro, me apresuré llevarles a Luxor y servir como testigo, mientras el padre Bennett los casaba de nuevo. Fue un gesto puramente simbólico, ya que (como el buen padre lastimosamente señaló) no habían pasado por ninguna de las acciones previas. Prometí que me encargaría de ellos, y que podría casarlos de nuevo después.

—Nos hemos echado a perder, me temo —continuó Emerson—. Hay algo satisfactorio en acabar un caso con un arresto o el entierro del villano.

—No desesperes, querido. Todavía puede ser detenido un villano. —Emerson se incorporó.

—¿Quién? Por favor, dime que es Sir William Portmanteau.

—Ojalá pudiera. Si él es cómplice o no, es el tipo de hombre al que Smith se refirió cuando habló de fuerzas oscuras, de hombres sin conciencia. No podemos hacer que le arresten, pero ¡anímate!

Recibió un duro golpe cuando le hablé sobre Suzanne y Nadji.

—Tal vez tenga un golpe fatal —dijo Emerson, esperanzado—. Se lo merece. ¿Quién, entonces? Maldita sea, no me gusta luchar contra sombras, quiero tener en mis manos un villano de carne y hueso.

Estaba tan abatido, que tuve la tentación de contárselo. Sin embargo, decidí no hacerlo. Aunque estaba bastante segura de mis deducciones, habría sido poco amable elevar sus esperanzas y luego verme obligada a destruirlas. Así que le ofrecí consuelo de otra naturaleza. Se demostró aceptable.

Consulté de mi lista de cosas por hacer en el desayuno, pude tachar varias. Sethos y Margaret se había arreglado, al menos por el momento. Con dos personalidades dominantes, eran probables otros trastornos, pero no podía preocuparme por eso. La situación de Nadji y Suzanne estaba en camino de una conclusión satisfactoria, con solo un paso más para dar. No tengo la costumbre de dejar las tareas desagradables para los demás, por lo que me puse en camino hacia el Castillo inmediatamente después del desayuno.

Cyrus salió corriendo a saludarme.

—¿Qué diantre ha estado haciendo? -preguntó—. Me dejó con ese viejo villano de Portmanteau, y me ha estado volviendo loco. Incluso Cat está harta de él y ya sabe que no se altera fácilmente.

—Me encargaré de él inmediatamente —dije, cepillando el polvo de mis pantalones—. Dígale que quiero verle.

Era tiempo de respuestas y cuando llegó a la sala observé que se había estado consolando con brandy. Katherine estaba conmigo al haberse enterado de mi llegada, apenas podía esperar para quejarse de su invitado no deseado.

—No es un caballero, Amelia, ignoró mis consejos sobre ir a un hotel, y su lenguaje...

La aparición de Sir William hizo que se callara. Había abandonado toda pretensión de gentileza. Con la cara roja y descuidado, no perdió tiempo en ser ofensivo.

—Bueno, señora Emerson, ¿qué tiene que informar? Me prometió...

—Sé dónde están —le dije, levantando la voz por encima de la suya—. Están a salvo y muy felices.

Si la última palabra llegó a los oídos de sir William, nunca

penetró a su cerebro.

—¿Dónde está ella? ¿Por qué no la ha traído aquí? Por Dios, cuando le ponga la mano encima a esa chica...

—Ya no tiene ninguna autoridad sobre ella -dije—. Es una mujer casada.

Katherine se quedó sin aliento.

—¿Esos dos? ¿Casados?

—Bueno, eso es bueno —dijo Cyrus.

El rostro de Sir William pasó de rojo a púrpura y se erizó como un pavo. Le observé, con lamento tener que admitir, más curiosidad que compasión, hasta que su respiración se hizo tan dificultosa que se vio obligado a dejar de hablar. Lo empujé hacia una silla.

—Le recomendaría brandy, pero parece haber tomado demasiado. Le llevaría a ver a Suzanne pero parece que solo abusaría de ella y de su marido. La suerte está echada, Sir William, y usted no puede hacer ni una maldita cosa al respecto. Su único recurso es lograr salir de esta casa, cruzar el río y llegar a El Cairo con la mayor rapidez posible. Tal vez (no parece probable, pero todo es posible), quizás con el tiempo recupere su sentidos y trate de restablecer las relaciones de amistad con su nieta.

—¡Nunca! —Sir William jadeó—. No es pariente mío. Fuera de mi testamento. ¡Ni un centavo!

—Haré que los criados le empaquen sus maletas —dijo Katherine y se apresuró a salir.

—Y yo —dijo Cyrus, con los ojos brillantes—, disiento con usted, Amelia. Un poco más de brandy, o tal vez una gran cantidad de brandy, es justo lo que necesita.

Con la partida inminente de nuestros seres queridos, nos encontramos en un torbellino de actividad social. Selim y Daoud representaron una espléndida fantasía, y celebramos la víspera de Año Nuevo al estilo americano, con un baile brillante en el Castillo. Cyrus había traído un conjunto musical desde El Cairo. Después de un vals vigoroso con Emerson necesitaba recuperar el aliento, así que me uní a Katherine en una de las mesas. Ella dio un respingo culpable cuando me vio, y luego se echó a reír.

—Atrapada in fraganti —dijo, señalando su plato colmado—. Pero en general he sido buena, Amelia.

—Una indulgencia ocasional no hace daño a nadie -dije—.

Pareces mucho más fuerte y saludable, Katherine.

—Y más sabia, espero. Cyrus me dice que este es el momento de hacer propósitos para el nuevo año...

Sus ojos se movieron a un pareja que pasó girando, Nadji y Suzanne, por cuya salud todos habíamos brindado con el mejor champán de Cyrus. Iban a trabajar con Cyrus durante el resto de la temporada, Nadji como artista y Suzanne como asistente de Jumana.

—Ver el comportamiento atroz de Sir William —reanudó Katherine—, me hizo darme cuenta de que no había superado mis propios prejuicios. Era como una caricatura de mis peores actitudes. Mira a los dos, completamente felices, y yo una vez habría dicho que su matrimonio estaba condenado desde el principio.

—Tendrán dificultades que superar -admití—. Incluyendo las diferencias de sus religiones. Sin embargo, el matrimonio es siempre un negocio arriesgado, Katherine. He conocido a personas que parecían perfectamente adecuadas, por los antecedentes familiares, la religión y la nacionalidad, y que fueron completamente miserables.

—¿Así que crees en correr el riesgo?

—Por supuesto. ¿Qué es la vida sin un poco de riesgo?

Ella se echó a reír y cortó otro trozo de tarta helada.

—Esa es mi resolución, entonces. Correr algunos riesgos, y dejar que otros corran los suyos.

—Ah -dije—. Disculpa, Katherine. Acabo de recordar algo que debo hacer.

Jumana estaba bailando con Sethos, quien, en mi opinión, la sostenía con demasiada fuerza. A ella no parecía importarle. Cuando terminó el vals, pregunté si podría quitarle unos minutos de su tiempo.

—El próximo es de Ramsés —dijo ella, mirando su tarjeta de baile.

—Él puede esperar. Esto no, ha durado demasiado tiempo. Te preocupas de Bertie, y no solo como amiga. No lo niegues. ¿Por qué no te casas con él?

Jumana se puso blanca y luego rojo brillante.

—¿Cómo sabe? -jadeó.

—Detectar relaciones románticas es uno de mis talentos -

contesté—. ¿Por qué no?

Me miró directamente a los ojos.

—Le rompería el corazón a su madre. Ella ha sido muy buena conmigo. No voy a ir donde no soy querida.

—Orgullo -dije, sacudiendo la cabeza—. Es un frío consuelo cuando uno está triste, Jumana. ¿Por qué no darle una oportunidad? Quién sabe, tal vez te veas gratamente sorprendida.

Ramsés acudió a reclamar su baile, le entregué a Jumana con una cómoda sensación de que los asuntos se estaban desarrollando bien. Tomé la precaución adicional de hablar unas palabras con Bertie, y por supuesto, para el final de la noche tuvimos otra pareja de enamorados por los que brindar. La mirada de Cyrus de orgullo y placer era muy agradable de ver, y también lo fue el abrazo maternal de Katherine. La pareja de novios parecía un tanto estupefacta. Pero tendrían que superarlo.

En general, fue una noche muy satisfactoria. El toque final fue entregado en forma de telegrama, el cual encontramos esperándonos en casa. El señor Smith fue tan breve como lo habría sido Emerson, pero mucho más original.

“El mal ha fallado, el bien prevaleció. Feliz Año Nuevo.”

Siempre había sospechado que el hombre tenía los rudimentos del sentido del humor.

Nuestras propias reuniones familiares se hicieron más conmovedoras por el conocimiento de que eran la última vez. La última partida de ajedrez (perdida por David), los últimos libritos de Charla, para ser entregados a los abuelos en Inglaterra, el último de los magníficos tés de Fatima, las últimas visitas al Valle de los Reyes.

David no podía mantenerse alejado del Valle. Se llevó sus materiales de dibujo con él, y observó la salida de cada objeto con ojos anhelantes. Las multitudes alrededor de la tumba se habían convertido en una verdadera molestia, y hubiera sentido lástima por Howard si no se hubiera portado tan mal. Sin embargo, difícilmente se podría culpar a los turistas. La limpieza se había desarrollado a buen ritmo. Artículo tras artículo asombroso había sido llevado a la tumba de Seti II. Howard había hecho alguna concesión a los visitantes al permitir que los artefactos se llevaran al descubierto.

Después de regresar a casa después de una de esas visitas,

Ramsés me buscó.

—Hay una cuestión sobre la que he querido hablar con usted, madre.

—Puedo adivinar lo que es.

—¿Puede?

—Querido, uno siempre está en armonía con los que ama. Estás pensando en David, deseando que pudiera entrar en la tumba de Tutankhamon. He sacudido mi cerebro buscando un medio de hacerlo, pero en vano. Incluso me rebajé a escribir a Howard, de una manera amistosa, invitándole a tomar el té. No se lo digas a tu padre.

—Él diría, como lo hago yo, que estaba perdiendo el tiempo —dijo Sethos, saliendo de la casa. Tenía la presumida mirada de autosatisfacción de un gato que tiene crema en sus bigotes. Deduje que había estado con Margaret. Instalándose cómodamente en una silla, juntó los dedos y me miró como un búho—. ¿Qué has hecho?

Se lo expliqué.

—Ah —dijo Sethos—. Muy bonito. Estabas dispuesta a humillarte a fin de ayudar a David. ¿Confío que no se lo pidieras directamente a Carter?

—Por Dios, no. Habría llegado a ello poco a poco. Ah, bueno, hice todo lo posible.

—Absolutamente —dijo Sethos—. ¿Está el té listo?

Fingió ser un cerdo luchando con Charla por las galletas glaseadas. Después él y Margaret se acercaron a Luxor, para cenar solos en el hotel.

—Evitaré que cometa travesuras —me aseguró, retorciéndose el bigote.

—No, si me encuentro con O'Donnell —dijo Margaret—. Se me ha adelantado y no dejaré que me lo restriegue.

Al día siguiente era el último. David, Sennia y Gargery iban a coger el tren en el inicio de su largo viaje a casa. Habíamos invitado a nuestros amigos más cercanos a tomar el té de la tarde, para decir adiós. Cuando le pregunté cómo querían pasar la mañana, Sennia votó a favor de una visita final al Rey Tut, como ella había dado por llamarle. El rostro ansioso de David expresó sus sentimientos y Gargery daba por sentado que iba a venir. Incluso Emerson condescendió a unirse a la fiesta. Había renunciado a la del

automóvil, por el momento. La parte que yo había eliminado, con la ayuda de Nefret, demostró ser indispensable para su funcionamiento.

Margaret fue la última en unirse a nosotros en el establo, donde estaban ensillados los caballos. Había añadido una bufanda brillante y una selección de pulseras de plata a su traje pantalón color caqui, y detecté un rastro de colorantes artificiales en sus mejillas.

—¿Dónde está... eh... Anthony? —pregunté.

—Se fue por su cuenta. ¿Cuál voy a montar?

—Este burro —dijo Emerson, izándola sin miramientos sobre la silla de montar.

—Prefiero un caballo a un burro —dijo Margaret con una mirada rebelde.

—Te haré compañía -prometí—. Gargery, Sienna, tú y yo. ¿No será agradable?

Después de un paseo un poco polvoriento, encontramos el parque de burro lleno de animales, carros y dos carruajes de caballos. Había llegado temprano, a sabiendas de que la aglomeración podría aumentar a medida que avanzara el día.

Llegamos justo a tiempo de ver un objeto espectacular siendo sacado de la tumba, el trono dorado glorioso que Rex Engelbach había descrito. El señor Mace caminaba junto a él, con el rostro surcado de la mirada ansiosa de un padre viendo los primeros pasos de su hijo. Supuse que había dado los primeros pasos para estabilizar la ornamentación, pero aún así era una operación delicada, y cuando regresó de la tumba de conservación, sonriendo con alivio, le dije en voz alta una felicitación cordial.

Se produjo una pausa antes de que apareciera el siguiente artefacto. Había una gran cantidad de actividad, personas impertinentes discutiendo con los guardias, tratando de pasar delante de ellos y gente que corría y salía con mensajes, entre ellos varios telegramas. Turistas fotografiando cada objeto en movimiento, periodistas paseando arriba y abajo, buscando a alguien al que entrevistar. Uno de ellos reconoció a Sennia y la habría interrogado ella, el cielo sabe sobre qué, si Emerson no hubiera intervenido.

Yo había traído un refrigerio, y estaba a punto de reunir a mi grupo y retirarnos para un almuerzo rápido cuando la aparición de

Howard despertó un gran revuelo en los espectadores. Haciendo caso omiso de las preguntas gritadas por varias personas, se puso de pie con las manos en las caderas, mirando a su alrededor. Quien no arriesga, no gana, pensé, y saludé con la sombrilla a modo de saludo.

Nadie estuvo más sorprendido que yo cuando Howard hizo un gesto para que me acercara, en vez del gesto de un potentado condescendiente a un peticionario. Decidiendo que no estaba en condiciones de protestar, me abrí paso entre los guardas y me uní a Howard. Mostraba las tensiones de los últimos días, había profundas arrugas en su rostro y sus ojos estaban ensombrecidos.

—Parece que todo va bien —le dije de una manera amistosa.

—Sí, bastante. No muchos problemas. Eh... ¿está el señor Todros con usted?

—Pues la verdad es que sí -dije, tratando de ocultar mi asombro.

—Se me ha instruido... he decidido... permitirle hacer un dibujo de uno de los artefactos.

Dando por sentado que (o sin que le importara si no era así) que había sido incluido en el gesto de Howard, Emerson me había seguido.

—¿Cuál? -preguntó al instante.

Howard miró el papel que estaba retorciendo entre los dedos. Parecía ser un telegrama.

—El que más le guste. —Con un destello de genio, añadió—, ¡pero en la tumba no!

—Por supuesto que no -dije—. Usted está ocupado allí. La tumba de almacenamiento.

Al igual que Emerson, me di cuenta de que debíamos aprovechar el tiempo antes de que Howard cambiara de opinión.

—Sí —dijo a regañadientes. Sacando un lápiz del bolsillo, garabateó en la parte posterior del telegrama—. Denle esto a Lucas. Y díganle a Todros que le haré responsable de cualquier daño.

Le di a Emerson un poco empujón para impedirle expresar su indignación, y tomé la nota de la mano reticente de Howard.

—De prisa —exclamé, mientras nos retirábamos a toda prisa—. ¿Dónde está David?

Tuvimos que abrirnos camino a través de una horda de periodistas, que estaban tan ávidos de noticias que se abalanzaban

sobre cualquiera que hubiera hablado con Howard. Emerson les dijo que se fueran al diablo y yo le conté que Howard estaba a punto de dar una conferencia de prensa, con lo cual se pusieron en cuclillas como una manada de chacales hambrientos alrededor de la boca de un agujero de conejo. Alejé a mi grupo. Cuando estábamos a una distancia segura le di la noticia a David. La mirada en los ojos del querido muchacho habría traído las lágrimas a la mía, si yo hubiera sido una persona sentimental.

—Tiene tus materiales de dibujo contigo, ¿verdad? —pregunté.

—Sí. Sí, pero...

—¿Qué más necesitas? —Preguntó Nefret—. Iré a casa a buscarlo.

—Pinturas y pinceles...

—Entiendo. ¿Quieres venir conmigo, Margaret?

Margaret de inmediato estuvo de acuerdo. Parecía tan contenta y emocionada como todos los demás.

El resto de nosotros se dirigió inmediatamente a la tumba de Seti II. El área abierta delante de la entrada era una escena de lo que parecía ser un caos total, los objetos a ser tratados estaban sobre mesas y caballetes, tablas para construir cajas de embalaje estaban apoyadas contra la pared, papel y material de embalaje estaban esparcidos por todas partes. Dentro de la tumba, cuya puerta estaba abierta, se podía ver la mitad de una docena de cajas de madera y varias áreas de trabajo. Incluso desde el exterior, el olor a acetona, colodión y otros productos químicos era fuerte.

Lucas no se sorprendió al vernos. Estrechó manos a todos y leyó la nota de Carter.

—Me preguntaba cuando Carter superaría su pique -dijo—. Como pueden ver, estamos algo revueltos, pero feliz de estarlo. ¿Está interesado en un artículo en particular, señor Todros?

Los ojos de David estaban fijos en ello, el pecho pintado. Descansaba sobre una mesa a varios metros por el pasillo. Lucas frunció el ceño.

—¿El exterior solo, supongo? El contenido está en mal estado y Mace no ha comenzado con ellos todavía. Preferiría no moverlo.

—Estoy de acuerdo. Observo que ha empleado cera de parafina en el exterior —dije, estirando el cuello para ver mejor.

—La madera había comenzado a encoger y la pintura a aflojarse

-dijo Lucas—. Tuvimos que tomar medidas de inmediato.

—No hay nada como la cera de parafina -respondí.

—Ha hecho el trabajo, e incluso mejorado los colores.

—Vamos a dejarle que siga adelante con su trabajo, entonces —dije, agregando que alguien iba a venir más tarde con materiales de pintura para David. David no reconoció nuestras despedidas. Sentado en un taburete de campaña, ya había comenzado a esbozar, y estaba perdido en su propio mundo.

—Espero que pueda terminar hoy —le dije a Emerson—. Hay algo decididamente extraño en esto. El pique de Howard sigue firme en su lugar. Recibió órdenes de alguien para que dejara trabajar a David.

—¿Lacau, tal vez? —sugirió Ramsés.

Emerson soltó un bufido.

—Carter desprecia e ignora el Departamento de Antigüedades. Hay una sola persona de la que recibe órdenes.

—Lord Carnarvon —estuve de acuerdo—. Sin embargo, su conformidad es igualmente inexplicable.

Llegamos al final del *wadi* y giramos al camino principal, donde contemplamos a Sethos, sentado en una roca y fumando un cigarrillo.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—De aquí para allá. ¿Es la hora del almuerzo? Sennia me ha informado que está hambrienta.

Recogimos a Sennia y Gargery y encontramos una bonita tumba vacía. Sentados en un círculo alrededor de la canasta de picnic, dejamos que Sennia explorara el contenido y lo sacara.

—¿Dónde está Margaret? -preguntó Sethos aceptando un sándwich de queso.

—Ella y Nefret han vuelto a la casa en busca de los materiales de pintura de David -respondí—. Howard le ha dado permiso para copiar uno de los artefactos para el *ILN*.

—¿De verdad?

—Creo que deberíamos ir a casa después del almuerzo —anunció Sennia—. Gargery parece cansado.

—¿Qué? —Gargery se enderezó y agarró con más firmeza el sándwich que había estado a punto de caérsele de la mano—. ¿Cansado? ¿Yo?

—Quiero esperar a que vuelva Nefret -dije—. Tardará un rato. ¿Por qué tú y Gargery no volvéis con Emerson, o tal vez Ramsés?

—Yo les acompañaré —dijo Sethos, revisando la cesta—. ¿Qué me recomiendas, Sennia, tomate o pollo?

Siguiendo su consejo, seleccionó el pollo y se acomodó para comerlo.

—Todavía tientes tinte marrón detrás de la oreja —dije, por la comisura de mi boca.

Sethos sonrió y siguió comiendo.

Los tres se fueron después del almuerzo, y Ramsés, Emerson, y yo esperamos a Nefret. Yo no era la única que había deducido la explicación del cambio de actitud de Howard.

—¿Cuál era? —Preguntó Ramsés.

—El mensajero desastrado con el vocabulario muy grosero, creo. Conoces su tendencia a exagerar su papel.

—Por Dios —exclamó Emerson—. ¿Quieres decir que... Sethos fue el...? ¿Cómo diablos falsificó un telegrama de Lord Carnarvon?

—Que lo ha hecho, no hay duda, tiene sus métodos. No creo que quiera que David lo sepa. Los principios de David son tan rígidos que sentiría que se ha aprovechado injustamente de Howard.

—Lo ha hecho —dijo Emerson, una sonrisa de satisfacción se extendía por su cara—. ¡Excelente! Debo felicitar a mi querido, querido hermano. Por una vez ha dado a su cuestionable talento un buen uso. Y lo mejor de todo es -continuó—, que Carter averiguará que ha sido engañado cuando ya es demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Irrumpió en un repique de carcajadas, al que se unió Ramsés. Confieso que dejé escapar una risita propia.

Nos habíamos resignado a una larga espera, pero fuimos sorprendidos gratamente cuando Nefret se presentó una buena media hora antes de cuando la esperábamos. Iba acompañada de Selim, llevando el caballete y las pinturas de David.

—Qué rápido has sido —exclamé, apresurándose a su encuentro —. Confío que no hayas cansado a los pobres caballos.

—No —dijo Selim. Murmuró algo.

—Disculpa, Selim -dije—. Habla más alto.

—Condujimos el automóvil —bramó Selim.

Emerson dejó escapar un grito de alegría.

—Esto está resultando ser un buen día. ¿Lo reparaste, Selim?

—Sí —respondió Selim, evitando escrupulosamente mirar a Nefret, que cuidadosamente no me miraba.

—Ve delante, Selim -dije—. El señor Lucas te está esperando.

Se marchó a la carrera.

—Lo siento, madre -me susurró Nefret—. Pensé que la emergencia disculpaba la traición.

—Tenías razón —le dije con un suspiro—. "Toda vida, es a veces lluviosa"[5].

Naturalmente Emerson insistió en conducir a casa el coche. Eso dejó al resto de nosotros con los caballos y varios burros renuentes. Dejamos Asfur para David. No pararía hasta que la última luz se hubiera desvanecido.

El anochecer estaba muy avanzado y nuestros otros invitados se habían reunido antes de que Asfur llegara, al paso, con David acunando una caja cubierta con tanta ternura como si fuera un bebé. Se la entregó a Ramsés y Jamad se llevó a Asfur. Cuando David levantó la tapa, surgió un grito universal de admiración, excepto de David, cuyo grito fue uno de aflicción.

—Se ha manchado... aquí y aquí... estaba húmeda, no podía esperar a que se secara ... ¡Maldita sea!

—Puede ser reparado —le dije—. O copiado de nuevo. David, ¡es espléndida! Has capturado los colores y la vivacidad de la escena como nadie más podría.

—Cierto —exclamó Cyrus—. Felicitaciones, hijo. *The Illustrated London News* estará encantado.

David levantó la vista de su inspección de la pintura.

—No puedo ofrecerlo al *ILN*, señor. No sin el permiso explícito del Sr. Carter. Le busqué antes de irme, para darle las gracias.

—Maldición —dijo Emerson.

—¿Señor?

—Eh... no importa. Adelante.

—Por desgracia, ya se había marchado —dijo David.

—Ah -dije—. Nosotros le daremos gracias por ti, David. No necesitas su permiso para venderlo al *ILN*, ya lo sabes. Los derechos legales de Carnarvon y él son cuestionables.

—Oh, no lo haría a menos que él diga que todo está bien —exclamó David. Una sonrisa de felicidad absoluta transformó su

rostro—. Lo importante es que podría hacerlo. Que lo tengo. Yo no me rebajaría a tratar de ganar dinero con una tarea tan maravillosa.

—Es muy buena cosa que David se vaya mañana —dijo Emerson, después de que nuestros invitados se marcharan y David se fuera a su habitación a terminar de empacar—. Estaría decidido a llamar a Carter personalmente. ¡Malditos principios del maldito chico!

—Lo que le importa es el trabajo en sí mismo —dijo Sethos—. Tiene eso y siempre lo tendrá.

—Sí —respondió Emerson—. Absolutamente. Eh... bien hecho. ¿Qué dices a otro whisky con soda?

Les despedimos temprano a la mañana siguiente, en medio de lágrimas, risas y garantías que pronto nos volveríamos a ver. David llevaba la caja que contenía su pintura como si fuera de cristal.

—Pórtate bien —le dije, dándole un abrazo final.

—Tengo mucho más de lo que merezco, tía Amelia.

—Tienes exactamente lo que te mereces, David. Nuestro amor más tierno y un deseo hecho realidad, y, tal vez, una pequeña lección sobre la que reflexionar.

—Lo haré —dijo David serio—. Puede contar con ello.

Cuando nos reunimos a tomar el té más tarde ese día, Emerson se quejó.

—La casa está demasiado tranquila. Echo de menos a esa niña. —Le dio un pequeño codazo y dijo apresuradamente—: Pero os tengo a vosotros, queridos, para consolarme.

—Supongo que no es por mí —dijo Sethos—. Margaret y yo nos vamos pronto, pero espero que soportes la pérdida con hombría.

—Estaba hablando con nosotros —dijo Charla seria—. Ven a jugar a tiro al arco, abuelo.

—O al ajedrez —dijo David John.

Atrapado entre Escila y Caribdis, Emerson decidió el tiro con arco. Charla y él salieron juntos, y mientras David John instalaba el tablero de ajedrez dije a Sethos:

—Ahora que te has retirado, ¿cuáles son tus planes?

—Voy a probar mi mano en la escritura de novelas de suspense. David John se ha comprometido a colaborar.

David John, que tenía los ojos puestos en Sethos como oponente, mordió el anzuelo.

—¿Te gustaría ver el final que escribí para el libro que la abuela no me dejó terminar de leer?

—Nada me complacería más —declaró Sethos con sinceridad. Cualquier cosa era mejor que perder otra partida de ajedrez con un niño de cinco años.

David John salió corriendo para traer su manuscrito.

—No es que quiera parecer poca hospitalaria -dije—, ¿pero has decidido una fecha para tu marcha?

—Eso depende de ti, Amelia.

—No me puedo imaginar lo que quieres decir.

—¿No? Has estado vigilando la carretera y cogiendo cada mensaje que se ha entregado. Creo que sé lo que estás haciendo, y no me gustaría perdérmelo.

—Por Dios —dije, con cierta confusión.

—Por Dios —exclamó Sethos, tomando el manuscrito que David John le entregó y leyendo la primera página.

Era verdad que había estado esperando un mensaje. El retraso estaba empezando a pesarme. ¿A qué diablos podía el hombre estar esperando?

La carta esperada llegó esa tarde, por mensajero. Estábamos en la terraza cuando la leí, y fui incapaz de reprimir un grito de triunfo.

—¡Ajá! Como sospechaba!

Emerson se quedó un tanto airado cuando lo expliqué. Sin embargo, la perspectiva de acción fue suficiente para distraerlo de lo que él se complacía en llamar mi maldita reticencia. Hicimos planes para salir poco después de la cena, tomando el sendero que conducía por la meseta hasta el Valle de los Reyes. La luna estaba brillante, y todos conocíamos cada paso del camino. Como Margaret no, la convencimos de quedarse en casa.

Cuando llegamos a lo alto de la colina sobre Deir el Bahri, les advertí a todos que se movieran en silencio y se abstuvieran de hablar. No habíamos ido muy lejos antes de oír los sonidos que había esperado: voces graves y el gruñido malhumorado de varios camellos. Evitando las formas oscuras que se habían reunido alrededor del borde de los acantilados sobre el valle, convoqué a mis aliados a mi lado.

—No podemos esperar hasta que comiencen el levantamiento de

las cajas de embalaje -susurré—. Tenemos que detenerlos ahora, antes de que dañen los artefactos.

Llegamos justo a tiempo, gracias a mi informante. Una explosión de sonido y un resplandor de llamas fue seguido por fuertes gritos *wadi* abajo.

—¡Ahora! -grité. Blandiendo mi sombrilla, me lancé contra el grupo de villanos.

Fue un encuentro rápido pero breve. Atrapados por sorpresa, los ladrones habían estado a punto de caer en el *wadi* cuando caímos sobre ellos. Cuando me di cuenta que mis partidarios tenían la situación bajo control, fui en busca del hombre que se arrastraba entre los riscos de los desniveles del terreno.

—No sirve de nada, Sir Malcolm -grité—. Está atrapado. Póngase en pie y enfrente su castigo como un hombre.

La llegada de Sethos puso fin a cualquier idea de resistencia que Sir Malcolm podría haber tenido. Le llevaron de vuelta a lo que había sido el escenario de la batalla. Los aspirantes a ladrones estaban acurrucados en el suelo, vigilados por Ramsés. Entre ellos se encontraban Aguil y Deib ibn Simsah.

—¿Algún daño? -Pregunté a Emerson, que había descendido por el acantilado y estaba inspeccionando la tumba.

—Un agujero bastante grande a unos metros del *wadi*. Bien hecho -añadió Emerson en árabe.

Volvió a subir, trepando como una cabra montesa. Los ladrones habían seguido las líneas que Sethos había propuesto. Un grupo había caído sobre los guardias delante de la tumba de Seti II, después de provocar una explosión para distraerlos. Los guardias habían sido advertidos y estaban preparados. Nosotros, en la cima del acantilado, nos habíamos ocupado del grupo que esperaba con cuerdas y camellos para transportar el botín.

Sir Malcolm se sentó en el suelo. Había perdido la peluca, su cabeza, desnuda como un huevo, brillaba a la luz de las estrellas. Me puse de pie a su lado con la sombrilla levantada, mientras su criado se agachaba a sus pies.

—Pillado in fraganti —exclamó Emerson con satisfacción.

—¿Haciendo qué? —Sir Malcolm no era un hombre fácil de intimidar. Había tenido tiempo de recuperar el aliento e inventar una excusa—. Vine aquí por la misma razón que usted, profesor.

Sospechaba de un intento para robar la tumba.

—¡Eso es mentira! —Gritó Emerson.

—Demuéstrelo.

—Puedo -dije, refrenando a Emerson—. ¿Señor Gabra?

El criado de Sir Malcolm se puso en pie.

—Les presento al teniente Gabra de la policía de Luxor -dije—. Está aquí con el permiso de su jefe, el inspector Aziz, y él estaba presente, aunque invisible, durante todas las conversaciones que mantuvimos con Aguil y Deib. Siendo hombres de poca inteligencia y sin moral, estuvieron dispuestos a seguir trabajando para usted a pesar de que era responsable de la muerte de su hermano.

El rostro de Sir Malcolm estaba tan blanco como la calva.

—Su muerte fue un accidente -exclamó—. El tonto ignoró mis instrucciones.

—Ah —dije con satisfacción—. Usted ha admitido mucho.

Gabra habló por primera vez. Todavía llevaba su *galabiyya* con parches, pero su porte había cambiado, ahora se veía como el hombre honrado, competente que era en realidad.

—Eso es lo que él les dijo a Deib y Aguil -dijo—. La bomba era una sesión de práctica, como usted dice; Farhat debía llevarla a una distancia segura y hacerla estallar, para demostrar que sabía cómo hacerlo. Pero no sabía cómo hacerlo.

—Homicidio negligente —dije pensativa.

—No me puede acusar de eso —murmuró Sir Malcolm. A pesar del frío de la noche, el sudor le corría por la cara—. Farhat era un idiota arrogante.

—Tal vez no puedo —admití con pesar—. Pero hay pruebas suficientes para acusarlo de intento de robar los tesoros de Tutankamón. Lléveselo con los otros, teniente, y felicitaciones por un trabajo bien hecho.

—Hablará o sobornará para salir de esto -dijo Sethos. Medio reclinado en un sillón, con las piernas estiradas, levantó su copa en un saludo general.

—Eso me temo —dijo Emerson—. Es un inglés rico con título y Gabra es, a los ojos de la administración idiota, “solo” un nativo.

—¿Quieres decir que no puedo imprimir esto? —Preguntó Margaret.

—Te demandaría por todo lo que tuvieras —dijo su esposo

perezosamente—. No puedo permitirlo.

—Podemos tener la satisfacción en el hecho de que Sir Malcolm se ha humillado a fondo -dije—. Los rumores correrán. Dudo que tenga la osadía de mostrar su cara en Egipto pronto otra vez.

—Si lo hace, le daré la paliza que se merece —gruñó Emerson. Giró el ceño a su hermano—. Hablando de palizas, me inclino a darte una. ¿Por qué no nos cuentas ese galimatías?

—Tuve que decir algo —dijo Sethos, acariciándose el bigote como un villano.

Emerson gruñó.

—No pongas a prueba mi genio, te lo ruego. Estoy dispuesto a aceptar que estabas actuando bajo órdenes y que te habían engañado sobre la naturaleza de la conspiración, pero si pensabas que el código era una falsificación, ¿por qué has dejado que Ramsés malgastara días tratando de descifrarlo? ¿Por qué traerlo aquí?

—Eso fue solo una excusa -dije—. Vino a nosotros porque estaba enfermo, solo y asustado.

Mis palabras cayeron como piedras en el repentino silencio. Margaret se quedó sin aliento, y los ojos zafirinos de Emerson se suavizaron. Sethos inclinó la cabeza y miró sus manos entrelazadas con un ligero rubor tiñendo sus mejillas.

—¿Por qué estas avergonzado de admitirlo? -Pregunté—. Cualquiera haría lo mismo, sí, Emerson, incluso tú.

—Pero tampoco lo admitiría —murmuró Emerson—. Deja al hombre en paz, Peabody.

—Una cosa más —dije, sacando mi lista. El documento estaba algo maltratado por la manipulación frecuente, y casi todos los artículos estaban tachados—. El hombre del *suk*.

—¿Qué hombre? —Preguntó Ramsés.

—¿Lo has olvidado? Yo no. El buen hombre que le dio dinero a Charla el día que se fugó con Ali. Tú -dije, señalando a mi cuñado —, estabas allí, vigilando el hotel, esperando vernos. A tu familia.

Sethos levantó la cabeza y las manos.

—Has ganado, Amelia. Mi humillación se ha completado. Sí, sentí una necesidad despreciable de veros, de saber que todos estabais bien. Cuando Charla salió bailando con ese *suffragi* inútil los seguí.

—Darle dinero suficiente para ponerla enferma de dulces fue

una de tus bromas, supongo —dijo Ramsés. No había ninguna acusación en su voz, solo un toque de diversión.

—Sabía que no enfermaría. Lo hice porque... porque quise.

Al igual que su humillación, mi venganza era completa. Finalmente, ¡se había reformado por completo! Decidí que ya había sufrido lo suficiente, así que cambié de tema.

—¿Cuáles son tus planes? —pregunté.

—Volver a Inglaterra y a casa, acompañado por Belleza -dijo Sethos, asintiendo con la cabeza a su esposa, quien puso los ojos en blanco y sonrió—. Voy a humillarme ante mi hija y conocer a mi nieto. Saldremos pronto. Contén tu pena, te lo ruego.

—Y yo —dijo Margaret—, velaré que haga lo que ha prometido. Pero volveré a tiempo de ver a Carter abrir la cámara funeraria. Estoy decidida a conseguir una historia, de alguna manera.

—La casa parece muy vacía, se ha ido todo el mundo —dijo Emerson con un suspiro.

Era una oportunidad perfecta, pero ni Ramsés ni Nefret tuvieron el coraje de aprovecharse de ello. Como de costumbre, me dejaron la tarea.

—He estado buscando en el periódico -dije—. Hay varias buenas casas en alquiler en Roda y Maadi.

Emerson se incorporó de un salto.

—¿Qué?

—Lo habéis decidido, ¿no es así? —pinché a Ramsés.

—Sí. Padre, nosotros...

—Entonces será mejorar que os pongáis a la tarea de encontrar la casa adecuada. Querréis estar acomodados antes de abril.

Ramsés se pasó la mano por sus rizos despeinados.

—Lo sabe. ¡Lo sabía!

—Por supuesto. Estoy muy feliz por vosotros, queridos míos.

—Qué... —Emerson es siempre un poco lento en enterarse, pero esto era algo que había estado anhelando—. ¿Qué? Nefret está... Estás...

—Sí, padre. —Nefret se arrodilló junto a su silla y tomó su mano —. Por favor, diga que está feliz.

Sonriendo, Emerson llevó su mano a los labios.

Era una niña. Había hablado con Abdullah de ello la noche anterior.

—Bueno, Peabody —dijo Emerson—, espero que estés satisfecha de ti misma.

Lo estaba. Nos habíamos retirado a nuestra habitación después de varios whisky y sodas de celebración (Nefret tomó un buen vaso de leche caliente) y buenas noches. Me senté en el tocador y comenzó a quitarme las horquillas del pelo. Emerson, ya sin camisa, se sentó en una silla y se quitó el zapato derecho.

—Lo estás, ¿verdad? —preguntó Emerson—. Puedo ver tu cara. Estás sonriendo. ¿Cuándo lo supiste? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo he sabido desde hace algún tiempo. Hay ciertos indicios... Pero era su pequeño secreto, Emerson.

—Eso nunca te ha detenido antes.

Giré la cabeza para mirarlo. Poco a poco y con cuidado Emerson se quitó el otro zapato, lo sopesó en su mano, y lo lanzó con puntería perfecta, contra una lámpara bastante fea.

—¿Por qué, Emerson? -exclamé—. ¿Cuál es el problema?

Emerson se puso de pie.

—Toda esta temporada —dijo, con una voz como un rumor lejano de un trueno—, me has engañado, trabajado a mis espaldas, dejado fuera de tu confianza. ¡He tenido suficiente, Peabody! ¡No voy a soportarlo más!

—Pero, Emerson...

—¡Ni una palabra! —gritó Emerson. Cruzó la habitación de un salto y me cogió en sus brazos.

—¡Bueno! —Dije, cuando conseguí recuperar el aliento—. He estado esperando meses para que hicieras esto. ¿Has llegado a la conclusión de que no soy frágil?

—He llegado a la conclusión —dijo Emerson, llevándome hacia la cama—, que eres inmortal. “La edad no puede marchitar... ni el tiempo descomponer tu infinita variedad”.

—¡Poesía, Emerson! -grité.

—Shakespeare —dijo Emerson con orgullo—. Sé otro poema, Peabody.

—¿Puedo oírlo?

—“Poco se beneficia un rey ocioso... casado con una mujer ya vieja...”

Le puse la almohada sobre su cara. Después de un breve intervalo se interrumpió para decir sin aliento:

—No me has permitido terminar, Peabody. ¿Cómo iba? “No es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo”. ¿Devolvemos el *Amelia* al río y salimos a navegar de nuevo? ¿“¡vamos!, soltemos las amarras, castiguemos bien dispuestos las ondas murmurantes”?

—“Es posible que demos con las Islas Venturosas” —seguí medio dormida.

—Y veamos al gran Abdullah, a quien conocimos.

—Estás haciendo un terrible revoltijo con Tennyson, Emerson.

—La intención es lo que cuenta, Peabody. “Un espíritu ecuánime de corazones heroicos”, eso es lo que somos. “Combatiremos, buscaremos y encontraremos, y nunca nos rendiremos”.

Epílogo

Al parecer, la señora Emerson consideró que la cita de uno de sus poetas favoritos servía como una conclusión adecuada a este volumen de sus diarios, o tal vez creyó que otros escritores describirían los acontecimientos posteriores, que no afectaban a su familia directamente. Muchos miles de palabras se han escrito sobre los acontecimientos que rodearon el descubrimiento de la tumba de Tutankhamon. Las narraciones difieren de muchas maneras, algunas significativas, otras no. Se podría suponer que la más exacta sería la del propio Howard Carter, sin embargo, como la investigación reciente ha demostrado, no era del todo sincera. Algunos de los acontecimientos escritos por los así llamados testigos oculares fueron escritos después del evento, por lo que están contaminados por la memoria inexacta. El editor siente que le debe al lector señalar algunas de estas discrepancias.

La conocida historia, que Carnarvon le dijo a Carter en el verano de 1922 que había decidido no financiar ninguna excavación adicional en el Valle, y que fue persuadido a una temporada más por la oferta de Carter de pagar por el trabajo él mismo, se basa en rumores, la declaración de Charles Breasted, hijo del famoso egiptólogo americano. Charles Breasted aseguró que escuchó la historia de Carter. El propio Carter nunca lo mencionó. La intervención mal concebida de Emerson tiene aún más sentido, y es comprensible que ni Carter ni Carnarvon lo admitieran.

Los acontecimientos del día a día que llevaron al gran momento cuando Carter contempló la habitación exterior llena de oro de la tumba han sido bien documentados, y estoy de acuerdo en general con la descripción de la señora Emerson. Lo que Carter dijo en realidad en esa memorable ocasión, en respuesta a la pregunta ansiosa de Carnarvon, está en duda. “Cosas maravillosas” se ha

convertido en la versión oficial, registrada por el propio Carter. Según un relato escrito por Carnarvon días después, Carter dijo: “Hay algunas cosas maravillosas aquí”. En mi opinión, la versión de la señora Emerson, que al principio Carter estaba demasiado estupefacto para hablar, tiene más sentido en términos psicológicos.

La acusación más dañina formulada contra Carter y Carnarvon es que entraron y exploraron la tumba en secreto, antes de la apertura oficial. Otra evidencia, aparte de la propia narración de la señora Emerson, da credibilidad a este cargo. Según ella, la entrada ilegal se llevó a cabo la noche del veintiséis de noviembre, y no, como algunos han sugerido, un día o dos más tarde. Su versión me parece más razonable. El apetito de los excavadores se había despertado por lo que vieron a través de la pequeña abertura, y como admite la señora Emerson, solo hombres de hierro podrían haber esperado más.

Por otra parte, el inspector jefe, Rex Engelbach, tenía previsto visitar la tumba al día siguiente, y cualquier alteración que se produjera después podría haber sido observado por él. La acusación de que los objetos fueron retirados de la tumba por Carter y Carnarvon no está comprobada; sin embargo, las colecciones privadas de los hombres contenían artículos que bien pudieron haber pertenecido al joven rey. El lector interesado puede encontrar evidencias a favor y en contra en los numerosos volúmenes escritos sobre la tumba. El encuentro con un Emerson iracundo explica la posterior animosidad de Carnarvon contra la familia Emerson, y su negativa a dejar que ellos participaran.

La cámara funeraria no se inauguró oficialmente hasta el 17 de febrero del siguiente año. Los Emerson no se mencionaron en la lista de notables.

Fin

Notas

[1] *Hasta pronto*. En francés en el original. (*N. de la T.*) < <

[2] *El Buen Rey Venceslao* es un villancico que cuenta la historia de cómo el Rey desafía el duro clima invernal para dar limosna a un pobre campesino en el Día de San Esteban (26 de diciembre). Durante el viaje, el paje del rey está a punto de rendirse a causa del frío, pero finalmente logra continuar siguiendo las huellas del rey, paso a paso, a través de la profunda nieve. La leyenda está basado en la vida del histórico San Venceslao I de Bohemia. (907-935). (*N. de la T*) <<

[3] *Here we come a—wassailing* es un tradicional villancico inglés. Si quieres hacerte una idea de la canción puedes escucharla en http://www.youtube.com/watch?v=j1Ea—fIPj6k (*N. de la T.*) <<

[4]*The Cherry Tree Carol*, es otro popular villancico cuyo origen se puede remontar al siglo XIV. Puedes escucharlo en http://www.youtube.com/watch?v=DYaFGSG_x80 (*N. de la T.*) <<

[5] Del poema “Día lluvioso” de Henry Wadsworth Longfellow. <<